

*PIETRO UBALDI*

***ASCENSIÓN  
MÍSTICA***

TRADUCCION DEL ITALIANO:  
NESTOR IVÁN GUERRA BOSCÁN

# INDICE

## PRIMERA PARTE – EL FENÓMENO

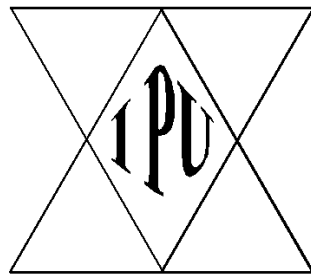
- I. SITUACIÓN DEL PROBLEMA.
- II. EVOLUCIÓN DE LA MEDIUMNIDAD.
- III. MEDIUMNIDAD – METAFANIA – MISTICISMO.
- IV. LA CATARSIS MÍSTICA Y EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO.
- V. OBJETIVISMO Y SUBJETIVISMO
- VI. EL MÉTODO DE LA UNIFICACIÓN.
- VII. ESTRUCTURA DEL FENÓMENO MÍSTICO.
- VIII. COROLARIOS – FE Y RAZÓN.
- IX. DIAGRAMA DE LA ASCENSIÓN ESPIRITUAL.
- X. PRIMER ASPECTO – PLANOS DE CONCIENCIA.
- XI. SEGUNDO ASPECTO – EXPANSIÓN DE CONCIENCIA.
- XII. TERCER ASPECTO – CONCIENCIAS COLECTIVAS.
- XIII. EGO SUM QUI SUM.
- XIV. DE LA TIERRA AL CIELO.
- XV. METODOLOGÍA MÍSTICA.
- XVI. LA NOCHE DE LOS SENTIDOS.
- XVII. LA UNIFICACIÓN.
- XVIII. INCOMPRENSIÓN MODERNA.
- XIX. EL SUBCONSCIENTE.
- XX. EL SUPERCONSCIENTE.

## SEGUNDA PARTE – LA EXPERIENCIA

- I. EN MARCHA
- II. EN LO PROFUNDO.
- III. DOLOR.
- IV. RESURRECCIÓN.
- V. LA EXPANSIÓN.
- VI. LA ARMONIZACIÓN.
- VII. LA UNIFICACIÓN.
- VIII. LA SENSACIÓN DE DIOS.
- IX. CRISTO.
- X. AMOR.

- XI. LA REDENCIÓN.
- XII. ASCENSIÓN DEL ALMA.
- XIII. MI POSICIÓN.
- XIV. MÉTODOS PSICOLÓGICOS.
- XV. HERMANO FRANCISCO.
- XVI. VISIÓN DE LA CATEDRAL GÓTICA.
- XVII. PROFETISMO.
- XVIII. LOS ASALTOS.
- XIX. TENTACIÓN.
- XX. INFIERNO.
- XXI. CAÍDA DEL ALMA.
- XXII. MI CULPA.
- XXIII. CÁNTICO DE LA UNIFICACIÓN.
- XXIV. BIENAVENTURANZAS.
- XXV. CÁNTICO DE LA MUERTE Y DEL AMOR.
- XXVI. PASIÓN.

# **INSTITUTO PIETRO UBALDI DE VENEZUELA**



[www.ubaldi.org.ve](http://www.ubaldi.org.ve)  
[info@ubaldi.org.ve](mailto:info@ubaldi.org.ve)

## **PRIMERA PARTE**

### **EL FENÓMENO**

#### **I**

### **SITUACIÓN DEL PROBLEMA**

Analizaré en este volumen el fenómeno de la ascensión Mística. No hay necesidad de encuadrarlo aquí nuevamente en el campo cultural y en el momento psicológico moderno, visto como lo he presentado en el doble aspecto de fenómeno espiritual, como continuación lógica y vivida del fenómeno inspirativo, en mi precedente volumen ya ampliamente analizado<sup>(1)</sup>. Quien lo haya leído, en él habrá encontrado un doble pretexto para esta continuación, tanto en el campo científico, como en el campo espiritual. Y para responder objetivamente, diría casi fotográficamente, a la realidad del fenómeno tal cual fue por mí vivido, aquí lo analizaré y profundizaré desde estos dos puntos de vista hijos de dos psicologías distintas, hoy consideradas opuestas pero que para mí son equivalentes: la ciencia y la fe.

Servirá esto para demostrar su identidad substancial en todos los campos, principalmente frente a este tan distinto y controversial fenómeno místico. Servirá también para evidenciar que ya deben darse por superados ciertos antagonismos últimamente tan agudos, y que lamentablemente han sido semillas de dolorosas cisiones de la unidad del pensamiento y de la fe. Y cuando yo haya hecho converger hacia las mismas conclusiones las extremas y opuestas actitudes del pensamiento humano, mi concepción interpretativa basada en la realidad por mí muy intensamente sentida, tendrá solidez de verdad universal y podrá ser considerada nuevo fundamento que, en mi permanente ansia de realizar el bien, habré conseguido lanzar para la construcción del edificio del conocimiento. Oso esperar esto, no solamente como fruto del inmenso trabajo interior en el que he madurado por fatalidad de la ley de evolución, superior a mis méritos y a mi propia voluntad, sino también porque este mismo estudio constituye, para mí, tan alta coronación de mis precedentes síntesis, que las puedo resumir y levantar todas para aquello que yo podría llamar mi más alta síntesis conceptual, de pasión y de vida. El fenómeno místico es, de hecho, animado por un dinamismo tan potente y profundo, constituido de maduraciones y superamientos interiores tan substanciales y anhelante de ímpetus tan excelsos hacia lo Alto, que debe ser necesariamente considerado en el vértice de las aspiraciones de la inteligencia y del corazón.

El precedente estudio, al que ya me he referido, aunque parezca exhaustivo y conclusivo, no es más que la preparación de éste, así como el fenómeno de la mediumnidad inspirativa, en él descrito, no fue, para mí, más que una fase de vida.

---

<sup>(1)</sup> Las Noures, obra del mismo autor

En esta nueva fase, parecen levantarse como en un torbellino, todas las potencias del alma humana; y yo, a través de mi exposición, guiaré al lector que me ha seguido hasta aquí, aún más allá de la sensación viva del vértigo arrebatador que me ha golpeado en mis estados supranormales de visión y de éxtasis. Afirmé que esto es *continuación* de precedentes fases del fenómeno, razón por la cual en este escrito debo referirme necesariamente al volumen en que éstas son descritas. He dicho que se trata de fenómenos por mí vividos, por lo que estoy obligado a hablar todavía de mí. Si esto no es elegante, es sin embargo garantía de objetividad, porque mi análisis toca, también aquí, como en las fases ya examinadas, una realidad que, a pesar de ser interior, me es perfectamente accesible. No obstante de ser personal y subjetiva, de ella puedo abstraerme nítidamente, sometiéndola a un estudio metódico, analítico y científico.

Solamente en una segunda parte, el fenómeno místico es presentado en su aspecto espiritual, religioso e ideal, tal cual lo fue, de modo casi siempre exclusivo<sup>(1)</sup>. Él se distingue, pues, de esa común terminología, vaga e imprecisa, y es definido en sus líneas fundamentales de fenómeno evolución biológica, llevada hasta el campo del más elevado psiquismo. Encarado así, bajo la forma de caso vivido, el fenómeno, a pesar de que parezca circunscrito al subjetivismo de mi conciencia individual, se presenta sin duda, no solamente en la solidez de una realidad experimental, sino también en los términos de una verdad universal, por cuanto yo lo concibo y enfrento, en concordancia con mi orientación filosófica y científica constantemente seguida, como fase de la humana y normal evolución biológica, no obstante que aquí sea continuada y proyectada hasta los superiores niveles de la ascensión espiritual. Verdades, pues, universales, estas que aquí trataremos, líneas fundamentales del desarrollo fenoménico, que es ley de las cosas, realidad objetiva situada más allá de lo relativo, en lo absoluto, realidad profundamente humana, tejida de luchas, de dolores y de conquistas.

Gran ventaja ésta de poder trabajar sobre una realidad psicológica para mí experimental y sobre una verdad que es universal: son estas las bases de nuestro estudio bastante sólidas, que compensan cuanto podrían oponerme como defecto, es decir, la continua necesidad de hablar de mí, así como de mi precedente producción literaria. A ésta debo, a pesar de todo, necesariamente referirme, por cuanto de ella resultan las primeras fases de la maduración del fenómeno espiritual por mí vivido. Es imprescindible, para comprenderlo en el caso concreto en que lo analizo y presento, recorrer como preparación y explicación mi pasado, que lo contiene en germen, y del cual él se desarrolla. No sabría establecer diversamente los términos de este estudio, también porque solamente quien ha experimentado determinadas sensaciones y emociones, posee la palabra suficientemente vibrante para expresar lo inexpresable.

---

<sup>(1)</sup> Segunda parte del presente volumen – “La Experiencia” (N. del T.)

Perdónenme semejante ostentación, forzoso como es reconocer como es ella inevitable. Perdónenme si ella parece llegar hasta una confesión despiadada de todo mi ser, hasta la intimidad más recóndita, confesión que proporcionará al lector aquella misma sensación que pruebo, hecha de sacrificio y holocausto, en vez de vano exhibicionismo. Donación de mi mismo para el conocimiento y solución de los más arduos problemas de la ciencia y de la fe implícitos en el espíritu, problemas del mundo no sólo en sentido evolutivo sino también histórico, porque místicos siempre los hubo, en todo tiempo y en todo lugar. La resonancia que mi alma encuentra en la de tantos místicos y aquella que la de ellos encuentra en la mía, la comunión de fe, de experiencias y metas espirituales, la universalidad histórica de hechos y fenómenos vividos dilatan mi pobre caso hacia más allá de los límites de un subjetivismo que, evidentemente, ya no se halla circunscrito en mí, más transborda hacia más allá de las fronteras de mi personalidad.

Espero haber así justificado la posición en que situó el problema místico, que aquí se compensa con dos sólidos puntos de apoyo, y sin embargo, dos puntos de relativa debilidad.

## II

### EVOLUCIÓN DE LA MEDIUMNIDAD

Coloco así el fenómeno místico en la secuencia evolutiva del fenómeno inspirativo. Precisemos, pues, con mayor exactitud.

En mi libro precedente, clasifiqué en varias fases la mediumnidad que considero un fenómeno en evolución, momento y exponente de la más grande evolución biológica-humana, la cual, superadas las formas orgánicas, se aventura hoy, desmaterializándose progresivamente, en las formas psíquicas. Aquí sólo hago referencia y no demuestro esta evolución biológico-psíquica, en otro lugar ya por mí exhaustivamente tratada<sup>(1)</sup>.

En su primer nivel inferior, el fenómeno medianímico se manifiesta en forma física, de efectos materiales. En un plano más alto, aparece una mediumnidad superior, más evolucionada, de efectos mentales. Formas demasiado conocidas para que en ellas yo insista. Si en su primer nivel, la mediumnidad intelectual es simple mediumnidad pasiva e inconsciente, en la que voluntad y conciencia del médium se apartan del fenómeno como elementos extraños e inútiles, llegando por evolución a un nivel más elevado, la mediumnidad se transforma en sentido activo y consciente, en la cual, como he demostrado, la conciencia del médium está presente y es parte integrante. En verdad, me ocupé largamente de esa mediumnidad inspirativa, es decir, mediumnidad intelectual activa y consciente, limpiamente operante en la viva personalidad del

---

<sup>(1)</sup> En “La Gran Síntesis” y “Las Noures”. (N. del T.)

sujeto. Delineé la ley de resonancia del fenómeno, por la cual, entre el centro de emanación, transmisor, individualizable como noure o corriente de pensamiento, y la conciencia despierta del médium, se puede establecer por sintonía de vibraciones, una comunicación que es base de la recepción inspirativa.

Y en este punto, me había detenido, porque entonces este constituía el último término de mi realización; pero hoy ya no lo es. Aquellas afirmaciones contenían, sin embargo, las razones para esta continuación.

La mediumnidad inspirativa ya es inmensamente superior a la común mediumnidad pasiva e inconsciente, porque viene a ser activa y tiende a fijarse en la personalidad del médium como su normal emanación<sup>(1)</sup>. Pero el fenómeno no puede interrumpir aquí su desenvolvimiento. Ciertamente, él nos llevará hacia altitudes vertiginosas, sobre todo para la ciencia que no está acostumbrada a tratar fenómenos cuya progresión evolutiva los lleva a una normal desmaterialización, que los sustrae a la común percepción sensoria y psíquica; progresión que los lleva a desvanecerse aparentemente en un mundo que, por imponderable, es negado por la ciencia. Más ésta no constituye razón suficiente para que yo deba detenerme, sobre todo cuando en mí encuentro el guía de una experiencia vivida. Prosigamos, por tanto, todavía, como durante un año prosiguió en mí el fenómeno; releguemos al pasado aquella fase conocida y superada; aventurémonos en la zona superior de evolución del fenómeno medianímico inspirativo.

Hemos visto que los dos términos del fenómeno inspirativo, a semejanza de una transmisión-recepción radiofónica, representan el centro emanador y la conciencia del médium, receptora y registradora. Los dos términos son distintos, aunque comunicantes, es decir, están ligados por un fenómeno de resonancia. La captación nourica se basa en este principio, o sea, en el estado de sintonía o armonización vibratoria, que se alcanza mediante dos recíprocas aproximaciones: primero, la entrada en la fase de superconciencia por parte del “yo” del médium, que se pone en tensión; en otros términos, dislocamiento ascensional de su centro consciente a lo largo de la escala evolutiva de las dimensiones, hasta la más alta fase psíquica de superconciencia; segundo, descenso a lo largo de la misma escala evolutiva, es decir, involución de dimensión conceptual por parte del centro emanador y de su irradiación, de modo que a través de recíproca propensión del uno hacia el otro, sea posible el encuentro y el abrazo de los dos términos.

Tienden estas facultades, mediante continuo ejercicio a estabilizarse, desde la zona inestable de fatiga y de conquista, hasta la zona de asimilación completa en la personalidad del médium, es decir, hasta la zona de instinto y cualidad normal

---

<sup>(1)</sup> Aquellos que estén habituados a denominar estos fenómenos con otra terminología, a menos que sustituyan la palabra por el concepto y la forma por la substancia, estoy seguro que sabrán igualmente comprender también, no obstante que las expresiones por mí adoptadas sean para ellos inusuales. (N. del A.)



(automatismo). Se forma un hábito de la conciencia, a través de la respiración sutil en las zonas rarefactas de esta estratosfera del pensamiento. La aproximación de los dos términos tiende a tornarse cada vez más estrecha, más constante, más normal. Con el andar del tiempo, la estabilización vibratoria estabiliza, por constante repetición, aquel estado de afinidad entre transmisor y receptor, que es simpatía y atracción; estado reconocidamente básico, sobre el cual tanto insistí en el estudio del fenómeno de la recepción nourica.

Evidente es el resultado de este proceso. Contiene él un campo de fuerzas convergentes hacia el mismo punto, que necesariamente deberá ser tocado, tarde o temprano. La comunicación anormal del pensamiento se tornará en comunicación constante de sentimientos, de concepciones, de atracciones. Esto formará en la conciencia del ultrafano una especie de educación y, consecuentemente, de hábito para vivir en una zona espiritual superior, donde tenderá a normalizarse en forma cada vez más estable, el equilibrio de un nuevo *peso específico* psíquico. Y dicha comunión no sólo le estabilizará las vías, sino que le dilatará las fronteras; si antes acometía solamente las zonas de la inteligencia y era sólo luz resplandeciente pero fría, inundará ahora las zonas del corazón y será también calor que inflama de pasión.

Extremadamente férvido de maduraciones es, pues, el fenómeno e intensamente activo es lo *Alto* en la transmisión de fuerzas para la transhumanización del ser. Tiende pues hacia una gradual, progresiva y total elevación, de sí y para sí, de la conciencia receptora, de todo el yo humano del sujeto, con todos sus recursos y potencialidades. De allí resulta como un incendio que reduce a cenizas al hombre viejo y lo hace resurgir en forma completamente nueva, en que se presentan totalmente renovadas la concepción, la orientación psicológica y la visión de los fenómenos y de sus leyes.

Vemos, así, el fenómeno de la mediumnidad inspirativa madurar y transformarse, naturalmente, por lógico desenvolvimiento, en aquello que se puede llamar en un primer tiempo *ultrafania mística*, en el sentido de recepción cada vez más total, es decir, de emanaciones no ya solamente conceptuales, sino también afectivas, etc. Sin embargo, a medida que este fenómeno se encamina hacia su maduración, trasciende de tal modo el simple fenómeno inspirativo, en un arrebatamiento de todo el ser, que termina por encontrarse delante de éste, como la luz solar delante de la luz lunar.

Tal es el fenómeno místico del que ahora nos ocupamos.

### III

#### MEDIUMNIDAD – ULTRAFANIA – MISTICISMO

Entraremos más adelante en los pormenores de este desenvolvimiento. Bástenos, por ahora, trazar las líneas de orientación. La sucesión de estas fases no la aprendí de libros, que no leo, o de textos, que no consulto, sino de mi experiencia directa. Quise conservar aquí mi virginidad de pensamiento, permaneciendo en contacto directo y exclusivo con el fenómeno, de manera que después la eventual coincidencia con los resultados de otros estudios y de otras experiencias se tornase para mí y para otros, más sorprendente y comprobatoria.

Queda así definida la amplitud del fenómeno de la ascensión mística, objeto de este estudio, que puede ser expresada en estos términos y ser comprendida dentro de estos límites: por ascensión mística entiendo el desarrollo del fenómeno psíquico-espiritual, desde la fase de ultrafania lúcida o de inspiración consciente, hasta su fase de misticismo que se concluye en la unificación integral entre receptor y transmisor. El presente estudio, así como mi experiencia que le sirve de guía, se mueve entre estos límites.

La esencia del fenómeno consiste siempre en la universal e insuprimible evolución del espíritu. Pero cierto es que en estos niveles el simple fenómeno medianímico se explaya sobre tal mar de conquistas y de grandiosas afirmaciones, que aquel hilo de revelación supranormal y primer relampagueo de transparencias trascendentales que es la simple ultrafania, se pierde en el vértigo de la luz que es el estado místico, de tal modo que, luego de disminuir la personalidad en la inconsciencia, la arrebatada consciente hasta lo superconcebible. Oigo la voz interior expresarse en un cántico de armonías universales: “Mira, me dice, la sustancia espiritual de las formas del ser. El *Todo* es un torbellinar de esferas. Este movimiento representa la más dulce música, la más maravillosa armonía de luces, la más gigantesca construcción en la más amplia exactitud de relaciones, y es también cántico de conceptos y sentimientos. Observa, y en la armonía de este amor infinitamente múltiple, olvida la disonancia de tu dolor que se encuentra encerrado en el tiempo. Deja a tu espíritu explotar más allá de todas las medidas, en lo incommensurable, más allá de todos los límites, en lo infinito, más allá de todos los ritmos menores, en el ritmo infinito del *Todo*. Verás y oirás. Toda alma está hecha para ver y oír”.

“Mira. Los seres se dividen y se reúnen según jerarquías. Cada cual por su peso específico se coloca en su nivel natural, inviolablemente. Ellos se ven, se hablan y se escuchan. Voces y luces, de plano en plano, descienden y suben: porque lo Alto tiene sed de darse, como el plano inferior tiene sed de ayuda. Esta es la Ley, imperante en todas partes y en todo nivel. Así, todo se distingue por individuaciones inconfundibles y todo vuelve a reunirse y a hermanarse en la misma ley y en el mismo cántico. Al llamado del débil responde un eco bondadoso; gracias a la bondad

de lo Alto, existe siempre una dádiva que hacer. Ayudarse recíprocamente, esa es la Ley”.

“La luz irradia desde el centro y transparece de esfera en esfera, a través de los seres que la componen. El ultrafano es alma despierta que escucha y oye aquello que para los demás es silencio. Concepto, armonía y potencia consustancian aquella luz; ella es sinfonía de pensamientos y de acciones, es también corriente de amor y de fuerza que se injerta en el espíritu, que es la causa única de la vida. Y refuerza las motivaciones y fecunda vuestras obras”.

“La percepción nourica es un contacto con la irradiación divina, que es la linfa vital del universo”.

“Por eso os digo: Escuchad y purificaos, para que todo sea ascensión. No escuchéis vanamente, por simple curiosidad, porque sagrada es la voz de lo Alto. No disipéis la potencia sustancial de la vida. Os sirva todo esto para subir, porque el centro se entrega solamente para atraer, elevando. Jamás atendáis las tristes voces de los planos inferiores, a no ser para ayudar a sufrir y a subir”.

“La ley de ascensión moral, conducida a través de la bondad y del amor, es la ley del centro, que por ella sostiene el universo”.

Recuerdo aquí las palabras de Goethe a Eckermann: “Ninguna producción de orden superior, ninguna invención jamás procedió del hombre, sino que emanó de una fuente ultraterrena. Por lo tanto, el hombre debería considerarla un don inesperado de lo Alto y aceptarla con gratitud y veneración. En estas circunstancias el hombre es solamente el instrumento de una Potencia superior, semejante a un vaso considerado digno de recibir un contenido divino”.

\*\*\*

Sentiremos después, más de cerca, el incendio de aquellas sublimaciones de espíritu, por las cuales se pasa de la fase de inspiración consciente, a la fase de unificación mística. Pero es necesario antes comprender y explicar racional y científicamente el fenómeno. Antes de abandonarse al impetuoso lirismo de la visión, es necesario seguir el fenómeno en cada una de sus manifestaciones, atraparlo en su realidad desnuda con las tenazas del analista. Es necesario, ante todo, dar completa satisfacción a la razón.

En la evolución del fenómeno mediúmnico, desde el plano físico al plano psíquico inconsciente, después consciente, hasta la unificación mística con la fuente, es nota fundamental la progresión de conciencia, de intervención de la voluntad y, al mismo tiempo, de desmaterialización de elementos. El problema se hace siempre más

abstracto y se sumerge en lo imponderable. Esta es su ley. Su continuación, el proceso de su desarrollo, a la vez que es conquista de conciencia, lleva a su propia desmaterialización. Y existe una progresiva conquista del factor moral, una ascendente realización de purificación espiritual, una transformación en peso específico, cada vez más libre y más leve. Todo el vasto fenómeno de la evolución de la mediumnidad se conjuga, así, en sus zonas de desenvolvimiento, a través de características constantes. Mientras la mediumnidad de efectos físicos se mueve prevalentemente por fuerzas de causas barónicas<sup>(1)</sup> y con técnica ectoplasmática, y la mediumnidad intelectual inconsciente puede abrirse paso por todas las puertas y hacerse órgano de recepción de todo pensamiento, desde más noble hasta el más vil, asistimos aquí a un proceso de progresiva purificación del fenómeno y del médium. En la recepción inspirativa consciente, el factor moral, como tantas veces he dicho, ocupa el primer plano, y en el misticismo no constituye solamente condición prevalente, sino absoluta e irrevocable, tanto que esto representa el vértice de la perfectibilidad moral y religiosa. El fenómeno transborda, pues, en sus más altas maduraciones, más allá de los límites de las posibilidades y de la competencia de la ciencia, en el campo de la fe y de la religión. Para mí, sin embargo, no existe antagonismo, a no ser de relatividad de perspectivas y de unilateralidad de puntos de vista. Pero debemos elevar a la ciencia al nivel de la fe y emprender, sin extraviarnos, la penetración en los dominios de lo supersensorio. Ha llegado la hora de que estos antagonismos entre ciencia y fe, que hoy no tienen ya sentido porque son hijos de visiones unilaterales y de momentos históricos superados, caigan para siempre, relegados al pasado, así como caen todas las cosas superadas.

El fenómeno místico deja así atrás, en la vía de las ascensiones humanas, los fenómenos medianímicos y, no obstante que emerge de ellos, de ellos se aparta osadamente. Ingresamos así, en un campo supermediúmnico, resultante, sin embargo, del mediúmnico. Llegamos a las fases superiores, a las que asciende el fenómeno y en las cuales se potencializa y se libera, e ingresamos en esta zona que es de suprema purificación.

Todavía no he podido elevar a niveles más altos, por lo menos hasta hoy, mi capacidad de penetración. Me parece haber tocado el vértice de mis posibilidades y de mi sueño de realizaciones humanas.

#### IV

### LA CATARSIS MÍSTICA Y EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO

---

<sup>(1)</sup> Neologismo formado de elementos griegos: “baros” (gr. Báros, ous) – pesado, denso, y “ontos” (gr. Ón, untos) – ser, entidad. Barónicas: proveniente de espíritus de constitución densa (Entidades inferiores). Este problema de corrientes barónicas es ampliamente explicado en el libro “Las Noures”, del mismo autor (N. del T)

El fenómeno místico puede ser también concebido, en la más amplia acepción, cual momento de las ascensiones espirituales humanas. Incluye, pues, el problema del conocimiento y puede ser considerado, una verdadera técnica del pensamiento y método particular de investigación, de superlativo rendimiento. Ya insistí en otra parte, precedentemente, sobre los conceptos, cuando afrontábamos el estudio del fenómeno inspirativo. Prosigamos el análisis del mismo fenómeno en sus fases superiores, es natural que aquellos conceptos también encuentren aquí su ulterior desenvolvimiento.

Es la evolución del espíritu la que traza y supera los límites del problema del conocimiento, la que lo sitúa diversamente en su progresar, hasta el punto en que la unificación con la fuente de emanación que encontramos en el vértice del fenómeno místico, se torna también unificación de los divergentes puntos de vista de lo relativo, en una sola verdad humanamente absoluta. Así, a las diferentes fases de la evolución espiritual corresponden diversos grados de conocimiento y diferentes aproximaciones de revelación de la verdad.

En los albores de su vida espiritual, el hombre no sabe elevarse más allá de las consecuencias inmediatas de sus impresiones sensoriales. Su juicio se detiene, pues, en la superficie de los fenómenos, limitándose a una interpretación empírica y desconexa, pura proyección en el cosmos, de las reacciones de su pequeño mundo interior.

En un más avanzado momento, la conciencia, más madura, como ha acontecido hasta hoy en el seno de la civilización, quiere darse cuenta del valor de sus propias reacciones, busca y exige una verdad menos aparente y más sustancial y va al encuentro de los fenómenos, no ya exclusivamente con la fantasía del primitivos, sino con el mirar objetivo del observador. De esta forma ha aprendido a catalogar los hechos, a coordinarlos según planos hipotéticos y trata de compenetrarse con la lógica y de fijar la ley de progresión de los fenómenos, para llegar a establecer gradualmente los principios cada vez más abstractos y generales, que rigen el funcionamiento orgánico del universo. Tal es la actual fase científica. El hombre moderno siente justamente, su superioridad delante del hombre supersticioso, que se impresiona antes de saber observar, y se siente orgulloso de no dejarse invadir por vanos temores delante de fenómenos cuya causa puede comprender con su poder de análisis. Y esto ya es mucho. El hombre ha alcanzado la racionalidad, que es potencia arquitectónica que permite las construcciones ideológicas, que es poder de escogencia y de coordinación, es visión de relaciones y unificación; es inducción, deducción, sistematización, que guían hacia la reconstrucción del pensamiento originario de la creación.

La ciencia ha recogido todas las piedritas del gran mosaico, ha procurado reconstruir el grandioso cuadro, sin todavía lograr otra cosa más que delinear alguna figura. Pero, ¡ay de mí! – largo es el camino, extremadamente prolijo es el método, tanto que

puede ser considerado inadecuado para la consecución de la síntesis máxima. Se evidencia, de esta manera, la inepticia de la ciencia, consecuentemente una fundamental cuestión de método; éste, tal cual es concebido, no puede ser más que un eterno andar, incapaz de síntesis.

Pero la maduración evolutiva de la conciencia humana lleva a una mutación fundamental. Siento por experiencia personal, por observación de tipos históricos y movimientos de las leyes biológicas, la verdad de esta afirmación. El fenómeno de la catarsis mística representa una tan completa elevación de conciencia, que se le abren de par en par las vías del conocimiento. Y este es un aspecto importante del fenómeno místico que aquí estamos estudiando. Antes de enfrentar sus mayores aspectos psicológicos, éticos y religiosos, examinémosle el científico y gnoseológico.

A los tres grados de conocimiento, es decir, la fase sensoria, la fase racional-analítica y la fase intuitivo-sintética, corresponden los tres tipos de hombre y de conciencia por mí descritos en otra obra<sup>(1)</sup>, a saber: el hombre vegetativo, físico, sensorio, de ideación concreta, movido por los instintos primordiales de la vida; el hombre racional, sometido a educación, psíquico, nervioso, utilitario; finalmente el superhombre, dueño de sí, de las fuerzas de la vida, del conocimiento. El fenómeno de la ascensión mística representa la maduración biológica de este nuevo tipo de hombre.

Acontece ahora, en este momento de la evolución humana, una renovación tal de la conciencia que sus efectos son incalculables en el campo psicológico y merecen, pues, particular examen. Se trata de una nueva y auténtica técnica de pensamiento, de una completa reconstrucción de los métodos de investigación y de orientación científicos. Debo, por esto, retornar a estos conceptos ya precedentemente esbozados<sup>(2)</sup>, para aquí llevarlos más hacia delante, en la continuación lógica de su desenvolvimiento. Debo retornar a ellos porque, si en aquellos escritos el método de la intuición comienza a revelarse en la fase de mediumnidad inspirativa consciente, aquí él se manifiesta plenamente, en la fase mística que constituye su continuación. En este nivel de evolución, completa es la maduración de aquél método, cuyo rendimiento se nos presenta con plena eficiencia.

---

<sup>(1)</sup> En *La Gran Síntesis*, cap. 78 (Las vías de la Evolución Humana). V. también cap. 37 (Conciencia y Superconciencia. Sucesión de los Sistemas Tridimensionales). (N. del T.)

<sup>(2)</sup> Ver *Las Noures*, del mismo autor, particularmente los capítulos V (Técnica de las Noures) y VI (Conclusiones). (N. del T.)

## OBJETIVISMO Y SUBJETIVISMO

Al enfrentar el problema gnoseológico, yo parto de principios decididamente nuevos en el pensamiento moderno. El conocimiento, creo, no se alcanza con los métodos llamados objetivos de proyección hacia lo exterior, mecánicos, iguales para todos y accesibles a todos, sino por medios subjetivos, de introspección, peculiares solamente a determinados tipos de superconsciencia. Creo que los límites del conocimiento son dados y medidos prevalentemente según el grado alcanzado por la conciencia humana en la escala de la evolución psíquica, lo que quiere decir que la amplitud del campo fenoménico dominado está condicionada a la extensión conseguida por el *yo* en su evolución, que es su potenciación y dilatación. He allí por qué el fenómeno místico, que es la fase superior de la evolución del espíritu, está conectada con el problema del conocimiento y coincide con su solución.

Me coloco, así, como antípoda de la moderna forma mental adoptada por la ciencia, al mismo tiempo que, sobreponiéndome a la psicología objetiva, elevo hacia los primeros planos el subjetivismo.

Indiqué, al principio, el carácter subjetivo de este escrito, que es también el de toda mi orientación psicológica. Podrán tacharme de subjetivista, cual si fuera esto un defecto. La objeción que puede ser global y levantarse contra mi personalidad y contra el valor que atribuyo al método de la intuición, parece grave, mas no lo es.

¿Cómo puede la ciencia racional oponerme como defecto la arbitrariedad del subjetivismo y sus bases intuitivas, cuando ella misma se fundamenta sobre bases axiomáticas. Igualmente intuitiva y arbitraria, en cuanto que no son posibles de demostración? Los fundamentos de aquél organismo conceptual, del que puede provenir esta acusación, considerados como absolutamente seguros, son axiomas gratuitos, de valor transitorio y extremadamente relativo. Esto puede dar a algunos espíritus autónomos la sensación de que el pensamiento humano, en toda su aplastadora congerie de construcciones ideológicas, filosóficas y científicas, se agita sobre bases convencionales. *Ignora la ciencia lo que son sustancialmente los fenómenos sobre los cuales opera.* Constata y combina los efectos, porque ha experimentado porque las cosas ocurren de este o de aquel modo. Pero por qué causas y de qué manera esto ocurre no lo sabe. En el campo abstracto, si penetramos hasta la armadura esquelética de la construcción ideológica y pusiéramos al desnudo el juego con que se teje y desenvuelve la cadena de la silogización humana, verificaremos, subiendo de concatenación en concatenación y de relación en relación, que se debe necesariamente llegar al punto fijo de partida, a la piedra basilar de todo el edificio. Ahora, este punto fijo, que es precisamente el que rige toda la construcción y por cuya falta toda ella se desboronaría, es simplemente un axioma del cual no se sabe decir otra cosa más allá de que es así porque es así; axioma cuya demostración se

asume como superflua, por la simple razón de declararse evidente; y mientras que para la aceptación de un pormenor se exigen mil pruebas, para la aceptación del principio-base nada se requiere, solamente porque él ya existe en el estado de aceptación indiscutible en la gran mayoría humana. Y entonces la garantía de esta verdad fundamental es confiada única y exclusivamente a un fondo de intuición colectiva que instintivamente cubre un mínimo de verdad. *Instintivamente*, es decir, más allá de todo control racional. Dejada a un lado la ciencia utilitaria, la verdadera ciencia, abstracta, filosófica, matemática, de contenido conceptual, gira y vuelve a girar, recae y se apoya toda sobre rudimentos de intuición. Intuiciones pequeñas pero seguras, solamente porque son garantizadas por la extensión a un gran número de personas. O intuiciones mayores, de genios, de videntes aislados, posteriormente desenvueltos analítica y racionalmente por la cadena del raciocinio. Existe, pues, en las raíces del pensamiento moderno, una zona de aquella arbitrariedad y de aquella intuición que precisamente vendría a contaminar mi subjetivismo. El método de la intuición no es más que una extensión del mismo sistema a todo desdoblamiento ideológico; significa extender el mismo contacto intuitivo a todo desenvolvimiento y mantenerse constantemente en el sistema axiomático, sin pedir apoyo racional. Si "*el axioma es el contacto intuitivo con lo absoluto*", extendiendo este contacto y lo torno continuo y universal. No condeno, pues, a la ciencia; la considero, más bien, centella de pensamiento, hasta no está demostrada y hasta donde no llega su actividad racional. Amplifico, por el contrario, sus fundamentos en un método que, si es accesible sólo a quien hasta allí ha llegado por evolución, es el único que verdaderamente puede alcanzar el conocimiento.

El método de la intuición no es aceptado por la ciencia positiva moderna porque es anti objetivo. No es aceptado porque, mientras que el mundo fenoménico, según el método de la observación y de la experimentación es aproximadamente igual para todos y es susceptible de ser entendido y construido, el método intuitivo, siendo extremadamente personal y subjetivo, no tiene fuerza para subir y elevarse a una altura mayor que la de una interpretación personal.

Existe allí una idea preconcebida y esta consiste en el número, es decir, en admitir que la extensión numérica del juicio sea garantía de verdad. Esto me da la idea de ciegos que se dan la mano para guiarse recíprocamente. Ahora, el resultado de la observación exterior es igual o por lo menos casi igual para todos, solamente porque es exterior; en otras palabras, está ligado a la forma más simple de percepción sensoria, la más rudimentaria y también la más difusa y fundamental en el mundo biológico. El valor de la objetividad se apoya, por tanto, solamente en la extensión de una identidad de juicio, que es, a su vez, hija de una identidad de construcción fisiológica, nerviosa y psíquica. La objetividad, entonces, se revela tanto más evidente, cuanto más depende de la estructura sensoria más primitiva, cual es primeramente el tacto (sabemos cuan ilusoria es esta indiscutible realidad sensoria frente a la constitución científica de la materia), y después la vista, el oído, etc. Yo estaría por decir que es una función directa de la inferioridad del nivel evolutivo, *pues*



*cuanto más evoluciona el ser, necesariamente tanto más penetra, gracias a la ley de diferenciación, en el subjetivismo.*

Ahora, el método objetivo, si tiene la ventaja de llegar a conclusiones e interpretaciones más universales, parece construido, por su naturaleza precisamente para permanecer adherente, sin poder superarlas, a las apariencias más exteriores, a las estructuras e interpretaciones fenoménicas más rudimentarias y superficiales. Esta unidad de juicio es ventaja aparente, porque nos deja en la superficie, tiende a reconducirnos siempre hacia lo relativo, a lo particular, y no constituye absolutamente unidad de orientaciones y conclusiones, universalidad de concepciones que alcancen la sustancia de las cosas. El objetivismo nació fatalmente sin alas. Efectivamente, la ciencia moderna es incapaz de construir un sistema que contenga la explicación de todos los fenómenos y evidencie, por medio de ellos, el funcionamiento de la Ley universal.

El método objetivo es, en suma, la negación del método de penetración en lo profundo y en la sustancia de las cosas; me parece casi un lastre que se detiene abajo y corta automáticamente las vías del conocimiento, capaz de resultados utilitarios, pero impotente frente a resultados más profundos. El valor de la objetividad reside enteramente en este consenso humano que ciertamente no contiene la llave de lo absoluto, ni puede ser tomado como medida de las cosas. El verdadero consenso puede estar sólo en la voz de los fenómenos, que solamente el subjetivismo intuitivo sabe oír y hacer oír, haciéndola emerger desde el silencio del misterio. No puede dejar de nacer en el alma de quienes hayan oído esta voz, una confianza en otras pruebas que no son las de los sentidos y de los instrumentos, ni las ofrecidas por la aceptación de la normal psicología humana.

Pero hay más. El método objetivo se basa totalmente sobre un error fundamental de enfoque que le impide la penetración conceptual de los fenómenos. Este error consiste en la distinción entre el “yo” y el “no yo”, entre el sujeto y el objeto, entre la conciencia y el mundo exterior. Sobre este individualismo, hijo del egoísmo, se basa toda la psicología científica moderna. Ahora, se hace menester admitir que las duras necesidades de la psicología de lucha que la vida impone, no pueden ser trasladadas al campo de la investigación conceptual, en donde deben estar definitivamente superadas. Mientras en el método intuitivo la conciencia, haciéndose humilde pero sensible, consigue penetrar por vías interiores, desde su intimidad en la íntima esencia de los fenómenos, con el método objetivo la conciencia, permaneciendo autónoma y volitiva, suprime su sensibilidad y sofoca la voz de los fenómenos, choca contra ellos sin en ellos penetrar, deteniéndose en su superficie interior, de forma que no toca sino apariencias e ilusiones. El pensamiento de Dios que está en lo íntimo de las cosas se retrae, si es enfrentado con una psicología de duda y de violencia, al paso que se revela espontáneo a los que se aproximan con amor y fe. Tal es la ley de la vida.

El objetivismo es, pues, hijo de un preconcepto: un fundamental instinto humano. ¿Qué valor puede tener él, cuando es trasladado a la atmósfera rarefacta de la

concepción? Es de allí que procede esta orientación psicológica de destrucción. La distinción entre sujeto y objeto no es solamente separatismo que distancia y cava un insuperable abismo de incomprensión entre observador y fenómeno, mas es también claramente antagonismo, porque la observación parte, exactamente de la negación y de la duda, y como garantía de verdad toma precisamente la desconfianza, oponiéndose a la confianza y a la fe, es decir, asume una actitud mental que cierra, *a priori*, todas las vías de comunicación. Con esta psicología de agresión y negación, sólo se puede obtener destrucción conceptual y, delante del misterio, tinieblas y silencio.

Opuesto es el método del subjetivismo y de la intuición. Mientras el objetivismo distancia, éste aproxima; en cuanto el objetivismo diverge y separa, el subjetivismo converge y unifica. Este es verdaderamente el método de la unificación conceptual en la demolición absoluta del dualismo del método objetivo.

## VI

### EL MÉTODO DE LA UNIFICACIÓN

¿Cómo, entonces, resolveremos el problema del conocimiento?

Es en este punto que de nuevo él se conjuga y funde con el de la ascensión mística, porque el método de la unificación puede manifestarse solamente cuando la evolución de la conciencia alcanza la fase mística. En este plano ocurre el gran fenómeno de la unificación, que a seguir ahondaremos. Esto no podía dejar de tener efectos y repercusiones también en el campo gnoseológico. La evolución altera los métodos y dilata la conciencia. Y como había anulado la psicología racional en la psicología de la intuición, pasando de la fase lógico-científica a la fase que podríamos llamar inspirativa, así la intuición continúa y se completa en la unificación conceptual, del mismo modo que la recepción inspirativa continúa y se completa, como veremos, en la fusión unitaria de los dos términos de aquella recepción.

Alcanzado este plano, desaparece en la conciencia el dualismo del método objetivo. Se aproximan los dos términos – sujeto y fenómeno -, reabsorbida es la distancia hasta desvanecerse, soldada es la cisión, sanada es la disidencia entre los dos antagonismos, y abierta la comprensión. Aquí no nos ocupamos de este fenómeno de la unificación, a no ser por lo que de él se refleja en el problema del conocimiento. Cuando la conciencia, en la catarsis mística, no sólo se comunica casi radiofónicamente con la fuente nourica, como en la mediumnidad inspirativa, sino que tiene, por un proceso que examinaremos, a sobreponerse e identificarse con la fuente misma, entonces el contacto es tan íntimo e integral, que se adquiere espontáneamente el conocimiento, mediante un nuevo sentido de visión, y la verdad rebosa de todas las categorías de la razón, reduciéndose los esquemas racionales a

prisiones insuficientes para contener los conceptos. La conciencia trasciende los confines de la lógica y, con un sentido de inmensa dilatación, el pensamiento humano es sacudido desde sus fundamentos, en una revolución y renovación tan completas, que permanecen incomprensibles e inadmisibles para quien no los haya experimentado. La comprensión existe, efectivamente, en función de la amplitud y profundidad del campo de conciencia y de su grado de sensibilización.

Para resolver el problema del conocimiento es necesario alcanzar la universalidad del “yo”. Se hace menester abrir de par en par, mediante un acto de fe y de amor, con un sentido de completa sumisión, las puertas del alma, para proyectarse fuera de sí y para que el infinito en ella penetre. Ciertamente, es este un nuevo comportamiento en la psicología moderna; sin embargo es él necesario para la obtención de resultados nuevos. Solamente la identificación del “yo” con el fenómeno puede permitir la dilatación del primero hasta los límites del segundo; y cuando el fenómeno se trate del universo, su expansión no tendrá límites, como no los tiene la Divinidad. El abrazo del alma abarcará el infinito. Se lanzan lejos, entonces, las viejas muletas de la observación y se vuela. Es solamente a través de la evolución del sujeto, a través de renovaciones de conciencia, que se pueden obtener superamientos tan sustanciales. Se resuelve entonces el problema del conocimiento. En el nuevo modo de ser está implícito el conocimiento; la verdad se revela automáticamente, por visión, y se alcanza en una síntesis espontánea, simple, completa. Se deja atrás la observación sensoria, la presumida seguridad objetiva, como método rastrero, inadecuado, incapaz de una verdadera síntesis; se abandonan las tortuosas vías de la razón por la nueva sensación de lo verdadero, directa, inmediata, concluyente. Verdadera y palpitante es la visión; ya no es la fatigante conclusión oriunda de una destilación cerebral, sino que es conclusión viviente; en ella el universo vibra y exulta de pensamiento y de acción.

Con el disolverse del separatismo de la fase egoísta en la unificación de la fase altruista, caen las barreras del dualismo del método objetivo. La verdadera, única y radical solución del problema del conocimiento sólo puede ser obtenida mediante la transferencia de la conciencia hacia un plano superior de evolución. El problema filosófico no puede ser aislado ni resuelto independientemente de la realidad biológica y psíquica. Él reside en la personalidad humana y con ella avanza; su progreso no puede ser más que un momento del progresar de ésta. Es necesario romper el círculo de los impulsos instintivos, así como los vínculos de la psicología racional y de las concepciones habituales. Así como el misterio de la unificación en la ascensión mística es fenómeno natural que se desenvuelve según una técnica propia de desarrollo, así también es la conquista del conocimiento.

Aparece entonces un dualismo psicológico entre las dos formas de pensamiento: la racional y la intuitiva elevada a visión. Las dos formas de ver son distintas: la mayor comprende a la menor, pero la menor no comprende a la mayor. Quien esté fuera de esta más alta realidad la tomará seguramente por ilusión, hasta que la conquiste por evolución. Se considera irreal todo lo que está fuera de la propia experiencia. Las dos

formas de ver alcanzan profundidades distintas y, consecuentemente, ven en la misma verdad aspectos diversos. Los dos puntos de vista estarán necesariamente divididas por una acusación de incomprensión, porque las dos conciencias son distintas y la extensión de las recíprocas sensibilidades es la única medida de su respectivo cognoscible. Sin embargo, si la psicología superior puede penetrar la inferior y no viceversa, esta última, aún negándola, no puede dejar de girar entorno de la otra, por un vago presentimiento de la verdad, por un deseo que incesantemente clama en el alma por descubrir el misterio. Pues que la tiniebla no satisface a la vista ni el silencio al oído, ni la ignorancia al intelecto, y nadie puede estar satisfecho con su negación, ni sentirse contento con la realidad que posee sin jamás desear más amplias realizaciones. También la incomprensión de lo ignoto constituye un vago tormento que estimula a salir de ello.

El método de la intuición contiene en sí los elementos aptos para compensar aquello que puede parecer un punto débil; es decir, el subjetivismo. ¿Cómo podremos compensar la pluralidad de las concepciones y las disonancias de las contradicciones que de aquel subjetivismo derivan? La filosofía, precisamente allí donde el pensamiento, elevándose y abstrayéndose de la simple averiguación objetiva, llega a ser necesariamente subjetivo, es un mar de inconciliables divergencias que desorientan al espíritu, dando la sensación de ser absurda la búsqueda de la verdad. ¿Es, por tanto, el subjetivismo divergente e incapaz de alcanzar la verdad?

Fue exactamente como reacción a todo esto, que la ciencia mutiló su comprensión en la objetividad, con el fin de alcanzar una verdad igual para todos. Mas es evidente que el conocimiento gana en profundidad y potencialidad, a medida que pasamos del mundo exterior al interior. No es bajando al primero, sino elevándose al segundo que se gana en la conquista de la verdad. Es precisamente allí, cuando apenas nos separamos de la superficie sensoria y progresivamente nos aproximamos cada vez más a la íntima sustancia, que comienza el subjetivismo, es decir, la verdad y la divergencia de las expresiones individuales. ¿Cómo conciliar estas dos posiciones opuestas? ¿Las vías del conocimiento están en la subjetividad y las vías de la objetividad son las vías del separatismo intelectual que parece alejarse de la unidad del conocimiento? La conquista de la verdad debe, por tanto, para a través de esta contradicción y saberla conciliar.

Una verdad igual para todos no puede ser más que una verdad de superficie. La búsqueda de una verdad más profunda lleva a la divergencia. Pues bien, lo importante, entonces, es saber comprender antes y después coordinar y reorganizar aquella divergencia.

Es natural que las apreciaciones cambien a medida que subimos, porque tanto más, entonces, se despierta y mueve el “*yo personal*”, es decir, el individualismo múltiple en que se refleja la verdad de lo absoluto. Éste permanece simple y monista, y nada pierde de su carácter unitario, expresándose en la infinita variedad de lo relativo. Debemos recordar que el “*yo*” que concibe es un relativo en evolución.

Preciso, entonces, se hace que superemos esta divergencia y reconstruyamos la unidad de la sustancia. Es necesario que no nos intimidemos frente a esta aparente inconciabilidad, a esta disonancia de interpretaciones; debemos empeñarnos, a través de la coordinación de las expresiones de lo relativo, en reconstruir la trama unitaria de lo absoluto. La cisión está en la manifestación humana, no en la sustancia. Reorganicemos los reflejos particulares y reconstruyamos los aspectos de la única luz. De la fusión de las visiones unilaterales saldrá un mosaico que nos ofrecerá los delineamientos del modelo divino. Y las varias intuiciones del subjetivismo se alcanzarán por amplitud y profundidad; las verdades relativas se coordinarán, las menores detrás de las mayores, hasta las más comprensivas y más puras, aquellas que más hayan podido acercarse a la sustancia y hayan conseguido hacerla transparecer más. Serán considerados como tantos rayos de luz, cada uno de los cuales representa el signo de un lenguaje eterno e infinito, la palabra de un sermón divino. Serán consideradas sucesivas aproximaciones del alma humana, que asciende entre tinieblas y luchas a lo largo del mismo camino de la verdad, de lo relativo a lo absoluto, del análisis hacia la síntesis, remontando con su propio esfuerzo espiritual, las vías de la unificación. Y por unidad de medida e índice de verdad se tomará, no la objetividad o el juicio de la mayoría, sino el grado de purificación del ser que, en su evolución se aproxima a Dios.

Déjese también florecer en mil formas el jardín de la intuición. Cada flor distinta será igualmente bella y expresará una revelación. Se verá, entonces, que en esencia cada flor en su variedad, traduce la misma eterna belleza y canta la misma infinita sabiduría. La flor más perfecta y más pura nos hablará dulcemente, con transparencia más evidente; la más ruda y primitiva mal sabrá balbucear. Una, sin embargo, es la palabra, porque uno son el plano de la creación y el pensamiento de Dios. Y entonces, a través de la multiplicidad, bella, porque es rica, del subjetivismo, espontáneamente se volverá a la unidad en que el separatismo de nuevo se unifica y el “yo” se funde en el Todo, sin destruirse, como colaborador que se dio a sí mismo por la reconstrucción del gran edificio del conocimiento. A esta altura, se verá coincidir en la profundidad, en el mismo cántico que es la voz de Dios, las escindidas intuiciones personales.

Entonces, la multiplicidad y diversidad de los juicios no son más que el índice señalador de la distancia entre la intuición y la única fuente central. Cuanto más se perfecciona el ser, tanto más sensible y potente se torna el instrumento conciencia, y tanto más evidente se hace la unidad conceptual de lo verdadero. La disonancia de las contradicciones es, pues, debida únicamente al empañamiento del espejo reflector y es dada por el grado de impureza del medio receptivo; las cisiones en las conclusiones indican el grado de corrupción del pensamiento y la distancia que dicha corrupción cava entre dicho pensamiento y Dios. La armonía, que es perfecta en el Centro, se corrompe a medida que se aparta en la imperfección de la resonancia de la periferia. Es la ignorancia humana la que irradia desorden, es la involución la que genera el caos.

Existe, por tanto, solución para el problema: basta que progreseemos, que superemos la zona de las primeras desordenadas aproximaciones de la intuición. Encontraremos, entonces, espontánea y automáticamente, la unidad de lo verdadero. La evolución y solamente la evolución nos puede dar y nos dará, necesariamente, la unificación. Solamente por la evolución se puede pasar de la ignorancia al conocimiento, de la separatividad a la unidad. La involución es tiniebla que divide, la evolución es luz que unifica. En la involución enmudece la verdad sofocada en el medio denso que no permite transparencias. La evolución coordina, reorganiza, armoniza y con esto reabsorbe las divergencias y torna más evidente la realidad de lo verdadero.

No se debe, pues, condenar y abandonar el subjetivismo intuitivo, sino hacerlo evolucionar, purificarlo, conducirlo siempre más hacia lo Alto, hasta reencontrar en esto la unidad. Así, él permanecerá siempre como la vía maestra del conocimiento. Coordinar, pues, las actuales intuiciones para reconstruir la verdad; pero por encima de todo subir, haciendo evolucionar la conciencia, para aproximarse a la verdad. Es necesario subir, también por humildad de corazón, por pureza de intenciones, por sublimación de pasión. Es necesario, para hacer evolucionar la conciencia, atravesar la catarsis mística, que es el centro de este estudio. En un corazón corrompido no puede nacer más que soberbio lenguaje de una sabiduría, además de disidencia, confusión, incomprensión. He allí las estériles logomaquias de algunos filósofos.

Una y simple es la verdad. Pero para verla toda en su unidad y simplicidad. Es necesario saber alcanzar su altura; no se puede pretender traerla hacia abajo, hacia nuestro nivel humano, sin ensuciarla y falsificarla. La verdad, la solución de los misterios, la visión del pensamiento de Dios no se consiguen mediante poderosas organizaciones, por laboriosas disquisiciones o a través de prepotencia de lógica y de razón, sino siguiendo las vías de las ascensiones del espíritu, que son las de la catarsis mística.

## VII

### **ESTRUCTURA DEL FENÓMENO MÍSTICO**

Hablé de mediumnidad, de ultrafania. Hablo ahora de misticismo, considerando, en sus formas, los índices y los exponentes más ostensivos de esta evolución espiritual, que es el problema central de todo mi estudio, como lo es de mi vida. Delante de estas consecuencias, llevadas hasta el campo de los métodos para la conquista del conocimiento, se evidencia y se constata la importancia de tales cuestiones, una vez que tan gigantescas repercusiones se proyectan hasta en el campo práctico de problemas de orientación conceptual, tan graves, tormentosos y todavía hoy no resueltos.

Superados estos corolarios de índole filosófica en los cuales me he detenido, no sólo por su importancia intrínseca, sino sobre todo para encuadrar mejor el fenómeno místico en el conocimiento moderno y justificar su técnica de pensamiento frente a la psicología racional, retomemos ahora más particularmente el análisis de su desarrollo y metas conclusivas, dentro del ámbito trazado en la definición de “Ascensión Mística”, dada al principio del Cap. III.

La solución del problema del conocimiento no es más que un aspecto de la transhumanización que se realiza en la ascensión mística, la cual implica una transformación tan profunda del ser, que llega a cambiar y resolver todos los problemas humanos. Cuando el espíritu llega a este nivel, el simple fenómeno inspirativo desaparece progresivamente reabsorbido, como el menos en el más, en el fenómeno de la unificación que aquí no es sólo una técnica de pensamiento, método para alcanzar el conocimiento, sino que constituye una transhumanización de la personalidad, reabsorción de lo distinto en el Todo, de la conciencia en la Divinidad. Entonces, la simple recepción nourica se torna visión y éxtasis, ya no será solamente una comunicación de pensamiento, sino una expansión total del ser en todas sus capacidades. Para muchas psicologías, este campo estará situado en la zona de lo superconcebible.

Para comprender el fenómeno místico, necesario es reconstituirlo desde el principio, orientándolo ante todo, en el seno de la fenomenología universal. Es él fenómeno psicológico, fenómeno de evolución biológica que partiendo de las superadas fases orgánicas, continúa en las superiores fases de evolución espiritual. Es, pues, fenómeno universal, lógicamente situado en el desarrollo de la ley de evolución, natural, necesario, insuprimible. Es supranormal solamente en sentido relativo, es decir, en relación con la actual posición evolutiva de la conciencia humana. Es, como lo son todas las cúspides, poco común, poco visible y difícilmente concebible para los que se encuentran en los bajos planos de la mediocre normalidad actual. Lo vemos, en efecto, surgir en todos los tiempos y en todos los lugares, de un extremo al otro de la Historia y del mundo. Cada tipo intelectual le imprime, según su específica diferenciación, la nota particular de su personalidad y lo plasma, transforma y adapta a sí, a su raza, a su tiempo. Pero el fenómeno subsiste, como momento integrante de las leyes de la vida, sobre cuyo umbral parece fatal que la evolución humana deba asomarse como a una gran curva de su trayectoria, llegada al momento de su superior maduración. Nada, pues, de milagroso, de excepcional, de gratuito y arbitrariamente concedido por el cielo. En todos los fenómenos y sobre todo en aquellos que se elevan hacia Dios, sentimos cada vez más la presencia de un orden, de una justicia, de una armonía divina. Esto no significa falta de fe y de religión, sino simplemente seriedad, positividad, conformidad con la justicia.

Explicué científicamente en “La Gran Síntesis”, en los capítulos que tratan sobre la teoría de la evolución de las dimensiones<sup>(1)</sup>, cómo el espíritu humano, por evolución, asciende desde la actual fase de conciencia hacia la fase de superconciencia, que es la

---

<sup>(1)</sup> “La Gran Síntesis”, caps. del XXXIV al XXXVII (N. del T.)

primera dimensión del sucesivo universo trifásico hacia el cual evoluciona el actual, trino en sus planos de desenvolvimiento: materia, energía, espíritu. Ciertamente, el ingreso de la psiquis humana en esta nueva dimensión del ser, aquí ya absolutamente supermaterial o supersensoria, es para ella un hecho tan nuevo y grandioso, que la simple presentación en el umbral de la nueva dimensión y del novísimo modo de ser basta para darle una profunda sensación de vértigo, como le sucede a quien se asoma sobre el abismo del misterio. Éste parece hecho de tinieblas, pero no pasa de ser más que un inexplorado mar de nuevas sensaciones.

Más adelante expondré el fenómeno en términos de sensación, cual lo vivieron tantos místicos, en concordancia con las líneas fundamentales, como yo mismo lo he vivido y cual objetivamente lo describiré, pues que, como he dicho, yo realizo en este escrito el análisis de realidades para mí experimentales, deducidas no solamente de atrás, sino sobre todo de “mi” observación.

Antes, sin embargo, de abandonarme al ímpetu lírico del momento místico, debe expresarme aquí en términos de ciencia y de razón, exponer la posibilidad lógica del fenómeno, de modo que él se torne racionalmente admisible también para los que no lo sienten, para los que no han llegado allí por evolución y, por tanto, no estén aptos para comprenderlo, a no ser en los fenómenos de su psicología racional. Podremos, así, analizar y comprender con la moderna forma mental de la ciencia, un fenómeno que parece relegado a las más altas e inaccesibles zonas del espiritualismo y de las religiones. Él aparecerá, de esta manera, en su realidad desnuda, no cual privilegio o concesión de lo Alto, ni como un monopolio privado, sino más exactamente, como vía abierta a todos los hombres de buena voluntad. Aparecerá cual es, o sea, como fenómeno exacto, objetivo, cuya ley es posible trazar (como haremos) y que se verifica espontáneamente todas las veces que de él se presenten las condiciones determinantes. Él no ocurre por acción de caprichosas voluntades extra cósmicas, mas representa el normal desarrollo funcional del universo en sus planos más elevados. Reconstruyamos, pues, a través de la observación, la ley del fenómeno.

Para así proceder, reduzcámoslo a su más simple expresión, a su esquelética estructura vibratoria. Vibración significa, en el mundo hiperfísico en el que ahora ingresamos, un verdadero modo de ser, una fundamental cualidad capaz de individualizar la forma en tipos específicos nítidamente definidos. Lo vemos, por ejemplo, en las ondas hertzianas. Los seres situados en el plano físico, es decir, en la forma orgánica de un cuerpo materia, se distinguen los unos de los otros por las cualidades de este involucro, por los límites de la dimensión espacial en la que está situado, por su impenetrabilidad, por sus características sensorias. Pero existen, indudablemente, formas de existencia hiperfísicas, de conciencia supersensoria libre del involucro orgánico. Ahora, cuando pasamos de un organismo físico regido por un principio dinámico, a un organismo de estructura exclusivamente dinámica, cuando el cuerpo no está ya constituido de materia, mas es solo energía, entonces la individualización específica personal, aquella que distingue, no puede ser dada por el cuerpo y por sus características físicas. Entonces, lo que individualiza es el tipo de



vibración que constituye la manifestación de vida del ser, es la particular forma de energía según la cual él se agita, son las características de la onda por la cual esta vibración se define.

En tales formas de vida está situado, tanto el espíritu desencarnado (y tanto más cuanto por evolución esté libre de sus involucros más densos), como aquella parte del hombre que es pura conciencia o espíritu, y lo estará igualmente más, cuanto mejor haya logrado superar la zona barónica de las más bajas pasiones y alcanzado los más altos planos de evolución, aunque sea en especiales estados ultrafánicos. Entonces, el “yo” solamente existe en la forma de este dinamismo que ha superado las dimensiones espacio y tiempo.

Ya explicamos, en “La Técnica Funcional de las Noures”<sup>(1)</sup>, como puede ocurrir la comunicación entre centros psíquicos puros (en aquel caso: corriente de pensamiento y conciencia del médium). Esto se da gracias al fenómeno de resonancia, que es ley universal con repercusiones hasta en el campo acústico. Ya vimos que este fenómeno es la base de la transmisión y recepción nourica, y que para que él se realice, los dos términos, transmisor y receptor, deben entrar en sintonía, es decir, armonizarse según el mismo ritmo vibratorio. Vimos que es necesaria una comunión de vibración, pues que, si ésta es semejante, podrá coincidir y sobreponerse; si es desigual, no habrá ninguna resonancia y, por tanto, ni sintonía ni comunicación serán posibles. Y de hecho, habíamos tomado la afinidad como condición necesaria para la transmisión y captación nourica.

Las conciencias o espíritus son, pues, semejantes o desiguales por las características vibratorias. En el nivel físico, dos o más seres que vibran perfectamente al unísono y se sienten uno solo, por instintos, sentimientos, pensamientos, permanecen sin embargo inexorablemente distintos por su apariencia humana, sin posibilidad de sobreponerse y coincidir. Si les suprimimos el involucro, ellos aparecerán y se tornarán en lo que realmente son como conciencias, es decir, un ser único, sin posibilidad de distinción. Si los situamos en su posición de espíritus, ellos se confundirán en el mismo tipo de vibración, así como dos sonidos idénticos emanados de dos fuentes distintas forman el mismo sonido. He allí por qué muchas veces se hace difícil la llamada identificación espirita, precisamente porque en más altos planos, el concepto de personalidad en sentido humano no tiene ya significado. En aquellas zonas de evolución espiritual los seres se ligan por resonancia, en forma de existencia colectiva, es decir, existen en forma de corrientes de pensamiento. Por eso, apenas emergemos en esa atmósfera conceptual de la evolución, encontramos Noures y no individualidades separadas, como nos induciría a suponer la analogía con el mundo humano.

En la descripción de la técnica de la recepción nourica, ya se contenían las semillas de este desenvolvimiento. Y como el fenómeno inspirativo evoluciona y se completa

---

<sup>(1)</sup> En el volumen “Las Noures”, del mismo autor, cap. V. (N. del T)

en el fenómeno místico, así la simple comunicación naurica aquí se completa en la identificación de conciencia, que es unificación de personalidad. En el campo acústico, el fenómeno de resonancia, que habíamos tomado como punto de partida de aquella técnica, es precisamente una afinidad dinámica, una identificación de modo de ser, una superposición de individualidades. La sintonía es siempre la base del mismo fenómeno en continuación, pues armonizarse es su ley, para, primero, llegar a la comunicación, y, después, a la unificación, que es el centro del fenómeno místico. Entonces las dos conciencias vibran al unísono, es decir, existiendo en idéntica forma, pierden toda nota distintiva, la adquieren como identificación y se funden en la misma unidad.

Todo el fenómeno místico se realiza, pues, mediante un proceso de atracción que tiende a acortar las distancias dadas por la diversidad, es decir, a suprimir las diferencias; contiene un método para la conquista de la afinidad, para llegar a la unificación. Es este un proceso de amor, el gran resorte impulsor de la ascensión mística, como es la columna central del edificio de la evolución. En el mundo espiritual, los seres que entonan la misma nota y emiten la misma luz, se forma la misma música y el mismo esplendor; los seres que se mueven según el mismo tipo dinámico funden su movimiento, se unifican, es decir, son la misma conciencia.

## VIII

### COROLARIOS – FE Y RAZÓN

Estas simples afirmaciones nos ofrecen la llave del fenómeno de la ascensión mística y de sus respectivos corolarios espirituales. Vibración, resonancia, sintonización, afinidad, unificación, son sus etapas lógicas y evidentes. Más hacia lo Alto, como ya dije en “La Técnica de las Noures”, tendremos equivalencias superiores de la vibración, pero el principio es idéntico. Cuando se piensa que en la ascensión mística, el segundo término es verdaderamente la Divinidad, puede imaginarse desde ya que vértigo de exaltación de conciencia puede aquella ascensión representar para la personalidad humana que la emprende. Se sigue inmediatamente de allí que la ascensión está en las vías del perfeccionamiento espiritual, según el modo más elevado, y que los vértices de las conquistas morales le son la meta natural y necesaria.

Los místicos hablan siempre de Dios y de amor, de unión, de nupcias espirituales del alma con Dios. Nos compete llegar racionalmente a la explicación de esta terminología y psicología que ellos no explican. Allí vemos funcionar todo el mecanismo vibratorio del pensamiento, de los sentimientos, de las pasiones.

A través de señales positivas y negativas vemos formarse simpatías y antipatías, armonías y disonancias, atracciones y repulsiones. Allí están las grandes fuerzas del amor y del odio, que se encuentran en las bases de la vida.

Pero la ascensión es fenómeno de evolución, y por tanto de armonización y unificación; es sobre todo amor. En la ascensión mística se establece esta corriente de atracción entre lo Alto y lo bajo, y entre lo bajo y lo Alto, y con esto se revela en términos de razón el más grande misterio, que es el descenso hacia el hombre del amor de Dios. Veremos que maravilloso juego de luces espirituales nacerá de estos fenómenos. El principio de sintonización y de afinidad impone el proceso de purificación, la necesidad de hacer el vacío abajo, en el mundo de la materia, que se relega al pasado, para que haya espacio que dar a la vida en un nivel más alto. Nace entonces la lucha interior de la renuncia, la fatiga de la virtud, el dolor que dilacera los ligamentos del espíritu, el separamiento de las pasiones, la destrucción del “yo” humano y la resurrección en Dios del “yo” superhumano.

El principio vibratorio en el que se basa el fenómeno, nos induce a comprender las vías de la liberación, a comprender por qué se deben guiar y no destruir las pasiones, por qué es necesario llegar a su dominio y no esterilizarse en su simple destrucción. Es necesario reconstruir la vibración que se detiene, reconstruirla en un movimiento más intenso, para que sea vida y no muerte. Es necesario transformar, reedificar, renacer continuamente, afirmar vigorosamente y, diré más, gozar, vivir, amar en lo Alto y no solamente sufrir y morir abajo. Mi misticismo es alegre, constructivo, dinámico. Es absurdo cierto misticismo conventual, hecho sólo de árida renuncia, que niega, mata, destruye y nada deja más allá de un vacío. Es absurda cierta contemplación que muchas veces encontramos en Oriente, que aísla al hombre en su egoísmo de espíritu y lo segrega del mundo, sin reintegrarlo de forma activa, actuante para el bien en la vida de todos.

Comprendemos, así, el mecanismo de la renuncia y de la conquista. Cada quien se hace esclavo de aquello que ama, y cuando se trata de cosas materiales, el corazón se liga a lo caduco y a lo ilusorio, se condena a nuevos sufrimientos hasta que llegue a comprender, a fin de dirigirse a metas más seguras. Es el principio vibratorio, por el cual se establece una corriente de atracción entre los dos términos, el “yo” y el objeto de su amor, el que nos explica la génesis de la conexión. Son potencias sutiles pero también reales, que después se hace necesario demoler. Real también es el dolor. El hombre está vinculado, es arrastrado hacia todos lados tormentosamente por estas conexiones imponderables que él mismo ha establecido. También aquí se nos presentan los mismos términos del fenómeno, es decir: vibración, sintonización, afinidad, unificación. Y nuestro corazón sufrirá la suerte del objeto de su unificación. La comunicación de vibraciones nos torna semejantes a lo que amamos: el objeto se coloca en lo alto y el alma lo sirve. He allí la razón mecánica por la cual es necesario apartarse de la Tierra, la que nos hace comprender cómo los sentimientos, las pasiones, las atracciones, generan fusiones que pueden, según la naturaleza del objeto, ser vínculos de alegría y de dolor.

Comprendemos así el fenómeno y el significado de la fe. Concibo la conciencia como una unidad radiante; el “yo” evoluciona como nore que tiende perennemente a la difusión, a la dilatación de sí misma, que es centro de emanaciones continuas. ¿Cómo, pues, se rompe el círculo cerrado de la razón y se penetra en el cielo de la intuición y de la visión? ¿Cómo se conquista, con los limitados medios de una dimensión conceptual inferior, el dominio de la dimensión superior? Con la fe. La técnica vibratoria nos da la clave del misterio.

La razón es objetiva. Quiere, antes de creer, asegurarse, y sólo bajo su control, confiar. Pero el método de la prudencia y de la seguridad no es el método del vuelo. Y aquí resurge el incesante antagonismo entre mi forma de pensamiento y la del racionalismo científico, en continuo, estridente e inconciliable contraste. Y, sin embargo, el primero es el sistema de los místicos, de los genios, del Evangelio, de las grandes creaciones del espíritu, es el método que se basa en el perfeccionamiento del órgano central de la concepción, la conciencia, hecho fundamental del que la ciencia se aparta. Si no rompemos por evolución el círculo en que se encerró la razón, ésta jamás saldrá de él, y dentro de él, sin poder evadirse, retornará siempre sobre sí misma. Y romperlo por evolución significa introducir en la conciencia factores nuevos que dilaten su potencialidad. El acto psicológico a través del cual se introducen estos factores nuevos se llama *fe*.

¿Para qué sirve permanecer en el campo de la positividad y de la seguridad, si éste es tan limitado y no ofrece posibilidades de expansión? La verdad universal está ya totalmente lista y presente, con las puertas abiertas de par en par delante de nuestros ojos. Crearla no es lo que nos corresponde hacer, sino desenvolver la vista para poderla ver. Se retoma, pues, el problema mediante una transformación de conciencia, porque ésta llegará sólo hasta aquella zona en que será capaz de existir. Esta es la barrera pacífica pero inviolable que detiene a los inmaduros, a los indignos. La ley les pone un velo delante de los ojos y su violencia permanece impotente; la verdad queda fuera del campo de su conciencia.

Cada quien debe decir: “*Me corresponde saber subir cualitativamente*”. Porque el conocimiento es un estado vibratorio de sintonización que se alcanza armonizándose por las vías de la bondad, de la ascensión espiritual. Ahora, aquel que en vez de seguir estas vías y ponerse en estado positivo de confianza que establece la resonancia, se coloca en estado vibratorio negativo de duda y de desconfianza, que se aleja en la disonancia, cerrará para sí mismo, automáticamente, las puertas del conocimiento.

Apliquemos siempre los mismos conceptos: *vibración, resonancia, sintonización, afinidad, unificación*. Por estas vías el espíritu consigue fundirse tranquilamente en la verdad. Entonces se puede comprender que el problema del conocimiento en su esencia e integridad, en un problema de unificación entre el “yo” humano y la Divinidad, representa un problema de ascensión mística, de revelación, porque en nuestra conciencia aquella Divinidad está limitada solamente por nuestra capacidad de concebir y de entrega a nuestra alma en relación a su potencia de armonización.

Pero cuando es alcanzada la sintonización y completada la unificación, la verdad entonces se torna un cántico divino, una armonía suprema, un incendio de amor en el que el alma ya no se siente a sí misma como cosa distinta.

Esta concepción vibratoria nos muestra mecánicamente que en el amor de Cristo reside el gran camino de las ascensiones humanas. El Evangelio es el método de la armonización universal; en él, como en ninguna otra parte, transparece la Divinidad en la poesía sublime de su amor. Se trata precisamente de transparencia y ésta se conquista en la ascensión mística.

Si nos colocamos en posición de resistencia, en estado vibratorio cerrado, como si nos reusásemos a subir, entonces nosotros mismos nos detendremos y nos privaremos de la recepción amplificadora que desciende de las corrientes vivificantes esparcidas en el Todo. La razón es un círculo de fuerzas cerradas, es un egoísmo conceptual que no sabe salirse de sí mismo, no se da por simpatía y no conoce las vías vibratorias de la atracción que llevar a la fusión en el “*no yo*” y, por tanto, a su dilatación hasta él. Necesario se hace descomponer este equilibrio y reconstruirlo en una forma más alta y completa, no obstante que sea más inestable y, sin embargo, en su inestabilidad, más dinámica. Y la fe es el primer salto hacia el frente.

En instantes de tormentosas dudas, he interrogado a lo más profundo de mí mismo, diciéndome: “¿Cómo puedo confiarme a un imponderable que en mí todavía no existe y al cual debo yo mismo crear?” Y lo profundo me ha respondido: “Cree, porque sólo tu fe, base de impulsos ascensionales, tornará objetivas y tangibles aquellas realidades más altas que hoy se te escapan”.

No se trata de fe loca, del *credo quia absurdum*<sup>(1)</sup>, desesperada capitulación de la razón que, sin embargo, pretende ser siempre la única en hablar, hasta fuera de su campo. ¡Que ésta desaparezca de una buena vez, que se repliegue sobre sus garabatos y permanezca encerrada en su ámbito, como reina, pero sin pretender otros reinos! La fe no es una renuncia a las facultades de pensar, como puede parecer a quien sea incapaz de alcanzar este nivel; ella es más bien un estado de gracia que ve y conoce por otros caminos y conserva en sí su alegría infinita; es una donación en que nada se pierde, porque a aquel amor y a aquella confianza responde, donándose a su vez de retorno, el universo; no es ceguera sino para los ciegos, porque en aquella ceguera se abre la visión, se revelan los cielos y aparece fulgurante el pensamiento de Dios.

La fe es, pues, un acto creativo por excelencia que acompaña la realidad en formación, que voluntariamente puede y sabe anticipar los futuros estados de la evolución. Dentro de nosotros, en lo profundo de nosotros, ya reside la semilla de los

---

<sup>(1)</sup> “Creo porque es absurdo”. Frase de origen desconocido, dice Paulo Rónai. Posiblemente adaptación de palabras de Tertuliano. Impropiamente atribuida a San Agustín, esta expresión define la fe en oposición a la razón, conforme a un concepto generalizado en la Edad Media. (N. del T.)

infinitos desarrollos de lo divino. Es necesario agitarla dentro de nosotros, y el primer impulso debe ser nuestro. En el “yo” existe la potencia para elevar estos ejes dinámicos, para ampliarlos como torbellinos de fuerzas, atrayendo y asimilando infinitas corrientes universales. Con la fe podemos creer antes de sentir, afirmar antes de conocer, querer antes de ser. Absurdo, dirán. Así es, entre tanto, que sentimos, conocemos y existimos; con anticipación volamos donde otros caminan. De allí emerge una creación imposible de otra forma. Entonces se forma con anticipación el estado vibratorio, y se le excita la resonancia que, amplificándose en un continuo retumbar, nos transformará y transformará en aquel modo y plano de vida, a donde queremos ascender.

Así como el sol es un torrente de luz y de fuerza que se irradia por todas partes, pero que sólo se utiliza y valoriza cuando incide sobre un germen receptivo, así también Dios es torrente de pensamiento y de energías que fructifica solamente cuando es recogido por la resonancia de un alma preparada. La fuente es un Todo y de ella descienden no sólo conocimiento, sino bondad, acción, poder. Pero debe ser el “yo” que, con un acto de fe, abra los brazos, abra las vías para la absorción conceptual y dinámica en todas sus modulaciones, ejecute el trabajo de proyectarse para captar, ceñir e introducir. Fecundado así por la divina resonancia, nutrido por estas respuestas, el estado vibratorio se estabilizará y se formará la aptitud, la cualidad, el modo espiritual de ser que después se fija con la repetición, convirtiéndose en hábito, instinto, necesidad. Entonces el influjo divino representa una potencia eternamente activa en la obra de la creación.

## **IX**

### **DIAGRAMA DE LA ASCENSIÓN ESPIRITUAL**

Para penetrar más profundamente en el problema de la ascensión mística, retomemos los conceptos ya expuestos, fijándolos cuanto nos sea posible, en un diagrama. De esta manera obtendremos gráficamente la evidencia del fenómeno en sus líneas más expresivas, su definición en forma más sintética e intuitiva; una estructura gráfica que nos dará su técnica funcional y su ley. Hemos colocado el fenómeno de la ascensión mística en el seno del fenómeno de la evolución, como su parte integrante y central. Así, la ascensión mística se proyecta sobre el fondo grandioso del mayor fenómeno del universo. Hemos visto cómo el principio vibratorio, individualizando al espíritu, permite, por resonancia, la sintonización y cómo, por la estabilización de ésta en un estado de afinidad, guía al ser al último término de la ascensión, la unificación con Dios. Por tanto, en el seno de la evolución llegada a su superior fase espiritual, la ascensión mística es el fenómeno en marcha progresiva hacia la unificación. Procuro, así, guiar gradualmente al lector a la comprensión racional, y después, a la sensación de este supremo vórtice de ascensiones en el que está presa mi alma. En esta concepción alcanzo el conocimiento por sintonización con corrientes nouricas, operando con el método de la intuición.

Observemos el diagrama anexo y expliquemos su significado y desenvolvimiento, imaginando construirlo tal cual efectivamente él surgió en mi mente (Fig. 1).

El diagrama expresa, por coordenadas ortogonales, la ley de variación de la evolución en función del tiempo. Más exactamente, tenemos gradaciones de evolución sobre el eje vertical de las ordenadas y gradaciones de tiempo sobre el eje horizontal de las abscisas. Por tiempo entiendo, no la dimensión temporal que en las superiores zonas de evolución es superada, sino el ritmo del transformismo fenoménico, que es hecho universal y subsiste por todas partes, cual paso que señala el camino del eterno devenir. Especificaremos más adelante cuales son los grados de evolución.

De allí resulta una V de progresiva abertura, cuyos brazos son tangenciales a los círculos sobrepuestos. Considerando la coordenada vertical, indicadora de la evolución, repetida más a la derecha y elevada, en cambio, a lo largo de los centros de los círculos, tendremos un diagrama simétrico, es decir, un diagrama cuya mitad derecha se repite en la mitad izquierda, a los lados de la referida línea, apareciendo en la forma mucho más expresiva de una V que se abre hacia lo alto.

La serie de los círculos y tangentes que se repiten lateralmente expresan la repetición del fenómeno en su marcha en individualidades idénticas y contemporáneas, es decir, expresados en el mismo ámbito de desarrollo. Esta repetición del diagrama en casos colaterales es necesaria para establecer las relaciones entre las varias individuaciones del fenómeno.

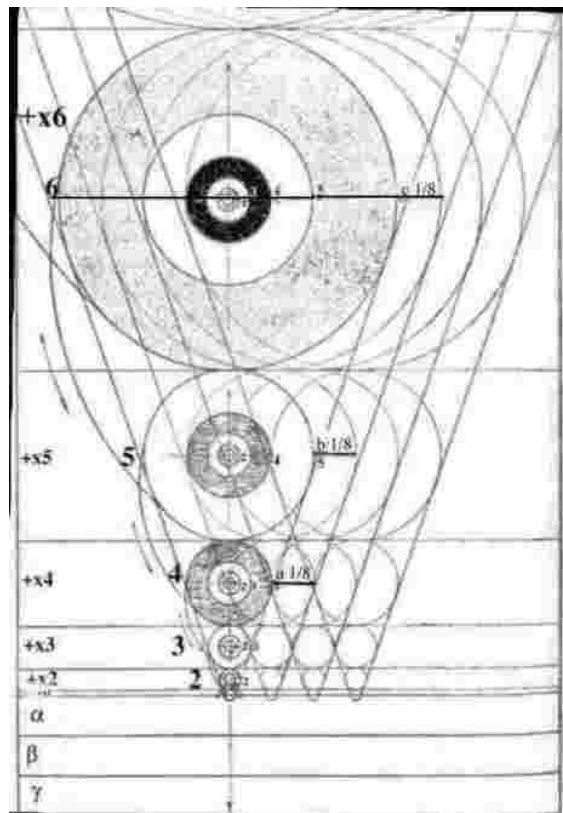


Figura 1

La progresión ascendente de los círculos no es más que un diagrama injertado en el precedente, según los mismos ejes de desenvolvimiento y cuyas mismas coordenadas podrían repetirse, partiendo del centro de cada una de las sucesivas circunferencias. Obtenemos, así, la expresión del desarrollo interno del fenómeno, cual está comprendido en la abertura conforme de las dos tangentes divergentes, y la expresión de la causa determinante de esta abertura, a medida que se asciende hacia las más altas zonas de evolución. Se comprenderá este diagrama, observándose que él no expresa más que el progresivo abrirse de una espiral, cuyo centro, por comodidad de observación y de evidencia de expresión, se disloca progresivamente hacia lo alto a lo largo del mismo eje, y recordando que este diagrama no es más que aquel del desarrollo de la trayectoria típica de los movimientos fenoménicos (Fig. 2)<sup>(1)</sup> aplicado y repetido en este caso particular, con el supracitado desplazamiento de centros. Es evidente, en efecto, que también este particular fenómeno de la evolución de conciencia o ascensión espiritual que aquí estamos estudiando, deba expresarse con la misma línea en la espiral que es la trayectoria típica asumida como expresión abstracta y universal de la marcha de todo fenómeno. Así, el diagrama de la Fig. 1 indica la misma progresiva cobertura de zonas (trazadas), como en el diagrama de la Fig. 2 (en esta es, al contrario, concéntrica), cobertura que indica, en uno como en otro diseño, las zonas sucesivas de expansión del fenómeno.

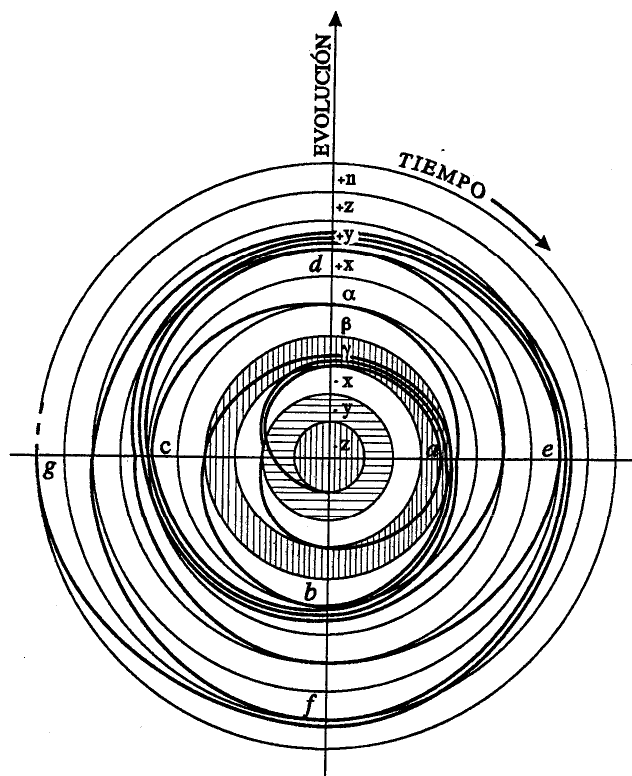


Figura 2

<sup>(1)</sup> Consúltese “La Gran Síntesis”, cap. XXVI (La Trayectoria Típica de los Movimiento Fenoménicos) y la Fig. 1 de “Las Noures” (N. del A.). Véase también el cap. II de Las Noures “El Fenómeno” (N. del T)



Es esta la explicación analítica que, sin embargo, en su originaria fase intuitiva, fue en mí instantánea. Veamos ahora el significado de estos signos. Tenemos, pues, tres diagramas fundidos conjuntamente: el primero es dado por las dos líneas divergentes en forma de V que se abre hacia lo alto; el segundo es dado por la abertura de la espiral con cobertura de sucesivas zonas, lo que expresa la expansión del fenómeno (su aspecto dinámico) permitiendo a un mismo tiempo que se puedan encerrar y aislar las varias fases (aspecto estático); el tercero es dado por la repetición lateral de los dos diagramas precedentes, lo que permite establecer las relaciones entre los varios casos y transformar el simple fenómeno individual en fenómeno colectivo. Triple es pues el significado del diagrama: primeramente expresa la ascensión del ser a lo largo de los varios planos de evolución; después traduce la correspondiente dilatación (espiral) de conciencia (zonas trazadas); finalmente significa progresiva superposición de individualidades y fusión de conciencias en forma de existencia colectiva. Así, la música de las ascensiones dilata progresivamente sus resonancias, extendiéndolas en la compleja sinfonía de las armonizaciones colectivas. La armonía gráfica del diagrama no es más que la expresión óptica de un ritmo musical de conceptos en que está divinamente contenido un desenvolvimiento lógico de fuerzas.

## X

### PRIMER ASPECTO: PLANOS DE CONCIENCIA

Desenvolvamos ahora el íntimo significado del diagrama, comenzando por su primer aspecto. Podemos explicar aquí lo que entendemos por gradaciones de evolución, como son señalados a lo largo del eje vertical de las ordenadas. Ya establecimos en otra parte<sup>(1)</sup> la constitución trifásica del universo abarcado por el cognoscible humano, es decir, constituido por tres planos de existencia: Materia ( $\gamma$ ), Energía ( $\beta$ ) y Espíritu ( $\alpha$ ) (Fig. 2), situados en las relativas dimensiones de espacio, tiempo y conciencia. Y demostramos que esta trinidad una, tridimensional y trifásica, que es la forma típica de los infinitos universos fenoménicos que evolucionan los unos en los otros, es también el eje interno de evolución del nuestro. En el seno del fenómeno de la evolución, el ser está pues continuamente en marcha, desde la fase materia hacia la fase energía, ésta hacia la fase espíritu. Siendo un punto ya tratado, no hay razón para volver a él.

Pero aquella demostración se detiene en el vértice de la fase espíritu y de la dimensión conciencia, precisamente porque, ultrapasado este punto, nos salimos de nuestro universo y de la fase humana, cual es correctamente concebida. Mas no podemos detenernos allí. Precisamente donde termina aquella demostración, comienza este estudio. A través de los estados místicos que he recorrido y vivido,

---

<sup>(1)</sup> “La Gran Síntesis”, caps. VII, VIII y IX) (N. del T.)

siento haber podido emerger del nivel humano normalmente concebible, avanzando maravillosamente como nueva forma de conciencia, en las primeras zonas de la primera fase +x del universo trifásico evolutivamente superior (+x, +y, +z) (Fig. 2). En este estudio, que podría definirse también como una incursión en lo inconcebible, descendiendo de nuevo de la dimensión superconceptual del éxtasis y de la visión, a la dimensión racional corriente, para exponer analíticamente la ley y el contenido del fenómeno. Espero con esto haberme hecho comprender. Completaremos así el análisis del fenómeno místico, el cual permanece de ese modo perfectamente encuadrado y orientado en la fenomenología universal, como una forma de superconciencia evolutivamente situada en las primeras zonas de lo superconcebible. Sólo ahora podemos dar más exactamente esta definición, que no era posible al principio (Cap. III).

Dejemos, por así decir, en el subsuelo de la evolución las fases  $\gamma$ ,  $\beta$ ,  $\alpha$ , ya atravesadas y superadas e iniciemos el diagrama (Fig. 1)<sup>(2)</sup> por una línea horizontal que tomaremos gráficamente como punto de partida de nuestro examen en detalle de la primera zona de lo superconcebible. Aquí la evolución orgánica en la especie es superada y sólo el hombre sobrevive como psiquismo. La unidad individual emergente y a un mismo tiempo remanente de todo el anterior proceso evolutivo es la conciencia.

Desde este punto hacia arriba no podemos operar sino sobre unidades inmateriales. La presencia innegable del fenómeno psíquico y su derivación de las zonas orgánicas muestran con evidencia que la evolución tiende hacia la desmaterialización, razón por la cual no podemos avanzar sino en lo imponderable.

Más adelante aislaremos, en el segundo aspecto del diagrama, el estudio del desenvolvimiento de una conciencia simple. Observemos ahora, en cambio, la continuación de la evolución físico-dinámico-psíquica, en estas primeras zonas de la dimensión superconciencia. En estas zonas irrumpirá, así, distinto y aislado en su propio plano, el fenómeno místico, en el seno de la evolución y sus fases. Tomada como punto de partida la fase neutra de transición +x1 que cubre la horizontal de base, ingresamos en la primera zona o plano de conciencia +x2. Tenemos así una sucesión de planos, +x2, +x3, +x4, +x5 etc., a lo largo de los cuales asciende la conciencia. Más exactamente tendremos la siguiente progresión:

- +x2= Plano de conciencia sensoria.
- +x3= Plano de conciencia racional-analítica.
- +x4= Plano de conciencia intuitivo-sintética.
- +x5= Plano de conciencia místico-unitario.
- +x6= Plano inexplorado, etc.

---

<sup>(2)</sup> El diagrama de la Fig. 1 no es más que un estudio en detalle de la zona +x del diagrama de la Fig. 2 (N. del A.)

El plano de conciencia sensoria señala el plano físico de la conciencia que comienza a despertar como síntesis puramente sensoria. Fase de conciencia mecánica que ignora cualquier interpretación positiva del universo. Psiquis de superficie que ignora toda tentativa de investigación, organismo de reacciones mecánicas (v. cap. IV). Es el primer nivel humano del bruto, apenas salido de la bestia, todavía animal y vegetativo.

El plano de conciencia racional-analítica representa una primera tentativa de ascensión, de desmaterialización, de formación y de apareamiento de un psiquismo espiritual; como psiquismo, puro medio de funcionamiento orgánico. Es la fase actual de la ciencia, de la observación, de lo relativo, de la hipótesis, de la razón y del análisis, pero no todavía de la síntesis. Se comienza a encarar seriamente el mundo exterior, pero siempre con medios de superficie. En la conciencia, que permanece sensoria como método de indagación, se enciende una llama interior que anhela y pregunta, pero que todavía no sabe. Es el período de la búsqueda, mas todavía de ignorancia.

El plano de la conciencia intuitivo-sintética es una zona evolutiva ya supranormal y excepcional para la media humana actual que reposa en la fase +x3. Aquí, la génesis de un psiquismo espiritual independiente es completa y la desmaterialización realizada le permite, en dados estados y momentos, percibir por resonancia las emanaciones de zonas de conciencia o planos psíquicos evolutivamente más altos. Es la fase ultrafísica, consciente e inspirativa, no ya de ignorancia sino de conocimiento, no ya de análisis sino de síntesis. Se llega a este plano con el método de la intuición. Se contemplan los fenómenos por vías interiores, se busca y se alcanza la verdad por introspección, en lo íntimo, donde realmente está. Allí, el ser ya no toca sólo lo relativo, ni está inmerso en la ilusión, sino que toca lo absoluto, posee la verdad. No se trabaja con las armas de la lógica, de la inducción, de la hipótesis, sino por sintonización vibratoria con zonas de conciencia donde la verdad está ya registrada. Ya no es sensoria la conciencia. Arde la llama interior que no sólo pregunta, sino que sabe. Atravésé por experiencia esta zona<sup>(1)</sup> y de allí extraje “La Gran Síntesis”, que es constatación por visión interior y sintonización, de la realidad ultrasensoria de la verdad fenoménica.

El plano de conciencia místico-unitaria es aquel en el que actualmente vivo mi nueva experiencia, del que, por lo demás, ya yo tuviera presentimiento. He definido estos planos en relación con el conocimiento, porque éste es su índice prevalente y el más evidente y significativo. Si, hasta ahora, hemos tratado de fría ascensión intelectual, que no tiene otra meta y saciedad más allá de la comprensión, vamos a ver que en este nuevo plano de conciencia mística la ascensión es integral. La sintonización con las superiores zonas de evolución no es sólo conceptual, sino, al contrario, acomete todas las cualidades de la personalidad. Corazón, sentimientos y pasiones despiertan y el ser ya no asciende solo por el intelecto, sino por amor. Entonces la comunicación

---

<sup>(1)</sup> Descrita en el citado volumen “*Las Noures*”. (N. del A)

se convierte en comunión, la simple resonancia se torna fusión y unificación por identificación de estructura vibratoria, que en aquel plano de existencia es la forma distintiva del ser. Como en el plano precedente se había despertado por la visión conceptual una resonancia en la conciencia, que en esta resonancia se había dilatado (como está gráficamente expresado en el diagrama), así, en este plano, se despierta el éxtasis místico en el que canta una voz nueva, en la cual vibra el amor, que es una dilatación de conciencia tan vasta, que como describiré, el ser se siente humanamente perdido, pero divinamente resucitado. No son hipótesis o fantásticas elucubraciones éstas; son estupefacientes realidades en las cuales ha estado presa mi alma como en un torbellino, y que, sin embargo, aquí demuestro dominar analíticamente, en la forma mental hoy normal. Y completo el trabajo de tal reducción racional para que estos altos fenómenos sean admitidos y comprendidos, porque sé que muy pocos podrían así explicarlos por experiencia, pues que sé que en ellos está el futuro y el progreso del espíritu humano.

El plano +x5 expresa y en su ámbito comprende el fenómeno de la ascensión mística. Que cosa ocurre en el plano +x6 lo ignoro, ya que esto exorbita mi actual experiencia; a no ser que sobrevengan nuevos fenómenos evolutivos, él se perderá también para mí en lo inconcebible. Tal vez esto esté por encima de las posibilidades humanas. Y la escalera de la ascensión en el siguiente, y después de los sucesivos universos trifásicos, es naturalmente infinita.

## XI

### SEGUNDO ASPECTO: EXPANSIÓN DE CONCIENCIA

Analizaremos ahora el segundo aspecto del diagrama, dado no ya por la apertura de las diagonales hacia lo alto, hecho que expresa la ascensión del ser a través de los varios planos de evolución, sino por la apertura de la espiral con la cobertura de círculos cada vez más extensos, los cuales expresan zonas de dilatación de conciencia correspondientes a los varios planos ahora descritos.

Ya hicimos la conexión de este segundo aspecto del fenómeno con el primero, porque ellos están ligados por correspondencia, razón por la cual se extiende en el ámbito de cada zona de evolución, la amplitud de una dada fase de conciencia. Del diagrama resulta, así, gráficamente, con toda evidencia, esta dilatación expresada por los campos trazados, cada vez más extensos. En el diagrama, los espacios, las líneas y sus movimientos y relaciones representan diferencias, movimientos y relaciones de conceptos; lo alto y lo bajo tienen un sentido evolutivo, la extensión de conciencia es figurativamente espacial, la repetición rítmica de líneas significa afinidad de características vibratorias individuales. De manera que, cada círculo contiene todas las zonas precedentes conquistadas en los niveles más bajos de la evolución, Vemos así que, en el diagrama, no sólo a la zona +x2 le corresponde la amplitud de

conciencia del círculo 2, a la zona +x3 le corresponde la del círculo 3, a la zona +x4 la del círculo 4, a la zona +x5 la del círculo 5 y así en adelante, sino también que cada círculo comprende dentro de sí todos los círculos menores. Así, por ejemplo, el 5 contiene el 4, el 3 el 2, al 1. Esto significa que cada dimensión conquistada, al tocar el correspondiente plano de evolución, contiene todas las dimensiones precedentes, cada nivel comprende los inferiores sobre los cuales se fundamenta y se eleva; significa también que cada forma de conciencia domina el ámbito de cada conciencia asimilada y superada. En sus círculos mayores, el gráfico da la impresión intuitiva de este agrandamiento espacial de conciencia en torno de su núcleo, por estratificaciones sucesivas y superpuestas, lo que responde a la realidad, porque el agrandamiento es debido verdaderamente a un descenso de experiencia.

En cuanto que todo esto constituye la expresión del aspecto estático del fenómeno, inmovilizado por comodidad de estudio, en sus varias fases de desarrollo, la línea del dinamismo del fenómeno, es decir, de la progresión de su marcha, es dada por el desenvolverse de la espiral que, en su camino, sucesivamente abarca campos de conciencia cada vez más extensos. Aquí reencontramos la misma espiral del desarrollo fenoménico universal (Fig. 2), aunque sea aparentemente distinta por su dislocamiento del centro, como ya hice notar.

Por dilatación de conciencia debemos entender potenciación de todas sus cualidades. Así, en cada plano, se ajunta a las precedentes una cualidad nueva. He allí que cada fase completa una creación suya, según este orden:

+x2= conciencia sensoria = *sensibilidad*.

+x3= conciencia racional-analítica = *razón*.

+x4= conciencia intuitivo-sintética = *síntesis (verdad)*.

+x5= conciencia místico-unitaria = *amor (unión con Dios)*

En cuanto a lo que ocurre más hacia lo alto nada sé: pero, a cada grado corresponde un salto hacia el frente, una nueva conquista que se suma a las precedentes. Tal es la evolución, esencia de la vida. Amor, sentimiento del que me dejaré inflamar más adelante, es pues mi moderna conquista y el contenido y la esencia del fenómeno de la ascensión mística que aquí estamos estudiando. *Y Amor es unificación con Dios.*

En el ámbito del círculo 5, que precisamente expresa la fase mística, encontramos, pues, todos los círculos menores concéntricos, es decir, la sensibilidad que desarrolla la razón, la razón que genera la intuición que lleva a la síntesis, la intuición que por sintonización se transmuta en amor que conduce a la unificación con el Todo. Y cada cualidad comprende en sí la precedente sobre la cual se levanta.

## XII

### TERCER ASPECTO: CONCIENCIAS COLECTIVAS

Observemos ahora el tercer aspecto del diagrama. El desenvolvimiento del fenómeno espiritual ya está exhaustivamente analizado bajo todos sus aspectos como caso singular. En este último momento viene él repetido (en el gráfico lateralmente) en otras individualizaciones suyas, con el objeto de establecer las relaciones entre varios casos, estudiar sus recíprocas repercusiones y finalmente su dilatación en fenómeno colectivo. Lo seguiremos aquí en su nueva complejidad, para deducirle importantes e inesperados corolarios, pues que la ascensión se sustancia de estas resonancias colectivas que multiplican y transforman en fenómeno. El gráfico nos revelará la génesis de superposiciones y fusiones de consciencias, de las que nacerán nuevas formas de existencia colectiva.

La dilatación de conciencia proveniente de la ascensión espiritual no es sólo conquista de conocimiento, sino también expansión cada vez más integral del ser en todas sus cualidades despertadas y potencializadas sucesivamente, fuera del germen (forma universal de la expansión fenoménica o creación, o manifestación de lo divino), que esperaba potencialmente en el núcleo de la fase precedente. El ser así cambia de forma de conciencia, de dimensión conceptual, modo de percibir y sentir, muda su propia naturaleza y, dislocándose a lo largo de los diversos planos de existencia, cambia igualmente las leyes de la vida. El superamiento continuo de la evolución lo transforma y purifica, dejando abajo las escorias. Puede así suceder lo que verificamos un poco atrás, es decir, que en la fase de transición, cual es la actual fase humana, en el período de nuevas formaciones, dos leyes de dos altitudes distintas, se disputan el campo: la ley biológica de la lucha por la vida y el amor evangélico.

Hoy que el hombre medio está situado en la fase +x2 de conciencia sensoria y en la fase +x3 de conciencia racional, y se encuentra precisamente absorto en el trabajo de las primeras creaciones del pensamiento, ve agigantada ante sus propios ojos la importancia de éstas y es llevado a considerarlas precípua y tal vez única creación del espíritu. Él todavía no sabe concebir las manifestaciones que aparecerán en el plano intuitivo y en el plano místico. Mas el espíritu es un ejército de cualidades en marcha. Las creaciones de la bondad y del amor equivalen a las de la sensibilidad, de la razón y de la intuición y ya se preparan abajo, en el primer núcleo de conciencia.

También en este sentido se puede leer nuestro diagrama. En la horizontal de base están trazados equidistantes muchos puntos que representan centros de conciencia. El círculo cerrado trazado en torno a cada punto, además de indicar el ámbito de extensión de la conciencia correspondiente al plano en el que está situado, puede expresar un campo de fuerzas o círculo de vibraciones cerrado en sí mismo, es decir, que retorna, sin vías de salida, perennemente sobre la propia trayectoria. Esta es la

fase de egoísmo necesaria en su plano para la protección de la primera formación del “yo”. Si este campo de fuerzas se halla de tal forma determinado por necesidades protectoras en principio, y representa sólida costra de defensa contra todos los agentes de destrucción, él no permite abertura de circuito, ni contiene posibilidades de expansión. No permite contactos y comunicaciones, como todos los circuitos cerrados, y los centros equidistantes sobre la horizontal de base se ignoran los unos a los otros. Esto recuerda la correspondiente fase de cinética atómica de ciclo cerrado, el equilibrio estable pero inmóvil de la materia (química inorgánica).

El despuntar y destacarse de la espiral al lado del círculo, dirigida para trazar la circunferencia superior, representa el despuntar de un nuevo equilibrio de fuerzas inestables pero más vasto, el altruismo. La trayectoria, por impulso de maduraciones interiores (manifestación, exteriorización de divinidad), en un dado momento se desprende del circuito cerrado y ya no retorna sobre sí misma; se rompe el equilibrio, el ciclo de fuerzas se abre en un nuevo equilibrio de conciencia altruista. Se sube así a una nueva fase que recuerda el correspondiente equilibrio inestable pero móvil, de la energía, la correspondiente cinética atómica de ciclo abierto de la vida (química orgánica). De esta forma, el ritmo de los planos inferiores se repite más en lo alto, más transparente de divinidad.

Rota es la capa protectora y el ser parece abandonar locamente sus defensas, parece en poder de todos, porque toda fuerza, demolidas las barreras, puede penetrar en campo abierto. Aparece el Evangelio, que parece utopía. Pero también el circuito que antes cerraba ahora está abierto, y nace la posibilidad de todas las expansiones y todo asalto es un contacto; todo contacto una absorción y una dilatación de conciencia, que así inicia su camino de expansión hacia Dios.

Si el diagrama es la expresión de esta expansión, también indica las consecuencias de carácter colectivo. Pues que también gráficamente los pequeños círculos distanciados, en la base, en su aislamiento egoísta, se acercan en su expansión, subiendo hasta tocarse, hasta iniciar una progresión de superposiciones que se torna cada vez más intensa. Antes de estudiar su significado, observemos como este proceso de superposición se manifiesta en el desenvolvimiento gráfico. El diagrama demuestra con unidades espaciales, que la zona de superposición de los círculos que expresan los campos de conciencia en los varios planos está en progresivo aumento, y que la zona de no-coincidencia de los referidos campos es inversamente progresiva y esto mediante relaciones que expresan una ley de aproximación infinitesimal constante. Observemos esta ley de progresiva coincidencia y sus consecuencias.

Mientras en el plano 2 se hallan todavía distantes las dos circunferencias (Fig. 1), en el plano 3 ellas son tangentes, en el plano 4 se superponen por un  $1/2$  de diámetro (tomado el diámetro como unidad de coincidencia). Tenemos también  $1/2$  diámetro de no-coincidencia (ver línea a =  $1/2$ ). En el plano 5 la zona de no-coincidencia es reducida a  $1/4$  de diámetro (ver línea b =  $1/4$ ), y proporcionalmente aumentada la zona de superposición. En el plano 6 la zona de no-coincidencia es reducida a  $1/8$  de diámetro (ver línea c =  $1/8$ ;) y así sucesivamente. Esto basta para trazar la progresión

$1/2$ ,  $1/4$ ,  $1/8$  de no coincidencia que expresa la correspondiente relación de superposición.

La mecánica del gráfico nos permite, pues, calcular *la ley de atenuación del separatismo o distanciamiento entre unidades de conciencia y la correspondiente ley de fusión de individualidades*. Y nos muestra, con la expresión tangible de sus progresivas superposiciones espaciales, que la tendencia de la ley es la unificación, es decir, identificación por coincidencia, tendencia expresada por una relación constante de aproximación. Si se cambian las distancias de base entre los centros, cambiarán las relaciones, pero la ley y la tendencia permanecen. A un diagrama necesariamente bidimensional no podemos exigirle más como representación de una realidad pluridimensional y abstracta.

¿Qué significa esto? La expansión lleva, pues, a una compenetración de campos de fuerza, el desenvolvimiento de la ascensión espiritual asume aquí un más vasta aspecto colectivo de organización de conciencia. La evolución, por tanto, lleva a una fusión más estrecha, pero sin embargo, sin jamás convertirse en identidad, porque la zona de no coincidencia es tal ( $1/2$ ,  $1/4$ ,  $1/8$ ,  $1/16$ ,  $1/32$ ,  $1/64$ , etc.), que no se anula nunca. Aunque permanezca espacialmente idéntica, porque los diagonales de ascensión son paralelos al infinito, aquella zona se adelgaza con aproximaciones constantes (permitiendo el fenómeno inverso de la progresiva superposición), pues que en cada plano cambia la relación con los diámetros, que continuamente se redoblan. De esta manera, mientras siempre aumenta la zona de identidad, la zona de distanciamiento está en continua disminución, precisamente porque el progresivo aumento de la relación entre los diámetros de extensión de las conciencias tiende a la anulación de la distancia de diferenciación, aunque jamás la alcanza absolutamente. Sea cual fuere la extensión que se atribuya a la distancia de colocación en la base, ya lo dije, esta ley permanece constante.

Cada plano tiende así, cuanto más elevado es, a ser tanto menos una serie de conciencias distintas y tanto más una zona unitaria de conciencias armonizadas y fundidas en la misma naturaleza. También, en el diagrama, la cercanía entre los centros es de hecho progresiva, en relación a los diámetros. La superposición de los campos de fuerzas atenúa siempre la distinción y realiza la asimilación entre los varios tipos de conciencia que tienden a convertirse en un único modo de ser. De esta manera la comunicación interior se abre siempre más, se abren de par en par las vías de la resonancia: en el nivel espíritu, ya lo dijimos, la individualidad ya no tiene la forma corpórea espacial del plano físico y es definida por el tipo de vibración, por un propio timbre de emanación. Entonces la zona se sintoniza según una única nota y es toda, como cada conciencia componente, una misma y única nota. La comunicación se convierte en comunión, y la comunión en unidad.

Veo entonces animarse las consecutivas circunferencias del diagrama y revelarse en su real esencia de espíritus humanos, armonizados en la misma nota de amor. Y cada plano de evolución es una esfera celeste que canta una diversa y siempre más pura e



intensa nota de amor. Veo un fantástico torbellino de luces alrededor de un eneguedor resplandor, centro de sabiduría y de amor, que es Dios.

Esta unificación por estados vibratorios, esta siempre más íntima compenetración de conciencias, este ritmo de acercamiento colateral que resulta de todo el movimiento del diagrama, nos dicen que, a medida que ascendemos en los planos espirituales de evolución, no podemos encontrar, y aquí explicamos como efectivamente no encontramos, individualidades personales de conciencia en el sentido humano, tipos de “yo” separado, a nuestra semejanza, sino zonas de conciencia ligadas en la misma sintonización. Esto explica racionalmente el hecho de la dificultad de identificación espírita en el caso de elevadas Entidades que jamás se definen en sentido humano, y el hecho por mí constatado de que, ascendiendo evolutivamente, no he encontrado centros individuales de pensamiento, sino Noures, es decir, corrientes de pensamiento. Por lo demás, es lógico que, siendo la evolución un renovamiento tan sustancial, lleve casi a evaporarse aquella distinción que es la nota necesaria y fundamental de aquel núcleo denso que a nuestro nivel es todavía la personalidad humana. Es lógico que la expansión de aquel núcleo en formas inmateriales conduzca a la compenetración y, por tanto, a la comunión de personalidades. Conceptos para nosotros apocalípticos, bien lo sé, pero esta es la realidad. Allá arriba, en lo Alto, la conciencia ya no aparece con las características unitarias y distintivas de nuestro plano, mas se torna un hecho colectivo. No se puede negar que esto desorienta todas nuestras concepciones; mas no por eso se torna menos verdadero. La tenacidad de nuestra incompreensión en el negar no puede alterar nada. Y encontraremos Noures, siempre Noures, corrientes no sólo de pensamiento, sino de atracción, de simpatía, de amor, a través de las cuales los espíritus se ligan en forma de existencia colectiva. Puede verificarse un inicio del fenómeno también en nuestro plano, en el caso de la conciencia colectiva, en el cual se tiene precisamente un principio de existencia psíquica por corrientes. Esto también podría ser expresado en nuestro diagrama, en cuanto tiene también en tal fenómeno una dilatación y compenetración de conciencia individual en la comprensión siempre menos egoísta del bien de todos.

### XIII

#### EGO SUM QUI SUM<sup>(1)</sup>

Nuestro diagrama ya nos ofreció, en sus aspectos mayores y menores y en sus corolarios, materia para muchos aprendizajes y conceptos. Apartemos ahora de los detalles y observémoslo en su conjunto, cual una sinfonía única. Distanciémonos de la representación gráfica y ascendamos en abstracción, acercándonos así a la realidad.

---

<sup>(1)</sup> “Yo soy quien soy” – Palabras del Señor Moisés, en la traducción latina de la Biblia (Éxodo. 3: 14). En hebraico significa: “Yo soy aquel que es”, en el sentido de trascendencia divina – El Ser Supremo. (N. del T.)

¿Hasta dónde llega ese ilimitado camino evolutivo?

Se cumple bajo nuestros ojos el fenómeno de la transformación de conciencia que, mientras se intensifica, parece desvanecerse a nuestra percepción. Y, sin embargo, se repite en planos inateriales el mismo fenómeno de la evolución darwiniana, regido por el mismo principio. Hay en todo el proceso un ritmo grandioso e implacable por el cual el universo avanza hacia zonas en que se desmaterializa y parece perderse en lo inconcebible. Nuestra vista, aunque no muy aguda, no puede hoy ultrapasar un dado orden de planos. ¿Y después? Después hay una sola dirección, y esta dirección es Dios.

Del gran camino no vemos más que un pequeño trecho que parte de la materia, y ni siquiera le conocemos sus antecedentes evolutivos. Él termina en estas superiores fases espirituales que estoy describiendo, más allá de las cuales se enciende un tal incendio, que nuestro “yo” no lo puede resistir. Este incendio es Dios.

Ya fue mucho el haber descubierto la evolución biológica; y ya fue bastante el haberla aquí continuado en sus superiores fases psíquicas. Mas después, más allá, todavía más allá, permanece el misterio. Y sin embargo, el hombre evoluciona. La misma ley que más en lo alto la nos embarga la visión, hacia ese más alto nos arrastra, persiguiendo progresivamente el misterio. La conciencia se dilata en todas sus cualidades y la ley divina puede descender en su cada vez mayor transparencia de espíritu.

Vimos que la evolución consiste en un proceso de armonización vibratoria y que, cuanto más se asciende, tanto más se manifiesta en forma de resonancias musicales. La evolución de uno a otro plano de conciencia puede así darnos la revelación de las más inimaginables realidades. En cada nivel los seres responden cada vez más, por claridad y por fuerza, a la nota divina que, cual una luz, llueve desde lo Alto y penetra las varias zonas, más o menos según su densidad. Todo es, pues, una proyección más o menos densa de sombras del pensamiento de Dios. Las vías de la ascensión espiritual que estamos estudiando y de las cuales el fenómeno místico es, para nosotros, un momento tan grande, son las vías que convergen hacia el centro, guiando hacia Dios, último término de todas las resonancias.

Dios es, pues, la meta hacia la cual se dirige la evolución espiritual en marcha. Esta es una ascensión orgánica de todos los seres. A medida que suben, ellos se coordinan, armonizan progresivamente sus disonancias, eliminan sus antagonismos y reaproximan sus cisiones. La ascensión es un abrazo cada vez más estrecho que consolida las conquistas y unifica la expansión. De abajo hacia arriba, la evolución es un proceso de progresiva unificación y el último término de esta unificación es Dios. Dios es el punto hacia el cual tienden todos los seres. Hacia él todo converge y en él todo se unifica.

“Ego sum qui sum”. Dios no puede ser definido. Definir significa limitar y aquí se habla de lo ilimitable. Toda definición será una reducción, una mutilación. No puede ser definido porque no se puede proyectar en lo finito lo infinito, en lo relativo lo absoluto, no se puede representar en lo ilusorio de la forma la realidad de la sustancia, sin ocultarla. No se pueden conjugar los conceptos de Dios y de Persona, toda vez que ésta es circunscripción de individualidad y lo infinito no puede ser circunscrito. No se puede llegar a Dios por argumentaciones, porque él está por encima de todo raciocinio. Dios no se demuestra, se siente. No se puede llegar a Dios mediante pura multiplicación de atributos humanos. Para superar el concepto de dirección al cual debemos limitarnos, sería necesario un salto en lo inconcebible. Quien, en efecto, se acerca verdaderamente a Dios, experimenta una sensación de ilimitado extravío. Sólo entonces se mira verdaderamente hacia lo Alto. Subiendo de plano en plano, la fusión de los espíritus se hace cada vez más íntima y completa. A lo largo de esta armonización está el camino que conduce a Dios. Él es la unidad global que armoniza y funde en sí a todas las conciencias y criaturas.

Las superiores zonas de evolución son niveles de espíritu y están dentro de nosotros. Dios, supremo término, no está fuera, sino dentro de nosotros, en las profundidades de un abismo sobre el cual, temblando, apenas nos atrevemos a asomarnos. Es el “yo” de todos los fenómenos que él crea eternamente en su manifestación. No podemos orar sino sumergiéndonos en este centro interior donde se confunden altura y profundidad y ya no tienen sentido nuestras medidas. La ascensión mística es un trecho del camino que nos conduce a Dios. La evolución espiritual es el profundizamiento de nuestra conciencia en nuestro interior; su dilatación es una extraña dilatación superespacial hacia lo interno, que puede darnos la sensación también de expansión fuera de nosotros. Mas no hay sensaciones comunicantes que permitan establecer términos de comparación con las nuevas dimensiones. Las fulguraciones de conciencia que están en la inspiración, en la revelación, en el éxtasis, son fulguraciones de divinidad. Oiremos su eco inmenso escuchando la voz del espíritu; veremos sus resplandores mirando en lo profundo de nosotros mismos, porque Dios está en el fondo del corazón humano, como presentimiento de todas las ascensiones, insuprimible como el instinto fundamental de la vida.

La ascensión espiritual es un proceso de penetración del “yo” consciente en sus cada vez más íntimos y profundos estratos, que son planos de conciencia cada vez más elevados. Esta marcha en profundidad es una liberación del involucro denso de la materia y de su ilusión sensoria, es un desnudarse de pesadas escorias, es una progresión hacia la realidad, la verdad, el bien, lo absoluto. Es una ascensión hacia lo interno. *El futuro está dentro de nosotros*. La manifestación hacia la realidad exterior de los sentidos y de la materia es descenso involutivo, es, si se me perdona la expresión, descentramiento de Divinidad. La evolución procede en dirección inversa, porque es el movimiento centrípeto del retorno del alma a Dios. El centro de conciencia, para evolucionar, no se proyecta hacia lo externo, mas se disloca hacia la realidad interior, superfísica y supersensoria. Esto es una reabsorción del espíritu en Dios, que después de haber proyectado fuera de sí el proceso creativo, en su primera

fase involutiva, lo invierte y lo reconcentra en sí, en su fase evolutiva. Proceso concéntrico de síntesis, de atracción y de amor, opuesto al precedente, de dispersión.

La gran fuerza que impulsa la evolución es el amor. Ella es la radiación que desciende de lo Alto y atrae hacia sí. Ella reconstruye, reúne, rearmoniza, reconduce a la unidad. La lucha entre el bien y el mal, es la lucha entre estos impulsos reconstructivos que afirman, y los impulsos negativos, destructores y dispersivos de la involución. Hay que trabajar, pero se conquista. El egoísta que cree vencer la vida haciéndose centro y sometiendo y acumulándolo todo para sí, por el contrario, a sí mismo se cierra las puertas de aquella, porque se aísla del gran movimiento de unificación, se segrega de las fuentes de la vida y se esteriliza. Él invierte las vías de la expansión del “yo”, se liga a las cosas y se cierra a la expansión en el corazón de sus semejantes y de las criaturas. Para nutrirse solamente a sí mismo en detrimento de los demás, se sustrae a toda nutrición. De esta manera es un vencido y no un vencedor. De eso nos tiene advertido la suprema sabiduría del Evangelio. El egoísta vive a expensas de todo. Quien ama vive en continua comunicación con el Todo, inagotable manantial de riquezas. Quien da parece perder, pero con ese acto identifica su bien con el bien de sus semejantes y en él revive, y en ellos se multiplica. Así, el altruismo dilata la conciencia, y si se pierde utilitariamente, se pierde únicamente según la más limitada psicología racional, mas en compensación, se gana mucho espiritualmente. Un acto de egoísmo es, en cambio, una contracción y lleva al sofocamiento; la sensación de expansión y aumento que brota de un acto de altruismo explica la alegría de dar, de otro modo absurda. De esta manera se explica, y solamente así, cómo para el espíritu el darse en sacrificio no sea, como es para el cuerpo, una penosa mutilación de vida, sino una muy alegre forma de expansión.

Por amor entiendo el amor de espíritu que unifica, no el amor carnal, egoísta, que deja siempre profundos residuos de separación; entiendo por amor la vibración de circuito abierto, no la vibración de circuito cerrado, que retorna sobre sí misma. Por amor entiendo la vibración expansiva del verdadero altruismo evangélico, la vibración de la expansión mística que representa un orden de ondas más cortas, rápidas y dinámicas y, por eso, más penetrantes, cuyo ritmo más intenso y veloz permite que ellas se eleven más allá de la atmósfera y que atravesen los superiores planos de evolución, para aproximarse mucho más a la fuente, sentir su atracción y alcanzar con ella una sintonización más perfecta. El amor es la llave maestra para llegar a Dios. Es así que abajo todas las criaturas son enemigas y en lo Alto todas las criaturas son hermanas. He allí cómo el Evangelio transforma al enemigo en amigo y, llegados a un dado nivel, toda la fenomenología universal aparece cual inmensa música de toda la creación y la voz de las cosas se cambia y se transforma en un cántico. Es la esencia la que realiza este milagro revelando al alma el secreto de la armonización, la que en el amor obra la reabsorción del mal, de las tinieblas, de la lucha, del dolor, hacia el equilibrio, el orden, la felicidad.

## XIV

### DE LA TIERRA AL CIELO

El fenómeno de la ascensión espiritual queda así situado en el seno de la fenomenología universal como fase de evolución, como hecho insuprimible y necesario. Él está injertado en la técnica del funcionamiento orgánico del Todo. Si aquí llegamos a la constatación experimental en forma científica, todo nuestro mundo llegará también a encontrarse con un hecho tan fundamental. Y él se repite en todos los tiempos y en todos los lugares y, del Brahamanismo al Budismo, del Islamismo al Cristianismo, se reencuentra en todas las religiones.

El proceso de ascensión mística que aquí estamos estudiando se podría repetir como método de Yoga, con terminología equivalente, pues que también el Yogui tiende a la liberación y a la unificación. Pero me aparto de todo esto que sabe a negativismo, porque el aislamiento del mundo y de nuestros semejantes es siempre un poco de aislamiento de Dios. Me aparto de esto que es supresión de realidad exterior, más bien que expansión de realidades interiores; huyo de todo esto a lo que no se llega por armonización, ese dulce cántico que hace de la vida y del dolor una alegría, como el cántico del Hermano Francisco en el Cántico de las Criaturas. Yo, que soy latino, no puedo sentir la ascensión de espíritu sino en la forma ardiente, pasional de los latinos, en la forma de un misticismo vibrante y activo; no puedo abstraerme en el aislamiento racionalmente pasivo de la pura concentración, sino que tengo necesidad, no bien haya alcanzado un nuevo elemento en la concentración, de nuevamente descender entre mis semejantes para darme; tengo necesidad de decir y de realizar, no de concentrar en mí, sino de expandir en una armonización de almas, el fruto de mi ascensión. Mi concepción de occidental, más exteriormente dinámica, me impone como deber narrar todo esto, para que todo venga a la luz y resuene en el corazón de los demás.

El mundo no me aparece exclusivamente como vana danza de sombras, una gran Mâyâ, sino como un campo de luchas, donde sangra el alma de mi hermano, a quien debo ayudar. A través de esta unificación con él, se consolida mi unificación con lo Alto. Desde esta base de amor humano, inicio el proceso de armonización en el amor divino. La ascensión mística la entiendo latinamente, vale decir, cristianamente, no como estéril concentración meditativa que roba a la sociedad un alma y una actividad, sino como fecundación realizada por lo divino en lo humano, a fin de que en lo humano se expanda y se multiplique para su ascensión; la entiendo no cual fuerza que se ausenta de la Tierra, sino como fuerza que a ella retorna y sobre ella es activa y está presente, actuando potentemente cada día. Entiendo la ascensión mística como ayuda a la vida, no como agresión a la vida; como expansión, no como compresión. Estoy, pues, inmensamente lejos de cierto estéril ascetismo conventual, que oprime sin tener en sí pasión de resurrección. No matemos el amor, me refiero al amor del espíritu, de otro modo nos mataremos a nosotros mismos; no lo matemos,

acoplémoslo con el dolor. Pasará el dolor y el amor sobrevivirá; fecundado por el dolor, crecerá y nos llevará más hacia lo alto.

Mi concepción basada en sólidos fundamentos científicos y experimentales debe pasar bien lejos y distinta de todos los escollos, entre todas las falsificaciones de una visión sana y positiva de la vida. Sólo transitoriamente acepto la tiniebla, el tormento, la mutilación de la renuncia, y lo más brevemente posible y solamente para revivir más intensamente y más en lo Alto. Vivir, vivir, vivir siempre más. Mi ascensión es un vórtice de pasión, no es un adormecerse en la nada, ni una escuela de persecución ascética, y mucho menos un acomodamiento de conveniencia: es un madurar lógico, natural e irrefrenable, que aparece cuando el alma tiene tras de sí un acumulamiento tal de fuerzas, que los equilibrios se precipitan hacia más altas formas de vida. En la ascensión veo la sana metodología mística, es decir, un proceso natural de desarrollo de conciencia. Y así como la fase racional nos dio el método analítico, y la fase inspirativa nos dio el método de la intuición y me llevó a la construcción de una síntesis universal, así también la fase mística nos da el método de la expansión totalitaria y lleva a la construcción de una conciencia unitaria. La unificación del saber se completa y se eleva hasta la unificación en el sentir.

La expansión de los cielos expresada en el diagrama es un agigantamiento de conciencia que cubre campos de sensación cada vez más vastos, abarcando en la más extensa capacidad vibratoria, una gama siempre más amplia de notas, y a más voces puede siempre responder en el gran cántico del universo. La superposición en los planos en el diagrama lleva realmente a un descenso de luz, de fuerza y de amor desde lo Alto y establece una comunión incesante entre los varios planos, que es un maravilloso concierto de almas. Y cuanto más subo, tanto más me identifico en este cántico; y cuanto más recibo y me fundo, tanto más me nutro de él, y más debo volver a descender y difundirme en las menores criatura hermanas. Existe realmente en el universo, de plano en plano, esta maravillosa circulación de linfa vital, que se derrama en abundancia, limitada tan sólo por la capacidad receptiva del ser, por su potencia de resonancia. Dios es un centro de energías tan vitales, afectivas e intelectivas, que cualquier ser quedaría reducido a cenizas, si las vías de penetración no fueran automáticamente limitadas en proporción a la sensibilidad.

Traté racionalmente el asunto, cuyas bases científicas ya establecí. Pero ahora, el paso lento de la razón irresistiblemente se acelera y se aligera en expresiones más excelsas; pues que el argumento insta y mi espíritu tiene prisa de abrir sus alas y mostrarse en vuelo, tal cual él verdaderamente es, no ya constreñido entre aquellas trabas. Es hora de despojarse de los involucros de la representación racional y de acercarse a la visión. A ella me aproximo en este escrito paulatinamente, hasta penetrarla, hasta sumergirme y perderme en el éxtasis y arder en el amor divino.

Dije, al principio, que habría de tratar del argumento de la ascensión mística, no sólo como razón, sino también como sensación y fe, no sólo en su aspecto científico y objetivo, sino también en su aspecto místico y espiritual. Esta su diversa proyección

no escindiré la realidad del fenómeno, sino que la reforzaré, confirmándola; nada le quitará de su basilar solidez racional, a la cual es siempre posible descender, por cuanto ya no puede ser perdida de vista aunque se quiera; Tan sólo hay que saber traducir los términos de la fe en términos de ciencia. El aspecto científico que he antepuesto al principio para establecer sólidamente en la tierra las bases del fenómeno, no se desmiente, precisamente ahora que observamos la continuación de ese fenómeno en el cielo.

En mis trabajos precedentes narré despiadadamente, luego de vencer la vergüenza de hablar de las íntimas cosas del alma, mi sufrimiento, mi debilidad, mi fatiga. Es hora de relatar el fruto de todo esto –la conquista-, de entrar en la fase de las realizaciones. Al final del volumen precedente<sup>(1)</sup> hice afirmaciones graves. Ha llegado el momento de consolidarlas con afirmaciones todavía más graves. No puedo renegar del pasado, debo continuarlo con nuevas ascensiones. Este nuevo testimonio, que doy con el alma desnuda delante de Dios, me compromete todavía más y llegaré hasta el fondo. Las primeras ligaduras se aprietan, se refuerzan los compromisos; por ciertas vías ya no es posible detenernos. Este testimonio dirá lo que es “La Gran Síntesis”, revelará hoy una nueva zona de su significado todavía más profunda, confirmará y ampliará mis ya tan graves afirmaciones al respecto. Hablaré de Cristo, porque Cristo se aproximó y siento que se aproxima cada día más, en una luz deslumbrante. Pues que Él es el centro del que nacen y en el que se funden toda mi obra y toda mi personalidad.

Así, hace comprender mejor en este mundo de ciegos, cuáles son las verdaderas metas de la vida. Muchos comprenden tardíamente, al final del camino, que nada sustancial fue construido, nada que resista y sobreviva a la destrucción, y que se pueda llevar en la propia personalidad. Comprenden entonces que riqueza, honores, amor sexual, fueron vana ilusión. ¡Qué desolación en el alma! ¡Después será necesario recomenzar desde el principio, repetir el curso de las pruebas! La luz se hace sólo al final, al borde de la tumba. Primero, siempre un agredirse sin paz, para hacerse grande allá donde nada resiste y el tiempo todo destruye. Siempre así, de otro modo, ¿qué se habría de hacer? Parece que otra cosa los hombres no saben hacer. Pareciera que si terminara esta rivalidad, esta ferocidad de lucha, quedarían atontados, mirándose aburridos, como quien no tiene nada que hacer o ya no sabe que hacer. O entonces se hartarían de bienes y de gozos hasta reventar, hasta morir. Esta tremenda pasión que agito parece, pues, verdaderamente fuera de lo normal concebible. Cada quien desciende por la pendiente y arrastra consigo a los demás, y todos se arrastran conjuntamente; es una competencia para ver quien más velozmente se precipita, es un acosarse al que ya nadie resiste y en el que se pisotea el alma humana, centella de Dios.

Haré comprender las más profundas realidades de la vida, que escapan al mirar codicioso y presuroso del hombre de hoy. Cree él ser solo su cuerpo, nada más que cuerpo, y que con él todo termina. No quiere envejecer, no quiere morir con él. ¿qué

---

<sup>(1)</sup> Las Noures (N. del A.)

tremenda mutilación de una conciencia infinita identificarse así exclusivamente con su limitación, enclaustrarse en las tinieblas sin esperanza de luz, encarcelar al espíritu libre en el involucro de la materia y sufrir las vicisitudes inestable de ésta, su afanoso transformismo, para al final, podirse con ella! Cristo vino para anunciarnos: *“Yo soy la Resurrección y la Vida”*, y no lo hemos comprendido. El hombre de hoy, en la llamada civilización moderna, persiguiendo laboriosamente un ideal de bienestar material, se ha cerrado las vías de la expansión espiritual, las vías del desenvolvimiento de conciencia; se encerró en una costra de egoísmo y su alma se asfixia y sufre. Ella desearía explotar en su libre elemento, pero se siente, por el contrario, morir en la materia. Así enclaustrado, el espíritu siente la presión de las estrechas paredes que trata de levantar, y no comprende que ellas no son, no pueden ser su casa. El presunto dinamismo de nuestro tiempo no es más que el agitarse desordenado de esta angustia que busca evasión. Dominio de velocidad, de tiempo y de espacio parece una fuga, una liberación, un superamiento y, sin embargo, no es más que el respiro más corto y afanoso de quien corre más velozmente en el mismo círculo de cosas vanas. No se imagina cómo toda la vida humana se apoya sobre estos sutiles juegos psicológicos, sobre estas leyes profundas de la evolución del espíritu.

La ciencia utilitaria ha pretendido abrir un paso a través de los círculos férreos de las necesidades materiales y las masas humanas fueron lanzadas detrás de unas espirales de esperanzas y se han incrustado en el agujero que han dejado al mundo más insatisfecho que antes. De una muy distinta expansión tiene necesidad la presión interior. El espíritu no puede saciarse con estos acrecentamientos en la materia, nuevas estratificaciones exteriores que tornan más espeso el involucro y encadenan al espíritu al lastre terreno que está hecho de dolor.

Para quien ve y comprende, tal espectáculo es espantoso. Sería ridículo sino fuese tan desgarrador. Es una carrera lacerante hacia lo inútil. Tal es el mundo al que hablo, lo sé. Hablo de elevaciones de espíritu hacia las más rarefactas atmósferas de la inteligencia y del amor. Pretendo arrebatar al lector todavía más allá, en arrobos divinos. Lo llevaré plenamente a la sensación del éxtasis místico, porque esta es la sustancia del fenómeno de la ascensión que estamos estudiando. Es necesaria esta exposición de estados de ánimo, porque ésta contiene la psicología constitutiva del fenómeno. ¿Seré comprendido? Se bien que se trata muchas veces de almas de edades diferentes, de diversa y menos profunda maduración interior, para cuya insensibilidad son necesarias ciertas sacudidas brutales. Pero su dolor es real y me atormenta. Las siento clamar desde muy lejos, y aunque no comprendan y no admitan dicho clamor, para mí implica el tremendo deber de darme para su bien. Las veo asfixiarse, sumergidas hasta la garganta en la tiniebla y en el tormento. Veo los inminentes peligros de la hora, que ellas ignoran. ¿Y para qué, pues, debería yo vivir, a no ser para ayudar? ¿No tengo yo el deber de restituir donde haya más necesidad, aquella luz que a torrentes me llueve gratuitamente desde lo Alto?

La organización unitaria y compacta del universo, impone una solidaridad entre lo Alto y lo bajo, en el trabajo de ascender. Quien más tiene, más debe dar. Es por esta



razón de equilibrio y de amor, que el extremo de la grandeza de Cristo se casó con el extremo opuesto de su cruenta pasión. A través de mi espíritu se mueven fuerzas que, en la armonización de estos planos, son de todos. No puedo aislarme. El universo es ahora para mí un concierto; es necesario vivir afinándose. Estoy completamente entregado al camino de retorno y sube conmigo hacia Dios el cántico de todas las criaturas. Las disonancias humanas del egoísmo, de la avidez, de la violencia no podrán hacer callar este cántico inmenso que es el alma de lo creado. Abandoné todo a lo largo del camino del dolor. Resurgí desnudo de las laceraciones oriundas de la separación. Pero ahora, en la expansión de mi espíritu, viene a mi encuentro sin más límites el universo. Darme es mi trabajo; sumergirme en el ritmo del Todo es mi alimento. Tales donaciones, normalmente consideradas absurdas y mucho menos necesarias, son deber absoluto para el alma que desnuda, traspone el umbral. Si se sube en conquista de conocimiento y de amor, es para ejecutar un trabajo más arduo, es para cumplir más arduos deberes. Pues que deberá nacer una nueva civilización y es necesario el sacrificio para prepararla; será un nuevo ciclo histórico que formará una nueva raza en que la fraternidad ya no será una palabra, sino una nueva fase evolutiva de más perfecta armonización espiritual.

## XV

### METODOLOGÍA MÍSTICA

La sustancia de mi misticismo, cual aparecerá en esta su expresión de fenómeno vivido, es vivir y amar. A medida que caen los velos y la fuente se aproxima y transparece, se enciende y se inflama el incendio. Dentro de él se oirá cantar la música de lo divino, el amor de las criaturas, el amor de Dios. Delante de nosotros veremos resurgir la figura de Cristo que nos precede y que avanza por los siglos. Veremos aparecer gradualmente en una sucesión de cuadros esta visión y en ella la transformación de un alma. Pero, retardemos todavía la marcha, antes de aventurarnos en el gran vuelo. Avancemos por un gradual crecimiento de tensión. Hemos tratado suficientemente el aspecto técnico de la cuestión. Dejemos atrás esta superada labor. Estamos todavía en el vestíbulo, delante del portal. Nuestra psicología debe avanzar a través de una progresiva desmaterialización y las precedentes afirmaciones teóricas deberán convertirse en sensibles formas de vida. Para tornar posible la comprensión, debemos apartarnos por grados de la psicología corriente y gradualmente despojarnos del involucro analítico racional, elevarnos y librarnos de la forma mental de nuestro tiempo. El precedente estudio técnico nos ha hecho comprender la ascensión mística racionalmente; ahora debemos comprenderla espiritualmente. Aquella primera orientación está en la base y por eso nos ayuda y nos ayudará, pero ahora es necesario alcanzar los pisos superiores del edificio. Es necesario elevarse en la nueva forma de pensamiento y renovarse en ella; debemos rasgar el velo y encarar la luz.

Aquí la ascensión mística superó, en nuestro examen, la fase teórica de la comprensión e ingresar en el campo práctico de su realización. Emerge de la exposición racional con una palpación de vida, no ya explicación ilustrativa explicativa, sino norma de actuación. Quien todavía tenga dudas, verá que aquí la ascensión se torna un método y que hay una metodología para llegar a Dios y realizar la unificación. Y también esto forma parte de mi experiencia. Esta exposición nos encaminará a la comprensión de la última parte y de los cuadros psicológicos que la conforman. Veremos de este modo nacer aquí, como consecuencia lógica de nuestras promesas, una *metodología mística*. Es la misma de los grandes místicos, de la cual, sin embargo, no dieron una explicación racional y científica necesaria para la comprensión moderna. Esencialmente, ella es la metodología de la evolución en la fase espíritu, se desprende de cada palabra mía en mis escritos anteriores, en ellos está contenida en líneas generales y continúa aquí en su más alto desenvolvimiento.

El campo experimental de mis observaciones se extiende, de esta manera, a las experiencias de los místicos que vivieron el fenómeno y dieron su testimonio, confirmándolo. Hay una ciencia mística cuyos autores se dan las manos. Embrionaria en los primeros tiempos del Cristianismo, se desenvuelve después alcanzando muchas veces alturas inauditas. San Dionisio Areopagita enunció las leyes generales de la teología mística, lanzando sus bases; Juan Ruysbroech (nacido en Bélgica, en 1.293), asimiló su pensamiento y sobre todo lo vivió. En *Ornamento de las Nupcias Espirituales*, él verdaderamente arde como un incendio y vuela como un águila; su espíritu lanza un grito inmenso y se abisma en el vértigo de los más altos estados místicos. ¿Y quién no conoce a Eckart, Tauler y a la misma Beata Ángela de Foligno, San Bonaventura, Santa Teresa, inigualable alma vibrante, y al santo de la mística Asís, San Francisco, sombra de Cristo? Máximo doctor en teología mística de la grandeza de Santo Tomás en dogmática es San Juan de la Cruz (nacido en España, 1.542). Sus obras: *Subida al Monte Carmelo*, *La Noche Oscura del alma*, *Cántico Espiritual* y *La Llama viva del Amor*, describen las vías de la ascensión espiritual hasta la unificación del alma con Dios.

Existe, pues, un método para llegar a Dios, con características que se repiten, demostrando que detrás de las realizaciones personales hay un fenómeno general. En eso son concordes, en una nota dominante, los místicos teóricos y los místicos experimentales. ¿Qué hacen, qué quieren todos estos hombres y mujeres? Son almas atormentadas por una extraña necesidad: tienen prisa por llegar a Dios, son impulsados por un deseo vertiginoso, el deseo de la unificación. Arden todos de íntima efervescencia de amor. Viven con los brazos abiertos hacia Dios y hacia las criaturas, sufriendo antes de llegar y, después, cantando y amando. Ellos se queman en el fuego del éxtasis, en fuentes inimaginables, devolviendo después torrentes de luz y de pasión. Oiremos clamores que en nuestro mundo no son comprendidos, por eso no son admitidos. ¿Qué ocurre entonces?

Ocurre el fenómeno de la absorción del “yo” inferior en el “yo” superior, a través de la noche oscura de los sentidos. Se desplaza el centro de gravedad de la vida hacia un

mundo superbiológico, situado más allá de nuestro concebible. Si esto es comprensible teórica y técnicamente como veremos, una cosa muy distinta es vivir el fenómeno y experimentar en sí la sensación de su maduración. Quien todavía está evolutivamente lejos, observa y no entiende; pero quien llegó a vivir el fenómeno, atraviesa una revolución de pensamiento y de sensaciones. La sonrisa sarcástica de quien niega no puede destruir esta realidad; tampoco sus pseudos-explicaciones patológicas pueden detener el desenvolvimiento de las leyes de la vida. Se produce el fenómeno de la transhumanización en Dios y el alma, aunque cubierta de ridículo, se encuentra frente a tan estupendas realizaciones, que no puede callar su arrebatamiento.

El fenómeno se revela seguidamente como decididamente supraracional, precisamente porque es transformación de conciencia; en su primer paso, supera y anula la razón. Como primera consecuencia, viene pues a faltar el punto de contacto con la psicología inferior. Es lógico, sin embargo, que quien vuela abandone la tierra. La razón puede encuadrar el fenómeno, pero no sentirlo. Traspasado el portal, la razón no entra. Es natural que quien queda fuera y no encuentra repercusión alguna en la extensión de su propia conciencia, niegue. Y entonces nacen las acusaciones de histerismo y de neurosis, porque de cada boca sólo puede salir la voz de la propia comprensión y no más.

Ingresamos a lo supersensorio y supraracional, que es una dimensión completamente distinta a la normal humana. Este metro no puede medir tales dimensiones. Los mismos místicos no encuentran palabras en el lenguaje de todos. La profunda esencia del fenómeno queda inadmisiblemente para la razón, y ésta, viéndose negada, a su vez niega. Así se excluyen recíprocamente. Entonces el fenómeno, no siendo sentido como realidad entre las realidades, y considerando que todo “yo” se hace invariablemente medida de las cosas, es definido por incompreensión como una nada que, sin embargo, para quien siente, contiene el infinito, una nada vibrante de pasión y fecunda de espléndida actividad superhumanamente altruista y benéfica. He allí lo que contiene *el reposo sin principio ni fin* de Boëhme, *el eterno silencio* de Eckart, la tranquilidad y *el silencio de la noche* de San Juan de la Cruz. Y de esta forma parece absurdo crear una doctrina sobre un sistema de negación sistemática de los medios de los sentidos y de la mente, y que se pueda conquistar una visión a fuerza de tinieblas. Y verdaderamente hay una primera fase de negación y de tiniebla, pero es sólo al comienzo; después viene la resurrección. Para volar es necesario dejar de mover las piernas, pues mientras queremos caminar, jamás volaremos. Ya no se trata de correr a largos pasos de razón, se trata de volar en intuición y visión, y esto es una cosa muy distinta. Y los dos mundos se mirarán acusándose recíprocamente de ilusión. Si no se abre un pasaje entre ellos, no se comprenderán jamás. Se me podría preguntar: si el hombre está encerrado en la razón como lo está en su piel, ¿cómo logrará un día salir? ¿Cómo se puede salir de la propia conciencia? Evidentemente que es por fuerza de evolución. ¿No es ésta un continuo salir de los envoltorios de la propia semilla? Existe este inmenso impulso interior que contiene todos los desarrollos y que es el impulso de Dios, para su manifestación.

El místico, por tanto, anula la razón. No la mata, la supera; no la pierde, la trasmuta. El alma se encamina hacia Dios, ¿para qué pueden servir ya los razonamientos del intelecto? ¿Cómo se pueden valorar ciertas alturas espirituales con los medios hechos por las pequeñas distancias psicológicas de la Tierra? Las demostraciones racionales, las argumentaciones filosóficas pueden constituir una primera aproximación, por lo demás, muy imperfecta de la idea de Dios, pero son nada frente a la sensación de la Divinidad. Verdaderamente, Dios, en su esencia, como no tiene imagen, tampoco puede tener demostración. Pretender demostrar su existencia equivale a negar la sensación directa de él y cerrar las grandes vías de comunicación con él, que son las vías de la fe. Satisfecho, el intelecto entonces se ciega, porque comprende mucho mejor por otros medios. Otra cosa es el conocimiento de Dios; es más un dejarse atrapar, que una laboriosa búsqueda; es el asomar del alma por encima del plano de la razón, en una visión desnuda, que ya no tiene imágenes, ya no encadena ni reduce lo divino en la representación. La conciencia debe resurgir en una luminosidad tan clara, vasta e inmediata, que allí no pueden entrar estas densas y opacas vibraciones inferiores, como los sentidos, la razón, la observación, la distinción, la lógica. La visión se torna pura, simple, unitaria.

## XVI

### LA NOCHE DE LOS SENTIDOS

Insisten muchos los místicos en este superamiento sensorio que ellos alcanzan mediante un proceso de progresiva purificación. Bastante arduo es el comienzo. No son, pues, solamente negación de razón, tiniebla de intelecto y renuncia de comprensión lógica, sino también negación de los sentidos, cierre de las puertas del alma ávida de proyectarse hacia el exterior, pero repelida hacia lo interior, cierre de las puertas para la satisfacción de las pasiones, comprimidas así para sublimarlas. Aquí comienzan las angustias del místico, que siente que se le desgarran el alma fibra por fibra. Para llegar a la dilatación es necesario atravesar esta zona de compresión. El desenvolvimiento del fenómeno es dado por toda esta mutación de equilibrios, a través de la cual se desplaza el centro de gravedad de la conciencia. El fenómeno es esencialmente dinámico y en su movimiento tiene dos momentos: atrofia del “yo” inferior y su reconstitución en un plano superior de conciencia. La primera fase es, pues, la muerte. Esto, sin embargo, se hace necesario. Únicamente bajo la condición de una inversión del proceso vital de expansión en la zona humana, se puede iniciar un proceso de expansión mucho más potente en la zona superhumana. Aquel sufrimiento por la renuncia que parece absurdo, no es más que una potencialización de ímpetu hacia una nueva vida mucho más intensa y más vasta. La resurrección en lo divino del ser, pues, paralela, próxima a la muerte en lo humano. Sólo este misticismo es sano, activo, creador, porque se dirige hacia la vida. ¡Ay de quien se detenga en la primera fase y demuela la conciencia sin reconstruirla! Eso es suicidio, no misticismo. Éste debe avanzar por las grandes vías de la evolución que van hacia

la luz y a la alegría, nunca replegarse sobre las vías estrechas de la involución, que se cierra en la ceguera y en el dolor.

Esta primera fase de trabajo y de tiniebla fue llamada por los místicos *la noche de los sentidos*. Quiero reproducir, a esta altura, una página del famoso científico Carrel, que en su libro “*Man, The Unknown*” <sup>(1)</sup> lleva a la ciencia a confesiones jamás osadas, que parecían eternamente fuera de su competencia. Si bien Carrel nada había podido entender de ciertos problemas, porque ciencia y razón no son suficientes para resolverlos, pues sería necesario poseer otros medios y fuentes de orientación, es muy interesante, sin embargo, constatar cómo ciertos altos fenómenos místicos puedan ser suficientemente comprendidos y clasificados por la ciencia cuando es consciente, alada y genial. Dice Carrel:

“La iniciación en el ascetismo es ardua y pocos tienen el valor para meterse por esta vía. Aquel que desea emprender este penoso viaje debe renunciar a sí mismo y a las cosas del mundo. Seguidamente vivirá en la tiniebla de la *noche oscura*, experimentará el sufrimiento de la vida de penitencia, llorando su debilidad y su indignidad, suplicando la gracia de Dios. Poco a poco se desprenderá de sí mismo. Su oración se tornará contemplación e ingresará en la vida espiritual, donde no podrá ya describir lo que ve (...). Su espíritu trasciende el espacio y el tiempo, entra en contacto con algo inefable y alcanza la vida unitaria, contempla a Dios y con él actúa (...) En la vida de todos los grandes místicos encontramos las mismas etapas. Debemos aceptar su experiencia tal cual nos es dada. Solamente aquellos que han vivido en oración pueden juzgarla. La búsqueda de Dios es, en efecto, un emprendimiento muy personal. El místico se lanza a la búsqueda de una realidad que es conjuntamente inmanente y trascendente: se lanza a la más audaz empresa que se pueda osar, y la multitud puede considerarlo como un héroe o como un loco”.

Más adelante continúa el mismo autor bajo otro aspecto: “Los hombres más felices y más útiles componen un conjunto armonioso de actividades intelectuales y morales (...) Existe, pues, otra clase de hombres que, aunque tan desajustados como los criminales y los locos, son sin embargo indispensables para la sociedad moderna: son los hombres de genio, caracterizados por el excesivo desarrollo de algunas de sus actividades psicológicas. Los grandes artistas, los grandes científicos o filósofos son generalmente hombres comunes, en los cuales una función se ha hecho hipertrófica. Se pueden comparar también con un tumor que se ha desarrollado en un organismo normal. Estas criaturas no equilibradas son generalmente infelices, pero producen grandes obras de las cuales saca ventaja toda la sociedad. Su desarmonía genera el progreso de la civilización. La humanidad jamás ha dado un paso hacia adelante por los esfuerzos de la masa, sino por la pasión de algunos individuos, por la llama de su inteligencia, por su ideal de ciencia, de caridad o de belleza”.

---

<sup>(1)</sup> “La Incógnita del Hombre”, por Alexis Carrel. (N. del T.)

Tal es Carrel. Él tiene el mérito de encaminar a la ciencia a la aceptación de dos grandes verdades: la del valor del factor moral frente al problema del conocimiento y aquella de la posibilidad de superamiento del plano racional-analítico en dimensiones conceptuales y planos superiores de conciencia. La ciencia avanza y llegará a través del largo camino. Pero nosotros tenemos prisa, el trabajo es vasto, no podemos perder tiempo en las vacilaciones de la hipótesis, ni en la servil imitación del control del análisis. Mal tocamos un fenómeno, es necesario concluir luego, ir al fondo, darle una explicación exhaustiva.

Continúa todavía Carrel: “Cada año asistimos al progreso de los eugenistas, genetistas, biometristas, estadistas, fisiólogos, anatomistas, bioquímicos, psicólogos, médicos, endocrinólogos, higienistas, psiquiatras, criminólogos, educadores, sacerdotes, economistas, sociólogos, etc., y sabemos cuan insignificantes son los resultados prácticos de sus investigaciones. Este gigantesco amontonamiento de conocimientos se encuentra diseminado y difundido en las revistas técnicas, en los tratados, en el cerebro de los científicos, de modo que cada uno sólo posee una pequeña parte de él. Hoy urge reunir estas parcelas en un todo y hacerlo vivir en el espíritu de algunos hombres. Sólo entonces se tornará fecunda la ciencia del hombre. Difícil es este emprendimiento. ¿Cómo construir una síntesis?...”

No podemos contentarnos con un signo de interrogación. Nuestras almas tienen prisa por saber y tienen la necesidad y el derecho de saber, inmediatamente. ¿Por qué la ciencia no realiza esta síntesis? ¿Por qué no sabe crear en este sentido? ¿Por qué se estaciona encallada en su seguridad objetiva? ¿Por qué nadie se atreve y se arriesga, sin preocuparse por el sacrificio de la reputación y posición, jugándose el todo por el todo, a realizar a través de una posición arrebatadora un sueño tan inmenso?

Pero volvamos a nuestro fenómeno para penetrarlo totalmente, hasta el fondo. Aquella primera fase del fenómeno místico, hecha de purificación y de tiniebla, definida por los místicos como *la noche de los sentidos*, no es ilógica mutilación de la vida, sino concentrado trabajo de evolución. Aquellas angustias tienen la más amplia justificación racional y experimental. Parece absurdo tener ojos y no querer ver, tener oídos y no querer oír, poseer los sentidos y no querer sentir, el amor y no querer amar, la vida y no querer vivir. La conciencia humana se interroga asombrada del por qué de estos invertimientos. Pero no se quiere ver, ni oír, ni sentir, ni amar, ni vivir, sólo para ver, oír y sentir, amar y vivir más y mejor, siempre más y mejor. He allí para qué sirve *la noche oscura de los sentidos*: se deja de razonar para intuir, de amar a la criatura para amar al Creador. Ciertamente, esta primera fase de compresión es dolor, pero la siguiente fase de expansión es de incomparable alegría. Es justo, por lo demás, que todo progreso evolutivo sea conquistado a través de un esfuerzo y un trabajo: esto es lo que impone el equilibrio de la Ley<sup>(1)</sup>. Este primer movimiento es de

---

<sup>(1)</sup> Ver Fig. 2 “Desarrollo de la Trayectoria Típica de los Movimientos Fenoménicos”. Todo fenómeno, antes de iniciar su impulso para un mejor desarrollo, se repliega sobre sí mismo en una fase de contracción. (N. del A.)

dolor porque frena e invierte el impulso del alma que es la expansión (evolución). Pero si se observa bien, esta inversión está igualmente, o mejor dicho, está más potentemente en las vías de la expansión y de la evolución. La razón, deteniéndose sólo junto al puro cuadro de vida humana, cae fácilmente en error. ¿Qué cosa son, en efecto, el dolor y el placer sino la voz indiscutible del instinto que sabe lo que él necesita? La necesidad de la vida, necesidad fundamental y universal a todos los niveles, es la expansión; su satisfacción es alegría, su limitación es sufrimiento. Apenas una resistencia cede y permite la expansión del “yo”, éste es invadido por una indecible satisfacción. El “yo”, interiormente, está ejerciendo continua presión porque es, por su naturaleza, ilimitado y, como tal, no admite confines. Esta es la ley universal, y en cualquier plano, aunque sea en formas distintas, constante. El placer es crecimiento, el dolor es disminución. Entonces, la conciencia no sabe en un primer momento, la causa de ese proceso de disminución que tanto le repugna y por qué deba colocarlo en el lugar de aquel aumento que tanto la atrae. Pero, apenas supere el primer momento y pruebe las nuevas realizaciones, ella se lanzará en la ascensión mística con el impulso incontenible que habría dado a las pasiones humanas. Porque se trata siempre de aumento, que es placer.

No obstante que sea necesario morir, el misticismo se basa enteramente en la fase reconstructiva, y no acepta la primera negación de vida sino como tiniebla transitoria, condición de luz permanente. El fenómeno se equilibra en su lógica perfecta. Se trata de remodelar la conciencia según una naturaleza más potente. Las pasiones humanas representan un orden de vibraciones pesadas, que recaen a tierra, incapaces de elevarse a la estratosfera del espíritu y sumergirse en los planos superiores para penetrarlos y allí establecerse. El desprendimiento es un desacostumbrar a la conciencia a responder a ciertas vibraciones estabilizadas en vastísimos períodos de evolución biológica y un adiestramiento para responder a vibraciones más sutiles y más elevadas. He dicho que las vibraciones ascéticas representan un orden de ondas más cortas, rápidas y dinámicas, más penetrantes y, por su ritmo más intenso y veloz, capaces de elevarse. Aquí se trata de pasar de un orden de vibraciones densas y pesadas, a un orden de vibraciones ágiles y sutiles. Científicamente la ascética puede definirse como la ciencia de las ondas-pensamiento y el método para su transformación en tipos siempre más inmateriales, elevados, penetrantes, veloces y potentes; es el organismo de normas modeladoras de estas resonancias. Los estados del alma, las actividades del espíritu contienen el método para realizar la transmisión y para captar tales ondas, método por el cual se llega a poner al espíritu en estado de sintonía *permanente* con centros de conciencia y de emanaciones situados en planos más altos. En la ascensión se avanza por grados. Una primera vibración liga al espíritu por resonancia, con un plano más alto. La repetición consolida la ligadura, fija la sintonía. Entonces es posible encaminar paulatinamente todo el ser, hasta que logre estabilizarse en el nuevo equilibrio y a transferirse definitivamente al nuevo modo de ser. Por eso, justamente, insistí mucho sobre la afinidad con el transmisor en la técnica de las Noures, porque allí se iniciaba este proceso de sintonización que aquí se completa. En la ascensión mística se tiende hacia la unificación; la sintonización,

por tanto, debe ser integral, de toda el alma y con todo el universo, y no ya sólo parcial, localizada en una dada resonancia conceptual.

Entonces la evolución, después de haber invertido por un momento su dirección, la endereza y la retoma para ascender vertiginosamente. Se supera la fase de negación y se vuelve a afirmar con centuplicada potencia. Cambiando su centro, la vida entonces cambia de significado y valor; contiene y tiende hacia realizaciones distintas a las humanas. El organismo físico ya no es un medio de expresión y expansión, sino una cárcel, un medio de compresión. La muerte se convierte en vida y la vida se convierte en un proceso de negación en lo humano y de afirmación en lo divino. Es un desnudamiento del alma, porque a ciertos niveles no se puede llegar y en ellos ingresar, más que con el alma desnuda. Después del primer invertimiento, el espíritu se endereza y se verifica el fenómeno maravilloso de la inversión del dolor, es decir, de su anulación. Se alcanza entonces la liberación. Superada la disonancia, el espíritu se armoniza en el gran concierto del universo, el dolor humano se separa cada vez más de él y queda allá abajo, como cosa muerta entre las muertas escorias de la vida. El dolor es reabsorbido en el amor, la vibración disonante es sumergida en el océano de armonías de la Divinidad. Sucede entonces aquello que ocurre con la muerte: el sufrimiento que debería aumentar, es proporcionalmente reabsorbido en la insensibilidad. En la lucha entre el dolor y el amor, vence el amor; el dolor muere, el amor triunfa. En medio de tantos tormentos, el alma canta.

Así, el espíritu emerge en un nuevo mundo. Pero esto sucede por grados. El sufrimiento que se desprende de la mutilación de conciencia en el plano humano, es compensado por la alegría de la expansión en el plano superhumano. A medida que ocurre al nivel inferior el sofocamiento de la vida, como si le apretaran el cuello, se extiende el campo cubierto por la nueva conciencia: en proporción que se torna inminente el desprendimiento, se acortan las distancias y el alma se aproxima a la meta y exulta con su triunfo. La vida de los místicos es el recorrido de este trayecto.

Ascetas existen duros y crueles, que de lo único que hablan es de renuncia, en los que todo está todavía inmerso en la noche de la separación humana; y ascetas hay que, llegados a un nivel más alto, cantan el amor. Hay los que siembran y los que cosechan, los que se martirizan y los que triunfan, pero todos recorren las diversas fases del mismo ciclo. Al principio el camino está lleno de dificultades y resistencias. El “yo” inferior no depone fácilmente las armas y, cuando voluntariamente lo hace, organiza una defensa inconsciente en que reafirman los impulsos milenarios, indómitos, del pasado biológico. Entonces, de lo profundo de la carne y de la pasión resuenan pavorosamente susurros amenazadores y la fiera se asoma, con ojos sanguinarios, feroces, para despedazar. Están precisamente unidos, el uno al otro, los dos tremendos enemigos, el espíritu y la materia, y la lucha es atroz, interior, sin treguas. Y muchas veces vence la bestia.



## XVII

### LA UNIFICACIÓN

Ya está iniciada la cisión, trazado está el antagonismo, cada vez más larga se torna la brecha. Por entre las grietas del involucro ya penetró algo y posible ya se tornó alguna fuga. Vivida fue una nueva experiencia y el espíritu no la puede ya olvidar, y vuelve a embestir contra las paredes para su liberación. Momentos emocionantes, de trepidante expectativa en que se debate tenazmente el alma y, desde su prisión, clama apasionadamente y cada vez más hace presión e intensifica su esfuerzo de liberación, porque escuchó a través de las espesas paredes las primeras resonancias, probó la primera embriaguez de vuelo, siente caer en las tinieblas una a una las últimas barreras, más allá de las cuales explotará la luz. Se rasgan poco a poco los velos y ocurren los primeros contactos. Sonidos divinos descienden hasta el espíritu. Abierto está el paso y por él brota ahora la fuente divina. El alma estará más allá de sus ansias, inundada.

Llega entonces el espíritu de Dios, cual la irrupción de un incendio que pasa por sobre todo, para incinerar totalmente los residuos de las pasiones humanas. Se inicia, a esta altura, el proceso de la unificación. Pero ni siquiera éste ocurre sin lucha. El alma está ahora desnuda y es percutida hasta lo profundo. El invertimiento de los equilibrios ocasiona tempestades inauditas de sensaciones; en el campo de fuerzas de la conciencia, el sobrevenir de las potentísimas radiaciones provoca fulguraciones e incendios. El alma debe arder y quemarse para resurgir renovada de las cenizas de su pasado. La suprema fuerza divina atrajo y estrechó en su órbita aquella alma que, presa, se pone a girar a su alrededor cada vez más vertiginosamente; y cuanto más se restringen las órbitas, más violenta es la atracción, más próxima está la unificación. En esta unificación, la conciencia siente perderse como individualidad distinta, no sabe ya quien es y lucha contra su dulcísimo aniquilamiento hecho de amor. Pero, al mismo tiempo, no puede dejar de expandirse, por cuanto aquella atracción es también su atracción, y los dos términos no pueden dejar de caer fatalmente el uno en el otro, en la unificación. El alma experimenta vacilaciones: se siente expandir ilimitadamente y esto es para ella una alegría suprema, pues ya no se encuentra, no se reconoce como “yo” distinto y esto la desanima. Le parece no poder ya existir sin ser un tal “yo”; en esta inmensa expansión se figura acabar y retrocede espantada. Se abre de par en par a sus pies la vorágine de lo infinito y su pequeña conciencia de antes no sabe medirla. Ésta experimenta el vértigo de las grandes alturas y vuelve a engancharse a aquella fuerza de atracción divina que precisamente la lleva siempre más allá y que quiere terminar de consumirla como cosa humana, para hacerla revivir integralmente y sólo como cosa divina.

Lucha, siempre lucha, pero ahora dulcísima lucha. Como en los primeros planos de la ascensión mística el enfrentamiento se verifica entre la bestia y el ángel, que todavía se conserva exhausto y lacerado por las heridas recibidas, ahora la lucha se

desencadena entre lo divino y lo humano. Dice Ruysbroeck en su obra: “El Ornamento de las Nupcias Espirituales”, en el capítulo “El Combate”: “Los asaltos del amor colocan, frente a frente, dos espíritus: el Espíritu de Dios y el nuestro. Comienza entonces la lucha. Nuestro espíritu se inclina hacia Dios y quiere poseerlo. El movimiento del amor tiene por cómplice el acto secreto del Dios, ardientemente buscado: El duelo se sucede en lo profundo. Son de asombrosa intimidación las heridas recibidas por los combatientes; ellos se lanzan rayos que abrasan su fuerza ardiente y el ardor de su combate aumenta la ansiedad del amor entre ellos. Así, ambos se funden. El espíritu de Dios da, el nuestro retribuye y, de este doble movimiento, nace la fuerza del amor. Este flujo y reflujo hace multiplicarse la fuente del amor. De esta manera, el contacto de Dios y el furor de nuestro deseo, se conjugan en la más inefable simplicidad. Invasión y poseído por el amor, el espíritu, por increíbles olvidos, no se recuerda más que de su poseedor. Se quema, y cuando se sumerge en el abismo de aquél a quien ahora toca, viendo superadas por la realidad que él vive su propio deseo y avidez, asiste estupefacto a su propio desfallecimiento. Pero, reuniendo en un supremo esfuerzo todas sus fuerzas, encuentra en lo profundo de su actividad la energía necesaria para transformarse a sí mismo en amor. Entonces, el santuario íntimo de su esencia creada, en el cual principia y termina su actividad terrestre, está en sus manos. Y domina, con sus virtudes y sus poderes, la multiplicidad del mundo”.

Es a través de estas sensaciones, confirmadas por los místicos, que se realiza el proceso progresivo que vimos: *vibración, resonancia, sintonía, desprendimiento, purificación, afinidad, atracción, amor, unificación*. En el ápice del desarrollo del fenómeno está la unificación. Se trata de un procedimiento de amor, base de la vida. Pareciera que el estado más perfecto y completo del ser, que es el de la unidad en Dios, se haya una vez como que precipitado por involución por el dividido dualismo del amor sexual, en que el ser, dolorosamente quebrado en dos, debe ansiosamente recorrer cada día el trabajo de la reconstrucción, a través de las vías imperfectas, inestables traicioneras del amor humano. El misticismo remonta las vías de la evolución que llevan a la liberación de tales limitaciones, de todas las divisiones y separatismos que son las características de los planos inferiores, en que la unidad se fragmenta y se pulveriza en lo múltiple y en lo relativo. Se trata de un gran esfuerzo de rehabilitación del ser involucionado, de reconstrucción de la integridad e inmensidad del *yo*, hoy perdida como si fuera un castigo. Se trata de reconquistar, en Dios, el verdadero amor universal para todos los seres<sup>(1)</sup>.

Abajo, esto se manifiesta humanamente semejante a una lluvia de dádivas que el espíritu difunde totalmente en torno de sí, es decir, semejante a una forma de sacrificio y de amor por todos los hombres y todas las criaturas, en la cual se expresa

---

<sup>(1)</sup> Estos problemas son ampliamente desarrollados y abordados en otras tres obras del mismo autor, posteriormente escritas: Dios y Universo, El Sistema y Caída y Salvación. (N. del T.)

claramente su carácter universal. Estos seres en su conjunto representan sobre la Tierra, canales de expansión divina.

Si el aspecto racional del fenómeno, como ya fue expuesto, es intelectualmente comprensible, su aspecto “*sensación*” es absolutamente inimaginable e incommunicable a quien no siente y por tanto no puede probar. Faltan palabras y expresiones en el lenguaje, falta sobre todo en el corazón humano la capacidad de vibrar y de responder a tales emociones. ¿Cómo se puede explicar la pérdida de individualidad distinta de conciencia, la identificación por reabsorción en el principio del universo, la transhumanización, la neutralización del dolor por armonización, si tales estados no existen en el plano de conciencia normal? He allí adónde llega quien logró romper el involucro: un contacto realmente continuo, interno y profundo, que es unidad. Los amores humanos tienen la misma tendencia, pero envainados en el involucro físico, jamás pueden llegar a esa identificación completa y dejan siempre una distancia que divide, un residuo de egoísmo. Pero del que hablamos no está entre los amores, tantos y en tantas formas, mas es el Amor. San Pablo nos dice que el amor es el camino maestro, o mejor, la única vía del misticismo, la gracia más necesaria que cualquier otra. Es él quien nos expresa: “Vivo Autem Jam non Ego; Vivit Vero in me Christus”: Ya no soy yo quien vive, mas es Cristo quien vive en mí<sup>(2)</sup>. La razón y la inteligencia, agrega Ruysbroeck, “se detienen en la puerta. Pero el amor, que es el amor, el amor que ha recibido una orden quiere, aunque ciego como los otros absolutamente avanzar. Él conservó en su propia ceguera, el instinto de la alegría. Así, cuando ante la puerta la inteligencia está cansada y cae, dice el amor: Entraré. Y el amor entra y la mente es vencida en este triunfo”.

Se dice que el mayor castigo para las almas culpables consiste en la privación de contemplar a Dios, lo que equivale al acantonamiento fuera de las grandes corrientes de la vida. La mayor alegría de las almas electas reside precisamente en este contacto con Dios, en esta suprema embriaguez de armonización, en esta fusión completa. Pero es inútil acumular palabras. Aquí me atormento con expresar lo imposible. Este contacto de amor que hace posible la presencia de Dios sensible dentro de nosotros, es una sensación tan sutil que, para alcanzarla, es necesario afinar, agudizar nuestra sensibilidad; es una nota tan alta y de tal frecuencia vibratoria, que no la percibe el oído común; si la percibiese, él se reventaría, tan intenso es su potencial. Para alcanzarla es necesario, inclusive para la conciencia madura y adiestrada, entrar en sintonía y elevarse en tensión gradualmente. A esto se llega poco a poco y puede ayudar aquel proceso de sintonización nourica, condición de recepción inspirativa, que describí en mi precedente volumen<sup>(1)</sup>. La contemplación nos guía en la casa de Dios. Escuchar la armonía de lo creado es una gran vía musical de elevación, porque nos hace asistir conscientes al pensamiento de Dios.

---

<sup>(2)</sup> Epístola a los Galatas, 2:20 (N. del T.)

<sup>(1)</sup> Las Noures, (N. del A.)

Llegada a este estado, la conciencia está no sólo metafóricamente, sino también realmente fuera de sí, porque está en un nuevo plano de existencia y fuera de su dimensión conceptual. Se dice entonces que está arrebatada en éxtasis. El éxtasis es un estado tremendamente activo y supremamente consciente; es el estado de percepción de la unificación. Sólo para los inconscientes en este plano, éste puede ser inconsciencia. El éxtasis es la última fase del fenómeno místico, el coronamiento de la ascensión, el vértice tocado no racionalmente como habíamos hecho al principio, sino como sensación. Aquí no se trata de entender el fenómeno sino de algo más, se trata de vivirlo. Tal es la diferencia existente entre observar y ser. El éxtasis es la revelación consciente de la unión, es la percepción de la realización perfecta de la identificación vibratoria. La “gracia”, tan discutida, es un fenómeno real, científicamente admisible, es decir, un descenso de corriente que eleva hacia la sintonización y tiende a la unificación; es la emanación de lo Alto, en la cual la Divinidad se muestra activa y mueve sus atracciones. El estado de “gracia” es el estado de armonización alcanzado.

He allí el glorioso epílogo de la vía larga y dolorosa que el místico ha recorrido. El poeta se pone en camino, pero sólo el místico llega. El poeta trata e invoca, el místico realiza y ama. De esta manera el místico es el poeta completo, íntegro, que alcanzó toda la realidad de su sueño. El éxtasis es la síntesis suprema de todo arte, porque lo es de toda concepción y de toda belleza. Los místicos son poetas inmensos, vertiginosos, asombrosos. Ellos no se ausentan de la vida, sino que en ella están más intensamente presentes. El místico vuelve a las cosas pero con visión divina, retoma a las criaturas y vuelve a amarlas, porque en ellas está Dios y en ellas reencuentra a Dios. Todas las cosas no tienen más que un significado y un poder: el de elevar su espíritu a Dios. Su egoísmo se transforma en el amor de un “yo” tan vasto que abraza todo lo creado y no puede contener más que a Dios. Ya no bastan sus pobres brazos humanos para abarcar lo infinito. El místico, entonces, parte en dos tiempos el ritmo de su dinamismo: contemplación y acción. Y los dos ciclos se entrelazan, se completan, se nutren recíprocamente. Primero se sumerge en el abismo divino para alcanzar su luz y energía. Después desciende nuevamente entre las miserias humanas para hacer el bien y aliviar el dolor. Desde su Altura, el baja con los brazos abiertos. El surco tangible que detrás de sí deja la ascensión del místico, está hecho de obras de bondad. *“El amor de Dios no puede ser ocioso”*. Estas consecuencias prácticas que descienden al nivel común, la sociedad debe comprenderlas. Cito a propósito otras palabras simples y sublimes de Ruysbroeck: “La consolación interior es de un orden menos elevado que el amor activo que se pone espiritualmente o corporalmente al servicio de los pobres. Por eso yo os digo: aunque seáis arrebatados en un éxtasis tan alto como los de San Pedro o San Pablo, o cualquier otro que queráis, si oyeres que un enfermo tiene necesidad de una sopa caliente o de cualquier otro socorro del mismo género, yo os aconsejo que os despertéis por un instante de vuestro éxtasis y que calentéis la sopa. Abandonáis a Dios por Dios; buscadlo y servidlo en sus miembros: nada perderéis en el cambio. Lo que por caridad abandonáis, Dios os lo restituirá con muchas otras perfecciones”.

## XVIII

### INCOMPRENSIÓN MODERNA

Puesta frente a esta psicología, la mentalidad moderna no comprende. Se contenta con sacar ventajas de sus consecuencias utilitarias, sumergida hasta el cuello en el eterno juego de la ambición. Desprecia a quien se ausenta en la soledad y lo define como ocioso y misántropo; sólo admite el trabajo que hace ruido, porque sólo comprende lo que golpea sus oídos. Aquella realidad parece una nada y, sin embargo, encierra una actividad interior terrible. El místico mantiene otras relaciones vitales, y su huye por momentos al contacto humano, es para nutrirse en el contacto divino. El centro de sus atracciones está colocado más allá de la atmósfera terrestre; su alma ama la vida física mientras ésta represente una misión de bien y una prueba para llegar a Dios. Para donde quiera que él dirige su mirada, es para buscar y amar a Dios. Él lo siente identificado en su propia esencia, presente y activo en lo más íntimo de sí mismo. Todas las imágenes han caído. Sólo Dios permanece, tonante voz interior, en el silencio exterior de las cosas. El alma del mundo está vacía y se proyecta hacia lo exterior para llenar este horrendo vacío; el alma del místico está llena y ama la soledad, que le permite proyectarse a lo interior y escuchar esta su plenitud. Él no tiene necesidad de aturdir sus sentidos para apartarse de esta desolación; no teme, como el mundo, los silencios en que el alma habla. La realidad de la vida está en esta oscuridad en que la palabra calla. Sólo cuando alcanzamos la profundidad de tales silencios, aquella realidad levanta la cabeza y nos mira. La gran claridad está en el fondo, más allá de la más densa tiniebla.

El plano de vida del místico está completamente por encima de la tierra. Él también sufre y goza, teme y espera, se lamenta, canta y ama, pero todo esto ocurre en otro nivel de conciencia, a través de formas, reacciones y repercusiones distintas. La orientación conceptual y sensoria, la manera de ver sus relaciones con los fenómenos, son completamente diversas. Él posee en un haz un nuevo orden de resonancias y ha conquistado un nuevo sentido, el sentido místico, que el sentido de la armonización universal. Sus vías son distintas. El hombre actual avanza por las vías del trabajo, del dominio sobre el mundo y quiere destruir el dolor desde lo externo. Es la vía más larga de la evolución, que vence los obstáculos, doma las resistencias, pero liga al espíritu. El místico sigue el camino corto, avanza por las vías de la concentración, del dominio de sí mismo y destruye el dolor desde lo interior, no aniquilando sus causas, sino superándolas, con una diferente sensibilidad. Él no enfrenta y plasma lo externo, mas libera el espíritu; lo supera todo porque se eleva sobre la tierra.

Las dos psicologías son contrarias y no hay comunicación posible. Por esto mismo se me puede objetar la no aplicabilidad de todo esto y se justificaría una indiferencia por ciertos problemas que “no sirven para nada”. Entonces se querrá relegar a lo patológico y apartar a los ángulos olvidados de la historia ciertos problemas. No obstante, el problema psicológico es siempre el problema más mortificante y el

misterio de la personalidad humana es el más tormentoso enigma. Este es, por tanto, el estudio más moderno, más profundo, más original que se pueda hacer. La fe nos habla con palabras poderosas pero vagas, y la ciencia apenas balbucea, cuando es honesta confiesa su ignorancia. Con todo, en la conciencia están las más profundas realidades y las más vastas posibilidades de la vida. De ésta, todavía no se sabe nada. Y sin embargo, en esa conciencia humana está el germen de todos los desenvolvimientos. Si algo nace en el mundo exterior en cualquiera de sus campos, despunta siempre de aquel misterio interior. Si lo divino desciende sobre la Tierra, es a través de ese trámite.

El problema es, pues, palpitante, actual y también práctico. No se puede olvidar o apartar aquello que no se ve y no se toca, porque justamente allí se encuentran la causa y el origen de las cosas. Y cada uno de nosotros tiene en sí esta unidad que se llama “yo”, esta síntesis que se llama conciencia. Ésta es lo que de más vivo tenemos en nosotros, y tan vasta es que no le conocemos los límites. La vemos abismarse en estratos profundos que no conocemos y a los que no nos atrevemos a examinar. Ella evoluciona y se transforma continuamente en nosotros, pero está siempre presente. No la vemos, y sin embargo nuestras más íntimas sensaciones y emociones, la alegría y el dolor, están en ella y no en lo exterior; la parte más vital y más intensa de nosotros se encuentra en ese imponderable. Ese centro establece contactos con todo lo que lo cerca, y a pesar de ello, permanece siempre distinto, gigantesco, indestructible.

El hombre moderno, que ha comprendido las leyes mecánicas de tantos fenómenos y ha deshecho así tantos temores, cree con esto haber destruido el misterio y resuelto el enigma de la vida. Y en un simplismo primordial, no ve que el misterio es infinito y lo único que ha hecho es ampliarle sus límites. No ve que en el mundo sutil del espíritu se encuentran leyes grandiosas y reacciones tremendas. Por eso, quien ha tocado y vivido, se revela cuando la inconsciencia niega y sonrío. Por eso mi esfuerzo sin tregua para hacer que se vea y se sepa. En estas cuestiones elevadas y distantes “*que no sirven para nadie*”, se agita el problema de las civilizaciones futuras. En estas páginas, no escritas por cierto, para ejercicio retórico, se agita una vida mucho más intensa, se mueven fuerzas titánicas, cae la semilla de nuevas orientaciones que mañana conquistarán valores inmensos.

El espíritu humano debe, por irresistible y fatal impulso de evolución, proyectarse más allá de las barreras que hoy lo limitan, más allá de las dimensiones de su actual concebible. Se tiene el deber de arrancarlo de su orden de vibraciones que recaen sobre la tierra y de proyectarlo, con toda su potencialidad, en este otro orden de vibraciones que quieren subir, superar y romper los espacios, para fundirse en el ritmo cósmico.

## XIX

### EL SUBCONSCIENTE

Aunque se subleven en protesta la multitud de los ciegos racionalistas, el hombre no puede renegar el indestructible presentimiento de sus futuros desarrollos de conciencia. Se tiene la sensación de que debajo del pequeño “yo” normal de superficie, se extiende en profundidad un “yo” ilimitado. Y el hombre se pregunta a sí mismo: ¿Qué cosa, pues, soy yo? La ciencia percibe que el mundo fenoménico, ya inmenso en su superficie, es de una complejidad, perfección y sabiduría, que progresan a medida que es observado a mayores profundidades. La ciencia es algo que, perpetua e ilimitadamente evoluciona en la dirección de esa profundidad. Ella misma es constreñida por ley de evolución, a progresar y a lanzarse en estos nuevos campos. Y ya ha notado que la personalidad humana se extiende en zonas que están más allá de los límites normales de la conciencia racional y práctica; ha tenido que constatar la existencia de un campo subterráneo de conciencia, cargado de motivos, repleto de gérmenes, de los que todo esto se desenvuelve y aflora a la conciencia normal de superficie. Ha llamado a este campo subconsciente o conciencia subliminal, o algo parecido.

“En estos últimos años”, dice Paolucci en su pequeño libro “Los Problemas del Espíritu”, “la ciencia relativamente nueva de la psicología, ha comenzado a proyectar viva luz sobre el misterio de la personalidad humana. Numerosos investigadores y estudios experimentales del funcionamiento normal y anormal del espíritu humano, han conducido a los psicólogos que una cantidad considerable de nuestra actividad mental, se produce sin que lo percibamos. Esta *cerebración inconsciente*, como la denominan, parece confirmada por nuestros conocimientos psicológicos. De allí proceden las discusiones acerca del “subconsciente”. Según estos psicólogos, el subconsciente parece ser la sede de la inspiración y de la intuición. Poetas, predicadores, músicos, de esto pueden dar testimonio. Los pensamientos que tienen mayor mérito, son aquellos que nos llegan sin ser invocados y que constituyen las fulguraciones del genio. Los mejores descubrimientos científicos se realizan muchas veces, gracias a lo que los psicólogos llaman “subconsciente”. El investigador siente primero una intuición y, después, se entrega al trabajo y pide a la experiencia que la justifique. La razón, que no es más que el nombre ordinario dado por nosotros al ejercicio consciente de nuestras facultades mentales, se arrastra penosamente sobre cuatro patas; la intuición se impulsa con un batir de alas”.

La intuición, pues, que está en lo profundo, es un contacto más próximo a la realidad que el de la razón, que está en la superficie. “El método discursivo y deductivo”, dice Jastrow en “*La Subconsciencia*”, “es el camino penoso de la lógica, montada sobre zancos, mientras la intuición es el vuelo potente del “*Inconsciente*”, que en un instante se transporta de la tierra al cielo”. Muchos, sin embargo, como Geley, idealista pero positivista, en su *De L’Inconscient an Conscient*, no llegaron al fondo y

no comprendieron. El mismo Schopenhauer ve un abismo intraspasable que separa al Inconsciente del Consciente, y en vez de lanzar los puentes, los corta. Otros se acercan, averiguan, sin nada explicar. Así lo hace M. Ribot: “L’inspiration Révéle une puissance supérieure à l’individu conscient, étrangère a lui qui que agissant par lui: état que tant d’inventeurs on exprime en ces termes: Je n’y suis pour rien<sup>(1)</sup>”.

No puedo dejar de citar, a esta altura, una página del conocido volumen “El Hombre, ese Desconocido”, de Alexis Carrel. Ese libro, que cayó en mis manos por “azar”, mientras corregía pruebas tipográficas un año después de haber concluido este mi libro, me sorprende por la identidad del pensamiento de su autor con mi experiencia. Coincidencia extraña entre individuos tan distintos y de ambientes tan distantes, que no puede dejar de impresionarnos, pues demuestra que ciertas ideas por mí vividas (expresadas en “*Las Noures*”) y por otros juzgadas como absurdas e inadmisibles, están por el contrario en el aire, de uno a otro extremo del mundo, y que el espíritu de los menos evolucionados ya está preparado y concorde para aferrarlas.

Escribe el Dr. Carrel, uno de los más eminentes cirujanos experimentales del Rockefeller Institute for Medical Research:

“es cierto que los grandes descubrimientos científicos no constituyen obra exclusiva de la inteligencia. Los científicos de genio poseen, además del poder de observar y comprender, otras cualidades como la intuición y la imaginación creadora. Con la intuición ellos aferran lo que permanece oculto para otros hombres, perciben relaciones entre fenómenos aparentemente aislados, saben sin razonar, es decir, sin análisis, lo que les interesa saber (...). Este es el fenómeno que se llamó una vez inspiración”.

“Dos son las formas de la mentalidad de los científicos: la lógica y la intuitiva. La ciencia debe su progreso a ambos de estos tipos intelectuales. Solamente los grandes hombres y los puros de corazón<sup>(2)</sup> pueden ser transportados por la intuición a las cumbres de la vida mental y espiritual”.

“Es una facultad extraña: aferra la realidad sin la ayuda del razonamiento, nos parece inexplicable. (...) De tal modo que muchas veces el conocimiento del mundo externo nos llega por vías distintas a la de los órganos sensorios”.

Así es encarado, por necesaria consecuencia de constataciones de fenómenos, el subconsciente; pero no se ha comprendido su naturaleza, su extensión, su contenido.

---

<sup>(1)</sup> “La inspiración revela una potencia superior al individuo consciente que, aunque se manifiesta por él, le es extraña; es un estado que muchos inventores han traducido en estos términos: no tomo absolutamente parte en eso”. (N. del T.)

<sup>(2)</sup> ¡Cuánto no insistí en “*Las Noures*” y aquí también, sobre el valor del factor moral! (N. del A.)



Cada autor ha creado su distinto subconsciente y ninguno lo ha encuadrado en la fenomenología universal, en la teoría más profunda de la génesis y del desarrollo del espíritu, y de las metas de la personalidad humana.<sup>(1)</sup>

Para James y para Myers, el subconsciente es lo primitivo, lo fundamental; lo secundario, la derivación es la conciencia que es un producto del ambiente. Jactrow agrega que “por encima de la conciencia, existe una organización psíquica anterior a ésta, la cual es sin duda la fuente de la que ella se origina”. Se llegó a sentir confusamente la existencia de ese intelecto profundo, más vasto que aquel intelecto de superficie que llamamos razón; a entender que esta síntesis de la vida no se puede sostener por su fuerza y que, como isla emergente del océano, debe apoyarse para emerger, sobre bases tanto más vastas, cuanto más se desciende en profundidad.

Para entender y resolver el problema, no basta haber notado todo esto y permanecer en la dimensión racional; mas es necesario salir de una buena vez de esta dimensión y lanzarse a aquella profundidad, y esto con los ojos abiertos, es decir, permaneciendo conscientes en otras dimensiones. Es necesario poseer en sí el fenómeno y sondearlo por introspección. Es necesario tener el coraje, que la ciencia no tiene, de concluir en una concepción única de los fenómenos. Es necesario haber antepuesto a todo esto una orientación completa, intelectual y moral, del propio “yo”, en el seno del funcionamiento orgánico del universo.

## XX

### EL SUPERCONSCIENTE

No puedo repetir aquí las bases sobre las que fundamento el problema, cosa ya hecha en otra parte<sup>(2)</sup>. En aquella obra fueron desarrolladas teorías que dan un valor exacto al concepto de subconsciente. Resumamos. La psiquis humana es un organismo en crecimiento continuo (expansión) por descenso a lo profundo, por estratificación de las síntesis de las experiencias de la vida, las cuales gravitan hacia lo interno. Esta asimilación continua, realizada en zona de libre arbitrio, se fija en el determinismo de los equilibrios estabilizados en la trayectoria del destino. El subconsciente es precisamente la zona de los instintos formados, de las ideas innatas, de los automatismos creados por la repetición habitual de la vida. La ley del “*mínimo*

---

<sup>(1)</sup> Cfr. “La Gran Síntesis”, “Teoría de la Evolución de las Dimensiones”, cap. XXXV; “Los Orígenes del Psiquismo”, cap. LXII; “Técnica Evolutiva del Psiquismo y Génesis del Espíritu” cap. LXIV; “Instinto y Conciencia. Técnica de los Automatismos cap. LXV etc. (N. del A.)

<sup>(2)</sup> Ver nota al final del capítulo precedente. (N. del A.)

*medio*”<sup>(1)</sup> limita el esfuerzo consciente sólo al campo activo de la construcción nueva. El resto, lo que fue vivido y constituye síntesis completa, va a yacer en reposo (inconsciencia) en los estratos del subconsciente, del que tantas de nuestras cualidades e instintos emergen como productos completos, cuyos términos determinantes se nos escapan. La conciencia de superficie es, pues, un tentáculo activo, consciente porque está en fase de trabajo; el subconsciente es un inmenso almacén de reservas de productos estables y fijados después del período de formación consciente.

Ahora, aquí comienza la confusión terrible de los psicólogos, cuando ellos creen que este subconsciente es la fuente de la inspiración, la sede de la intuición, el germen de la creación intelectual del genio. Mas hay una tercera zona que yo llamo superconsciente que, por estar igualmente fuera de la conciencia normal, fue confundida con el subconsciente. Y entre los dos existe la diferencia del día con la noche. Si el subconsciente pertenece al pasado, el superconsciente pertenece al futuro; el primero profundiza en las estratificaciones involutivas de los antecedentes biológicos; el segundo emerge en los planos evolutivos de los superamientos espirituales. Estamos en las antípodas. En este volumen, hablando de los más altos niveles de conciencia, que de la razón ascienden a la intuición y a la visión del éxtasis místico, nos hemos movido y avanzado siempre y exclusivamente en el campo de la superconciencia, subiendo precisamente a lo largo de las fases de una realización suya cada vez más intensa.

La conciencia, pues, es una pequeña zona de luz en todo este camino, que parte de la primera emersión del psiquismo desde las formas dinámicas, prosigue a través de la fase biológica y se aventura, ahora, en la fase psíquica y en su superamiento en la fase superpsíquica, en la cual la conciencia se encamina para tornarse consciente en dimensiones supraracionales, hoy para la media normal sumergidas en la tiniebla de lo inconcebible. La conciencia racional es una pequeña luciérnaga, un pequeño trazo iluminado para el trabajo y la creación, que se desplaza a lo largo de este iluminado trayecto, cuyo principio es abandonado abajo y cuyo fin se pierde en lo alto, más allá de todas nuestras medidas. Así el subconsciente, aunque invisible porque no emerge a la luz de la conciencia, contiene las bases del edificio y representa los cimientos que lo sostienen. Aunque no aparezca en el detalle, él sobrevive, sin embargo, completamente como síntesis y como tal se le puede rastrear. Si el subconsciente es superado y olvidado como trabajo constructivo consciente, no obstante, nosotros lo poseemos íntegro como resultado: es aquel instinto tan rico de misteriosa sabiduría que rige tantas de nuestras acciones y que es tanto más sólido, cuanto más profundamente radicado está en los estratos de la evolución biológica.

Por otro lado, el superconsciente relampaguea intermitentemente como un presentimiento. Ahora, el genio alcanza en ese presentimiento y no en el

---

<sup>(1)</sup> Sobre esta ley o principio del mínimo medio, ver “La Gran Síntesis”, cap.XL “Aspectos Menores de la Ley”. (N. del T.)

subconsciente, que sólo contiene los cimientos y no las elevaciones del edificio; el genio crea sólo como anticipación de la evolución, cual tentáculo lanzado hacia el futuro y no como reminiscencia de un pasado inferior. La zona de conciencia en él se ha desplazado más allá de lo normal, a los planos más altos de la evolución. En las profundidades del subconsciente se puede pescar el pasado involutivo, jamás el futuro super evolucionado, que llega. De esta manera, el “yo” se desplaza del subconsciente al superconsciente. Esta es la zona de conciencia racional lúcida. El resto se nos escapa bajo formas de conciencia veladas, intermitentes, inimaginables. Pero el resto es nuestro más grande yo de la eternidad, que está más allá del nacimiento y de la muerte, y con el cual el ser, al identificarse, reencuentra en esto lo de sí mismo y, entonces, no conoce ya fin.

Ahora, si esta zona no consciente es aquella que nos pone en comunicación con lo verdadero en la intuición y con la Divinidad en los estados místicos, es para horrorizarse cuando se escucha decir que la gracia de Dios actúa en el hombre a través del subconsciente, o que el hombre para alcanzarla deba transferirse al subconsciente. Mas la gracia es fenómeno evolutivo; de superconciencia, no de subconciencia. La gracia es una elevación al superconsciente; es a través de éste que se dirige al hombre, es a este plano que lo invita a transferirse. Por allí se ve cómo quien no sabe superar la dimensión racional, quedará impotente frente a tales conceptos y andará a tientas constantemente en la oscuridad. Sólo una tan completa ceguera puede hacer confundir, en la misma forma de no-conciencia, dos extremos opuestos: el subconsciente y el superconsciente. La nebulosa concepción de los psicólogos modernos apenas ha vislumbrado esta zona de misterio y, sin sondearla, a ella ha relegado confusamente, todo lo indescifrable del fenómeno psicológico. En vez de buscar, por lo menos, una explicación para el fenómeno, ella se ha contentado con bautizarlo con una palabra: neurosis. ¡Maravilloso modo de explicar! Se acuña una nueva Palabra de origen griego y, con esto, se cree que todo está explicado. Y, sin embargo, la neurosis continúa siendo para la misma ciencia, en sus dominios de anatomía patológica, un enigma; y fuera de sus dominios, más hacia lo alto, la ciencia es, por método y premisas, incompetente. Ciertas realidades más vastas serán eternamente negadas porque les son incompresibles, si no se sale del campo circunscrito por tal método y por tales premisas.

Resumo, pues, el cuadro de la estructura de la conciencia humana. Ésta se divide en dos partes: el consciente y el inconsciente. El primero es la conciencia conocida, normal, racional, práctica, que todos distinguen. El segundo se compone en dos zonas: el subconsciente que pertenece al pasado y el superconsciente que pertenece al futuro. Sus extremos se pierden en la infinita graduación de la ascensión evolutiva; pero ellos se aproximan en un punto que continuamente se desplaza del sub al superconsciente, pero que es siempre el centro consciente en el cual el mar del inconsciente aflora a la superficie de la sensación, como de la acción constructiva. El subconsciente contiene y resume todo el pasado y lo lleva hasta el umbral de la conciencia; el superconsciente contiene en estado de embrión, todo el futuro que está en espera de desenvolvimiento. Según el propio grado de evolución y madurez las

varias conciencias están diversamente situadas a lo largo de esta línea, sobre la cual podemos diseñarlas como una zona en marcha. Observemos la Figura 3.

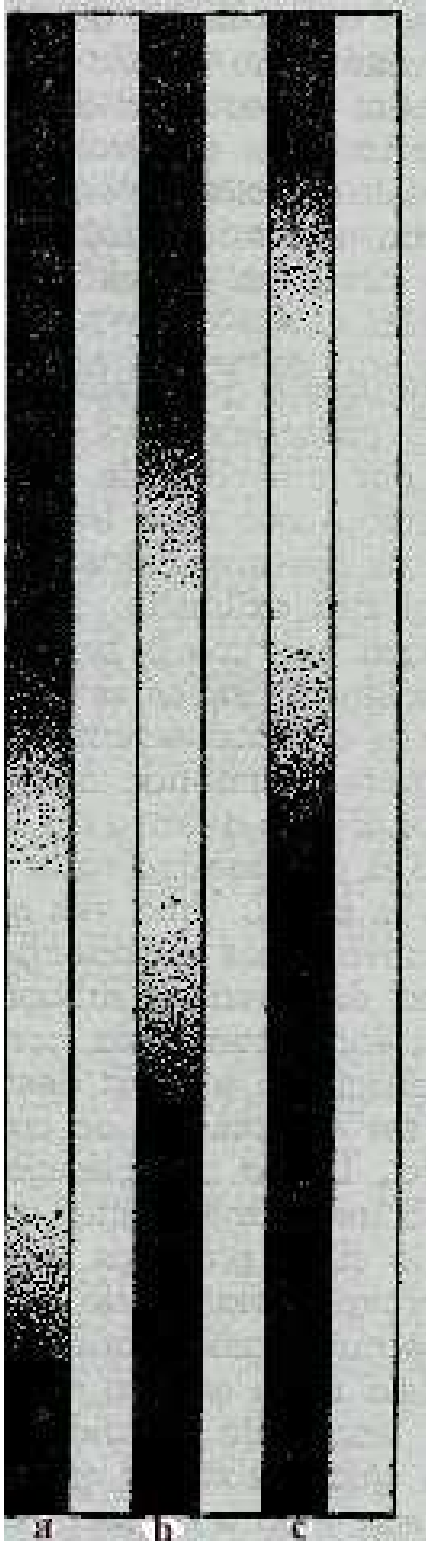


Figura 3

Queriendo representar el desenvolverse del fenómeno de la evolución de la conciencia sobre una faja, aislamos en la figura por comodidad de observación, un trecho del recorrido, y esto para tres tipos de conciencia diversamente desarrolladas: a, b, c. La zona de luz expresa, en su extensión, la zona de conciencia; la zona en negro expresa la zona de no-conciencia o inconsciente. Éste se extiende por todos lados: a la izquierda tenemos el subconsciente, a la derecha el superconsciente. Siempre moviéndose gradualmente entre estas dos zonas de tiniebla, la zona consciente avanza del sub al superconsciente, según el progresivo grado de evolución de las conciencias a, b, c, etc. Una vez superados, los instintos son gradualmente abandonados fuera de la conciencia, en la zona de tiniebla del subconsciente, a medida que la conciencia conquista con su trabajo (la vida) al superconsciente y lo hace desabrochar en su luz. Esto se puede comparar al camino de una polilla en la madera. La polilla (la conciencia) avanza (evolución) excavando cada vez más un canal, con lo cual come y se nutre asimilando, la madera (esfuerzo de la vida, asimilación de las pruebas, creación de nuevos instintos) y conquistando un nuevo espacio que hace suyo (el superconsciente), mientras abandona el viejo (subconsciente), en el cual deja los excrementos (instintos superados) de su vida y de su trabajo.

Si quisiéramos ser más precisos, intentando reducir a términos de espacio lo que no es espacial, deberíamos decir que de las dos no-conciencias, denominadas así en relación a la conciencia lúcida de superficie, la superconciencia se extiende en profundidad en las zonas interiores, avanza hacia Dios y tiende a la unificación con el todo; se alcanza, por tanto, por introspección. La subconciencia se extiende, en cambio, en dirección opuesta, no hacia abajo, sino hacia lo externo de la superficie, es hija de las experiencias en el mundo exterior y en él es abandonada. El yo avanza entre dos zonas igualmente no-lúcidas, pero su progresión es hacia lo interior, su evolución lo aleja del subconsciente y lo lleva hacia el superconsciente. Valores opuestos: el primero es un residuo, el segundo una conquista, el primero es una zona en lo bajo de la que nos alejamos y una escoria que se abandona; el segundo es una zona en lo Alto a la que nos acercamos que no contiene los residuos de la vida, no obstante que en un dado momento fueron necesarios, sino el futuro de la vida. El paso del subconsciente al superconsciente es una expansión hacia lo interior, si así podemos expresarnos, una expansión en profundidad, en la cual el ser ahondando hacia el centro se eleva a los planos más altos que le son la aproximación. En este camino, el yo es como un núcleo que se enriquece, dilatando por estratificaciones sus potencialidades, a través de las experiencias de la vida, que son precisamente el agente revelador de aquel misterio íntimo en cuya profundidad está Dios (manifestación). Así, ese misterio es continuamente exteriorizado en aquel plano de conciencia lúcida que, como se ve, es una conciencia de trabajo y de transición, en marcha del subconsciente al superconsciente, cuya posición es, por tanto, relativa, muy distinta de individuo a individuo, según su historia y su madurez evolutiva.

Solamente en tal encuadramiento de conceptos, es posible entender el superconsciente, establecer sus límites, su contenido, su función. Sólo así se puede

orientar y definir el fenómeno místico, como naturalmente situado en las superiores zonas del superconsciente. Pues que el problema no se resuelve mutilándolo o negándolo, por cuanto él es un hecho histórico imponente que responde a un sentimiento religioso universal y fundamental, a una función eterna del espíritu humano, y como experiencia para quien la alcanza, es un hecho objetivo indiscutible. Si la forma mental moderna es lo más inadecuado que existe para llegar a tales fenómenos, esto nada le quita a su realidad y a su importancia. Es lógicamente absurdo, hasta para los racionalistas, que un consenso tan vasto y un tipo de experiencia tan unánime cual es el misticismo, que resuena de un extremo al otro de la Tierra y de los tiempos, repose sobre el error o sobre lo falso. El fenómeno místico es, por el contrario, el más grandioso fenómeno de la vida humana, porque él señala una reaproximación a aquella Divinidad que, como centro espiritual del universo, es meta de toda existencia, convergencia de todas las fuerzas, de todos los movimientos, tendencia suprema de la evolución.

## SEGUNDA PARTE

### LA EXPERIENCIA

#### I

#### EN MARCHA

Dejemos detrás a los ciegos negativistas. Ha llegado la hora de que yo avance, aunque solo, en mi experiencia del fenómeno. He lanzado los cimientos; ahora podemos ascender. Primero he encuadrado el fenómeno místico en el mundo de los conceptos modernos; después expuse, en el estudio del diagrama de la ascensión espiritual, el aspecto teórico y científico, la técnica funcional, y di la demostración lógica del fenómeno en sus varios momentos y matices, para que la razón quedara satisfecha; enseguida exploré su aspecto práctico, como realización espiritual en la metodología mística y de él ofrecí la descripción genérica como sensación, refiriéndome, sobre todo, a las experiencias de los místicos. Aquí termina mi tarea de estudioso, de observador racional distinto del fenómeno.

Todo esto, sin embargo, no es suficiente. Aquí entro en el fenómeno, lo vivo y describo mi experiencia. Lo que el fenómeno pierde limitándose como extensión de casos observados, lo adquiere en profundidad de sensación, en vivacidad de expresión, en solidez de experiencia. Esta segunda parte es para los maduros, para los que sienten y pueden, por tanto, comprender. Ellos descubrirán un mundo; los otros no podrán entrar. Alcanzamos, pues, un campo de misticismo realizado que vivirá en estas páginas; un misticismo experimental. Para atenerme al caso vivido, deberá asumir la forma mental personal y decir muchas veces “yo”; deselegante pero necesario, aunque me desagrade. Me perdonarán, sin embargo, si ven que estos “yo” son para los demás.

Tenemos así, una progresión de realidad, de precisión interpretativa, de profundidad de sensación: restringir y concentrarse para ir al fondo y emerger. Reviviré en estas páginas, dándome completamente también, el tormento y la conquista vivida. Se verá en una serie continua de cuadros, todo el desencadenarse de la tempestad interior; se verá que tales afirmaciones no son gratuitas. Me verán en la hora terrible de la derrota y del abatimiento, en la que la idea se precipita y en la hora en que el alma, superado el límite, llega y escucha la música divina y canta la gloria de Dios. Partiré de mi debilidad y miseria humana, lo que me hará más comprensible. Aparecerá la dolorosa negación humana antes que aparezca la alegre afirmación divina, la sombra cansada de la cruz en camino que se proyecta sobre la tierra, antes que su victorioso erguirse en el cielo. Veremos *vivida* la realidad de las afirmaciones racionales hasta ahora expuestas. Pues que estos fenómenos que tantos niegan, o falsifican, o condenan, están hechos de asperezas inusitadas de vida humana desilusionada, que sólo más tarde son reabsorbidas en el éxtasis místico. Estos fenómenos exigen incesante

trabajo de mente y corazón; nunca se consiguen con facilidad; se desarrollan sólo en la lucha de cada momento, con el alma desnuda en medio del camino, donde se debate la vida; se alimentan del dolor propio y del dolor ajeno que se hace propio. Es necesaria la comunión de sufrimiento con los humildes para obtener la comunión de corazones, para sintonizarse con lo Alto y obtener respuesta. Es preciso empobrecerse de todo y descender, para ascender de nuevo. Solamente por estas vías inusitadas y no comprendidas ni admitidas, se alcanza el éxtasis en el gran amor que es armonización suprema del espíritu en el palpito cósmico.

El conocimiento de los lineamientos y de la orientación del fenómeno es aquí, de ahora en adelante, adquirida. Es resultado tanto de la parte científica y técnica, como de la parte espiritual y descriptiva. Mi poesía podrá avanzar, desde ahora, tranquila sobre este doble riel sólidamente trazado.

Por los varios sondeos que hasta ahora he realizado para establecer las relaciones entre el fenómeno místico y la psicología normal; para individualizarlo en ésta y hacerlo comprensible además de admisible, se verá con cuanta prudencia yo me imponga avanzar en esta psicología supernormal. Era necesario hacer ver claramente que la misma persona que aquí pueda parecer casi loca, sabe, sin embargo, razonar finalmente y posee todo su fenómeno y lo domina, así como posee y domina toda la psicología normal que se tomará como juez. Comprendo perfectamente la enorme dificultad de los problemas afrontados, del peligro de tan nuevas afirmaciones, de mi responsabilidad moral frente a la ciencia y a la fe. No obstante, en uno y en otro sentido ya hablé claro y hablaré todavía más claro. Ciertas afirmaciones enérgicas fueron y serán hechas con plena razón y lucidez, con la conciencia de la responsabilidad y de las consecuencias. Mi alma está plenamente abierta a todas las miradas en estos mis escritos, que tienen finalidades mucho más altas que las culturales y personales; y si ella grita es porque tiene cosas graves que decir.

Es indispensable extrema prudencia cuando nos aventuramos en tales campos inexplorados, sobre todo cuando esto se hace en forma tan personal y comprometida: prudencia porque aquí no me afirmo y defiendo a mí mismo, sino que afirmo y defiendo un principio. Y de esta idea, en el pensamiento humano, pueden nacer muchas repercusiones graves. En ciertos momentos, esta mi disquisición asume importancia universal, abarca a las religiones, la filosofía, la ética, además de la ciencia; en ciertos momentos el tratado excede los límites de la exigencia editorial, que jamás podrá ser elemento suficiente de juicio. A veces el cuadro asume las proporciones de tan violento incendio, que el diseño se escapa de la moldura impuesta por la necesidad práctica y se revela en su verdadera universalidad. En esos momentos, el trazado que los caminos humanos quisieran imponer a mi pensamiento, es desgarrado y mi concepto no tiene ya nada en común con los campos particulares en que parecía encuadrado. Y entonces yo soy supermediúmnico, supermetapsíquico, superbiosófico, y así en adelante. Estoy solo, avanzo solo, porque solo viví mi fenómeno y solo asumo todos los riesgos y todas las responsabilidades.



Es necesaria extrema prudencia porque los obstáculos son muchos, todos en espera, preparados contra quien quiere crear. El pensamiento humano, por necesidad de defensa y de sobrevivencia se encerró en muchos castillos armados los unos contra los otros; no es un fluir libre como es el verdadero pensamiento, sino que todo está circunscrito en recintos y no se admiten ideas que no estén reducidas a prisión dentro de uno de estos recintos. Yo vuelo alto, por sobre los castillos, los veo todos. Quisiera que se conocieran en la paz y en la comprensión recíprocas. No puedo descender, porque descender sería meterme en un recinto y quedar allí encerrado. Tendría la defensa y la estabilidad de la tierra firme, pero perdería, con la prisión la libertad del vuelo. Sin embargo, debo descender, entrar en los castillos, pero no detenerme jamás en la seguridad cómoda de la verdad aceptada, sino que debo seguir caminando; y muchas veces ver, saber y callar. Se debe tener en cuenta en estos mis escritos, sobre todo, las muchas cosas que callo.

No obstante, esta prudencia sería cobardía, si en el momento decisivo yo me callase o no revelara todo mi pensamiento, a cualquier precio. Aquí, mi alma está jadeante de cansancio y de pasión, a los pies de una idea por la cual todo daré. Ni siquiera las preocupaciones humanas importan.

Pero la prudencia es necesaria, sobre todo porque realizo sondeos en el misterio, el cual puede contener para mí, para mi conciencia como razón y como fe, grandes peligros. No son los riesgos de la incompreensión humana los que me atemorizan; son los riesgos en el terreno divino que exploro y que a veces me aplastan. ¡Qué innumerables y severos exámenes de conciencia son necesarios, antes de aventurarnos en ciertos campos y antes de atrevernos a llegar a ciertas conclusiones! De la calma objetiva y frío análisis con que, en el volumen precedente<sup>(1)</sup> enfrenté el estudio de mi caso, procurando yo mismo, hasta donde me fuera posible, desmontar el fenómeno juzgado en un primer momento como exclusivamente mediúmnico, sacándolo de aquella atmósfera de fantástico y milagroso que a tantos satisface (otro obstáculo en mi camino), se puede percibir con cuanta ponderación deba yo seguir mi áspero camino. Me impuse en aquel escrito, yo, el intuitivo, desilusionado de la razón humana, una psicología de desconfianza, racional y científica. Mis trabajos se desenvuelven en la profundidad de lo cognoscible y del inconsciente, y nacen con extraña lucidez por contacto del alma con abismales zonas de misterio. Mi conciencia racional normal tiene que ejercer un severo control sobre estas para mí estupefacientes emersiones. Si esto que me distingue y en lo que tal vez consista toda mi llamada mediumnidad es ser consciente en lo superconsciente, siento emerger en mí igualmente, bajas zonas del subconsciente que tengo que reconocer y dominar. He allí por qué no aconsejo el abandono del consciente al inconsciente a las personas que no tengan el superconsciente largamente desarrollado y de esto no estén vasta y claramente conscientes. De otro modo, la inspiración no será más que un aflorar de las bajas regiones del alma.

---

<sup>(1)</sup> “Las Noures”, (N. del A.)

## II

### EN LO PROFUNDO

Revivamos ahora, en forma personal, la teoría expuesta en los últimos capítulos. Mi *yo* consciente oye voces que emergen desde los diversos planos del inconsciente; desde aquellas zonas que son normalmente de tinieblas, veo explotar rayos de luz que me llenan de asombro, porque me revelan que en todo existe una personalidad inmensa. A medida que vuelvo a recorrer dentro de mí las varias fases de la evolución realizada y me proyecto consciente en zonas de superconciencia, oigo en un plano asomarse una voz, y en otro otra voz, y cada una tiene un timbre, una pureza y una potencia distinta según su nivel y mi posición y fuerza de vida en relación a ese nivel. Oigo aflorar ecos lejanos de formas psíquicas vividas y sepultadas en las más profundas zonas del *yo*; veo el pasado amorfo y primordial volver a levantarse del sueño de los siglos y retornar a mí (es decir), del subconsciente al consciente), desde las profundidades tenebrosas de la raza y de la sangre, de las estratificaciones fundamentales del instinto, a través del incesante rehacerse de carne y de espíritu, del cual está hecha la vida. ¡Cuánto tarda en morir el pasado! Y de pronto, a veces, reaparece la fiera torpe y feroz, la bajeza que se condena en los demás, tipos de conciencia que fueron, y que no obstante, no quieren morir. En el subconsciente está toda la animalidad del hombre-bestia, así como en el superconsciente está la superhumanidad del genio y del santo. La evolución de la conciencia del sub al superconsciente es precisamente, la ascensión espiritual de la bestia al santo; fenómeno inmenso y universal.

Existen realmente, para quien pueda sentir las, realidades tremendas dentro de nosotros. A veces la unidad del *yo* oscila entre los varios planos, la síntesis consciente de la personalidad no consigue el modo de fundirse en una forma nítida y única. Entonces se oyen disonancias interiores, se desencadenan conflictos de íntimas voluntades disidentes que no saben y no pueden fundirse en almas que, por estar en fase de rápida transformación evolutiva, contienen en sí mismas, todos los extremos de bajeza y de sublimidad. Es precisamente a las puertas de esta superación, que todo el pasado, sintiéndose súbitamente negado, se aferra violentamente al deseo de no morir. Entonces, en una tempestad inmensa, se levantan desde lo profundo las fuerzas desencadenadas por la turbación de los equilibrios atávicos, los cuales en la mayoría duermen en paz. Y gritan con voces aterradoras de trueno, para revivir una y otra vez. Entonces se produce en lo profundo un pavoroso borbotear interior, una batalla de negaciones y afirmaciones que quieren ser absolutas, una explosión de rebeliones imprevistas, ilógicas, inexplicables y que no dan de sí otra razón, sino una íntima sensación instintiva de una verdad indestructible.

Mi percepción *nourica* es inmensa, sobre todo dentro de mí; mi sensibilidad psíquica me permite en contacto con una extensa gama de planos de conciencia, tanto hacia lo Alto como hacia lo bajo. Puedo mirar no sólo los luminosos picos del

superconsciente, sino también las tenebrosas profundidades del subconsciente. Y debo decir: también el pasado es espantosamente profundo. ¿Qué hay allá abajo? Allí están las raíces del mal y del dolor que la lucha por la vida trae consigo cada día y que es preciso vencer. Existe todo un mundo en aquellos bajos fondos del alma, todo el misterio del ser y del destino, el propio misterio del universo. Desde aquel océano profundo, donde se sumergieron tantos dolores y tantas conquistas, culpas y virtudes, emergen ahora inesperados e insospechados, estos impulsos de la sombra, para ayudarnos o para castigarnos, según lo que nosotros hicimos. Por los cuadros que se seguirán de aquí en adelante, se podrá ver que infernal, demoníaco pasado es capaz de emerger de esas profundidades. Todo esto, aunque se quiera proyectar al exterior en estados físicos, está siempre y sólo dentro de nosotros, en un estado de conciencia, tanto como infierno en los estados involutivos del subconsciente, con demonios, individualidades de fuerzas pensamiento-voluntad, como paraíso en los estados evolutivos del superconsciente.

Desde aquella profundidad habla la voz de nuestro destino y son concedidas las dádivas de la fortuna, que parecen casuales y gratuitas; vienen, en fin, los castigos que se creen inmerecidos. Y la vida fluye como un torrente que lleva consigo todas las escorias del camino recorrido y, siempre en marcha, las deposita y se purifica. Y así como el torrente tiene su voluntad de andar irrefrenable y a la vez maleable, sujeta a los caminos que el terreno ofrece y, también queriendo se adapta, como experimentando reacciona, así el destino es una trayectoria lanzada e impulsada por su pasado, activa, decidida y también plegable a las circunstancias que acepta y sobre las cuales reacciona. Pero hágase la prueba y póngase un dique a aquel dócil fluir de la corriente, y entonces el torrente y el destino acumularán impulsos y masas compactas hasta tornarse amenazadores y podrán arrastrar todo en su ímpetu, expresión del absoluto dominio de la ley por la cual aprendemos que es mejor andar de buena voluntad, ya que es imposible parar.

En el extremo opuesto, mi conciencia se asoma al superconsciente. Aunque siempre he hablado y hablaré en este trabajo del lado positivo del fenómeno, describiendo las emersiones evolutivas de mi conciencia, no he querido en estas últimas páginas callar el lado negativo, de sombra, describiendo mis inmersiones involutivas. Contraste necesario, estas oposiciones del aspecto subhumano y humano, al aspecto divino del fenómeno. Necesaria la exposición de este lado de debilidad y fracaso, de caídas y resurgimientos, porque esto corresponde a la verdad, porque torna mi caso más accesible a la comprensión, humanizándolo en algunos puntos, porque esto me reaproxima y me hermana bajo la misma cruz, a mi semejante humilde y desconocido que lucha y sufre sin la alegría de las compensaciones espirituales.

Gran felicidad, porque es duramente merecida, esta emersión en el superconsciente. Este desbordamiento superconceptual es para mí un hecho de cotidiana experiencia. Pareciera que mi conciencia normal, por la continua presión que ejerce sobre lo desconocido, sufre dilataciones imprevistas. Pareciera que a veces, el involucro que circunda y delimita su ámbito cediera, sufriendo laceraciones repentinas, a través de

las cuales penetran relámpagos de luz ofuscantes. Veo así aparecer constantemente en mi conciencia normal, súbitas concepciones venidas no se de que ignoradas profundidades. Siento cada día con espanto, hacerse más viva la presencia de esta más vasta conciencia intuitiva y mística, donde la racional se pierde. Se trata de una nueva conciencia, cuya unidad de medida y puntos de referencia son distintos; ella me parece interminable, porque jamás termino de recorrerla y de conocerla toda. Tal vez alguien quiera negarla: para mí es una realidad sensible, evidente. Puede a la razón parecerle absurda, porque ella allí se pierde y puede ser negada; sin embargo, para mí, ella está repleta de reservas conceptuales inagotables, porque de ella fluyen continuamente ideas que antes yo ignoraba. Habitualmente, en mi trabajo de escritor, alcanzo esta fuente. Me pongo a escribir conociendo sólo el argumento, y mientras escribo, las ideas brotan de aquellas profundidades y percibo su presencia sensible en mi conciencia. Entonces, me apodero de ellas, las veo, son mías. No sé dónde y cómo se podría buscar de otro modo y mucho menos encontrar, ideas que no son copias de otros libros, que no son repetición de viejas cosas ya dichas.

Pero, ¿dónde están éstas, antes de que aparezcan? Y entonces la duda: ¿soy yo o no soy yo? Es fácil equivocarse, pero, ciertamente el *yo* no lo es todo en el solo conciente. Existe más allá de sus límites un mundo más vasto que se revela poco a poco, por síntesis, y es en mí tan potente, que mi razón tiene gran trabajo para representarlo con palabras; un mundo donde el concepto es tan vivo, luminoso y espontáneo, y también tan rebelde a todas las normas de lo razonable, que me es muy laborioso dominarlo y mantenerlo dócil en la forma consecutiva del pensamiento normal. Este mundo no está fuera, sino dentro de mí. Esta grandiosa expansión es interior y se dirige a la desmaterialización, al superconsciente, a Dios. Es sorprendente encontrar un *super-yo* ignorado y tan vasto dentro de nosotros; pero no se puede negar que él existe y que yo lo siento dentro de mí.

Y entonces, ¿es mi *yo* una unidad tan extraordinariamente inmensa, que puede contener en su profundidad el universo conceptual donde están los caminos que conducen a Dios? Si el transmisor está en mi interior, yo no soy el transmisor, ni tampoco las Noures cósmicas con las cuales me identifico; pero a todo esto llego y con todo esto me identifico ahondando dentro de mí mismo. Digo de *mi mismo*, pero el fenómeno es universal y accesible a todos los que han madurado. El superconsciente parece, pues, contener tan vasto mundo, porque es la fase de evolución en la cual el ser retoma el contacto y la comunión con este vasto mundo. Es una extensión mayor que el espíritu hace suya y donde se expande. Es una desmaterialización de sustancia que permite la identificación de conciencia con un campo inmenso, antes excluido del *yo*. Y entonces esta nueva inmensidad conquistada es una tan íntima inmersión, que se siente y se convierte en verdaderamente propia.

Precisamente aquí, mientras escribo, este superconsciente está presente y funciona. Lo siento hacer presión, túrgido de conceptos, y preciso contenerme para no precipitar el concatenamiento de las ideas y saltar a las conclusiones. Sin duda en mí

el control es continuo; pero muchas veces el concepto es tan prepotente que quiere andar por sí mismo y no admite desviaciones. Yo mismo cuando comienzo a escribir, afronto una idea simple, ya poseída, inicial, sin preocuparme de su desenvolvimiento que ignoro y que dejo brotar espontáneamente. Así, tan luego me identifico con un concepto, él se torna mío a medida que lo comprendo, porque se grava preciso y a fuego en la luz de mi conciencia. Lo dejo andar y hablar, porque lo siento como fuerza viva, volitiva y autónoma, hasta que me revela todo su ser. Yo vivo de este estupendo trabajo que se realiza fuera de mi conciencia, que parece activa en todas partes, también en la profundidad del misterio, donde lanza sus tentáculos y aferra y trae hacia sí, todo lo que en su sondeo agarra.

Esta sensación de oceánicas profundidades en mi mismo, la libertad de llegar hasta lo inagotable, la conciencia de poseer una tal reserva de recursos conceptuales es para mí una alegría, una enorme sensación de poder. Me parece haber alcanzado las mismas raíces de la existencia, el principio de las cosas, la esencia de lo absoluto. Escribir se convierte entonces en meditación, en oración que me acerca a Dios. Es desde estas zonas profundas y no de la conciencia normal, que afloran los pensamientos más puros y más bellos; tanto más puros y más bellos, cuanto más profundo es su origen. Y ellos parecen ofuscarse cuando salen a la superficie de la conciencia, velarse y cristalizarse como luces que se apagan y mueren cuando son fijadas en la palabra. Son tan espléndidos, fluidos y vivaces que es doloroso paralizarlos así, en formas inmóviles. La palabra escrita es un ataúd al cual ellos no quieren descender. Y cuando he creído haberlos así inmovilizados, los he matado y yo lo que ofrezco es un cadáver. Y ellos resurgen en otra parte más vivos, más espléndidos, más verdaderos, y vuelven a brillar y a resplandecer en el cielo ardoroso de mi superconsciente, inagotable palpitación de una sabiduría inmensa que desciende de Dios. Y también todo esto, si se sabe y se desea ser maduros, puede aparecer en la conciencia de todos.

Si en mi fase intuitiva la emersión fue sólo conceptual, de orientaciones y de criterios (*La Gran Síntesis*), en la actual fase mística la emersión es también de sentimientos; la dilatación no es sólo en potencia de pensamiento, sino también en intensidad de sensación y fervor de pasión. Es también emersión de fuerzas que me agarran y me sumergen hacia la unificación. El fenómeno se complica con el aparecer en acción de la fuerza de atracción, por la cual no sólo yo me extiendo hacia la fuente para captarla, sino que la fuente se extiende hacia mi para absorberme. Este extravío del ser en lo infinito es una tal dilatación de vida, que mi espíritu allí retorna incansablemente, ahora que la va conociendo, volando a su alrededor, como la mariposa, que se acerca a la luz enceguecedora y no se sacia hasta que cae dentro, quemándose.

Mi yo es un camino que se prolonga al infinito. Más avanza y más veo a los lados de la vía cosas maravillosas: Cada plano de conciencia me da una síntesis más potente y más luminosa del universo. Mi ser se embriaga con este desbordarse progresivo, con esta navegación en lo inexplorado que revela siempre nuevos horizontes. Mi yo,

subiendo de una conciencia hacia la otra en el superconsciente, se desmaterializa, se rarifica y se siente deshacer en su rarificación. Me parece que se evapora. No obstante, es esta evaporación en la cual ya no conozco mi viejo *yo* humano, la que me lleva lejos. Es un extravío, pero en el fondo de ese extravío Dios se coloca en el lugar de mi pequeño *yo*, porque todo Él lo absorbe en sí. Siento entonces nacer en mí, las tremendas palabras de la Beata Ángela de Foligno: “Tu eres yo y yo soy tu”; y también las de San Pablo: Ya no soy yo quien vive, mas es Cristo que vive en mí”.

Y esto también, puede aparecer en el corazón de todos.

### III

## DOLOR

Así mi *yo* desciende y sube de una conciencia a la otra, desde los abismos de la animalidad a las cumbres del espíritu; desde los varios planos me contemplo, mientras de síntesis en síntesis avanzo por los caminos de la evolución. Expuesto así mi panorama, me observo y penetro el misterio de mi alma. Con el superconsciente alimento el consciente; con éste analizo a aquél. Vuelvo a trazar así, los lineamientos de un rostro psíquico en la eternidad.

Mi exposición se hace cada vez más personal y vivida. El fenómeno, por lentos desplazamientos de su panorámica, cada vez se coloca con mayor precisión y, desnudo en su vibrante realidad, cada vez más se aproxima al alma del lector. Un libro lo dice todo sin quererlo, especialmente lo que no se quiere decir, por la preocupación de callarlo. La ilusión que vibra en los ojos del escritor, se transmite hacia sus páginas. Quien ha soñado con glorias, escribirá glorias; quien egoísmo, egoísmo; quien avaricia, avaricia; quien sensualidad, sensualidad. Pero también quien luchó y sufrió por la elevación del espíritu, diga lo que diga, sólo hablará sobre elevación del espíritu. Hay como una especie de música de fondo, un color predominante, una psicología dominante, que no se busca, no se improvisa, no se inventa. No se puede mentir volumen tras volumen delante de argumentos tan atterradoramente grandes. Sólo quien tiene un testimonio solemne que dar, que es más fuerte que la vida y que la muerte, puede a cada paso pronunciar el nombre de Dios.

Ya superé la exposición teórica. Debo ahora aquí dar del fenómeno la impresión siempre más viva, a través de mi sensación. Debo controlarme y contenerme para avanzar gradualmente, para no desorientar al lector con la visión de golpe de los últimos planos, y también para que se vea cuánto fue por mí contenida, guiada y controlada la suprema locura que está por acontecer. Y yo mismo, en contra de mi ímpetu de pasión, avanzo temeroso, porque espero afirmaciones cada vez más altas, compromisos cada vez más graves, revelaciones siempre más solemnes.

Mi alma recorrió el áspero camino narrado en el cap. XXV de “*Fioretti de S. Francisco*”<sup>(1)</sup>, al que ya me referí en otro lugar<sup>(2)</sup>. Agarremos el fenómeno de la ascensión espiritual en mí en su punto más intenso y central, en su momento más notable y de más intensa transformación, cuando convergen todos los impulsos, coexisten todos los elementos, se juntan y funden todas las fuerzas y surge la última síntesis en la cual el fenómeno se precipita en nuevos equilibrios y se transmuta en nuevas orientaciones. Estamos en el centro del drama.

La vida es un viaje y yo soy un viandante: seré siempre encontrado andando por el camino. Mi último volumen fue vivido y superado y mi alma no quedó saciada. Y dije: Todavía, todavía, quiero todavía subir. Y he andado durante un año por un nuevo surco, más allá del viejo surco ya trazado. Se alinean de esta forma los volúmenes, según las etapas de mi trabajo. ¡Camina, camina, por el infinito camino de la vida! ¡Qué largo es el camino, qué grande es el dolor, qué desmesurado es el conocimiento e ilimitado es el universo; pareciera que jamás conseguiremos llegar! ¡Y al final de la vida humana, está el abrazo de la hermana muerte! Se va extenuado de fuerzas, llenos del polvo del viaje, sucios por el lodo, las lágrimas, la sangre. ¡Cuánto trabajo para atravesar la vida! En ningún punto se sabe cómo el alma ha podido arrastrarse hasta allá. A la espera del abrazo de la hermana muerte, el dolor golpea y martilla. El lector no sabe de cuánto sufrimiento humano se condicionan estos triunfos del espíritu. ¡Estoy frecuentemente tan cansado! ¡Me siento tan culpable y abatido! Esta mi pobre hermana carne llora muy calladamente, ya sin valor para protestar. ¡Pobrecita! Ella sabe bien ahora que su sacrificio era necesario para estas afirmaciones de una vida más alta. Y se ha entregado, retirándose hoy humanamente dolida, sin un lamento. ¡Pobre hermana! Gracias por tu pequeño heroísmo. Ella comprendió. Le he enseñado día tras día, que ella no podía ser un fin, sino sólo un medio. Y ella le dijo a mi espíritu: vive entonces tú, que vales más. Hace tiempo que le pedí a mi cuerpo que se ofreciese en holocausto, y hace tiempo que él me respondió: acepto. Y ahora él es tan distinto y apartado de mí, que lo considero como otra criatura a quien también amo, porque a su inmolación debo la verdadera vida. Es lógico que el menor se sacrifique por el mayor. Mi compasión lo deja morir tranquilamente.

El dolor golpea y atormenta, consume y reedifica. Es un atormentar rítmico, lacerante, que hiere y despierta lo profundo. Ese atormentar arranca de mi alma gritos que son su voz; una voz que cuenta, con lógica y calma, una historia trágica y estupenda, profunda y sublime; la historia de un alma que conquista lo infinito. Es para lanzar estos gritos, que son mis obras, que afronto y lucho mi vida; es para vivir y narrar este fenómeno supremo, que yo soporto sin ayuda y sin piedad, mi inmenso

---

<sup>(1)</sup> La historia del áspero camino es encontrada en el capítulo XXV del libro “*I Fioretti*”, usado por el Dr. Pietro Ubaldí. En otras ediciones del mismo libro se encuentra en el capítulo XXVI. (N. del T.)

<sup>(2)</sup> “*Las Noures*”. Capítulo IV. “*Los grandes inspirados*”. (N. del A.)

dolor interior, frente al cual estoy solo y no puedo estar sino solo. Con la agonía en lo humano, se paga el triunfo en lo divino.

Le conté a las piedras mi dolor, a las olas humildes y a los árboles amigos, al cielo y al viento. Mis lágrimas ardientes cayeron sobre los guijarros y ellos no se partieron. El hombre me miró riendo y las criaturas hermanas se recogieron pensativas, en silencio. Las olas humildes y castas continúan susurrando sumisas mi llanto de orilla en orilla, sin comprender. Es preciso haber gritado al mundo, sin obtener respuesta, una gran pasión incomprendida; es preciso haberse arrastrado sangrando sobre las espinas; es preciso haber atravesado el desierto de todas las soledades y de todos los abandonos, y, llegando al umbral, es preciso haber perforado con la cabeza las duras puertas del cielo para abrirlas y, con el último aliento, haber lanzado dentro el alma quebrantada, para que el infinito se entregue y la visión de Dios aparezca en su deslumbrante esplendor. Quien se lanza por ciertos caminos, debe perder el apoyo de la comprensión humana. Debe, en cierto punto de su andar, encontrarse solo, porque nadie más está en su plano, y solo y sin ayuda, debe avanzar por desconocidas y ásperas vías. Sobre la tierra: indiferencia, cuando no sonrisas escépticas y censuras. Si se tiene sed de almas y nadie siente tal fiebre espiritual, nadie comprenderá de qué pasión se muere.

Entonces llegan desde el cielo, al cual el espíritu se confía como última salvación, las pruebas mayores. Parece, entonces, que las fuerzas de la vida perciben que alguien, ¿quién se habrá atrevido? Quiere escapar, y lo agarran para retenerlo y evitar su fuga. Parece desencadenarse, en el dinamismo cósmico, una rebelión contra la naciente excepción que viola la regla general, y comienza el asalto. Sólo quien lo ha experimentado puede imaginar lo que es esta insurrección de fuerzas que exigen el nivelamiento en la mediocridad.

Trágico y ciclópico destino de conquista y de aflicción, de visiones y de tinieblas, éste en el que me debato, creando en el pensamiento, mientras pido un reposo que no existe más que en la muerte. Sólo en el pensamiento reside mi más intensa sensación de vivir. En estos contactos suprahumanos está, para mí, la razón de todo, mi refugio, mi reposo, la nutrición y el cansancio. Siento a mi organismo despedazarse bajo tanta tensión. Y ya estoy sobrecargado con el trabajo normal de todos, necesario para cumplir con el deber de ganarse la vida. Pero el espíritu está calmado, observa satisfecho y va espiando los síntomas del fin, embriagado con su creación, triunfante y saciado con este lento martirio, soñando con esto su liberación y redención.

Ofrezco físicamente el espectáculo de un hombre postrado por lento agotamiento. Tengo la sensación de una larguísima agonía, en la cual las fuerzas físicas se diluyen. No es enfermedad, ni lesión ni alteración orgánica. Es el extinguirse y el darse de una forma de vida, mientras su centro se desplaza más hacia lo Alto. Los dos términos, materia y espíritu, son antitéticos. Sólo en tal estado de postración física se acercan las transparencias del cielo. La ascensión espiritual está hecha también de esta desmaterialización exterior; tales sublimaciones de alma implican también estas



transformaciones íntimas de la materia. El cuerpo se extingue y se evapora el ser en una dilatación inmensa. Sólo en este estado se puede hablar de cosas que ya no son de la Tierra. Solamente con el alma desnuda delante de Dios y con el cuerpo desnudo delante de la muerte, se asume el deber de la sinceridad absoluta y de ciertos testimonios supremos; solamente bajo el tormento tenaz del dolor, mirando a la muerte y asomándose más allá de ella, se tiene el derecho de levantar la voz y de hablar en nombre de Dios.

Y yo hablaré por el derecho que me da el haber sufrido tanto, por haberme entregado en mi fatiga que fue hasta el agotamiento, y por tener a Cristo en el corazón; por el derecho que me confiere el bautismo de dolor, la aflicción de la pasión, el deber, el amor. Una voz inmensa se eleva desde mis laboriosos silencios; el dolor me arrancará nuevos clamores, la visión me llenará de nuevos entusiasmos; yo he sentido algo inolvidable en el tiempo, allá lejos, en los infinitos espacios de mi espíritu, y no lo puedo olvidar, no puedo callar. Y hablaré, obedeciendo una orden que me es superior, que sólo yo conozco, y que está por sobre todas las órdenes humanas. Tengo que decir toda mi verdad antes de morir, y en la muerte, dar testimonio de mis afirmaciones. Debo lanzar la semilla, para que un día germine. Recibí la antorcha de la verdad y debo pasarla a los que me siguen. Debo, hasta mi último aliento, con la palabra y con el ejemplo, dar la certeza de la idea que poseo. Lo que importa es la idea y no este inútil harapo de mi persona. En un exaltamiento de todo mi ser, grito con toda la fuerza de mi voz la verdad de la vida eterna y de la resurrección en el espíritu. Y digo: mirad y tocad, vosotros que no creéis; yo lo viví.

En este volumen yo asciendo, tal vez, al último grado de mi vida. Este es el libro del dolor y del amor, el libro de la unificación. Ya realicé la causativa obra de la condensación (La Gran Síntesis) y la concentración conceptual, el trabajo que hace pensar. Cumpló aquí un momento evolutivo diferente, no en términos de ciencia, sino con voz de pasión, la obra jubilosa de la expansión que hace llorar y esperar, el libro del triunfo del sentimiento y de la fe. Llego con él, tal vez a la última parada donde Cristo, que ya se acerca, me espera; y más allá de un nuevo gran dolor que me haga digno, se abrirá el sello interior de la devoción y del amor. Cayendo y levantándome nuevamente, anduve a través de la vida. A través de mis libros he andado por un largo sendero de esfuerzo y de fe. He superado muchas etapas; mi pensamiento se ha desenvuelto a través de muchos conceptos; mi pasión ha madurado gracias a mucho sufrimiento. Al final de todo no quedará más que una sola palabra: Cristo. Sobre esta palabra que es la síntesis suprema del conocimiento y del amor, yo me inclinaré satisfecho y feliz, para morir saciado, como quien más allá de todas las ilusiones humanas, reencontró la verdad absoluta; feliz, como quien más allá de todos los dolores humanos, reencontró su suprema alegría.

## IV

### RESURRECCIÓN

Es realmente trágico sentir alguien en sí mismo este deshacerse humano, ver delante de sí todavía un inmenso trabajo y vivir ansiosamente, con el temor de que vengan a faltar las fuerzas. Y tener que consumirse en el trabajo humilde y pesado que la vida impone, y tener que malgastarse a manos llenas en la lucha estúpida a la que me constriñe la psicología de los demás. Y la naturaleza humana es lenta y perezosa, se arrastra con dificultad y sigue de mala gana. Tiene la terquedad del asno, tiene todos los vicios, la inercia y la debilidad de la animalidad. La materia es opaca y no comprende. El enemigo está dentro de mí. Mi cuerpo es como un hermano menor que arrastro tras de mí por caminos audaces y de esfuerzo. Y debo también proveerlo de lo necesario para que dé su rendimiento. A veces le digo: “¡Pongámonos de acuerdo, hermano! ¡No me des tribulaciones inútiles! ¡Ánimo! ¡Sacudamos el peso de tu materia y caminemos juntos!” Pero él se cansa, tropieza y no aguanta. Duerme fácilmente y no sueña sino con descansos y cómodos descensos. Cada vibración de entusiasmo, cada estremecimiento de alta pasión, todo el incendio de mi espíritu, se apaga rápidamente en este medio denso e inerte. ¡Qué lucha entre el espíritu activo y la carne enemiga y somnolienta, que condena estas uniones con relaciones intolerantes entre ambos! La animalidad pretende también imponer a todo el ser su ley y el espíritu se afana para imponer su dinamismo. Donde uno es ardiente, el otro es glacial. ¡Pobre hermano asno! Mi espíritu mira tranquilo tu desfallecimiento y sueña con la huída. ¡Pobre cuerpo! ¡No está hecho para tales vuelos! ¡Tratas un poco y quedas verdaderamente extenuado! ¡Te consumes en esta carrera loca que no está hecha para ti! ¡Yo bien lo se! El edificio orgánico no soporta tan intensos y rápidos desarrollos dinámicos, tales tempestades de conceptos, tales incendios de pasión. Lo veo a veces caer fatigado, con un cansancio doloroso, pero el espíritu es insaciable, sin piedad. Lo olvida, hasta que él reacciona, y entonces el rechazo es mutuo. El alma contempla su dolor, lo acaricia y él se calma; lo agarra y lo pone en marcha, lo coloca a su lado, lo lleva junto a ella, como a un hermano. Entonces la animalidad opaca se ilumina de sacrificio, resplandece con los reflejos del espíritu y se entrega en larga agonía para el triunfo del hermano mayor, porque sabe que él es el único y legítimo heredero de su síntesis de vida y que a él pertenece el futuro; sabe que esta es la ley: por el consumirse de la vida física, nace y crece la vida del espíritu.

El cuerpo no puede vivir en las altas temperaturas en las que el espíritu se abrasa en el contacto con lo divino; en aquellas altísimas tensiones de potencialidad las fibras humanas se rompen; en esos incendios espirituales el cuerpo arde y se consume rápidamente; bulle de pronto en una llama violenta y se apaga. Sin embargo, es hermoso. Se es vencido y también se triunfa, se muere y también se revive, se sufre y también se es feliz. Al declinar las fuerzas físicas, el canto asciende desde lo profundo del alma, siempre más dulce, más sutil, más bello. Se refina con el dolor, se armoniza en la armonía del universo, conquista resonancias nuevas en sintonía con el

infinito. Es intuitivo que ciertas alturas espirituales, ciertas supremas realizaciones no se puedan alcanzar sin repercusiones también en los estratos inferiores del propio ser. Es lógico que toda la unidad de la persona sea arrastrada en el torbellino de la ascensión. Sólo la muerte, con su proximidad, puede dar al espíritu ciertas luminosidades. Sólo un cuerpo cotidianamente fustigado puede permitir ciertas transparencias propias de la última purificación. Los que leen no pueden saber de qué surco de tormento brota esta nueva flor de vida; de qué destrucción de humanidad nace la amplitud conceptual y pasional que alimenta ciertos trabajos literarios; de qué muralla de vida se debe dotar a la palabra para que sea ardiente y activa. No pueden comprender qué bases de angustia sostienen el ímpetu festivo y exuberante de una creación.

Conozco muy bien ese tormento, y lo tomo, y lo vuelvo a tomar. Cada volumen me parece el último, pero sé que siempre habrá otro mañana, aunque hoy lo ignore. Y retomaré el libro de mis confesiones: delante de mí una resma de hojas en blanco, dentro de mí, mi pasión. Vivir, evolucionar, escribir. ¡Camina, camina! Y este inevitable andar sólo cesará con el extremo agotamiento. El futuro es infinito; frente al eterno mañana, todo el pasado es siempre un preludio. Conozco ese tormento de creación, pero vuelvo a darme, vuelvo a abandonarme a aquella fiebre que me da la vida y la muerte, que me eleva y sostiene en la sublime exultación de intensísimas realizaciones y que, sin embargo, me consumen y me matan en el cuerpo. Este trabajo me despedaza, pero yo abro de par en par al mundo una nueva ventana en el cielo. El espíritu ha vencido. Es su momento.

Estoy hablando de muerte y debería hablar de vida; continúo mirando hacia la Tierra mientras el cielo me llama. Este estado no es el final, sino el principio; no es un ocaso, sino una alborada; no es una derrota, sino un triunfo. Esta es la maravillosa realidad que yo vivo y la gritaré cada vez más fuerte. Escúcheme el lector. Mi alma está ya más allá de la vida. Escribo delante de Dios y de la muerte, desnudo ante todo lo creado que mira y me observa; no puede ser mentira. Personifico, en este momento, el fenómeno apocalíptico de mi gran revolución biológica y lo presento en el momento decisivo de su maduración, cargado con los aspectos más ricos, vivos en mí en el más fuerte contraste de fuerzas antagónicas. Estamos, como he dicho, en el centro del drama. La bestia y el ángel que viven en mí desencadenan los últimos asaltos. Las fuerzas de la vida restringen el cerco fatal y todo un proceso se cierra; larga travesía de milenios, lentamente, dolorosamente seguida, y se precipita en un instante que lo resume todo, lo contiene y justifica. Existe en mí el supremo drama humano de una vida que se extingue; existe en mí el supremo drama divino de una vida que resurge. El sacrificio humano fue inmenso, pero el resultado final de mi trabajo ha superado todas mis expectativas. No viene a mi encuentro sólo la luz del misterio, sino que también viene el amor de Dios.

Tengo la sensación de derrumbes profundos en mí, como si planos interiores de mi conciencia se desmoronaran. Y en el fondo de estos derrumbes reencuentro resurrecciones sorprendentes. Aquellos abatimientos son la condición de reacciones

profundas que tienen la virtud de traer a la luz el misterio del alma, es decir, de hacer penetrar mi *yo* consciente en las zonas profundas. Procedo por abismamientos y resurrecciones, como las olas del mar. De estas grandes oscilaciones nace un potenciarse siempre más intenso del espíritu. Vivo lentamente, saboreando y controlando minuto a minuto el fenómeno de la muerte orgánica y de la resurrección espiritual. En el aniquilamiento del cuerpo, la coraza opaca que aprisiona a mi espíritu se hace cada vez más diáfana. Con el agotamiento físico me llega entonces, y oigo, cada vez más límpido, más distinto, el cántico que se eleva más allá de las limitaciones. Y yo, insaciable, vuelvo a escudriñar y a oír, para hablar y para darme todavía más, hasta el último aliento de mi pasión. Oigo un martillar sombrío e incesante sobre el yunque de mi dolor; pero con cada golpe retumba en lo profundo una resonancia nueva en la cual lo divino responde; con cada golpe se desgarran un poco mi alma y por allí resplandece la luz. Oigo un sucederse siempre más frecuente de golpes y de respuestas, con un fatal aceleramiento de ritmo y amo y abrazo mi dolor que me abre las puertas. A cada instante que pasa me embriago más al sentir que, más allá de lo sensible y lo concebible, una pulsación nueva y estupenda bate y responde. Cada momento de tiempo rasga un velo y derriba un obstáculo. Avanzo, pero tengo miedo y me angustia este progresivo disminuir de la distancia. Pero estoy en camino y no puedo detenerme. No se puede interrumpir un fenómeno desencadenado. Todo converge hacia la unificación. Caen uno a uno los últimos diafragmas. Siento que se adelgaza la parte sensorial que todavía me separa. ¿Qué más habrá? Se deshacen las últimas ataduras. Daré un salto hacia delante y caeré en el incendio.

La fuente de las emanaciones nouricas de la cual capté una vez mis registros inspirativos, era una estrella brillante y lejana que me miraba desde el cielo. Pero el transmisor se aproximó al receptor, que a lo largo de aquel rayo se ha encaminado hacia el cielo. Ahora, la estrella, siempre más cerca se ha hecho inmensa, al punto de invadir y cubrir todo mi horizonte. Aquel hilo de fría concepción, se ha calentado y convertido en un incendio. La luz trémula de una estrella lejana es ahora un flamear de meteoro relumbrante que me atrapa en su campo de atracciones y me envuelve en una tempestad de fuerzas. La siento llegar, raptarme y absorberme, como una llama inmensa de la cual no puedo escapar. Quisiera, pero es tarde. Quisiera librarme de este último aniquilamiento, y no sé cómo. Estoy preso en su órbita; mi masa ha sido lanzada y la trayectoria se restringe. Me perderé en aquella luz y ya no me reconoceré a mí mismo. Me estrecha el alma un abrazo inmenso; oigo el batir de mi corazón retumbar por el universo. En cada ángulo del infinito responde una palpitación fraternal. Es un amor nuevo, inextinguible, sin límites, que se repliega sobre todas las criaturas hermanas; es una vida tan vasta, que revive en la vida de todos los seres.

Fenómeno de potencia astronómica. Comprendo que parece desmesurado que hable de mí en estos términos. Pero en ese fenómeno me anulo. Yo lo sé. Aquí abajo, siempre se recela que nuestro semejante sea mayor que nosotros. Mas no hablo de mi grandeza; hablo de la grandeza de todos. Todos pueden ascender y ascenderán, inevitablemente. De mis conceptos muy poco me atribuyo a mí mismo; apenas el

trabajo de agarrarlos. Si así hablo de mí, es porque mi yo es sólo una centella de vida en el seno de Dios, es una fuerza que no puede ser separada del organismo universal. Hablo, por tanto, de mí y de todos, porque en este plano ya no se pueden hacer distinciones. En fin, mi nuevo amor me impone hablar para guiar a quien sufre hacia su liberación. Mi experiencia es trastornante para mí. Y es de humanos gritar la propia alegría suprema, el triunfo del espíritu por el cual se ha luchado y consumido una vida. Es de humanos, para quien ha superado el terror de todos los abismos y la amargura de todas las ilusiones, decir al hermano todavía inexperto: ¡Pon atención, he aquí que esta es la vida! Así te hablo porque así he vivido. Puede ser que mi verdad te convenga. ¿Y cómo puedo reusarme a la alegría de evitar un peligro para los otros, de ahorrarle un dolor a los demás? Yo también estoy ligado a esta ley de cohesión universal que mantiene unidos a los mundos como a las almas, por lo cual quien evoluciona siente la necesidad, para poder gozar de su evolución, de volver hacia atrás y comunicarla a sus propios hermanos. Alegría aislada no es jamás alegría: el amor es la gran ley de la vida.

## V

### LA EXPANSIÓN

Es mi tarea, en estos capítulos, dar del fenómeno mi sensación. Nos hemos ocupado ya bastante con su exposición racional, con su comprensión. Es esta mi sensación que aquí debo llevar a los primeros planos y aproximarla a los ojos del lector. Mi primer deber es la espontaneidad, para que todo sea expuesto aquí, fuera de mí, tal como en mí fue vivido. Por tanto, de aquí en adelante, ningún freno al ímpetu de mi entusiasmo y de mi pasión. Preocupaciones de incomprendibilidad mutilarían mi pensamiento; ya no puedo tenerlas. La psiquis normal está habituada al ámbito cerrado de sus límites y no se reencuentra en este desbordamiento de valores. Tiene necesidad de palpar la solidez de su prisión, de identificar con su involucro, para sentir que existe. Es esa reacción de retorno de fuerzas, girando en campo cerrado, la que da la sensación del *yo*. Pero cuando todas las resistencias ceden y las paredes desaparecen, no hay posibilidades suficientemente vastas para abarcar los nuevos horizontes. Se trata, aquí, de una explosión del alma, que en su expansión se evapora y no sabe reencontrarse, de improviso, en el Todo; viene a faltar la presión del confinamiento en la mente (ignorancia) y en el corazón (egoísmo) que hacían concretamente sensible la identidad. Es muy diferente sentirse “*yo*” en la identificación de nuestra propia mente en el conocimiento universal y de nuestro propio corazón en el amor de Dios.

Subiendo a los superiores planos de evolución, el *yo* se torna una unidad completamente distinta. Hemos visto en la recepción inspirativa, que a ciertas alturas conceptuales no encontramos entidades personales en el sentido humano, sino solamente Noures o corrientes de pensamiento; y que, para llegar a sumergirse en

estas corrientes, es necesario transformarse evolutivamente hasta esos planos y dimensiones. Ahora, cuando la conciencia humana pasa de la fase intuitiva de la simple comunicación, a la fase mística de la identificación, pierde permanentemente y no ocasionalmente como en el período receptivo, sus características de personalidad humana, cambiándose por evolución, hasta transformarse en aquel tipo de conciencia que el inspirado encuentra en sus ascensiones, es decir, en una noure o corriente de pensamiento. En otros términos, se transforma en una personalidad radiante. La psiquis humana ya es, inicialmente, un estado vibratorio, una corriente de pensamiento, y es esto, exactamente lo que ocurre en la desmaterialización del proceso evolutivo. Este tipo de conciencia es igualmente identificable, conservando una individualidad característica, pero no ya personal en el sentido humano. El *yo*, evolucionando, ha sufrido un proceso de expansión. Ya no es un campo de fuerzas encerrado en sí, como la materia, sino un sistema cinético radiante, como la energía. La identificación no es, pues, ya hecha en el sentido humano de la circunscripción y de la distinción, sino que es dada en otro sentido, el del tipo individual de vibración que en una conciencia radiante, expandida, no puede ser de ahora en adelante más que la única forma de identificación. Así ocurre, y únicamente así puede ocurrir, lo que se constata que aparece sólo en el plano nourico, es decir, la superposición de conciencias, la identificación y fusión por grupos en el mismo tipo de vibración. Y sólo así se puede explicar y comprender el fenómeno de la unificación, que en el plano humano será siempre un misterio.

Estas transformaciones profundas de modo de ser explican el extravío del espíritu que llega a estas fases de evolución. El *yo* no se reencuentra ya en su vestido de personalidad humana distinta y no se reconoce en esta su nueva forma radiante, de sistema cinético abierto, como Noures ilimitadas, libre. La expansión le da el sentido de la dispersión. No obstante, el futuro de la evolución biológica en su superior plano psíquico es éste, para todos. Esta es la transformación de dimensión, tal es el ingreso en un nuevo universo, vale decir, brevemente explicado, lo que nos espera más allá del umbral. Superado por evolución el portal, la conciencia naturalmente cambia sus características. Retoma a un nivel más alto el fenómeno de la explosión del átomo que desarrolla reservas inagotables de energía radiante. El sistema cinético cerrado, de trayectorias en circuito de retornos sobre sí mismo (*átomo, egoísmo*), en el cual el existir es dado precisamente por este continuo retornar egocéntrico y la sensación del *yo*, por el inevitable chocar de todos sus impulsos interiores contra la trayectoria límite del sistema, no superada, se transforma en un sistema cinético abierto, de trayectorias sueltas y radiante (*energía, onda, personalidad radiante*), en la cual el existir es dado por el movimiento y la sensación del *yo* de una expansión que se extiende hasta la identificación con el Todo. Fenómeno de multiplicación, de liberación, de superamiento. Se pasa de la inmovilidad, al movimiento, del paso al vuelo. El existir ya no está en el estar, sino en el andar. Al actual tipo humano del *yo estático* lo sucede el tipo, hoy difícilmente concebible, del *yo dinámico*.

La sensación de vida es un desbordamiento ilimitado que al principio aturde; es un dilatarse de impulsos, es aquel desmaterializarse en que precisamente consiste la

evolución. Faltará consistencia a esta sensación, pero, en cambio, ¡cuánto espacio conquistado! No nos sentimos ya concretamente como antes; nos sentimos en todo. He allí de qué técnica fenoménica nacen y como se justifican mis sensaciones. Así se pierde la propia individualidad humana circunscrita, para adquirir una nueva e inmensa en el seno de Dios. De esta manera se comprende cómo yo pueda, como afirmo, alcanzar y poseer el sentido de la unificación; se comprende el origen de tantas de mis extrañas expresiones y la gran lógica de la aparente locura; se comprende cómo la ascensión del alma hacia Dios, que es la sustancia de la evolución y la razón de la vida, sea un proceso de armonización, es decir, de progresiva sintonización en la suprema armonía.

Subiendo, todo se reunifica y converge hacia su fuente: la verdad una, el amor uno. Aquí abajo todo está dividido: verdades diversas, egoísmos distintos, el amor limitado y dividido en cada criatura. En esta transformación de conciencia, el esfuerzo de la evolución es largamente compensado. La gran aspiración y la mayor alegría de la vida que es la expansión, alcanza allí su satisfacción más completa. Las pequeñas puertas humanas se abren de par en par. El *yo* no tiene ya necesidad de aferrar y apretar, porque se unifica en el Todo y el Todo es suyo. Y cada quien siente ya en su instinto cuánto sufre el alma aquí abajo, donde a cada paso su marcha tropieza en un mundo de obstáculos. Todos sienten cuánto la tierra se opone a esta ansia de libertad. ¿No es ésta la más grande pasión de todos, la de evadirse del espacio, del tiempo, la de superar las formas de pensamiento, la de conquistar, la de multiplicarse en una nueva potencia? Esta superación espacial-temporal, ¿no es la base y la esencia de todo nuestro actual progreso mecánico? Sólo por este motivo, ya esto es evolución, porque es evasión de los límites y superación de dimensiones. Todo el mundo quiere riqueza, poder, libertad, amor. Pero esta otra es la verdadera riqueza, el verdadero poder, la verdadera libertad, el verdadero amor. Aquí todo se extiende en el propio poder perceptivo, en una sensación ilimitada, en una conciencia omnipresente.

A la unificación con Dios se llega después de haber comprendido, en una síntesis conceptual, el funcionamiento orgánico del universo, fundiéndose e identificándose con el alma universal. Esta es la vía del ser, la realización de la mayor felicidad porque, al mismo tiempo, es la más vasta expansión. De otro modo, todo sería un gran esfuerzo, pero inútil. El instinto insaciable del alma se manifiesta, pero la puerta de entrada está en el Cielo, no sobre la Tierra. Aquí abajo, en ambiente cerrado, la expansión se reduce a una violencia recíproca, por la estrechez del espacio. Aquí abajo esto no se obtiene más que robando al semejante, oprimiendo y aplastando, ¡y hay tanto en el cielo! ¡En qué extremo opuesto estamos en la Tierra, donde la afirmación del *yo* es la lucha de todos contra todos, es imposición, extorsión y coerción del más fuerte contra el más débil! ¡Qué disonancia, qué discordia, qué dispersión de energías, qué infierno! Entretanto, el universo es orden, es música, es amor. Y tal aparecerá con aplastadora evidencia, apenas el alma se asome sobre las realidades más profundas. Esta es la maravilla que nos espera más allá del umbral. La

verdadera expansión está en las superiores dimensiones del espíritu. Sólo así él, el insaciable, podrá ser saciado.

De esta forma nace entre el místico y el mundo un antagonismo irreductible, un abismo de incompreensión. Todo, lógicamente, depende de esta diversísima colocación del problema, de la diversísima situación del centro de la vida. El gran traspaso no está en la muerte. Se puede morir y renacer en vida, y realizarlo por grado de espiritualidad alcanzado. Cuando subimos, desaparecen las distinciones humanas. La materia divide, el espíritu unifica. ¡Cuántas disonancias estridentes abajo y cuántas armonías paradisíacas en lo Alto! Se hace tan profunda la armonización de lo creado a medida que ascendemos hacia el Centro, que adquiere una intensidad inviolable; se hace tan potente, que ya no hay disonancia que la pueda perturbar, tan fuerte que no hay voz del mal que la pueda ocultar, tan dulce, que ningún dolor puede contaminarla. E inevitablemente y gradualmente, dolor y mal son reabsorbidos y anulados en esa suprema armonía.

## VI

### LA ARMONIZACIÓN

La Ley se cumple y yo observo su inevitable avanzar. La maduración es un proceso tan lógico, un concatenamiento de fuerzas tan equilibrado, que me parece natural. En la evolución lo Alto y lo bajo son relativos y no veo en mí ninguna superioridad excepcional. Yo preciso mi alegría como hacen todos; solamente que persigo una alegría más verdadera, por caminos menos comunes, y la alcanzo. El universo es armonía que guía al supremo amor que es Dios. Yo simplemente me armonizo. Esto es tan espontáneo, que cualquier sensación de cansancio desaparece. Por tanto, no creo que exista en esto mérito alguno. Se llega naturalmente, fuera de la medida de las grandezas humanas. Darse en sacrificio es la natural ley de cohesión de ese plano. Y si se ama al dolor enemigo, esto no es por locura, sino porque se ha experimentado que este es el medio para la conquista. Se bendice, entonces, a Dios que nos golpea, porque se siente que por detrás de la prueba está su amor. Hablo de fuerzas activas y sensibles, de conquistas reales. No se crea que los estados místicos sean algo absurdo que escapa a la universal ley utilitaria del mínimo medio y mayor rendimiento, lo cual debe estar siempre en términos de felicidad. La sensación de lo sublime *paga* espléndidamente cada esfuerzo, y a los prácticos podrá decir: “*el negocio conviene*”.

Esta armonización progresiva, que a través de todos los seres se eleva al amor de Dios, es una vibración tan grandiosa, lleva a tal arrebatamiento de éxtasis, que se alcanza la suprema felicidad. ¿Qué más puedo desear? Ninguna insaciabilidad humana podrá jamás ser tan saciada. Han caído para mí los velos de los misterios y mi mente está satisfecha. En la armonización, ahora, caen las barreras del amor y mi corazón está saciado. Después de la fiesta de la comprensión, la fiesta de la



expansión. Después de la alegría de ver con inteligencia, la alegría de tocar con mi sensación. La mente se ha fundido en la luz divina, alcanzando la unidad en el conocimiento de la verdad. Ahora, el corazón despierta y se eleva a aquella misma altura para alcanzar la unidad en el amor. El proceso de unificación en el conocimiento y en el amor, meta suprema de la vida, es unión para la inteligencia y para el corazón. Sólo entonces estaremos completos.

¿Dónde está, ahora, mi pobre percepción inspirativa, aquella espiral abierta hacia el cielo, si las puertas se han abierto de par en par y llueven con luz, torrentes de sensaciones? La intuición se tornó visión, un arrebatamiento, un éxtasis. Llegó como una explosión de toda mi personalidad, un levantamiento total de mi ser, lanzado como una onda hacia el cielo. Todas las potencias de mi yo se han proyectado hacia lo Alto en un ímpetu de pasión. Asisto, asombrado, a mi disolución y a mi resurrección.

El grado de ascensión del ser en los planos espirituales se mide por el grado de armonización alcanzado por la conciencia en el organismo universal, por el grado de identificación conseguido con el Todo, de unificación con Dios. Y el índice exterior de la armonización, el sentimiento con el cual ésta se muestra sensible, es el amor. Este es el grado con el cual se apacigua la lucha, se dilata el altruismo; el grado con el que se sabe oír la música de lo creado y hermanarse con todas las criaturas; el grado con el cual se sabe sufrir por amor, por el bien de nuestro semejantes. El amor es la forma con la cual la personalidad radiante alcanza la identificación vibratoria con las corrientes divinas: el amor es la señal de la unificación. A Dios se llega, aún en medio del dolor, con el alma contenta, cantando y alabando; se llega subiendo de armonía en armonía, de amor en amor. El grado de ascensión se mide por el grado con que el alma ha vencido al dolor con la alegría, ha absorbido en el bien al mal, ha armonizado en el orden las disonancias.

Este amor es una palpitación secreta e interior, potente y sumisa, violenta y, sin embargo, dulce; por vías íntimas él se propaga en silencio, de ser en ser, y llega lejos. Tan lejos que el corazón abarca en sí todo lo creado. Amor profundo e ilimitado, que penetra por doquier y por doquier encuentra seres a quienes amar. Satisfacción superior al deseo. Gran maravilla ésta, en un mundo donde el deseo es siempre superior a su satisfacción. Es un embriagarse sin límites, esta vibración inmensa, omnipresente, indestructible, este abrirse de almas para derramarse las unas en las otras. ¡Era ya tanta alegría el tímido escurrirse de un rayo de amor humano, de un egoísmo en otro egoísmo! ¡Qué paraíso no será, entonces, éste de poder oír por doquiera, por donde la mente se dirija, más allá de todas las barreras del espacio y del tiempo, oír una palpitación de retorno que te dice: “Te amor”! Y entonces el alma grita: ¡”Descubrí el amor! ¡Venid a mí, hermanos que lo buscáis! ¡El vuestro no es el amor! Esto no es una locura, es alegría. Ríase quien quiera. ¡Yo canto, yo vivo, yo gozo, yo afirmo! Quien niega, permanece en sus tinieblas”.

La tremenda lucha animal y humana se desarma completamente delante de la potencia luminosa del amor. He amado tanto, que también tu dolor enemigo, te has convertido en amigo. He amado tanto, dulce hermana muerte, que también tú llegarás envuelta en amor. Entonces sólo se puede decir: “Mi cuerpo está cansado y yo canto, mi cuerpo sufre y yo canto, mi cuerpo muere... y yo canto”. He allí el paraíso, fruto no de la muerte, sino de una íntima maduración que se puede siempre alcanzar.

Entonces en nuestra alma repercuten todos los ecos del universo en una música solemne y profunda en la cual canta la voz de Dios. Esta música arrulla y adormece mi dolor. Identificarme con aquella vibración, me aligera y puedo escapar del peso de la materia. Este amor convirtió en mis amigas a las piedras, las zarzas y las tempestades; convirtió en hermanos al hombre y a la fiera; me ha hecho amigo también de ti, hermana muerte, que darás el último golpe a mi fatiga terrena. El amor vence al dolor y a la muerte. ¡Qué transmutación de valores, qué maravillosa liberación! La ferocidad de cada pena es domesticada por mi elevación: “el hermano lobo me devuelve las caricias”.

Y entonces cambian las resonancias de la vida, bajo el toque de esta potencia. Se calman todas las rebeliones, se dulcifica el cansancio. De cada acto de bondad emana una música tan dulce que reabsorbe toda la aspereza del sacrificio que el acto impone. La bondad nos abre las puertas de una ley superior, cuyas armonías son tan potentes que neutralizan el sufrimiento y el esfuerzo de la renuncia. Se trata de una estética superior del espíritu, cuya belleza supera todas las bellezas. El sacrificio entonces se expande por esta resurrección en una vida más grande que es conquista, se transforma en limpieza de visión, en abrazo de amor. La pérdida está en el restringido ángulo visual humano, no en lo divino, donde existe afirmación, alegría, belleza. He oído esta música divina; en el sacrificio ella canta y estoy sediento por oírla de nuevo. El cansancio pasa, la música queda. Entonces el alma no sólo grita: “¡Descubrí el amor!”, sino que también grita: ¡”Vencí al dolor”!

Y todo adquiere un sabor nuevo y se irradia alegría que se difunde sobre todas las cosas. El alma se convierte en un canal de descenso y de difusión del amor divino. Con alegría se retoma todas las mañanas la fatiga de la vida. Es el trabajo común de todos; pero un sentido divino que exhala desde dentro, lo torna santo y resplandeciente. Se dirá: ¡Cosas viejas! Respondemos: “Que se dicen, pero que no se sienten”. Dentro de aquel esfuerzo que es el mismo por fuera, arde una tal fiesta de bien, una tal beatitud de espíritu, una tan vivida bendición de Dios, tanta fe y tanto amor, que todo se transforma como por arte de magia. Entonces, y sólo entonces, la vida es verdaderamente bella. Entonces el hombre encorvado a lo largo del camino, se levanta cada mañana con la alegría en el corazón, porque sabe que es santa la renovada fatiga que lo reconduce a Dios; y en la noche, en la carne cansada, el espíritu exulta, dando gracias por el deber cumplido, por el nuevo pedazo de camino recorrido. Sabe que el dolor escribe más allá del tiempo, aquello que no se borra jamás. El cuerpo se abate y el alma se abre y cantan dentro de ella las armonías del

universo. Aquella alegría es la alegría de todo lo creado, y se desborda y retorna y no se tiene la suficiente fuerza para abarcarla toda.

Entonces me agarra un nuevo coraje para vivir, un deseo de dar a mis fuerzas un mayor rendimiento de bien, un temor a la dispersión humana, para que todo se concentre en lo divino. Y retorno a todos los seres en una ilimitada multiplicación de amor, miro todas las caras del universo, porque me hablan de Dios. Y entonces todo es amor en torno de mí, dentro y fuera de mí. Amor, alma de los fenómenos, centella de la vida, grandeza divina. Mas yo quiero esta unión profunda y completa, esta compenetración e identificación que el amor humano no da; quiero el abrazo ilimitado, inmenso, con todo el universo; quiero el amor sin egoísmos, perfecto, indivisible, eterno. Quiero el amor verdadero, más fuerte que la muerte.

Si yo poseo esto, ¿qué importa si la pesada cruz de la vida me hace sangrar a lo largo del camino, si yo avanzo estrechamente unido, corazón a corazón con todas las criaturas hermanas; si la florecita que yo recojo, me da su perfume y muere, diciéndome “te amo, hermano; si los animales, las piedras, los vientos, los espacios, me dicen: “te amo”; si las estrellas y las imponderables fuerzas giran a mi alrededor en maravillosos equilibrios y sintonías de movimiento, para decirme: “te amo, hermano?”

Entonces, mi espíritu explota en la suprema locura y soy envuelto en la estela luminosa de Cristo y en ella me disuelvo. Olvido mi *yo*. No existe, ya no se reconoce. Ha muerto y ha resucitado. Ya no soy yo, pero estoy vivo y presente, en un nuevo mundo, transformado, renovado, inmenso. Yo estoy donde quiera que esta mi amor. Mi amor está en todas las criaturas y yo estoy en todas las criaturas, mi *yo* es su *yo*, mi canto es su canto, mi alegría es su alegría. ¿Y qué muerte puede matar esta vida universal sin límites de tiempo y de espacio?

## VII

### LA UNIFICACIÓN

A través del amor se realiza el misterio de la unificación. El pensamiento común sobrevuela, mas no toca la vida; la simple comprensión de la verdad no desciende a la profundidad del alma para convulsionarla con su sensación. En el plano místico el pensamiento es vida,, cada concepto que aquí expreso es un hecho que ha descendido y se ha estampado en el espíritu. La fría concepción aquí se ha transformado en renovación de alma. La suprema abstracción del concepto de Dios se acerca y se hace sensible al descender al centro de la propia conciencia. Ya no se busca a Dios, no se demuestra: se siente. La fría idea de la verdad se calienta, se anima y vibra en las palpitaciones de todo el universo. La sinfonía de la creación ya no sólo se ve por comprensión; se toca por percepción. Y esto es el arrebatamiento del éxtasis.

De esta manera, la música de las cosas se ha puesto a cantar dentro de mí; la belleza, la fuerza, el amor del Todo revive en mí. Los fenómenos, la vida, el universo no están ya lejanos y exteriores, mas hablan, existen en mí. En la unificación se pierde el sentido de la distinción. La comprensión es un abrazo. Ya no soy sólo un espectador de fuera ante el panorama de lo creado y la arquitectura del universo, para deducir y subir a la Divinidad, mas estoy interiormente en comunión con su vibración. Lo mío ya no es sólo un mirar, sino que es un gesto que estrecha a mi corazón todos los seres que conmigo viven en Dios. Y cantamos todos el mismo canto, vibramos en la misma armonía, nos abrazamos en el mismo amor, vivimos de la misma alegría de vivir, sufrimos y somos redimidos por el mismo dolor, ascendemos todos con el mismo esfuerzo hacia el mismo Dios. Del frío análisis de la mente los conceptos emergen aquí como figuras vivas que hablan la realidad de la sensación. Todo se mueve, los fenómenos viven, los seres responden, las almas aman. El pensamiento vivifica los espacios. La verdad se torna tangible. Mi expansión de conciencia lo toca todo. Dios, entonces, es real, está presente, actual y activo, en mí y en todo entorno de mí. Hacia dondequiera que yo me dirija, esta sensación preponderante emerge de todas las cosas; el universo se levanta y viene a mi encuentro, como una oleada inmensa, trastornante. Se muere en sí mismos, en el propio egoísmo, para resurgir en todas las cosas. La palabra *yo* asume un significado distinto. La evolución ha roto los diques y el universo irrumpe en mí.

Estas no son destilaciones teológicas o sublimaciones personales, sino estupendas realidades vividas. Esta es mi alegría, después de haber dejado atrás las alegrías humanas. Esta es mi oración. Los labios están mudos, la mente también está muda y no sabe ya formular pensamientos. Mi *yo* está suspendido, trepidante, sobre las olas de esta vibración que llena el universo; él ya no sabe nada, no distingue, está unificado con el objeto de su contemplación. Comúnmente decimos: está fuera de sí. En el éxtasis ya no se está en sí mismo. La visión revela pero distingue; sólo el éxtasis unifica. La unificación arrebató el *yo* fuera del *yo*. El alma no sabe nada más allá de esta su inmensa alegría, demasiado vasta para conocerla toda. Canta, porque todo canta. La música no es suya, pero hace eco en ella, se desarrolla, crece, se expande dentro hasta convertirse en su modo de ser. La vibración autónoma de la distinción se pierde y anula en la vibración mayor.

Ha llegado la liberación de todas las compresiones humanas, la explosión, la fuga no hacia lo exterior que es la vía que restringe, sino hacia lo interior que es el camino de la expansión. Proyectándose sensorialmente hacia lo externo, el *yo* se sumerge en lo particular, en lo relativo, en la ilusión. Por esa vía se condensan los velos, se levantan las barreras, se desciende de dimensión, las ideas se ocultan. Una densa niebla oscurece el conocimiento. Es el camino de las tinieblas. Veo este abismo que está debajo de mí en sentido involutivo, un abismo de angustia y de deseo, donde el más grande castigo es la ceguera que impide la visión de Dios. Es el infierno. Él está en la imposibilidad de responder a las vibraciones de la luz divina. El *yo* está oprimido en una envoltura demasiado estrecha y por eso grita, invoca y sufre, chocando inútilmente contra todas las puertas que permanecen cerradas a su expansión. Oigo

voces desesperadas salir de aquellos densos involucros. Mi pobre alma, para su tormento, golpea su sensibilidad contra las paredes espesas y tenaces. Debe derrumbarlas con su pasión, demolerlas con el gotear de su sangre. A cada nuevo espasmo, una nueva piedra se afloja y cae. ¡Qué fiesta la del espíritu, al abrirse las primeras brechas! Veo a los prisioneros escabullirse de la prisión derrumbada, emerger de las murallas caídas y, finalmente libres, lanzarse a lo infinito. Veo a la marea de los seres ascender de las tinieblas a la luz. ¡He allí la vida! Y es tal aquella tiniebla, que más allá de un cierto grado, mi vista ya no puede penetrarla; y es tal aquella luz, que más allá de cierto límite, mis ojos ya no pueden soportarla. Y la tiniebla es también disonancia, así como la luz es armonía. La tiniebla es densidad de materia, sofocamiento de espíritu, maldad, ira, desesperación. La luz es transparencia de espíritu, felicidad, bondad, amor, bendición.

Siento a la luz moverse en dirección a las tinieblas. Ella es también fuerza de penetración y atracción que despierta y levanta. La tiniebla es inercia, resistencia, negación. Siento el choque y la lucha entre las dos fuerzas: el bien y el mal. Se agarran y se desgarran. Siento la sacudida que hace temblar el universo. La luz desciende con la violencia del amor que arrebató a los corazones; el odio resiste tenazmente, las tinieblas gritan su terror. Y se desenvuelve una jerarquía de fraternizaciones, un descenso de ayudas, un entrelazamiento de atracciones y repulsiones. Veo el torbellino del amor proyectarse desde lo Alto hacia abajo, luchando por descender; y el torbellino del dolor humano, proyectarse desde abajo hacia lo Alto, luchando por ascender. En un momento supremo de la historia del mundo, veo el vórtice del amor proyectarse con extrema violencia y la marea del dolor inflarse, al punto de tocar aquel vórtice. Y, entonces, aparece Cristo. Entonces la Tierra llega al Cielo y el Cielo desciende a la Tierra y, entre los dos extremos del dolor y del amor, nace el milagro de la redención. Siento resonar en mi corazón la embriaguez de aquella fusión y cantar la alegría de aquella redención, como cosa mía, porque yo también estoy en aquella marea de dolor que es tomada y fundida en aquel incendio de amor.

Esta que narro es verdaderamente la suprema maduración de un alma. Es algo que no se puede fingir ni improvisar. Tales palabras no se escriben en frío, con la calmada satisfacción de quien se equilibra entre las cosas de la tierra. Hay en mí un espasmo de alma que grita su alegría y su cansancio, una explosión, un tormento por algo sobrehumano que está por llegar. Lo sublime quiere descender a mi pluma que no resiste y está por romperse. Yo ardo como una antorcha de luz. Sin embargo, ya no sé atribuirme nada: mientras más altos son mis conceptos, más escribo abandonándome a Dios. Lo siento muy cerca. Ya no sé rogar, ya no sé comprender nada.

Vivo en una atmósfera de incendio. Me parece que mi alma no puede ya contener su alegría, en un crecendo terrible. Esta exaltación da fuego a mi palabra y hace expresable lo inexpressable. Y me retardo, y cuento y vuelvo a contar, para saborear todo mi éxtasis, para comprenderlo, para sentirlo todo en su inagotable luz. Avanzo con el alma temblando, apremiada, con el ansia de comprenderme a mí mismo, de

detener y registrar estos relámpagos de espíritu. Tal vez sólo el arpa de un ángel pueda narrar cosas semejantes. Yo aquí las desfiguro y las insulto. No dispongo de material más diáfano que la palabra para expresarme, una imagen menos concreta, un pensamiento más fluido y más transparente. Quisiera un medio más digno y no lo puedo encontrar. Mi ritmo interior naufraga en este marasmo que es la expresión humana y las luces se apagan, muchos resplandores se confunden y se pierden. Mi narración muestra una mancha deforme, donde había un cuadro sublime. La palabra es impura, sabe a carne y a tierra. De esta manera lo bello se deforma, el movimiento se cristaliza, el pensamiento se mutila, todo se precipita en este mi miserable balbucear. No hay medida en lo concebible humano que pueda contener lo superconcebible. ¡No obstante, esta inmensidad es tan simple, tan espontánea, tan natural! Yo trato de ser simple y espontáneo para que el vestido no ofusque la belleza del cuerpo. Dejo brotar la palabra como quiera nacer, saturada y transparente, vibrante y ardiente, como lo quiera el argumento. Me abandono al ímpetu lírico, porque revela el canto interior que me embriaga. Ya no es posible aquí reflexionar y razonar. Ya lo hicimos suficiente. De esta forma yo mismo estoy a la escucha de la voz que emerge de lo profundo, yo mismo soy arrastrado en su ímpetu para decir: así nace un estilo no pensado ni querido, que tiene la fuerza de las cosas verdaderas. Es la vibración interior la que lo forma y lo sostiene, y lo lleva lejos a retumbar en el corazón de los hombres. Que sea la forma la sierva de la idea. Todo mana de la herida profunda de donde la pasión se desborda y está hecho de retazos de mi alma, de las palpitaciones de mi corazón, de la fiebre de esta tensión en que vivo. No obstante que los medios sean inadecuados, este es siempre el cántico inenarrable del dolor y del amor que irrumpe desde lo profundo del ser.

He allí que mi alma ya no está dentro de la casa del cuerpo. La sensación de Dios pasa cerca y mi *yo* se disuelve en su arrebatamiento. Mi decir avanza inconsciente a través de una estela luminosa que parece trazada en el cielo por el vuelo de un ángel. No tengo ya la fuerza para permanecer en mi puesto de análisis, porque la sensación brota con método. Dormita amodorrada mi carne y oigo lejos su lento palpar; se rompe mi alma en el paroxismo de su tensión. Debo comprimir la instantaneidad del pensamiento y encarcelarlo en las palabras. Estoy sediento de Dios. Me humillo, me anulo y esto me eleva; me quemó y me extenuó, y esto me alimenta y me satisface. Está calmada finalmente mi insaciable alma.

Tengo en los ojos un polvillo de oro, en los oídos una música embriagante, en todos los sentidos una sublimación estupenda. Quisiera romper esta pluma inerte que no sabe llorar y amar conmigo. En mí se entrelaza la danza soberbia y armoniosa de las fuerzas cósmicas que cantan dentro un cántico profundo y maravilloso. Me penetra una música de movimientos y de resonancias tan trascendentales que no sé expresarlas. Dios se reparte en sus esplendores; el misterio se abre como una melodía, la idea está viva y revive desde las cosas en mí. Me aproximo al centro a donde todas las representaciones descienden, donde todas las expresiones se equivalen, donde todas las emanaciones se unifican. Toco la unidad fundamental de lo verdadero y de lo bello, el momento en el que convergen y se funden, el punto de apoyo en el que se

sostienen todas las vibraciones del universo. Siento la unidad que está en las raíces de la vida, en lo profundo de la esencia de las cosas; más allá de la forma transitoria, múltiple y dividida, he reencontrado la sustancia Una, indivisible, eterna. Alcanzo, concentrada en una única palpitación, la síntesis máxima del conocimiento y del amor.

Quien está afuera no ve; mira y permanece en su concebible y no percibe que un ser se ha salido de la órbita de las atracciones humanas. Soy, desde ahora, un bólido que gira vertiginosamente entorno a su sol, que se ha fundido, en su atracción, que está encerrado en aquel campo de fuerzas y del cual ya no puede escapar. No me di cuenta, en el entusiasmo de las realizaciones, en el ímpetu del amor, que la vorágine era inmensa y que realizar el sueño era demasiado para las fuerzas de un hombre. No advertí que, en el proceso de progresiva sintonización con la fuente de mis registros inspirativos, en el deseo de escrutarla siempre más de cerca, me aproximaba a la llamarada de un incendio, a un vórtice que se tragaría mi voluntad, mi conciencia, todo mi ser. Luché tanto para llegar a la armonización y no noté que me precipitaba en un torbellino de fuerzas que absorbería la nota distinta de mi personalidad. Ya no tengo mi vibración; me perdí en la vibración del universo. Ya no tengo mi voz; se perdió en la voz de Dios. Creía oír la pequeña música de mi pensamiento y ella se ha convertido en la música de lo creado. He tenido tanta necesidad de amor en el desierto terrestre, que me he lanzado locamente hacia el centro de mi inspiración. Ahora casi me espanta verlo venir a mi encuentro como un meteorito incendiario. Las llamas ya se extienden hacia mi alma y una lengua de fuego ya la lame, la examina y la prueba, y se retrae para dejarla respirar. La habitúa por grados a su atmósfera de fuego. Se retrae abandonándome en la desesperación de mi ceguera humana y vuelve a besarme para incendiarme de nuevo. En esta alternabilidad me atrae y me repele. Aquellas lenguas de fuego se lanzan y se enroscan alrededor de mi espíritu para arrebatarlo hacia sí, hacia el centro del incendio.

Ardo pero no me consumo, me quemo pero no muero. Cruje entorno de mí pavorosamente el derrumbe de las cosas humanas, y yo estoy solo, pobre alma desnuda, en la fulgurante desnudez de la sustancia. Esbozo todavía el gesto pueril de agarrarme, pero ya no tengo manos, de cerrar los ojos a la demasiada luz, pero no tengo ojos; quisiera huir, pero estoy fuera del espacio y del tiempo. Siento una tempestad inmensa en el cielo y en el medio una voz que me dice: *no temas, soy Yo. "Ego sum qui sum"*. Lo inexpresable está en mí y yo tengo fuerzas para hablarle. Dios está en mí, vibrante en mi sensación, y yo tengo fuerzas para no morir. Estoy en tu órbita, Señor, y me precipito en ti. En tu amor, ten también piedad de mi debilidad.

## VIII

### LA SENSACIÓN DE DIOS

Así aparece Dios en el alma. La existencia de Dios despinata en ella y se fija como un hecho sensible. Aquella idea central, síntesis del universo, es tocada por la conciencia, apenas ésta alcanza el plano místico. Esta es la sustancia de mi experiencia que aquí describo. En el plano racional la razón busca a Dios, pero, en el análisis, no lo encuentra (ciencia). En el plano intuitivo (ejemplo, “La Gran Síntesis”), Dios aparece en la mente, pero sólo como concepto y permanece como visión exterior y distinta del yo. En el plano místico (ejemplo, “La Ascensión Mística”), Dios aparece en la conciencia como sensación totalitaria interior, una con el yo y la síntesis de la verdad se transforma en amor (unión con Dios). En este plano la revelación se convierte en arrebatamiento. Método, también éste, para el conocimiento, pero inusitado y mucho más profundo. La ciencia adopta el método de la observación. Yo adopté, para superarla, el método de la intuición y lo he descrito. Este es el método de la unificación. Pero es una posición tan fuera de lo común, tan apartada de la actitud de la normal conciencia humana, que en este plano no es comprensible, analizable, ni tampoco se puede comunicar. Se ven aquí resurgir, delante de la idea de Dios, vivos en mi experiencia, los niveles de conciencia expuestos en el diagrama de la ascensión espiritual. Aquí se comprende qué tremenda realización sensoria es para el espíritu tocar el plano de la unificación. He allí cómo se puede decir: Dios está en mí, vibrante en mi sensación.

Sigámosla describiendo, y permítaseme decir así, esta tan extraordinaria forma de conciencia. Yo me expando en la vastedad de mi sensación. Las vías sensorias se multiplican al infinito a medida que el alma evoluciona. Cuando todo en la ascensión se desmaterializa, la vibración alcanza el centro consciente no ya sólo por el canal de los sentidos, única vía normalmente abierta, sino por todos lados, excitando resonancias de miles de formas, y cada resonancia es sensación. Así como en el plano intuitivo se abrieron de par en par las puertas de la comprensión, en el plano místico se abren de par en par las puertas de la sensación. Se forma una percepción anímica directa.

Estamos más allá del espacio y del tiempo, en el infinito. Medidas humanas no nos sirven. El Todo es un punto, la eternidad y un instante se identifican. Todo es omnipresente y contemporáneo. Y comprendemos, entonces, que espacio y tiempo son barreras existentes sólo en nuestra dimensión de lo relativo, y que ellos son una apariencia: otro modo de existir para el cual Dios es centro y periferia, concepto y manifestación, absoluto y relativo, principio y forma. Sin ojos yo veo el firmamento interior del universo, en el cual todo habla sin haber palabras. La sustancia va y viene de la idea a su expresión, y de la expresión a la idea. Movimiento inmenso que es también una vibración inmóvil que simplemente es. Cada vida es una palpitación de esta pulsación. No, no me engaño: Estoy tremendamente presente en mi sensación.



Respiro aquel ritmo en mi propia vida. A esta profundidad de conciencia la vida es una. El universo es un gran organismo del cual soy, como todos, también yo, un pequeño engranaje, útil, inconfundible, necesario, eternamente en función.

La verdad está en mí. En ella estoy inmerso y ella me nutre. La percibo por identificación. El misterio es la barrera de tinieblas que el involucro de la materia impone. Superada la materia, el misterio desaparece. La limitación está en la ilusión de nuestro relativo, no en la realidad. El Todo está saturado de la verdad, la grita en alta voz y el alma está hecha para oír. Basta romper la envoltura y emerger de nuestra propia sordera.

El Todo está saturado de amor. El amor es la vibración que coliga lo particular que parece disperso en un polvillo impalpable, lo atrae, lo aprieta y lo compacta, llevándolo de nuevo a la unidad. Siento que en su infinita multiplicidad el universo es Uno. Retumba en mí el rotar de las fuerzas que todo lo unen, sostienen y guían. Cada punto se reencuentra en el Todo, el Todo se reencuentra en cada punto. Todo está individualizado pero comunicante, todo es distinto pero indivisible, todo obedece a una Ley inflexible y no obstante elástica, de infinitas adaptaciones y compensaciones, y se elabora en la inmovilidad de su íntimo movimiento. Así yo estoy fundido en el Todo y el Todo está fundido en mí. Estoy, ahora, omnipresente en el espacio, coexistente en el tiempo, como lo está cualquier conciencia en este plano. De esta manera mi vida está en la vida de todas las criaturas, y mi percepción, mi conciencia están en todo el universo. He aquí la sensación de la nueva dimensión; ella es el superamiento y la anulación de todas las medidas precedentes. Donde exista un ser, allá estoy yo, sintiendo, viviendo. He allí la verdadera sensación interior de Dios. Mi concepción y sensación se funden en la concepción y sensación en la cual el Universo se concibe y se siente a sí mismo. Ninguna objeción teológica o científica podrá destruir ésta mi forma de conciencia universal. La voz de Dios es más fuerte que la voz de los hombres.

El infinito no es lo inmenso, lo inconmensurable, como se acostumbra pensar. No es ni grande ni pequeño. Es simple, espontáneo, sereno; no es una extensión causativa, una fantástica multiplicación de medidas. Es una atmósfera natural y tranquila, en la cual han caído los límites, fue superada la negación. No es un múltiplo de lo finito, sino una cosa distinta. El anonamamiento como conciencia humana me hace emerger a la superficie de un océano luminoso y parejo, libre y sin tempestades. Espacio y tiempo son tiniebla, división, prisión, barrera, negación. El infinito es el estado de reposo que está más allá del límite que la mente humana, en su relativo, procura eternamente superar, sin conseguirlo jamás. Allí el espíritu llegó; ultrapasó todo superamiento y toda fatiga.

Es en esta zona de las grandes calmas que el espíritu oye la música profunda que está en los fenómenos, el ritmo estético y lógico de sus desarrollos, la armonía de los equilibrios y de las finalidades. Todo esto no es ya sólo magra comprensión de intelecto, sino que se acerca al alma, dentro de ella resurge y con ella se funde en un

canto único e inmenso. Este canto la toma, la vence, la arrastra y en ella irrumpe y se unifica en una exultación potente y estupenda. Pareciera que el alma explota proyectándose en el universo y el universo se concentrara para encerrarse en ella. En esta dimensión superespacial, universo y espíritu tienen la misma extensión. Es tan bella y dulce la armonía de lo creado, que el sintonizarse con ella, el unificarse en su resonancia, constituye un arrebatamiento que en su grado más intenso es el éxtasis en el cual se alcanza la sensación de Dios. La oración no es más que la armonización inicial. Armonizarse en todas partes, en la majestuosidad del canto gregoriano, en el simbolismo litúrgico, en las corrientes emanadas de las catedrales trecentescas (1); armonizarse también con mayor presteza delante del divino espectáculo de lo creado; armonizarse en la estética suprema de un acto de bondad y de amor fraternal en Cristo, es el camino que conduce a la sensación de Dios. Cristo se le apareció y no podía dejar de aparecerse a San Francisco en el Verna, como el último término de las fibras humanas se desplazan en la tensión de estos paroxismos. He escuchado la armonía de lo creado, me he fundido en ella y he alcanzado la presencia de Dios. Mi corazón ha latido en el corazón de todas las criaturas hermanas y en esta palpitación me ha recorrido el amor de Dios. Todas las

(1) Catedrales construidas en el siglo XIII. (N. del T.).  
esta suprema armonización.

voces hablaron en mí y yo respondí a todas las voces. Me ha guiado al centro, de esfera en esfera, un cántico de amor. Ascendiendo a lo largo de las sintonías de los fenómenos y las hileras de seres, mi espíritu ha subido hasta Dios. Pero la última tensión del éxtasis es inmensa. El espíritu no resiste por mucho tiempo y se precipita de dimensión en dimensión, para despertarse como conciencia normal en el cuerpo exánime. Oigo, entonces, como un eco el cántico continuar de esfera en esfera, ascendente y dulcísima armonía que se desvanece y se apaga en la tiniebla terrestre. Vuelve la mentira de los sentidos y revivo sólo para volver a oír las palpitaciones de mi corazón cansado. No conservo en mí más que un recuerdo y una añoranza, más que un ansia adolorida de aquel mi paraíso lejano, que aquí abajo parece locura y que parece nunca más poder retornar.

## IX

### CRISTO

He allí a qué sensaciones y a qué planos de conciencia nos lleva la ascensión mística. Es en este plano que alcancé, y sólo en él se puede alcanzar, el conocimiento inmediato de Cristo. Sé qué tremenda cosa estoy diciendo y sólo ahora puedo decirla, después de haber madurado a través de las experiencias aquí descritas. Hasta ahora estuve callado. Pero mi trabajo se mueve todo en una convergencia total hacia esta cumbre, hacia la cual apunta la síntesis suprema de mi pensamiento y de mi vida. La

figura en la que la concepción abstracta y sublime del éxtasis se humaniza, haciéndose también más accesible como representación y se acerca así a la conciencia normal, es Cristo. Su voz tomó forma y se delineó en aquel bulto que contemplo con amor y temor; se definió en un Ser que me tomó de la mano y me dijo: “Caminaste y estás cansado, pero no puedes detenerte. Debes seguir avanzando y superar otras luchas y cansancios. Sígueme. Ya no puedes detenerte. Valor. Yo estoy a tu lado”. En la dulzura de la caricia, en el ímpetu de la tempestad, en el temor de la soledad, sigo escuchando: “Sígueme, sígueme”. Y esa orden se gravó en mí. Entonces me convierto en niño, se cierra la vista de la Tierra y se reabre la visión del Cielo y el éxtasis me retoma en sus tentáculos y me lleva hacia muy lejos.

Es su figura la que se me aparece y me atrae hacia el centro del incendio, el meteoro gigantesco que se acerca flameando. Era una voz y se ha convertido en una figura sensible y cercana, completa en su sublimación de todos los atributos de lo concebible. A la debilidad de la representación humana, a la necesidad de la materia de concretizar, han sido concedidas imágenes, pero ellas no son Cristo. Ciertas figuras dulzonas, de una suavidad exterior delicada, rosáceas y ovaladas, son un velo no una expresión, son alejamiento y sufrimiento para quien las contempla. El verdadero Cristo es una realidad y una sensación inmensa que rechaza las imágenes. Es un infinito que se conquista por sucesivas aproximaciones. A medida que el espíritu asciende, a los varios planos de conciencia corresponden varios planos de conocimiento de Cristo, los cuales son una revelación progresiva de su divinidad. En el plano sensorio la conciencia no supera la representación concreta del Cristo histórico, del concepto encadenado en forma humana. En el plano racional, la conciencia crítica busca a Dios en aquella figura, sin saberlo alcanzar. En el plano intuitivo, la conciencia encuentra por inspiración en la revelación al Cristo cósmico y comprende que coincide con la Divinidad. En el plano místico la conciencia siente por amor al Cristo místico y, de la concepción de Dios, pasa a la unificación con Dios.

Así la conciencia alcanza y toca, progresivamente, un Cristo siempre más interior, penetrando en su profundidad; un Cristo siempre más real e inmaterial, acercándose a él primero con los sentidos, después con la mente y, luego con el corazón; un Cristo siempre más grande, más potente, más bondadoso, más unitario, más transparente en su realidad, es decir, más idéntico a Dios. En esta progresión de inmaterialidad y de interiorización, el espíritu se acerca a su divina realidad, siente más evidente su verdad. Viví en estas diversas profundidades de lo real, en los diversos planos de conciencia; sentí, de la vastedad conceptual de la revelación mosaica que se detiene en el Dios –Creador, emerger el Cristo místico, al Dios-Amor, que del mundo cósmico conceptual de la mente florece en el íntimo mundo místico del sentimiento y del corazón. El Cristo que yo siento y que amo, es un Cristo inmaterial, interior, idéntico a Dios. Él es un ritmo en el cual me armonizo y en cuya sintonía me disuelvo, una vibración de la cual quiero hacerme yo mismo y que de mí quiere hacerse ella misma. Será un Cristo demasiado alto para las necesidades comunes de

la conciencia normal pero sólo este es el Cristo real; sólo en esta interioridad e inmaterialidad es concebible en él la Divinidad, la presencia, la unificación.

Los escritores cuentan las vicisitudes del Cristo histórico; el arte trata de expresar su figura concreta; el ritual mismo lo conmemora basándose en los hechos de una vida vivida aquí abajo. El ojo humano se detiene en la manifestación sensoria y, sólo a través de ésta, trabajosamente asciende a la realidad inmaterial. De esta manera la vida de Cristo descansa de preferencia sobre su lado humano, el drama sangriento de la cruz, más que en su lado divino, el triunfo luminoso de la resurrección. Pero aquel es el momento interior, más denso y pesado, en el cual el espíritu se pone en contacto con la materia. Es el lado menos divino, menos bello, si en Cristo puede haber algo de menos bello; el momento en el cual la luminosidad tiene la potencia de sumergirse, sin apagarse, en las tinieblas. Este es el Cristo histórico, genio, reformador y mártir; el hombre visto por todos. Es el hecho tangible e innegable, en el cual lo supersensible se ha materializado, el hecho alcanzado también por los escritores materialistas y difamadores, impotentes para ascender y que no han sabido andar más allá. En este aspecto de Cristo, el infinito se ha encerrado en el ritmo corto de la vida de un hombre, para que también los ciegos pudieran tocar. Y esta es, tal vez, para quien siente al verdadero Cristo, la más grande maravilla del amor divino.

El Cristo histórico de hecho murió y parece que con esto se terminó. Pero existe un Cristo más profundo y Él continúa vivo. Es de éste del que hablo. Él está vivo en mi sensación y en mi pasión, presente en nosotros fuera del espacio y del tiempo, eternamente. Sólo la carne muere, sólo la materia se apaga, no el espíritu. El Cristo real jamás abandonó la Tierra, no podía ser perjudicado por aquella pequeña vicisitud humana de la vida y de la muerte. Cristo simplemente se mostró hace veinte siglos: pero estaba vivo en la revelación que lo preanunciaba, está vivo aunque pueda no parecerlo, aunque talvez los hombres no lo quieran, está vivo en la Iglesia que profesa sus enseñanzas. Y esto por razones y medios superhumanos. Cristo está más allá del pasado y del futuro, no surge y no desaparece, no nace y no muere. Este Cristo no viene de lo exterior, en forma humana; su llegada ocurre en lo interior, en el espíritu. Es un hecho espiritual, es luz de comprensión y de amor. Su realidad no puede ser rebuscada entre los fenómenos físicos. El preanunciado Reino de los Cielos está antes que todo en el corazón de los hombres; este es el campo que hay que arar, esta es la creación que hay que realizar. Sólo un Cristo así sentido como ritmo interior, puede ser un vínculo de almas, un principio de fusión y de unificación en el cual todos los hijos de Dios pueden revivir en divina unidad. Cristo con su pasión lanzó el puente del amor entre los egoísmos humanos, entre él y éstos; abrió y movió el vórtice del altruismo, dio el primer impulso a la expansión, hizo posible la unificación.

El Cristo real está completo en su trinidad de Cristo histórico, Cristo cósmico y Cristo místico. Esta trinidad proyecta su imagen en las tres fases evolutivas o planos de existencia de nuestro universo: materia, energía, espíritu. Tiene su correspondencia en el microcosmo humano, organismo hecho de cuerpo, de mente y de corazón; de

sentidos, de concepto y de sentimiento. El Cristo histórico es la forma, la manifestación sobre el plano físico; el principio retoma la materia y la carne para elevarlas hasta él a través del amor. El misterio de la redención se basa en este replegamiento de los varios planos hacia los inferiores, por un principio de equilibrio y de cohesión que lo impone, para que la evolución no los aleje y avance compacta. El Cristo cósmico es concepto-ley, es el principio de organización que rige y regula el universo. El Cristo místico es amor, el principio de armonización, de cohesión y de unificación. Así la Trinidad se completa enrollándose en sí misma: es al principio de cohesión del amor que el principio-ley confía la redención de la carne. Y la Trinidad es Una, presente en sus tres modos de ser. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, dijo Él”. El Camino, es decir, norma de vida práctica sobre la Tierra, para ascender hasta Dios; la Verdad, es decir, la síntesis del conocimiento, el pensamiento de Dios; la Vida, es decir, la potencia del amor, la unidad de las almas en Dios. Es en la fase que aquí estudio, la de la ascensión mística, en la que el alma alcanza el más fecundo aspecto de la Divinidad: el amor. Sin Cristo, que fue por encima de todo, manifestación de amor, ¿cómo podría el hombre acercarse a Dios? La venida de Cristo a la Tierra, fue, por tanto, el descenso del principio en la carne, por un acto que es el tercer momento en el cual los dos primeros se completan: el amor. *“En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”.* (San Juan, I).

## X

### AMOR

Es este el Cristo inmaterial e interior, viviente y presente el que yo siento, respiro, vivo, el que penetra y se identifica conmigo. Si la sensación de Dios se alcanzaba prevalentemente a través de la mente, la sensación de Cristo se alcanza esencialmente a través del corazón. La síntesis conceptual se transforma y se completa en una síntesis de sentimiento. El aspecto cósmico del Dios-principio se multiplica y se da en su segundo aspecto del Dios-amor, el Cristo místico. Tengo, por tanto, que abandonar aquí el lenguaje de la razón por uno más difícil, el lenguaje del amor. Sólo los maduros podrán comprender.

Es esta la forma en la cual la Divinidad se humaniza para acercarse a mí. El acceso se abre enteramente por los caminos del amor. Este es el gigantesco meteorito incendiario que ya describí. Y Cristo llega y lo recibo no a través de la razón, la autoridad o la historia, mas Él desciende directamente en mi sensación que es un hecho interior inviolable, donde la voluntad humana no llega. Esta es una conquista mía, como puede ser de todos, que el mundo exterior no puede aniquilar; es una realidad que él no puede remover de mi alma.

Cristo no se puede comprender acercándose a Él con ánimo de historiador, de exegeta, de crítico erudito y sabio. Ellos ven desde lo exterior y por eso quedan fuera. Es necesario acercarse con ánimo amoroso, porque sólo a quien ama, ciertas compensaciones íntimas y profundas son concedidas: porque es precisamente el amor el camino de la comprensión y la fuerza tremenda que ha llevado a la Divinidad hasta la humanización. El Evangelio, realmente, más que el libro de la sabiduría, quiere ser el libro del amor.

Así me aparece la figura interior de Cristo. Caen los velos del misterio y la Pasión surge en su esencia. Bajo la vida histórica de Cristo aparece una vida más profunda y real, que es la única que contiene los significados interiores y sustanciales. Solamente reviviéndola así en profundidad se siente, a cada paso, el divino irrumpir, que transparece irresistible y eneguedor a través de los velos de la forma. Tengo entonces la sensación del apocalíptico desarrollo de fuerzas cósmicas que aquella vida contiene, entretejiéndose en una sinfonía grandiosa en la cual retumba y se completa el desarrollo espiritual de la humanidad. Solamente en este sentido podría, tal vez, escribir, si tuviera fuerzas y fuera digno, una vida de Cristo, primero leída por mi alma en lo profundo, por fuerza del amor.

Cristo me aparece así como un trueno que oigo saliendo de la noche de los tiempos y que crece haciendo eco de siglo en siglo, como una fuerza que progresa con pasos agigantados a través de la historia del mundo. Cristo es el punto de apoyo del dinamismo de las ascensiones humanas, es la voz inmensa del espíritu que todo lo arrastra en su potencia, es el trazado del causativo camino de la vida, es la fecundación divina de lo humano para divinizarlo. A través del amor me aparece la figura divina de Cristo. Su forma histórica es un instante, un relámpago encerrado en el tiempo. Su realidad es eterna y contiene el gesto de Dios que dirige las páginas de la creación y de la evolución del universo. La potencia de esta gesto está dentro de la Historia, la sostiene, la guía, la eleva. El mundo se derrumba y aquella fuerza lo toma y lo levanta; los destinos de los pueblos se arruinan y aquella fuerza los salva. Cristo es el Verbo humanizado que se funde con las largas vicisitudes humanas. Es el Verbo que el tiempo que muere dice al tiempo que nace, que el ritmo universal transmite y repite, el concepto en el cual nacen y mueren los milenios, despuntan y se hunden pueblos y civilizaciones.

Esta potencia divina que con tanto ímpetu explota en el Génesis mosaico, desciende desde sus alturas y viene al encuentro del hombre. El gesto creador de Dios se dulcifica en Cristo en un abrazo de amor. El misterio de la redención es un misterio de amor. La fuerza ilimitada y atronadora del Dios de los Ejércitos asume una manifestación más profunda, se dulcifica en una modulación más íntima, y sabe realizar el milagro inaudito de saberse restringir en la suavidad de un humilde abrazo. En Cristo, Dios quiere descender desde su trono de gloria alto y lejano, grande y terrible, y se acerca para penetrar en el fondo del corazón del hombre. En este acto sublime esconde y encuba su potencia, para hacerse igual al humilde y al pobre. Dios se expresa no ya por su potencia, sino por su belleza y sentimiento. Transmuta el

terrible relampaguear del rayo, en el dulce canto que estrecha y arrastra, el gesto armado de la justicia en el gesto benigno que perdona. Siento este mudarse interior de la divina Trinidad hacia otro de sus aspectos, este su remodelamiento en una expresión más completa y compleja para adherirse a las necesidades de los tiempos, para unificarse con el alma humana, para alcanzar en ella su más viva expresión.

Siento a Cristo como una fuerza irradiante como es la luz del sol, saturando consigo nuestra atmósfera espiritual, para que cada alma allí la recoja, como cada planta al Sol, según su capacidad de recibir. Es una luz que desciende generosa e imparcial también al fango, y no se ensucia, llevando fuerza y siempre caliente. Es una potencia indestructible a pesar de los asaltos del tiempo, la caducidad de las formas, los obstáculos del mal. La veo presente en todo momento, en cada ser, en cada pueblo, en cada civilización: su historia es la historia del mundo; la veo cambiarse y avanzar con el hombre, siguiéndolo paso a paso, alma de su alma; la siento suavizarse a medida que las escorias del involucro caen y la naturaleza humana más sensible tiene menos necesidad de choques violentos. Finalmente, Cristo se convierte en el alma que une, un canto que tiene la magia de anular el dolor y realizar la redención. Se torna un cántico inmenso y estupendo que retumba por todo el universo. Lo oigo entonces como una voz que va de forma en forma y que se repite de criatura en criatura; que en las cosas humildes vuelve a cantar la música de las cosas grandes; que no tiene ya límite ni medida; canta la sinfonía de la unidad del universo. Es la voz de las almas grandes, es la voz de las almas simples; es la voz del espíritu abatido que en el dolor paga las culpas y se eleva; es el tronar de las convulsiones sociales que hunden y crean las civilizaciones; es el grito de triunfo de los mártires, es la tímida sonrisa de la florecita humilde e inconsciente; es el primer vagido de una vida y un destino, es el reclinarsse cansado en la muerte, alborada de resurrección.

¡Cristo! Tú eres la bondad que acaricia, el amor que inflama, la luz que guía. Eres también la prueba que me corresponde para mi bien, el dolor que me libera, la muerte que me restituye la vida. ¡Tú lo eres todo, oh Dios! Sea por el camino de la alegría, del amor, del dolor, es siempre tu mano la que me guía hacia la única meta, que eres Tú. Que animes o flageles, que acaricies o castigues, siempre lo atraes todo hacia Ti, como suprema razón de la vida. Ahora he alcanzado la suprema violencia que supera los fulgores del Sinaí, la violencia del amor. Ella excava en mi corazón para arrancármelo y colocarse en su lugar. Entonces el alma llega a puerto y alcanza la meta. En la fuga de los tiempos, Cristo ha vencido.

Antes de la venida de Cristo, Dios era una ley justa y severa que el hombre adoraba desde lejos; era el comando que exigía obediencia, infundiendo temor. Se expresaba como fuerza que no pide comprensión, que no se unifica en el amor, que permanece distinta en el corazón del hombre. Con Cristo la manifestación divina llega a una nueva dimensión, se aproxima un grado más a la vida y a la sensación del hombre, iniciando un lento proceso de atracción y de absorción que culmina en la unificación. Es un tipo de oración completamente nuevo, que quiere arrancar al espíritu de la naturaleza humana, quiere llevar la evolución más allá de la órbita animal. Dios era

ley cerrada al contacto del hombre. Ahora se abre y se proyecta, se da y se comunica, atrae y unifica. Con la llegada de Cristo, lo divino abre de par en par las puertas y se vierte a raudales sobre la Tierra, los diques se rompen y la inundación comienza. Será continua. Los opuestos, la Tierra y el Cielo se atraen, son campos de fuerzas contrarias que tienen necesidad de equilibrarse compensándose y fundiéndose. Ascende desde abajo la marea del dolor humano, extendida e invocante, alta y terrible, devorando las distancias, destruyendo los obstáculos interpuestos sobre la ruta. El dolor eleva los destinos de los pueblos y los hace más dignos. El amor divino sintió este levantamiento del deseo, este inflamarse de aspiraciones y el vértice celeste se proyectó ansioso por conjugarse; las dos espirales se tocaron y Cristo apareció como un rayo vibrante entre el Cielo y la Tierra; lo divino se rebajó y descendió en el hombre, para que lo humano fuese arrebatado hasta lo divino.

De esta manera Cristo se injerta como fuerza cósmica en el centro de la evolución humana, influye decididamente en el desarrollo del fenómeno espiritual y se inicia una fase de ascensión que se dirige hacia lo divino. Un mundo nuevo, hecho de sentimientos y de aspiraciones antes ignoradas, comienza a revelarse saliendo de las profundidades del alma. Es una manifestación divina de la que Cristo diera el impulso inicial. Su venida representa, en el campo de las fuerzas de la vida, un cambio sustancial, un desplazamiento fundamental de equilibrios, cuyo centro gravitará de ahora en adelante de la materia al espíritu. La trayectoria de la evolución, empantanada en el más desastroso descenso, tuvo un sobresalto, se sacudió y retomó su marcha ascensional. La venida de Cristo es el impulso del cielo que desciende para realizar el lanzamiento de la nueva ascensión del hombre hacia todos los superamientos de su animalidad. Y Cristo, que tiene en sus manos la fuerza de la renovación, se coloca en el momento central de la evolución del hombre, entre el extremo límite del descenso (materialismo helénico-romano) y el presentimiento de la ascensión, para extirpar violentamente las leyes de una vida superada y reconstruirla en la forma de una vida nueva, más digna y más alta. Cristo es el primer momento, la señal sensible del descenso de esta fuerza que jamás en el tiempo después dejará de actuar, presente en lo íntimo de las cosas, en lo profundo de las almas, en las formas de la vida, en las obras del hombre. Y la acción será constante, la presión tenaz, la ascensión lenta y continua, el elevamiento será progresivo hasta la realización del Reino de los Cielos. La verdad se hará camino siempre más evidente en los espíritus, el amor divino siempre más calentará los corazones. A través de una lucha larga y fatigosa, la nave de la Iglesia de Cristo atravesará el gran océano de la vida de los pueblos, los mártires se sacrificarán por la idea y el primer movimiento se elaborará y se ejecutará, completándose en el detalle, cada vez más exactamente, el gran proyecto de Cristo; se lanzarán laboriosamente las bases colosales de una nueva civilización que renovará al mundo desde sus cimientos. Cristo fue una semilla. ¡Pero qué mundo contiene una semilla! Una semilla es, como la palabra de Cristo, una concentración potente de fuerzas, capaz de expresarse lentamente, germinando y creciendo.



Cristo no destruyó nada: ha continuado y ha fecundado. Ha arrancado al hombre de un plano de vida para transportarlo a uno más alto. Su revolución está siempre presente. En el fondo, no es más que la maduración lenta y fatal de las leyes de la vida, siendo por esto, parte integrante del plano orgánico del funcionamiento y desarrollo del universo. El contraste entre las dos fuerzas del bien y las fuerzas del mal, el choque entre el espíritu y la materia, son luchas comprendidas en un más vasto equilibrio, son momentáneo cansancio de la evolución, desorden contenido y útilmente encuadrado en un orden más grande. Era necesaria una intervención enérgica de potencia excepcional para desviar y renovar tan decididamente el curso de la Historia. Para abrir enteramente la prisión de la carne al prisionera de la materia, aquella luz debía tener la potencia del rayo. No obstante, en aquella potencia no se turba el equilibrio y la fusión es lenta, la obra se realiza dentro del orden, proporcionada a las fuerzas progresivas del hombre. La potencia es cada vez más dominada y canalizada en formas de orden. Y esta es su más grande expresión: la potencia contenida en la dulzura. La caricia de Cristo contiene en sí el gesto del creador de los mundos. El mismo tremendo Dios de Moisés, sabe evolucionar su manifestación y proporcionar su expresión en lo relativo. Había llegado la hora de abrir completamente las puertas de la verdad y Cristo la arranca del misterio de los tiempos y la trae a la luz del sol; toma de la mano al hombre guiado por la revelación y lo conduce más adelante. Se rasga el velo del Templo. Y hoy continúa acompañando al hombre que busca a través de la ciencia, porque la misma ciencia no puede dejar de revelar, cada vez más evidentemente Su verdad. Está presente en la intuición del genio, en el heroísmo del santo, en la revelación que es continua. Pues que Él está en la cima de todas las ascensiones humanas.

## XI

### LA REDENCIÓN

El misterio de la redención es un misterio de dolor y de amor, del dolor y del amor de un Dios. Para comprender, volvamos a los conceptos fundamentales. Ya examinamos en otro libro<sup>(1)</sup> el fenómeno estupendo de la anulación del dolor a través de la evolución. El dolor es el cansancio de la ascensión que laboriosamente lleva a la felicidad, que así debe ser conquistada. Pero si el dolor hace la evolución, la evolución anula progresivamente el dolor. La anulación del dolor se realiza, pues, a través del dolor. Con su ejemplo, Cristo vino a mostrarnos estos aspectos profundos de la Ley. El dolor es una característica de una determinada fase de evolución, la nuestra, entre cuyos límites él funciona como necesario agente de transformación. Desaparece apenas es alcanzado un más alto plano de vida, cuando la transformación se realiza. El dolor es una condición de vida inherente a la materia hasta la fase humana. En la desmaterialización del ser, esa condición desaparece. El dolor es una

---

<sup>(1)</sup> “La Gran Síntesis”, cap. LXXXI- “La Función del Dolor”. (N. del A)

disonancia que en la armonización es reabsorbida, es una densidad que en la espiritualización se evapora. Cristo vino a enseñarnos las vías de la superación del dolor a través del dolor y la espiritualización. Antes de Cristo el dolor era feroz, terrible, sin piedad. Cristo hizo de él la vía maestra de la ascensión, de la liberación, de la redención. Lo convirtió en una fuerza amiga, indispensable para la conquista de nuestro bien y de nuestra felicidad. La fiera enemiga se suavizó, se domesticó y se hizo útil colaboradora; la cosa temida y maldecida se convirtió en cosa santa y amada que nosotros estrechamos al corazón como una salvación. Cristo derrumbó y rehizo la concepción humana, haciendo del vencido un santo, un héroe, un vencedor. Cristo descendió y se hizo presente y sensible en lo profundo de las almas que sufren, hermanándose con ellas en Su amor, haciendo propio su dolor, cada día, justamente como lo hizo sobre la cruz.

Es un maravilloso fenómeno el que estoy experimentando, éste de la superación del dolor que Cristo nos enseña. Es lógico que el dolor, siendo un instrumento de ascensión, se aparte del “yo” cuando la ascensión es alcanzada. Es necesario en el orden del universo que el dolor caiga cuando se ha superado la función evolutiva de prueba y de lección. Cuando lo hayamos comprendido todo y él haya agotado su función de escuela y de expiación equilibrada en el orden de los impulsos morales, él entonces cae, como caen todas las ilusiones de la vida. Entonces, ya no sólo no se verifican más por haber sido alcanzada la medida del débito las condiciones exteriores del dolor, pues que un ataque inútil a los objetivos del bien estaría fuera de equilibrio (se trata de equilibrios automáticos ingénitos de la Ley), sino que ocurre un hecho nuevo. Aunque el dolor permanezca como hecho exterior, ocurre por evolución un tan profunda transformación de personalidad, que ésta se le escapa. La evolución, llevándola a una fase nueva, la ha cambiado en un nuevo modo de ser en el cual el dolor no repercute con las mismas reacciones del nivel humano; en otros términos, la ascensión ha llevado al espíritu a tal grado de armonización (amor divino), que no hay ya disonancia que tenga la fuerza para penetrarla y alterarla. Entonces, aún permaneciendo idénticas las condiciones del ambiente, el choque de aquella fuerza no encuentra ya impulsos antagónicos y reacciones contra las cuales ensañarse y encarnizarse para su expansión, resbalando rápidamente al no encontrar resistencias. El instrumento receptivo ha cambiado, y es suficiente este cambio de naturaleza, para que cambie completamente la gama de sus resonancias. Sobreviene en la conciencia una opacidad de audición, el espíritu no responde ya a aquel orden de vibraciones y la sordera en aquel plano es sustituida por una potencia receptiva y perceptiva en el plano más alto del amor. El hecho negativo y el hecho positivo convergen hacia la extinción progresiva de la sensación penosa del dolor, en la sensación alegre del amor. El mutilamiento del deseo, la comprensión del sufrimiento, se invierten entonces en la multiplicación y expansión del amor y el dolor se convierte en felicidad. Entonces el dolor es amor y en este amor el dolor naufraga y ya no se vuelve a encontrar. Se llega a Cristo, el amor que Él nos ha traído, se comprende y se alcanza Su redención.

¡Grande y maravillosa ley de equilibrio y de justicia ésta por la cual el dolor, cuando ha cumplido su función de llevar al alma hasta la superación de la animalidad, se aparta en silencio! ¡Qué sabia es la Ley de Dios, en la cual el mal está confinado y sometido a los fines del bien, el sufrimiento es justo y fructífero, la ascensión es ganada y necesaria, el dolor es condición de felicidad! Él es una fuerza encerrada en su plano, del cual no puede escapar; la libertad sólo es posible ascendiendo. El dolor no puede actuar más allá de la zona establecida por la Ley, donde debe agotar su función de prueba y formación de almas. Más hacia lo Alto sólo subsiste el dolor del justo, que es cosa santa, libre, es misión, martirio, triunfo: es sobre todo, amor.

El drama de la pasión de Cristo, punto culminante de su venida, tocó estos que son los puntos culminantes de la vida humana, los nudos centrales de la Ley en el momento humano. Cristo nos reveló en su acción, el misterio de esta reabsorción del dolor en el amor. Debo tratar sobre estos problemas porque son la sustancia de la obra de Cristo. Pero miremos todavía más profundamente. Él no vino sólo para enseñar, él vino también para pagar; no solamente para mostrarnos el principio de la expiación necesaria, sino para cumplir Él mismo con su tormento esta expiación. Él no vino solamente para hacernos comprender con la palabra y con el ejemplo este maravilloso fenómeno que he explicado del anulación del dolor, su evaporarse en la espiritualización, el rearmonizarse de su disonancia en la armonía del amor. Cristo no descendió sólo para enseñarnos la posibilidad de una liberación. Se colocó en el centro del fenómeno y lo vivió, en el centro del dolor humano que hizo suyo, en el centro de la disonancia para reabsorberla dolorosamente en la armonización de su amor. Hizo suya la esclavitud humana y tuvo que con trabajo y sufrimiento humanos, conseguir la liberación. Hacerse hombre significa sumergirse completamente, hasta el fondo, en el plano humano, en su atmósfera, en su debilidad, en sus sensaciones, en su iniquidad. Significa hacer propia esta iniquidad y deber responder por ella exactamente frente a la Ley de Dios. Cristo, así, se hizo culpable en Su persona de las iniquidades humanas y las tuvo que pagar.

Lo que aturde y asombra nuestra comprensión en el descenso de Cristo, es este hundimiento de divinidad en la inmundicia de la carne humana. Sólo sabiendo quién es Dios y quién es el hombre, se puede comprender la vertiginosa grandeza del acto y qué tremenda fuerza es, por tanto, el amor divino. ¿Qué necesidad podía tener el Santo de los Santos de pasar por los caminos del dolor? No por Él, ciertamente. Él era perfecto, no tenía necesidad en sí de purificación y de ascensión, de redención. Pero esto se convirtió en una necesidad fatal, apenas Él se fundió en la naturaleza humana. Toda la carne, toda la sangre parecen haber ascendido con Él después de su martirio de carne y de sangre, eternamente ennoblecidas por este contacto. Muchos dicen: ¿Por qué el tormento dilacerante de la Cruz si Él era Dios, el omnipotente? Ellos no comprenden que aquel dolor es la sombra de las culpas humanas, que sin esta expiación no se podían neutralizar. Cristo no quiso, delante del pueblo que le pedía el milagro, salvarse a sí mismo y descender de la Cruz. No podía delante del Padre que estaba en sí mismo, no podía delante de la Ley que estaba en sí mismo. Aceptado el cáliz, apretados los lazos, la pasión era un torbellino de fuerzas en

movimiento en el cual el Verbo se expresaba. Cristo actuaba en el corazón de la Ley y, en el arbitrio, violando ésta, Él se hubiera negado a sí mismo.

El pueblo que estaba al pie de la Cruz no comprendía esta fatalidad de pasión, esta inviolabilidad de principios, y cómo, y cómo, Quien la había querido, no podía renegar de ella. “¡Salvó a los demás y no se puede salvar a sí mismo!”, decían. “¡Si Él es el rey de Israel, que descienda ahora de la cruz y nosotros creeremos en Él!” El pueblo, que era el mundo, se imaginaba a Cristo como un hombre que debía pensar en sí mismo. Y si lo suponía un dios, era un dios humano, cuyo primer fin y uso de su propio poder era para objetivos egoístas. En el vértice de su pasión Cristo no existía para sí: mira desde la Cruz el mundo, dividido por un abismo de incompreensión. El mundo imagina una ley y un Dios a su semejanza, no todavía perfectos, que admiten la modificación, el retoque, el arbitrio; confunde libertad con libertinaje, poder con abuso, y no imagina que todo esto desaparece cuanto más se sube. El mundo cree que como abajo, también en lo Alto, puedan existir conciencias aisladas y egoístas que se colocan caprichosamente en el lugar del orden absoluto de la Ley. E invoca el milagro como prueba de poder, mientras que el poder más grande está en el orden, aunque a veces este milagro sea la excepción necesaria para sacudir la ceguera humana.

No. El Todo es un organismo perfecto y completo. El hombre quisiera proyectar la anarquía de su plano también en lo Alto, pero allá arriba tal desorden no llega. Hay un concepto caótico de la omnipotencia. No hay poder, aunque sea divino, que pueda violar la Divinidad. El misterio de la pasión y de la redención está basado todo sobre la invencibilidad de los equilibrios interiores de la Ley. Las culpas humanas habían determinado un gran desequilibrio de fuerzas. Para reconstituir la armonía y el orden, era necesaria una compensación dinámica, una expiación equivalente para balancear la culpa. Todo impulso (es ley) no se neutraliza y no se anula más que por un impulso igual y contrario. Las rebeliones humanas en este plano no tienen sentido, no son concebibles las disidencias. Cristo, la Ley, la voluntad del Padre, eran idénticos y estaban unificados.

En el fondo del concepto de la redención del dolor a través del amor hay, pues, un concepto todavía más grande: la perfección y la inviolabilidad de la Ley de Dios. Qué fuerza tiene tal principio de orden se en el hecho de que Dios mismo a él se sometió y en su omnipotencia encontró inconcebible alterarlo. Esta es la más profunda razón de la pasión de Cristo. ¿Qué deberemos decir nosotros, pigmeos que nos rebelamos y maldecimos delante de un dolor merecido? De esta forma, la víctima pura e inocente ha hecho propias las culpas humanas del pasado y del futuro, y en tal posición se ha colocado frente a la Ley. En este acto, la inflexible justicia de la Ley del Dios mosaico se ha misericordiosamente endulzado en el amor piadoso del Dios cristiano, y el Principio ha desenvuelto una manifestación suya más profunda. Sólo en el sacrificio podía realizarse la piedad sin violar la coherencia, completarse la expresión sin alterar la perfección. El justo se inmola, la justicia se cumple, el culpable es redimido. En la abnegación la justicia se completa en la bondad y en la piedad, el

equilibrio se reencuentra en un equilibrio más profundo. Cada impulso está en su puesto, se desarrolla en un orden perfecto. El segundo principio aparece en posición subordinada, pues que de otra manera, sustituyéndose la justicia por la piedad, se habría transformado en principio de subversión.

Así Cristo vivió su pasión, más que por una razón humana y visible, de ejemplo, por una razón divina y profunda, de expiación, de equilibrio, de inviolabilidad de la Ley. En este momento supremo, Cristo no estaba sólo delante de los hombres, sino sobre todo delante de sí mismo y de la inviolabilidad del principio. La pasión fue libre hasta el Getsemaní: allí ocurrió el verdadero tormento. Después Cristo la sigue con la tranquilidad de un dominador, de un ausente, en todo su total cumplimiento. Solamente en el Getsemaní fue hombre y humanamente dijo: “¡Padre mío, si es posible que pase de mí este cáliz!” Después vuelve a ser Dios, señor del dolor y de las fuerzas de la vida y de la muerte. Él ofrece el holocausto que la ley exigía, pero lo dominó. Él podía no sentir el dolor, pues que lo superaba y lo dirigía. Pero este poder sobre el dolor, como Él lo demostró con evidencia, no podía y no quería perjudicar la inviolabilidad de la Ley. Sólo aquí aparece como débil a los ciegos, no en el poseer el orden y en el dominar el sufrimiento. El dolor obedecía sin perjudicar su paz; pero Él lo sentía todo, porque Él estaba sumergido en nuestro plano. Un dolor verdadero era necesario. Para el ejemplo, frente al hombre, podía bastar una apariencia, no para la expiación, frente a las leyes de la vida que no se engañan. Lo de Cristo no fue una simple representación, fue una tremenda realidad de dolor, de dolor humano, pues que en este plano de existencia, Cristo lo vivió. Solamente Él no tenía necesidad de vivirlo gota a gota como nosotros, torpes para aprender, lentos en el progresar, necesitados de reposo para que la naturaleza no se rompa. Nosotros por impotencia humana, lo vivimos en pequeñas dosis, impuestas por los angostos límites de nuestra soportabilidad; lo absorbemos necesariamente diluido en el tiempo, pues que el mismo ritmo de la evolución es una ley que no se puede forzar. Aquella pasión que nosotros vivimos por momentos distanciados en los siglos, Él que nada tenía que aprender y que todo lo sabía soportar, la vivió en síntesis, en una llamarada rápida e intensa, en un solo respiro de vertiginosa profundidad.

## XII

### ASCENSIÓN DE ALMAS

Cristo inicia así la ascensión mística, la elevación de las almas hasta la unificación con Dios. Él se convierte en el gran inspirador, en el invisible impulsor de la vida espiritual; la evolución humana se irgue tras de Él para seguirlo. Sin Él la vida no podría alcanzar el plano místico; con Él se prepara para alcanzarlo. La historia del hombre continúa escribiéndose en el gran libro de la vida e inicia una nueva página: la página del amor. Una nueva síntesis florece del trabajo de los milenios, un nuevo toque emergente de la profundidad de los milenios, ha llamado a la cosecha, en la

carrera de las civilizaciones inestables e inquietas; la vida se desplaza sobre su eje y cambia el centro de las atracciones humanas. Los egoísmos se abren, las conciencias se dilatan, el hermanamiento comienza, la voz de Cristo resuena de corazón en corazón en un canto único que se funde y se eleva, respondiendo a la gloria de los cielos. El mundo inicia una poderosa marcha hacia la realización del Reino de Dios, que no es dádiva gratuita a la inercia humana, sino laboriosa conquista realizada bajo la guía de Cristo; la ascensión no es el cómodo disfrutar de méritos divinos, sino fusión humana en Su pasión. ¡Camina, camina! Se inicia el gran movimiento. Cristo está a la cabeza, delante de todos, con el ejemplo de su dolor, de la cruz y de la pasión, una luz que avanza dejando tras de sí una estela de resplandores. Sobre esta vía luminosa el mundo se encamina y sigue. Cristo es un sol relumbrante que atrae hacia sí las llamitas de las almas humanas. De Él cae como lluvia una radiación de amor bajo la cual reviven, se enderezan, se encienden nuevos destellos. Es como un inflamarse de incendio. Y las pequeñas llamas engrosan, suben, suben, hasta tocar el cielo y se unifican en el esplendor del gran sol central donde, reabsorbidas, se pierden.

¡Camina, camina! Cristo va con su cruz, siempre delante de todos. Él no tiene lugar, ni riquezas, ni poder humano. Él es una fuerza desnuda, suspendida entre los horrores de la Tierra y los esplendores del Cielo. Él no está en la Historia, mas es superior a la Historia; no está encerrado en el tiempo, mas es señor del tiempo. En su realidad Él es inmaterializable, y precisamente por esto está vivo y presente. Su realidad es interior, está en las palpitaciones y en el tormento de nuestro espíritu. Justamente por eso, Él está aquí con nosotros, entre nosotros, sensible para cualquiera que lo sepa sentir. Él está vivo, presente, y el mundo, porque Él no está hecho de materia, no lo reconoce. Él es una vibración, su casa está en nosotros, una resonancia de pensamientos y de obras, Y va como humilde peregrino de puerta en puerta, pidiendo hospitalidad, tocando de corazón en corazón, implorando amor. Y el mundo le responde: “¿Quién eres tú?” *Vete, no te conozco.*

¡Camina, camina! Oigo llegar sobre la onda del tiempo, retumbando de siglo en siglo, esta nueva voz de Dios que trae la “Buena Nueva” de bondad y amor: presentida, profetizada en Israel; llegada, predicada, vivida en el Mesías; después seguida y realizada en la Iglesia. La oigo llegar, concentrarse como una fuerza en la venida de Cristo, hacerse señora de los equilibrios del mundo y abrirse después en espirales en continua expansión, proyectándose sobre la humanidad para animarla desde lo exterior. El ritmo es continuo, ligado a un llamado que va de siglo en siglo, se propaga de generación en generación. Se repite un retumbar de llamadas y respuestas, de palpitaciones y de ímpetus, de corazón en corazón; se entona, gradualmente, entre el cielo y la tierra, una música inmensa. Al principio son voces aisladas, invocaciones afligidas y dispersas en paciente espera. Pero las almas escuchan atentas, esta nueva palabra de amor. Una fuerza nueva ha invadido al mundo y se propaga. La ferocidad humana se dulcifica en un estremecimiento de ternura. Bajo el beso de Cristo, también la naturaleza cambia su lenguaje, hasta llegar al Cántico de las Criaturas del Hermano Francisco. El alma humana brota y se abre como corola al canto de Dios.

Este canto hace eco y se dilata en miles de resonancias, repercute y se multiplica hasta en la última criatura, humilde y despreciada, se propaga e inunda la Tierra. Y la música de las pequeñas cosas de aquí abajo, se desenvuelve y se repite en las resonancias grandiosas del cielo que se abrió para escuchar; sube la pasión del alma, el amor del hombre se unifica en el amor de Dios. Ese canto atrae y arrebat. Lentamente, desde la Tierra, la humanidad se levanta toda como una marea que se infla y asciende en un único canto de almas apasionadas, que se funde y se pierde en la música del cielo.

¡Camina, camina! Cristo adelante y detrás el mundo. ¡Qué largo es el camino que conduce al Reino de Dios! ¡Cuántos tropiezan y caen a lo largo de la vía! ¡Cuánto esfuerzo de almas para unir a la Tierra con el Cielo! Al comienzo, es un grupo pequeño, muy pocos entran lentamente en la marcha. Es pesado el fardo de la carne y muchos no pueden moverlo. Pero flamea con tanto ardor el ánimo de estos pocos, es tan activa la irradiación del cielo, tan armoniosa resuena la “Buena Nueva”, que hasta la materia poco a poco se sacude.



Diseño de Francesco Ubaldi (Franco Ubaldi).  
Camina, camina. Cristo delante y detrás el mundo.

Estos pocos son canales abiertos y vías de comunicación, la luz así traspasa las tinieblas y un estremecimiento extraño penetra y arrima las inertes densidades de la tierra. Cristo va adelante y atrae a todos tras de sí: está siempre en marcha, al frente, en el camino de la ascensión. Él tomó en sus manos el estandarte de la evolución y dijo: *“Seguidme Yo soy el futuro”*. Sólo pocos seres incomprendidos como su Maestro, sangrando e insultados lo siguen. Pero su voz es tan dulce e inusitada, que muchos, fascinados, se esfuerzan por oírlo y caminan juntos para comprender aquella extraña paz que el mundo no posee. Algunas palabras son oídas, algunas vibraciones llegan y resuenan en el alma a través de la sorda corteza de la carne. Y el pequeño grupo de Cristo atrae y se agranda poco a poco a medida que camina. Algunas palabras hacen eco y se repiten, nuevos oídos se extienden para escuchar, nuevas almas cansadas acuden implorantes. Llegan otros y después otros; y la palabra multiplica la palabra, el ejemplo multiplica el ejemplo, la redención multiplica la redención, la ascensión multiplica las ascensiones.

La onda se propaga, los pocos se convierten en falanges, una multitud inmensa, incontable, hasta los confines del mundo. Los caminos de la vida se abren. El sendero estrecho y espinoso se dilata y se eleva: lo veo desaparecer en el Cielo, como la estela luminosa de un meteoro.

Yo sigo en último lugar, detrás de todos. A cada paso mi alma cae y trata de volverse a levantar, peca y espera redimirse, sufre, expía y sueña con ascender; y tropieza, descansa y retrocede. Pero estas caídas me vuelven a sumergir en la humanidad, en la vida de todos, me humillan y me hermanan con los humildes. Es necesario que yo esté todavía aquí abajo, con mi imperfección y con mi trabajo. Pero si caigo aquí abajo mi vista se ofusca, no puedo vivir en mi ceguera y estoy obligado a subir. No puedo vivir sin la sensación de Cristo. ¡Amor y dolor, dolor y amor: camina, camina, alma mía cansada! Pero un día, sobre el áspero sendero de mis esfuerzos, sentí un paso junto al mío, sentí otro hombro aproximarse al mío, levantar mi cruz y llevarla por mí. Entonces más nunca estuve solo. Otro corazón se inclinó sobre el mío, el dolor se convirtió en amor y nadie podrá ya arrancarme de la indisoluble alianza. Pero yo caigo nuevamente y entonces me desanimo por mi debilidad, tengo temor por mi indignidad. Entonces la Voz me dice: *“No temas. Mi amor es más fuerte que tu debilidad. Apoya tu cabeza sobre mi pecho y descansa”*.

Entonces vuelvo a tomar el Evangelio para releerlo y recordar. Aquella su dulce y potente palabra me enviste como un gran viento que me lleva lejos, a su reino, que no es de este mundo. Releo lentamente aquella música vasta como el infinito y mi alma desciende de trecho en trecho, en los significados más profundos de su palabra. Aquella música me calma, esta profundidad me sacia. Solamente allí encuentro los espacios ilimitados que mi alma desea. Aquella palabra dulce es una espada de fuego que penetra mi alma y la atraviesa, como la mirada de Dios: es la vibración más armoniosa que yo pueda concebir en el universo. Aquella palabra resuena en mi corazón como el arpa de un ángel y disuelve el dolor. Mi espíritu no tiene ecos lo suficientemente profundos para expresar la múltiple e inmensa riqueza de aquella



vibración. La siento llegar a mí maravillosa y me aterrorizo al oírla extinguirse en mi sordez. El toque purísimo de aquella onda en mí se distorsiona y se deforma, se mancha con resonancias desarmónicas, y yo lloro por mí y por esta mi opacidad terrible que todo lo ofusca y lo desfigura.

Pero, ¿con qué derecho me atrevo yo a hablar de Cristo? Mas, como no comprendo lo absurdo de tal acercamiento, no oigo la rebelión del universo que dice. “Para atrás, inmundo, ¿no sientes la hediondez de tu bajeza?” Entonces huyo, horrorizado de mí y vuelvo a mirar desde lejos, desde lo profundo de mi miseria, de mi debilidad, a aquella belleza a la cual no me atrevo a acercarme. No se como mi pluma no se rompe en la violencia de esta mi sensación, en el contraste entre la conciencia de mí mismo y la irresistible atracción; no se rompe en esta tormenta de fuerzas que me abaten y me levantan de nuevo, me anonadan y, sin embargo, se acercan, me despedazan y también me acarician. No sé cómo mi corazón no estalla en la exhuberancia de la alegría, en el ímpetu de la pasión, cuando aquella música, a pesar de todo, me vuelve a tomar, me levanta, me lleva hacia lo Alto, a perderme en los cielos. ¡Cómo sufro cuando veo a los ciegos que fatigosamente discuten y tratan de reconstruir Su figura desde las cenizas del tiempo, mientras que Él está cerca y sensible! Él resucitó, está vivo, camina delante de nosotros. Abramos nuevamente los ojos que lo han olvidado y lo volveremos a ver.

¡No! Nosotros no lo vemos. En veinte siglos de Historia aquel perfume sutil se ha desvanecido. Nuestras mentes y nuestros corazones, a fuerza de tratar sobre aquellos conceptos, los han manchado; nuestra acción continua los ha recubierto de escorias. El espíritu huye de la Tierra, y mientras más se hacen colosales las formas, menos aptas son para contenerlo. El gran edificio es un gigante que quedará mudo y vacío, listo para derrumbarse, si no lo volviera a sostener la única fuerza verdadera, la única que lo puede sostener: el espíritu. ¡Fuera los inútiles apuntalamientos humanos, las sagacidades de la tierra y el tiempo! Si el espíritu se evaporiza, queda un cuerpo sin alma, un cadáver en putrefacción. Más allá de las formas hay una religión sustancial, la única que podrá resistir en los momentos terribles. Existe una sustancia íntima y vivificante que es la única fuerza que todo lo sostiene, un imponderable sin el cual se derrumban los templos más suntuosos. Todo es inútil peso muerto, todo es peligrosa dispersión, si no hay un medio para encender y mantener en las almas, que son el verdadero templo, el espíritu del Evangelio. No son las posiciones humanas y su consolidación las que rigen un edificio divino. La seguridad, suprimiendo la lucha, suavizando el camino del Calvario, adormece la capacidad de conquista. Cristo es una fuerza activa y presente, antes que todo en las almas. No puede ser destruida, no se puede detener. Si el organismo que la expresa ya no la puede contener, ella renacerá lejos. Cuando esta flameante y evanescente alma de las formas desaparece, aunque para el ojo humano esté bien firme, todo está íntimamente corrompido. Si la presencia de Cristo no sostiene, si lo Divino debe alejarse, entonces se abre el abismo; y Cristo, humilde y simple, se sienta en otra mesa y continúa en otro lugar su trabajo.

Entonces, ¿quién eres Tú, Cristo? Le he preguntado a mi dolor que todo me lo ha enseñado, hasta a reencontrar a Dios, y me ha dicho: *“Él es el débil al cual debes ayudar, el enemigo al que debes perdonar, el pobre al cual te debes tú mismo. Él es pasión y renuncia, amor y ascensión. Él es abrazo y elevamiento de almas y va por la Tierra todos los días buscándolas, implorando hospitalidad en los corazones, porque el Señor del mundo no tiene casa ni techo, y va errante pidiendo una limosna de amor.*

### XIII

#### MI POSICIÓN

Llegó el momento de decir todo sobre mí mismo, hasta la última profundidad, de asumir mi posición y mi responsabilidad. Yo dije en páginas anteriores (Segunda Parte – Cap. III – Dolor) cómo debía decir toda mi verdad, dar testimonio de mis afirmaciones, con la palabra y con el ejemplo, dar la seguridad de la idea que poseo. Y dije (Segunda Parte – Cap. I – En Marcha), que mi prudencia sería cobardía, si en el momento decisivo callase o no dijese todo. Mi último volumen culminaba en las conclusiones<sup>(1)</sup>, con la afirmación de que “La Gran Síntesis” es una revelación conectada en su sustancia evangélica, al desarrollo gradual en la Tierra del pensamiento de Cristo, que es emanación continua. Entonces sentí que me movía sobre la línea de la inspiración cristiana, y percibí con qué inmensa noure estaba en sintonía. Con esto definí el significado de aquella obra. No nos detengamos en el marco, en la forma editorial, en el encuadramiento humano. El contenido ultrapasa estos confines, resultantes sólo de la necesidad del momento. Y señalé la gravedad de la hora histórica que justifica métodos excepcionales para la resurrección de Cristo en el mundo. Entonces era temprano para decir algo más. Era necesaria mi nueva maduración, que aparece y llega con este volumen, para continuar; era necesario este nuevo testimonio para que el lector pueda comprender mejor. Y también ahora corto los puentes tras de mí, para que no me quede abierto sino un camino: el de avanzar.

Cuanto he dicho de Cristo y sobre todo lo que diré en los últimos y más intensos cuadros que se siguen, es una confesión de mí mismo, hecha en términos tan sentidos y tan gravemente comprometidos delante de Dios, que no admiten la mentira. El equilibrio de este estudio excluye cualquier enfermedad de conciencia. Ni tampoco tales afirmaciones se hacen con objetivos humanos, porque ellos representan sólo un gravamen terrible para quien asume, como yo lo hago, plena responsabilidad. Este es el testimonio que hoy debo dar, por absoluta orden interior, de la verdad de “La Gran Síntesis”. La íntima conexión de mi alma con Cristo, aquí expuesta, continúa hoy y convalida mis graves afirmaciones de ayer, en un camino de coherencia tenaz e inflexible. Es el testimonio de su contenido cristiano, motivo central en el

---

<sup>(1)</sup> “Las Noures”, cap. VI (Conclusiones). (N. del A.)

renovamiento de la civilización. Lo dije inequívocamente; pero se me debe comprender también, en algunos de mis silencios terriblemente elocuentes. Mi meta es construir, por tanto, jamás se me verá acusar, agredir, destruir. Mi objetivo es el bien, es unificar y no sembrar disidencias, crear irritaciones y antagonismos polemizando. Mi método debe necesariamente ser el mismo de Cristo, el sacrificio, el perdón, el amor. Las cargas y las dificultades deben ser sólo para mí. La verdad es lo que tiene valor, y no yo.

Se me podrá preguntar: ¿Qué significa todo esto, qué es lo que yo deseo y adónde pretendo llegar? Hasta hoy, no lo sé exactamente. Ciertamente no se dice todo cuanto yo he dicho sólo para lanzar un libro. Lo único que sé es que tras de mí hay una fuerza inmensa a la cual obedezco y a la que sigo, sin saber, yo mismo, de todos los futuros desarrollos. Yo siembro, pero no recojo. Debo estar enteramente desligado del fruto de mi trabajo. Mi recompensa está en otro lugar, está sólo en Cristo y en su aproximación. Mi camino humano lo aprendo día a día. Así ha sido hasta ahora. No se me atribuyan, por tanto, perfecciones y méritos, pues que no los tengo y si hago alguna cosa, no es mía. Se me podrá preguntar: ¿Se trata de algún movimiento? Tranquilícense todos: no es un movimiento en sentido humano. El hombre está muy apegado a sus distinciones, a sus divisiones y organizaciones humanas, pues que éstas encierran sus intereses. Yo les dejo todas estas cosas a quienes tanto les agradan y que para mí no valen nada. No se cambia nada de lo exterior, porque lo exterior no cuenta. Se puede decir: es una utopía. No. Las verdaderas fuerzas están en el cielo, las fuerzas que renuevan la Tierra. Nosotros vimos y sentimos su maravilloso funcionamiento. Ciertos movimientos no los puede hacer un hombre ni siquiera a través de su heroísmo y su martirio, mas están en la historia, en la sangre de los pueblos, en los equilibrios de la civilización. Estas fuerzas que todo lo realizan, si quisieran, lanzarían al hombre más allá de su misma voluntad adonde él no sabría llegar, como un exponente que aparece elevado, pero que sustancialmente puede ser insignificante. Es un hecho de que ciertos movimientos sustanciales de espíritu no se apoyan en la tierra, mas están abiertos, suspendidos entre el cielo y la tierra, y jamás se desarrollan valorizando las alegorías humanas. Por tanto, no hay posesiones en el sentido humano, pues todo se rige por la sola fuerza del espíritu. El hombre piensa demasiado en las corrupciones. Entonces, nada de casas, sedes, cargos, y toda la pestilencia de las organizaciones humanas. Nada que pueda avivar los bajos instintos y excitar la siempre demasiado rápida respuesta de los impulsos inferiores del hombre común. Ninguna fetidez de dinero que tanto atrae a las ávidas y asquerosas moscas. Ellas huyen, gracias a Dios, delante de un plato donde lo único que hay es trabajo, dolor, pasión de espíritu. Esta es mi seguridad. ¡Ay de las creencias que no emanen sólo olor de renuncia! Esta es mi fuerza frente al mundo: la idea pura y desnuda como descende del cielo y lanzada como semilla al viento, para que germine únicamente bajo el impulso secreto de las leyes de la vida. Sólo la inmaterialidad es garantía de invulnerabilidad. La fuerza de la idea que he desenvuelto y siempre seguido, no se desmiente y confía sólo y siempre en ella misma. Detrás de ella están las fuerzas del infinito: al principio me han cribado tremendamente. Ahora se desenvuelven, como constato, con método y lógica.

El movimiento es espiritual. La meta es un reino que no es de la Tierra: el Reino de los cielos. La forma es aristocrática: enfrenta la intelectualidad y la cultura porque son la aberración del siglo. No son tocados los estratos inferiores, más densos de la sociedad, menos maduros para la comprensión. Todo descende, pues, automáticamente por gravedad, en la asimilación y, también ofuscándose, en la realización. Quedamos en una atmósfera pura, al menos en el momento de la génesis y de la concepción. Las fuerzas sustanciales no actúan en lo exterior, sino que van directo al corazón del hombre, se injertan en las motivaciones; estas fuerzas cósmicas están aquí presentes en acción. Aquí todo es fuerte porque es inmaterial, es indestructible porque es imponderable. Quien está en la materia, si quiere destruir, encuentra el vacío y no sabe de qué agarrarse. Quien está en el espíritu, comprende y no piensa en destruir. Este es un germen tan espiritual que no toma forma humana, es la sustancia de la fe, es un dinamismo puro que en todas partes caerá y en cualquier división humana podrá fructificar. Esta es una pasión de bien que puede existir en cada casa, en cada institución, en cada opinión; es un principio de honestidad del cual toda autoridad no podrá sino regocijarse. Es una pureza y una sinceridad en la que cada alma se sentirá renacer. Es la luz de Dios que se da a todos por encima de los monopolios humanos: es pura destilación de fuerza y bondad alcanzadas en la fuente, antes de que lleguen el encuadramiento y la contaminación humanas. Parece nada porque no ha descendido todavía en la forma fija y concreta, está fluctuando en el aire como un perfume, como un rocío todavía no condensado. Pero este es el estado más dinámico, el estado de la génesis. Es el espíritu del Evangelio que retorna en su espléndida fase primordial. No posee nada, únicamente mártires.

En su origen, el fuego del espíritu era líquido y brotaba en abundancia por los grandes cráteres abiertos. Hoy el hombre está sumergido en la materia. , un siglo de ciencia ha volatizado el evanescente perfume del cielo. Hoy hemos recogido las últimas llamas semi apagadas y las conservamos religiosamente en las lámparas encendidas: cansado y pálido reflejo del incendio inicial. Esto no basta para despejar las tinieblas que se hacen cada vez más densas y amenazadoras. No basta el momento de las verdades escritas, conservadas en un involucro imponente que se ha formado a través de los siglos. El espíritu es una fuerza viva que habita en el corazón del hombre; es una fuerza, no una palabra escrita, y como fuerza se difunde y se agota; no se detiene, no se encierra en lo inmóvil; extremadamente móvil, se nutre de vida, es una radiación que descende de lo Alto, es un calor que se disipa si no recibe continuamente nuevo calor por comunión del alma con el cielo. “Litera occidit, spiritus autem vivificat”<sup>(1)</sup>. Muchas veces nosotros cambiamos el continente por el contenido, tocamos el involucro pensando que tocamos el fuego, pero en realidad quedamos fríos. El hábito nos acostumbró a las formas, escuchamos palabras encendidas y permanecemos indiferentes. ¡Qué pesado fardo humano debe la Iglesia arrastrar en su camino divino! Hemos restregado tanto nuestras almas impuras sobre las cosas santas, que en vez de santificarnos nosotros, hemos ensuciado aquéllas;

---

<sup>(1)</sup> “La letra mata, pero el espíritu vivifica”. Palabras de San Pablo (II, Cor, 3,6). (N. del T.)

hemos bajado todo a nuestro nivel, para poder así llevarnos todo a casa, para nuestro uso y consumo.

Pero la verdadera fe es un incendio que se sitúa con dificultad en el círculo de las cosas humanas, es un perfume que no se puede encerrar en frascos, es toda una festiva espontaneidad y, si debe ser codificada en forma de ley, esto es por triste necesidad de adaptación a la vida de los ciegos. Esta fe es hoy necesaria; necesaria esta erupción espontánea y directa de las fuerzas del cielo, necesaria esta explosión de energías irrefrenables como el rayo y la tempestad. Me pregunto, ¿qué podrían hacer un puñado de hombres fuertes, poderosos por la disciplina de espíritu, armados de esta psicología heroica dirigida al renovamiento de la civilización; qué podrían frente a la masa inerte, a las mayorías jocosas y ciegas, que no buscan más que el placer sin pasión de ideales y voluntad de martirio, sin saber nada de los grandes fines de la vida? Es necesario tanto para las plantas en cada estación, como para los cierres de ciclo de civilización, un germinar nuevo y fresco que llegue directamente a las fuentes de la vida y un flamear de sol que madure las mieses. Antes, en tiempos de calma, de inercia espiritual, se podía callar y vivir de acomodamientos, pero no hoy que el enemigo está a las puertas.. Estamos en medio del dilema: o resurgir en el espíritu, o morir en la materia. La historia prepara una tremenda sacudida de dolor. Es la voz de Dios para los sordos, es la vía de la redención. Es el baño de la tempestad que trae la pureza, es la pasión del alma que nos hace volver a ascender. No es destrucción, es renovación.

No temamos. Cristo se aproxima no sólo como justicia, sino también como salvación. En los siglos tranquilos, también el cielo se mantiene tranquilo; pero en los momentos de tempestad, el cielo se rasga y entre rayos lanza relámpagos de luz. Cuando los tiempos están maduros, una herida se abre en la Historia y por ella brota sangre y linfa vitales, sin lo que parece que la humanidad no tendría fuerzas para seguir el camino. En enemigo está llegando al centro de la fortaleza. Cristo tiene que recomenzar desde el principio. En los momentos supremos y decisivos, sólo resiste quien esté sustancialmente fuerte y abastecido en el espíritu y no solamente en las destrezas humanas. Pero el mal, si destruye también purifica, y en las manos de Dios es guiado hacia los límites del bien. Las tempestades reedifican y son bienvenidas.

Dios escoge sus medios en todas partes, pero muy raramente entre las filas oficiales, entre los poderosos y los sabios. Los pobres seres que son admitidos en tales movimientos, corren el riesgo a cada momento de quedar pulverizados. Ellos deben dar solos, sin apoyo, el testimonio supremo de su verdad. Y ésta no podrá afianzarse sino más tarde, sobre un consenso de almas que no se pueden formar sino lentamente, por maduración y por vías interiores, cuando la experiencia está realizada y la vida terminada, es decir, cuando aquel consenso ya no puede dar a quien ha operado, ninguna ayuda ni compensación.

Pero también lo Alto es avaro en dar ayudas, no da señales ni pruebas. Éstas serían una patente de autorización para el ejercicio pacífico de la propia misión. No. Él debe

ser expuesto a todos los vientos, golpeado por todos los asaltos; su alma debe ser lanzada desnuda sobre el pavimento donde todos puedan pisotearla. Nada de posiciones protegidas y seguras, que adormecen y ensoberbecen, sino humillaciones, luchas, inseguridad; nada de la alegría de la cosecha, sino el cansancio de la siembra. ¡Mucho más duro es el sello del cielo que el de la tierra! Esta excepción que es pésimo ejemplo para la mediocridad ignorante, debe sufrir los más severos controles, para que no sea una vía enteramente abierta para la rebelión y el error. Ahora, es ley que todo superamiento de norma es lícito sólo cuando se entra en una norma humanamente más rígida, moralmente más elevada. Quien viva protegido por la autoridad, cediendo a ésta el peso de su responsabilidad, caerá por este camino. Quien es escogido tiene un cúmulo de mayores deberes y sólo con la ayuda de Dios, deberá resistir y vencer. Él lo sabe. Una misión es una vía que se restringe siempre más, a veces hasta el martirio. Él lo sabe y no huye. Él debe dar testimonio. Si Dios no estuviera cerca, tales caminos no se podrían recorrer. Sólo quien está de parte de Dios, acepta arar tales campos. En este clima ninguna motivación humana resiste. El verdadero llamado se hace reconocer por la ausencia de cualquier motivación humana, por un particular método suyo de lucha, por su color psíquico inconfundible. Y sólo entonces él corre y avanza, cuando los instintos humanos fueron cortados desde las raíces y ninguna otra cosa sino Dios puede estar en él. Todo eso es un cribar cotidiano, es un control continuo de correspondencia de capacidad, es un mantenerse en ejercicio, es un equilibrio de fuerzas que son las únicas que llevan al alma hasta aquel punto de su misión que ella es capaz de soportar y no más allá, porque entonces ella sería abandonada y caería.

Siento, en fin, levantarse otras objeciones menores las cuales, , ocupado con otros problemas, no he hasta ahora considerado, pero que debo considerar. Todo esto puede parecer, pero no es más que el yo humano que en mí grita, se ensoberbece, borbotea. ¡Modestia, modestia! El verdadero místico es sobre todo humilde y este es el libro del orgullo. ¿Qué es esto de subir a la cátedra, pueden decirme, y jactarse con afirmaciones de altísimos contactos de espíritu, no probados por los demás y que a la vez implican una gratuita posición de superioridad y una autoridad de cierto no aceptable para los otros?

Piénsese, sin embargo, en lo que es este libro. Él es una desesperada invocación a Dios de un alma que viendo lo que es el mundo y lo que lo espera, no teniendo otra cosa que dar, para detener la amenazante destrucción, se ofrece para salvarlo, a sí mismo (ver cap. XXVI, Pasión). La psicología común de los críticos se mueve en otro plano; no sería posible satisfacer todas las personales y divergentes exigencias. Pero en relación a esto yo siento muy distinto: siento a qué inmensa incomprensión voy al encuentro y que, sin embargo, no puedo detenerme; por tanto, esto señala el inicio de mi más intenso sacrificio. Yo hablo fuerte y alto, encarando a los arribistas, descompongo los acomodamientos, siembro el incendio en las almas. Soy violento en el espíritu porque debo sacudir y salvar. No me ilusiono: debo pagar por mis afirmaciones. Antes morir que pensar en no mantenerlas. No son cosas que se ahogan en el silencio o que puedan desaparecer en la indiferencia. Llegará la hora del testimonio todavía más evidente, no ya de palabra sino de acción y de dolor. Estas

vías se restringen y ya no se puede retroceder. La criba debe ser severa y exigente, en proporción a la masa de las afirmaciones hechas. Cualquiera en la tierra tiene el derecho de enfrentar a quien así habla y de decirle: “Exijo las pruebas”. Y yo debo estar listo. Se muy bien que la sociedad moderna que esquiva la sangre, debe triturar a un hombre en formas mucho más dolorosas y sutiles.

Y delante de este presentimiento fue que sentí no poder renunciar al deber de dar testimonio de mi verdad. No cumplir ese deber sería para mí traicionar mi misión. No puedo. Y aquí estoy para sufrir las consecuencias. No hay otra alternativa. Espiritualmente el mundo ya está en llamas. No es lícito en estos momentos cruzarse de brazos y quedar como espectadores, pues que la tempestad es de todos. Cualquier ausentismo espiritual es hoy culpa y cobardía. El mundo debe decidir y escoger sus valores, uno de los principios debe vencer. Los neutrales quedarán arrollados y terminarán como siervos. Y las palabras que digo no pueden quedar sólo en los altos cielos pero distantes de la universalidad, mas deben descender *también* en la forma precisa de lucha y de conquista que el momento histórico impone, momentos de acciones tremendas y decisivas. Las palabras que yo digo deben saber precisar, en el seno de la universalidad evangélica, el pensamiento que Italia tiene el deber de lanzar hoy al mundo, y en este pensamiento *específico*, hecho de vida, debo dar mi contribución. Todo esto es civilización y porque es civilización debe partir de Roma. Con esto entiendo que mi pensamiento está perfectamente fundido, adherente como guante a la mano, con todo esto que de más italiano y de más alto hoy, en la doble forma de fe religiosa y política, puede partir de Roma. Y, si este libro puede parecer un imperdonable acto de orgullo y de audacia, es justo que yo tenga que pagar. Aquí estoy para eso. Para mí hay otra lucha en el cielo donde la tierra no llega y estoy colocado en mi lugar. Que los que duermen sean despertados. El sueño es hoy la peor de las posiciones.

Comprendo que para quien vive en el plano normal, en el que el movimiento histórico es menos sensible, mi actitud pueda parecer, desde luego, exaltación, peligrosa audacia, pretensión absurda, loca megalomanía, efecto de desmesurado orgullo. Pero yo no puedo vivir, en la hora apremiante de hoy, de acuerdo con las medidas y las prudencias humanas, que son proporcionadas a fines humanos. Confieso sentir, en cambio, todo esto como una gran deber, un peso de gran responsabilidad. No se vea en todo esto, y especialmente en la unificación de la cual he hablado, una posición alta y de ventaja conquistada para siempre. Véase, más bien, una posición de trabajo en la cual me debo mantener a costa de mi continua tensión de espíritu y que puedo perder apenas de ella deje de ser el dueño. La unificación no es un agigantamiento de mi *yo* humano, cosa que muchos temen, mas es el desaparecer de este *yo* en una unidad mayor. No es auto-exaltación el hablar de este nuevo *yo* en el cual mi ser desaparece. Para mí es, al contrario, un acto de suprema consagración. Me examino y me confieso sin pretensión de infalibilidad. Pero esto es lo que ahora siento en mi conciencia. No es culpa mía si tal es, por su naturaleza para cuantos lo viven, el fenómeno místico, si yo me encuentro ahora viviéndolo, si él está fuera de la natural experiencia y comprensión.

Algunas cosas no se dicen, se me podría también objetar. Pero yo tengo el deber de dar el ejemplo, de devolver lo que recibí, de dar a los demás la alegría conquistada, el deber de indicar el camino y de dar testimonio de mi experiencia. Tengo el deber duro y pesado, pero necesario para los que duermen, de turbar las conciencias. Cumplido el deber, silencio. El fenómeno naturalmente queda, y muy vivo, pero agotada la necesidad de manifestarlo para un fin de bien para los demás, mi boca se cierra y él quedará encerrado bajo el sello de mi silencio, puro hecho personal presumible sólo por sus consecuencias. Pero, hacerme comprender primero es hoy parte de mi deber. Era necesario explicar, y esta sinceridad puede ser una prueba capaz de sacudir las almas. No veo a otros hacer esto. ¿Qué puede importar ante la urgencia de la hora y lo bueno de la meta, delante del bien de tantos, si por todo esto uno solo debe exponerse a las críticas y a los sufrimientos? A la naturaleza humana normal la idea desnuda y abstracta se le escapa. Es necesario que ella tome carne en un ser que la cambie, que viva esa idea aquí, luchando, sufriendo, dando testimonio de ella. El hombre común exige esta materialización contra la cual chocar su cabeza y es necesario dársela. Yo, en cambio, tengo aquí la sensación humanamente penosa de una confesión pública, la sensación de la última expoliación de mi personalidad que así ya no tiene ángulos suyos, ni secretos, ni refugio, porque lo dio todo y se ha expuesto toda, perteneciendo de ahora en adelante a los demás.

Lo digo y lo repetiré para que también el lector distraído lo perciba: por caridad, no se me atribuya nada de excepcional o de superioridad como hombre. Nada sería más falso y más nocivo para mi trabajo. No se debe olvidar jamás cuán profundamente estoy amasado con esta naturaleza humana contra la cual tanto lucho cada día. Hago una declaración. Si no la quieren comprender, la culpa no es mía. No puedo por esto, cambiar mi camino. Hago de una vez y para siempre esta bien clara distinción: no se me atribuya nada de bueno que yo pueda hacer; *eso no es mío*. Esa es la verdad. Atribúyase, en cambio, todos los defectos, las debilidades, las culpas que pueda tener mi trabajo. Todo eso sí que es verdaderamente mío.

#### XIV

### MOMENTOS PSICOLÓGICOS

Debo completar el estudio del fenómeno también en su aspecto religioso. Hablando así tan intensamente de Cristo, era inevitable referirme a su Iglesia. Mi ascensión me llevó al más cristiano de los misticismos. Yo mismo debía alcanzar el plano místico para poder comprender y afirmar estas conclusiones. Los últimos trechos de este volumen, que llamo momentos psicológicos, describirán mis últimas realizaciones espirituales. Me gustaría callar, pero la Voz me ha dicho: "*Habla siempre más claro y siempre más fuerte*". Por ciertos caminos no es posible detenerse. Y he mirado la Iglesia con el mismo ánimo respetuoso y reverente con que he mirado a Cristo. Yo



sería el último en levantar la voz contra ella. Pero mi corazón se estremece por la gravedad de las pruebas, por la inminencia del momento. El dilema es tremendo: o reencontrar la fuerza en el espíritu, permaneciendo desnuda delante de Cristo, tal como Cristo lo ha hecho, y sólo bajo estas condiciones mantener la supremacía en el mundo y en el contacto con el Cielo, o continuar consolidando las posiciones terrenas, perdiendo, entonces, la suprema y divina fuerza, enfilándose por coherencia en el nivel de las fuerzas humanas, limitadas y vulnerables, como el mismo hombre. Está al alcance de la mano una grandeza inmensa, fundamental en la nueva civilización. ¿Quién la querrá tomar? Se trata no de salvar un organismo, sino de salvar al mundo que necesita de Cristo. Se agita en este libro un conflicto mundial trágico e inminente del cual dependerán los futuros milenios. ¡Ay si la Iglesia invisible del Cielo, se aleja de la Iglesia visible de la Tierra! Existe otra religión más profunda dentro de la religión que supera todas las formas, sin la cual ninguna religión es válida. Es un sentimiento universal que es el alma de todas las ciencias y que se hace sentir por su verdad. Existe la religión de superficie, hecha de prácticas, formal, de costumbres, fuerte, triunfante, organizada y en marcha como un ejército; y existe otra religión sin clero, sin autoridad, pobre, sufridora, simple, fuerte sólo por una fe inmensa y victoriosa en el cielo. Hay un Cristo más grande, que no está sólo en las imágenes y en los templos, sino dondequiera que un alma sufra y ascienda. Existen santuarios también en el corazón del hombre y momentos en los que el alma puede hablar directamente con Dios. Es necesario reafirmar este imponderable sin la cual ninguna religión es religión. Es necesario revivir como en los tiempos en los cuales las cosas del espíritu estaban presentes y no llegaban como un eco lejano desde las profundidades de los siglos; eran fuerzas incandescentes y desbordantes, que no se habían enfriado y cristalizado. Es necesario retomar a la potencia virgen del primer Evangelio y del primer franciscanismo. Sólo así se podrá enfrentar con esperanza el futuro.

En este sentimiento culmina la catarsis mística de mi alma. Mi ascensión no es, pues, un fenómeno circunscrito o encerrado en mi organismo, mas se expande y se repliega sobre el mundo. Mi pasión demuestra que la metanoia<sup>(1)</sup> a la cual nos guía el Evangelio, el superamiento y la inversión de valores que el nos impone, toda su revolución de espíritu, no son una utopía como muchos creen, irrealizable sólo porque no fue y no es siempre ejecutada en las prácticas religiosas y sociales. Quien esto afirma es un ciego en lo imponderable. La luz y el bien que yo recibo desde lo Alto, debo devolverlos y vivo para eso. Por caridad, no se me entienda mal, dando algún valor a mi persona cuando no tiene ninguno, creyéndola capaz de la mínima perfección moral, siendo el pobre gusano que yo soy. Y también esto es verdad y debo dar testimonio de ello. Yo no soy más que un vil y frágil instrumento preso en un organismo gigantesco. Mi lema es este, que yo repito todas las noches, al final de

---

<sup>(1)</sup> *Metanoia*, palabra de origen griego que significa *conversión*, no sólo en el sentido de arrepentimiento de los errores y pecados, sino también y muy significativamente, de “cambio de espíritu”, de “cambio de mente”. Véase Mt., 4:17; 21:30; II, Cor., 7:8, etc.

la labor del día: “*Señor, yo soy tu siervo. Esto es lo único que te pido*”. Gradualmente vamos llegando bien lejos de las proporciones estrictamente científicas con las que se inició este estudio.

Durante el trayecto han aparecido en mi conciencia momentos culminantes, con más evidentes sensaciones y más intensas emociones. Los he aislado y aquí los expongo sucesivamente porque en el desarrollo de este trabajo habré diluido el desenvolvimiento cerrado de las argumentaciones. Son visiones separadas, pero expresan siempre el mismo camino de mi ascensión. Son, tal vez, el ejemplo de un arte nuevo, basado en una psicología científico-espiritual nueva. Aquí termino mi trabajo. Los cuadros se desenvuelven de aquí en adelante sin comentarios, en un crescendo insistente en el cual quien no cree y no siente, mas sólo observa y razona, podrá ver el desenvolvimiento del fenómeno como fue situado al principio en su aspecto científico. Estos cuadros, después de haber atravesado diversos niveles espirituales y planos de conciencia, y los más contrastantes momentos de mi subconsciente y de mi superconsciente, después de ser desenvueltos en diversas perspectivas de la realidad interior de lo imponderable, explotarán en una visión suprema: “*Pasión*”, el último grito en el cual mi voz se apaga. Ese cuadro es realidad vivida. Quien quiera pensar que estoy loco, vuelva a leer la parte científica, donde de este mi éxtasis he dado sólidas bases.

Hoy, este es mi punto de llegada. Mañana no sé. La verdad es que mi vida camina. Quien me haya seguido hasta ahora lo sabe. Pero más altos desarrollos están hoy por encima de mi concebible. Cristo es una belleza tan completa, una grandeza tan vasta, un concepto tan concluyente, una perfección tan absoluta que no es posible superarla y asomarse más allá. Es la saciedad del deseo, el último término de la mente y del corazón. Su figura no tiene sombras para conquistar; es un infinito al que no se le puede agregar nada, al que no se puede superar. Pero precisamente porque es un infinito, no tiene pausas ni fin y nunca se termina de recorrerlo por entero. La vida, que no se cierra jamás, será para mí un sumergirme eterno en aquella profundidad sin fin.

## XV

### HERMANO FRANCISCO

Peregriné por toda esta mi tierra úmbrica y más allá de sus confines, recorriendo sus subterráneos declives que resurgen en tierras limítrofes. En ella me he examinado muy detenidamente para reencontrarme en mí mismo; en sus silencios austeros y sublimes mi alma ha recorrido su más intensa maduración. Los horizontes altísimos de sus montañas me dieron la sensación de Dios.

Peregriné por toda esta tierra franciscana desde Asís a la hermana Gubbio, desde el Subasio al Verna, desde la Porciúncula a Greccio. Anduve apasionadamente interrogando a las antiguas piedras, para que me entregaran el secreto de su historia, las estreché al corazón, las bañé de lágrimas. Y les dije: Decidme vosotras que lo visteis, a San Francisco, el humilde y pobre, ¿lo recordáis? No es posible que un hálito de su inmenso respiro no haya quedado también en vosotras; no es posible que su incendio de amor no os haya recorrido con una vibración tan potente, que hasta ahora permanezca y que debéis comunicarme. ¿No escucháis? ¿Y por qué no habláis?

Hablad vosotros, inmensos horizontes, narradme los éxtasis, los trabajos, las penas de aquel corazón. De terrón en terrón anduve invocando el lejano recuerdo. Le pregunté a las pendientes inundadas de sol, a las selvas montañosas, a los angostos caminos, a las humildes casitas, a las capillitas perdidas, a los dulces rincones del campo, siempre a la espera de una arcana revelación interior que me dijese: es aquí, fue aquí, ¿no lo veis? He allí la pequeña figura del Santo, ardiendo y consumiéndose por su pasión, mírala allí, ¿no oís su voz armoniosa y persuasiva que habla de la perfecta alegría? Escuchad<sup>(1)</sup>.

“Cierta vez, viniendo San Francisco de Perugia a Santa María de los Ángeles en compañía de Fray León, en tiempo de invierno, un frío muy intenso lo atormentaba. Llamó en ese momento a Fray León que caminaba adelante, y le habló así: ¡Oh Hermano León, aunque los Hermanos Menores den en el mundo entero gran ejemplo de santidad y buena edificación, no obstante, escribe y toma cuidadosa nota, que *en eso no está la perfecta alegría!* Y caminando un poco más, San Francisco lo llamó por segunda vez: ¡Oh Hermano León, aunque el Hermano Menor restituya la vista a los ciegos, cure a los paralíticos, expulse los demonios, haga oír a los sordos, caminar a los cojos, hablar a los mudos y lo que es más, resucitar a un muerto de cuatro días, escribe que *en eso no está la perfecta alegría!* Y andando un poco más, Francisco llamó en voz alta otra vez a Fray León: ¡Oh Hermano León, si el Hermano Menor supiese todas las lenguas, todas las ciencias y escrituras, si supiese profetizar, revelando no solamente las cosas futuras, sino también los secretos de las conciencias y de los hombres, escribe que *en eso no está la perfecta alegría!* (...) Y continuando hablando así por espacio de dos millas, Fray León muy admirado le preguntó: Padre, te pido de parte de Dios, que me digas *¿dónde está la perfecta alegría?* Y San Francisco le respondió: Cuando lleguemos a Santa María de los Ángeles, enteramente mojados por la lluvia y helados por el frío, enlodados y atormentados por el hambre y tocáramos la puerta del lugar, y el portero viniera irritado y dijera: *¿Quiénes sois vosotros?* Y nosotros respondiéramos: *Somos dos de vuestros hermanos.* Y él dijera: *¡No decís la verdad; sois dos rufianes que andáis engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres! ¡Fuera de aquí!* Y no nos abriera la puerta y nos dejara a fuera, expuestos a la nieve y a la lluvia, con frío y con hambre, hasta la noche, entonces, si soportáramos pacientemente tantas injurias, crueldades y desprecios, sin perturbarlos y sin murmuraciones contra él, si con humildad y caridad pensáramos

---

<sup>(1)</sup> De: I Fioretti de San Francisco, cap. VII. (N. del A.)

que aquel portero verdaderamente nos conoce, y que es Dios quien lo hace hablar así contra nosotros, oh Hermano León, escribe que *en eso está la perfecta alegría*. Y si nosotros volviéramos a tocar la puerta y él saliera perturbado y nos expulsara como holgazanes inoportunos, con ofensas y bofetadas, diciendo: Idos de aquí, landronzuelos miserables, id a un albergue porque aquí no tendréis ni comida ni abrigo; si todo esto lo soportamos pacientemente, con regocijo y con amor, ¡oh Hermano León, escribe que *en eso está la perfecta alegría*. Y si nosotros, obligados por el hambre, por el frío y por la oscuridad de la noche, tocáramos y llamáramos de nuevo, y pidiéramos por el amor de Dios, con gran llanto, que nos abra la puerta y nos deje entrar, y si el portero más escandalizado todavía nos dijera: Estos son unos bellacos inoportunos, les diré lo que se merecen, y saliera con un garrote nudoso, nos agarrara por la capucha y nos tirara por tierra, revolviéndonos en la nieve, y nos golpeará uno a uno con aquel garrote; si nosotros soportamos todas estas cosas con paciencia y regocijo, pensando en los sufrimientos de Cristo bendito, y que todo lo debemos soportar por su amor, ¡oh Hermano León!, escribe que en eso está la perfecta alegría...

\*\*\*

¡Había frío, sin embargo, hacía tanto calor en el corazón! ¡Estaba oscuro, entre tanto, resplandecía tanta luz en el alma! La tempestad era rigurosa allá afuera, pero Dios cantaba tan fuerte en lo interior!

¡Escucha, escucha! ¿No oyes la voz de lo profundo? Si. El Subasio es el mismo y allá abajo Asís descansa; alrededor, la corona de las colinas úmbricas. Son las mismas pendientes boscosas de Greccio, y la vista allá abajo en dirección de Rieti y Fonte Colombo, los mismos reflejos cerrados y profundos del lago de Piediluco y los perfiles de sus grandes y severos montes; los mismos, los mismos vastos silencios del Trasimeno inmenso. Oigo un golpear de remos, en el lento caminar de playa en playa y allí reencuentro mi alma que marcha sin jamás descansar. Viene de la tierra el eco del sonido de aquel paso bendito de Francisco que vengo siguiendo sin nunca alcanzarlo. Interrogo a las resonancias íntimas y oigo admirado un murmullo humilde en la más secreta palpitación de mi corazón.

Decidme, fuerzas de la vida, ¿por qué no guardasteis una señal del meteoro que por aquí pasó, perdiéndose en las transparencias del cielo? Decidme, criaturas hermanas que conmigo atravesáis la vida, ¿ningún lejano eco retorna en el timbre de vuestras vibraciones, si tanto ímpetu de pasión os imprimió el canto del Hermano Francisco? No obstante, en la música de la creación oigo ir y venir la armonía evanescente de aquel cántico de Dios que en vosotros se fundió cuando por aquí pasó el alma del Santo. Vosotras entonces hicisteis eco, comprendisteis y respondisteis, cantasteis juntas la gran sinfonía que él entonaba, la sinfonía del amor divino.

Dadme de nuevo aquel canto, que es el cántico de Dios. Criaturas hermanas, ayudadme a subir, a vibrar, a sentir. Aquel canto arrebató mi alma de este estrépito infernal, lejos de la Tierra, para siempre.

Entonces, en un silencio inmenso y profundo, se entona mansamente la música divina. Cada forma de existencia emite una nota. Oro, y en mi oración, escucho a Dios como un canto inmenso y sublime que emana de todas las criaturas. Todos cantan las expresiones de Dios; la tierra y el cielo, la luz y la vida, el orden y el pensamiento. Mi alma se torna pequeña, pero la armonía asciende y a cada nota me sintonizo gradualmente; la resonancia me invade, la vibración me eleva, el arrebatamiento me lleva lejos. Ya no soy yo, mas soy un arpa en la cual resuena el Universo. Es una plegaria en la cual se calla: es la unión con Dios.

Desde las profundidades del tiempo y del espacio, oigo esta voz tonante de Dios que se lleva lejos a mi alma, en un torbellino. Oigo la sinfonía de los vastísimos horizontes, la luminosidad de los cielos, las armonías de la vida, la voz del mundo cantando: ¡Cristo! ¡Cristo! ¡Cristo! Así lo grita la Historia: Cristo esperado, Cristo presente, Cristo operante en el corazón de la civilización. Cristo, me repite la belleza del arte, la profundidad de la sabiduría, el triunfo de la bondad, la grandeza del espíritu. Ese canto se dilata y me penetra. Cada nota hace eco en mí y lentamente, de las humildes voces a las grandes, mi alma estrecha y absorbe en sí la estupenda vibración, y luego esta armonía asciende, con el canto. ¡Cristo!, me repite todo el universo. Siento llegar a Cristo relampagueante desde los cielos, tan vertiginosamente grande y bello, como un sueño que debió estar en el incendio de Francisco en la suprema consagración del Verna.

## XVI

### VISIÓN DE LA CÁTEDRAL GÓTICA

Un día sentí mi destino como un haz de fuerzas convergentes y ascendentes, y lo reencontré en la fuerza y musicalidad arquitectónica de la catedral gótica. Las arcadas, restringiéndose siempre más hacia el vacío de la puerta, expresan las líneas de concentración de lo externo hacia lo interno. Y yo entré joven en el templo austero de las soledades del pensamiento. Allá afuera, era para mí estrépito y sufrimiento, y ya no podía volver a gozar las fáciles alegrías del mundo exterior. Y desde joven me acostumbré a respirar aquella atmósfera severa, saturada de conceptos profundos. Mis ojos aprendieron a ver en la mística penumbra y se entusiasmaron con las luces resplandecientes de lo Alto que invitan a ascender. Mi mirada se arrulla con la música armoniosa de las arquitecturas, con el sueño diáfano de los místicos vitrales, con la dulzura de las imágenes de las cosas eternas y santas. Mi alma se apartó, así, lentamente de la Tierra y se abrió completamente a la visión de Dios. Y como en el templo gótico, fue también en mi destino, una convergencia de líneas de fuerza, que

me llevó hacia arriba, arriba, a lo largo de la nave central, hasta donde la estructura del edificio abre completamente sus brazos en forma de cruz. Me llevó hasta la culminancia sonora de la sinfonía arquitectónica, en la cual explota el grito de Cristo moribundo, allá arriba, en el centro del templo, sobre el altar mayor, donde aquel grito se repite en el sacrificio de la misa. He vivido en aquel anhelo de fuerzas convergentes hacia lo Alto, constreñido por un concatenamiento compacto, como una fuga de Bach. Me arrastré a lo largo de toda la nave central, dejando tras de mí una estela de sangre. Pero llegando al gran altar del centro, mi alma recogió el grito de Cristo moribundo, y se estrechó, en un abrazo que no tendrá ya fin, a aquella cabeza reclinada. Se movía en torno de mí, el hálito de la piedra ascendente. En las armonías de las últimas luces, en el vago palpitar de los espacios supremos del templo, en lo indefinido del último sueño, se despedazó la bóveda y en mí apareció el pensamiento de Dios. Mi cuerpo quedó allá abajo, unido a la cruz. Pero mi alma huyó para siempre a la gloria de los cielos.

## XVII

### PROFETISMO

Hoy subí a las alturas del tiempo y de los horizontes lejanos, desde donde oigo emerger resonancias profundas, atraídas a mí por una sintonía de pensamiento impuesta por el momento presente de la vida del mundo. Oigo el canto poderoso de la Historia que torna y retorna, se repite en ciclos titánicos lentamente ascendentes, en caídas y resurrecciones, en un renovarse siempre más alto de vida, en el cual, entre tanto, retumba siempre el pasado. Como las olas que llegan y se van, así nacen y mueren las civilizaciones, sobre el gran mar del tiempo. Son ellas el palpitar de la progresiva idea de Dios que camina siempre hacia su realización.

Todo esto resuena en mí, se convierte en una vibración mía, en la cual me sumerjo. Y entonces el vórtice me agarra, me lleva lejos, en un torbellino en el cual oigo los sonidos invocadores de la vida. Oigo el acuciar de la hora, el inminente precipitar de los equilibrios, la tempestad furiosa a las puertas, oigo la voz de Dios que anuncia la madurez del tiempo. Gritan las señales interiores, no percibidas por los ciegos de la hora encerrados en el cálculo del momento. Bajo los ciclos de la Historia aparecen las borrascas anunciadoras, se despiertan las conciencias mejor preparadas, centinelas de la vida, y lanzan la voz de alarma; se levantan las voces amonestadoras y caen como perlas desde las magnificencias de los cielos, antes de cada calamidad.

Oigo un rodar profundo, cadencioso, incesante; oigo el paso del tiempo que avanza con un ritmo fatal, como muralla inmensa de lava que desciende sin parar y que todo lo sumerge. ¿Dónde están las espaldas para detenerla, los pechos para enfrentarla? Los tiempos son graves y el Cielo lucha al lado de la Tierra. No se vive ya sólo de pan, de números, de riqueza, de poder humano. ¿Podrán las fuerzas del espíritu no

estar presentes sólo porque un siglo de materialismo las han negado? Las actitudes del pensamiento humano no pueden cambiar la Ley de Dios. Y siempre, cada vez que el hombre violó los divinos equilibrios de lo justo y de lo bueno, la reacción justa de la Ley se hizo sentir. Que levanten, pues, la cabeza los que duermen. Ya no es el momento de explicar y demostrar. Ese trabajo ya se realizó. Es el momento del choque físico y tangible que a todos sacude y arrastra.

Dios nos ama. Es necesario despertar a los sordos, a los inertes, amansar a los rebeldes. Es necesario que el mundo aprenda de nuevo a orar, que en la humillación y en la desventura se vuelvan a hermanar y reencuentren a su Dios que han olvidado. Dios es un camino de pasión y de amor que se recorre en silencio en nuestro propio corazón, es una consagración real de sí mismo, es un humilde abrazo de hermano a hermano para ayudarse mutuamente a lo largo del camino espinoso de las ascensiones humanas.

No tema quien tiene a Cristo en el corazón. La tempestad purificará. Volarán lejos los oropecles al viento furioso y sólo la inmaterialidad del espíritu resistirá y sobrevivirá. Caerá lo humano para que Cristo resplandezca más alto y más verdadero.

¡Oseas, Oseas, profeta de Israel! Me parece oír tu voz que supera la barrera del tiempo y llega a mí para decirme: “Dios es amor”. Esta, tu gran palabra, anunciadora de Cristo, que ninguno, ni siquiera Moisés antes de ti había dicho y que ha sustentado a la humanidad por milenios, fue el verbo novísimo y explosivo de efusión de tu corazón de mártir. El dolor te hizo profeta; profeta del amor.

Os veo a todos alineados en vuestro trabajo, profetas de Israel. Os oigo a todos fundidos en aquel lenguaje inmenso en el cual resuena la Tierra y el Cielo. ¡Aquellos tiempos en los cuales la palabra de lo Alto descendía palpitante y el hombre vivía aliado con Dios! ¡Aquellos tiempos en que el alma se elevaba hasta llegar al Cielo! ¡Qué grandeza este continuo contacto con Dios! Él parece que ha huido de nosotros; entre tanta ciencia y sabiduría parece que hemos perdido la idea de Él. Ya no está presente en nuestras acciones ni en los eventos de la historia. Se calculan todas las fuerzas menos la suprema; en todas las posiciones de la vida, no se piensa nunca en el impulso mayor que es Dios.

Oigo a Isaías: “un residuo se convierte”, es decir, una simiente permanece. ¿Podríamos hoy repetir sus palabras que son un presentimiento del Reino de Dios prometido por Cristo y que el mundo espera?: “... los seres no harán daño ni mal, pues que la Tierra estará llena de la conciencia de Dios, como el agua cubre el fondo del mar”.

No. Dios no es un elemento descuidable en la vida del individuo y de los pueblos. Y debe ser sentido, cerca, y lo estará sólo si lo merecemos. Sólo un Dios que está en el alma domina las pasiones, guía las acciones, hace temblar los corazones; sólo este Dios es vida. Es necesaria, pues, la desgracia para que el espíritu se quite el manto y

se presente de nuevo desnudo delante de Dios. ¿Qué importa la forma cuando nosotros en la sustancia hacemos sacrificios a Moloch y sólo la admiración de su fausto está en nuestro corazón? Entonces también en los templos suntuosos Dios se calla, porque ha huido de nuestra alma. Y Dios se va y habla en otra parte, a los humildes, a los cansados viandantes del ideal que están siempre a camino, como el Hermano Francisco, golpeados por todos y solos con Dios.

Entonces golpea el destino a las puertas de la Historia, suenan las trompetas anunciadoras, resurge el profetismo, para que el mundo despierte. ¿Quién escucha y comprende entre tantas voces falsas y confusas? ¿Debemos repetir entonces el fatal “Dies irae dies illa”<sup>(1)</sup>, también hoy vivo en el arte, en la liturgia, en la música, el “Dies irae” del profeta Sofonías? ¿De qué estará hecho este pueblo residuo que será semilla de la civilización futura? Será un pueblo hoy no visto, como era el primer grupo de soldados de Cristo en la grandeza romana, un pueblo hecho de humildes y misericordiosos que hoy sufren, sienten y esperan. ¿De qué servirá al mundo la fuerza sin el derecho, el poder sin la justicia, la ciencia sin la conciencia? ¡Ay de quien use la espada, porque perecerá por la espada! El orden ético despedazado traerá destrucción.

¿Cómo se ora de manera diferente cuando el destino amenaza y el dolor golpea, de cuando todo está tranquilo, el cielo parece seguro, la cercanía de Dios está garantizada por la autoridad de la Tierra! Pero la fe es tempestad; no es un trono de gloria, es tormento de ascensión; no es aquiescencia pasiva, es un dinamismo incesante y tremendo, un espasmo de alma que busca a Dios.

¡Quisiera gritar con Jeremías: “Oh mi pecho, mi pecho! ¡Qué sufrimiento tan terrible! ¡Oh mi corazón! ¡Cómo se sobresalta! ¡Ya no puedo estar quieto, porque mi alma escuchó el sonido de la trompeta, el grito de la

“Dies irae, dies illa...” “El día de la cólera (justicia), aquel terrible día...”  
guerra!”

¡Jeremías, que se plasmó completamente según Oseas, para revivir todo el dolor y el amor; Jeremías, la más alta y pura expresión del profetismo hebraico! Quisiera repetir sus conceptos que expresan la esencia de las religiones, o sea, la superioridad de la sustancia sobre la forma, de un corazón puro sobre las acciones exteriores. Mejor: “... los paganos que practican con verdadera fidelidad y con perfecta devoción su religión falsa e insensata, ellos son en verdad más agradables a Dios que vosotros, que poseéis al verdadero Dios, pero que lo olvidáis y les sois descendientes.” ¡Y

---

<sup>(1)</sup> "Dies irae dies illa...": "El día de la cólera (justicia), aquel (terrible) día...". Primeros versos de un himno medieval de Fray Tomás de Celano, discípulo y primer biógrafo de San Francisco de Asís. És una evocación del día del Juicio final y hace parte del oficio de los muertos. (N. do T.)



Jeremías, que se atrevió a decir tan graves palabras, moriría en tierra extraña, lapidado por su propio pueblo!

Pero Jeremías también habló a las puertas del exilio babilónico que transformó al pueblo de Israel y su religión, seleccionándolo grano por grano, separando al bueno del malo, lo esencial de lo superfluo. En los grandes giros de la Historia, la tierra debe ser dolorosamente removida hasta en lo más profundo, a fin de prepararla para la nueva cosecha. Y el exilio en el dolor purificó a Israel, hasta que dejó sólo para subsistir, aquel residuo, aquella simiente de la cual habló Isaías. Y los ciclos retornan y la historia se repite. Entre las llamas de Jerusalén destruida, cayeron también las viejas formas; pero el espíritu, que estaba en el profetismo y no pudo ser quemado sobrevivió. El Estado estaba destruido y la religión se separó de él, aligerándose, como si se hubiera liberado, y pudo elevarse de nuevo y revivir más en lo alto, hasta que Ezequiel se pliega a su pueblo para enseñarle el amor de hermano a hermano y el poder de los vínculos espirituales que saben fundir las almas, formando y manteniendo las unidades ideales por encima de toda forma y contra cualquier asalto material. Como en su gran visión de la nueva Jerusalén, aletea hoy en los espíritus un vago presentimiento de la Nueva Civilización del III Milenio, en la cual la Iglesia será verdaderamente poderosa e invisible, porque estará hecha sólo de espíritu.

¡Oh, qué tremendo trabajo este de nacer, vivir y morir, para renacer, volver a vivir y volver a morir, este deber evolucionar para levantarse de las caídas, para redimirse en el dolor, para liberarse y retornar al espíritu.

Pero también la destrucción de todas las Babilonias se repite. La mano de Dios remueve la tierra y tiemblan las civilizaciones sacudidas en sus cimientos. Y se derrumban los dioses falsos de la materia y el verdadero Dios sin forma vuelve a hablar de lo profundo de las conciencias. Caen Boal y Moloch y resurge la nueva Jerusalén que ya no tiene murallas de piedra, sino murallas de luz y de amor que ninguna fuerza humana podrá ya destruir. Y los humildes, los incomprendidos que dolorosamente siembran en silencio en los nuevos surcos de la vida, serán erguidos y verán el Reino de los Cielos.

Retornemos a las fuentes, a la virginidad de los orígenes, a la pureza del primer manantial. Despierta la eterna visión que sacudió a Zacarías. Y la Historia pulsa y palpita por los mismos eternos movimientos que la impulsan laboriosamente hacia el frente. El mal triunfa abiertamente y los puros de corazón, mientras riegan con su sudor la nueva siembra, miran y dicen: ¿Dónde está nuestro Dios de justicia, si el malvado es feliz y los violentos tienen éxito? Pero ellos no saben lo fecundo que es el dolor. Todo germina bañado por esta linfa divina. Sólo así nacen las cosas grandes y fuertes que resisten al viento y desafían a los siglos, mientras las creaciones del mal son polvo que vuelven al polvo, dispersadas lejos por el torbellino del tiempo. Quien siembra por los caminos del bien, siembra y sigue, porque la siembra despunta por sí misma, y la semilla contiene ya en la trayectoria de su movimiento, su ley de vida y la disciplina de su desarrollo.

Esta idea de la presencia de Dios en el destino del hombre y de los pueblos, esta idea que emerge de cada página de la Biblia, idea que recorre y une todo el profetismo de Israel, no es un absurdo, aunque hoy sea un anacronismo. Es la idea fundamental que rige la vida y esta idea no ha muerto.

Es la idea-eje en torno a la cual el mundo gira: Dios y hombre, hombre y Dios. Es la misma música de espíritu que del profetismo israelita se continúa en el misticismo cristiano, como el mismo contacto con Dios. Es la misma conquista de espíritu que se realiza, es siempre el mismo problema que se agita y vive, el de las ascensiones humanas.

## XVIII

### LOS ASALTOS

Un día en que mi espíritu estaba postrado por la demasiada intensidad de su vida y yacía abatido por el cansancio de la carne, un espíritu malvado con semblante de Satanás, vino a mi encuentro con su mirar torcido, se rió en mi cara y susurró a mi oído: “¡Payaso!” Era falso y mentiroso, y parecía haber escogido astutamente ese momento para agarrarme en falta y tratar de triunfar sobre mi debilidad. Se sentía fuerte en ese momento, pero hablaba con la prisa del ladrón que roba, que sabe que la hora propicia es breve y no retorna de prisa. Las fuerzas más bajas, apenas cae la tensión de la ascensión y se abre una brecha en el alma, pueden surgir por ley de equilibrio. Estaba postrado y triste, el cielo se había cerrado y este era el consuelo. “Payaso”, oí que me repetía. “¿Dónde está tu fuerza de espíritu, el infinito, la armonía de lo creado, la presencia de la Ley? Si eres amigo de Dios, ¿por qué Dios no desciende para consolarte?” El escarnio atroz danzaba alrededor de mi sufrimiento. Estas son las horas tétricas en las cuales los vastos horizontes se cierran, el cielo queda inaccesible a la percepción, se vuelve irreal y se desvanece en la nada. Entonces el espíritu del mal me lanzó en la cara su hálito fétido y me dijo: “¡Payaso!” El mundo resplandeciente del espíritu está muy lejos; la carne está cerca, cansada y grita su tormento. En mis oídos lo único que hay es el crujir del derrumbe de mi alma abatida. Me tiro al suelo. Ya no sé orar.

Hay momentos de mucho temor en la vida de quien lucha por un ideal. Se forman en el alma vacíos inmensos y silencios terribles; se pasan horas de soledad y desolación en las cuales el *yo* más profundo se ausenta dejando al alma ciega y agonizante. El relámpago de la intuición me abandona, tengo miedo de aquel coraje que antes se atrevía a todo; mi frente ha caído a tierra y se hiere contra las piedras. Es la rebelión de las fuerzas biológicas, la revancha, la derrota de una hora. ¿Qué está sucediendo en lo profundo y por qué Dios me abandona? Porque yo sé que en aquellos silencios sin nombre y sin esperanza están los trayectos subterráneos del camino de las

ascensiones; sé que de estas anulaciones resurgen las grandes masas túrgidas de pensamiento y de pasión, emerge el vórtice maravilloso del cual resplandecen todas las luces. Es en el fondo de estos abatimientos en los que el alma vive sus horas más atroces, en los que ella oye la primera nota sublime de la cual nacerá la creación. Pues que fe y concepto se derraman de estos espasmos de alma que, para despedir chispas, debe chocar contra los peñascos ásperos y cortantes. Mis pensamientos son gotas de sangre exprimidas por un tormento interior, en el cual mi alma se debate para traer a la luz el concepto. Este florecer de escritos es martirio y holocausto de cada día. Cada afirmación espiritual es un trozo de carne dejada sobre las zarzas del camino. Caminar y sangrar es la vía del pensamiento. Producción continua significa sufrimiento continuo.

Existen momentos en los cuales la realidad brutal de la vida, el mundo de las imperiosas necesidades retoma la dirección y recuerda ásperamente al espíritu libre su esclavitud y que ésta es la verdad del momento. La materia tiene sus revanchas, sus venganzas tremendas. Reinan, entonces, las tinieblas, la mentira triunfa, el escarnio sonrío, la incomprensión se propaga. Y el ignorante, el falso, el malvado que tiene en las manos los medios materiales, te los lanza a la cara gritando: “¡Dinero, dinero!” “¡Yo soy el poder!” “¡Arrodíllate, miserable, yo soy el que reino!” Entonces la Tierra es verdaderamente un desierto sin esperanzas. Entonces la fuente se seca y el canto enmudece. Las lágrimas caen sobre el suelo reseco y el egoísmo humano bebe ávidamente el dolor ajeno. La idea se dispersa al viento, huye la fe insegura. Y él, el héroe del pensamiento y del amor, queda exhausto y solo. Solo con los ojos abiertos de par en par pero en la oscuridad, donde la luz de su sueño se ha apagado; solo con el corazón despedazado, donde desde lo Alto ya no llega el amor; solo con la mente deshecha, donde el canto de los cielos ya no resuena más.

Era muy linda la embriaguez del sueño y la felicidad de inmolarse lejos de la tierra. Anda, anda, alma cansada, por la desierta tierra, sin esperanza. Dios te mira, pero tu dolor es no verlo. Dios te ayuda, pero tu martirio es no saberlo. Dios te ama, pero tu tormento es no sentirlo. Tu lira se ha partido. En tu corazón hay un estruendo de pasión que no sabe ya llorar. Aquella mirada centellante de pasión se ha bajado, humillada. Aquel gesto extendido en el acto de amor ha decaído, despreciado. Aquella cabeza que concibió los más altos conceptos de la vida, está coronada de espinas.

No lo consoléis. Es su hora. Se apresuran las tinieblas para agotarla, se acelera el dolor para pulir aquella alma con sus golpes maestros. Daos prisa fuerzas del mal, porque estáis encerradas en el tiempo que os persigue y os destruye. El espíritu calla y se asusta, pero vosotros os agotáis y él se concentra. Atrae hacia sí las fuerzas de la vida; con vuestro asalto él se fortalece. Se acumula la reacción y está próxima la hora en que explotará su grito que dispersará las tinieblas reencontrando la luz.

El espíritu es un ángel que ha descendido a la Tierra desde sus cielos resplandecientes. Para amar se tornó inerte y dejó lejos, ya no sabe dónde, todas las

armas para su defensa, y se presenta fragante como una flor, bueno como un niño. Y llega al infierno terrestre. Una risa burlona lo recibe, un viento de tempestad da el primer golpe en aquella fragilidad de sensitivo. El dulce canto que él traía consigo, enmudece destrozado. Es necesario aprenderlo a cantar aquí abajo, en el infierno terrestre. Aquí abajo la materia reina, plena de fuerza, armada de destrezas, conocedora de estrategias, atenta para agarrar al espíritu en falta. Se sabe los pasajes, las trampas, la mentira que deforma, el menosprecio que demuele, la traición que mata. El primer encuentro es brutal. La fiera responde: “No soy tu semejante, te odio, no quiero la luz. ¿Eres una criatura del Cielo que ha descendido hasta aquí abajo? Pues bien, tu eres el extranjero, no yo. Acepta las leyes de mi mundo. Aquí reina la fuerza; guarda tu justicia que aquí no sirve. Aquí reina la mentira; guarda tu verdad que aquí no sirve. Aquí se maldice y se odia, guárdate tu bondad y tu amor. ¿Qué quieres, demente ridículo? Tu Evangelio es una locura. Nosotros tenemos una ley. Es feroz pero es nuestra. No aceptamos la tuya. Vete de aquí, extranjero. ¡Insistes! Nosotros te destruiremos.

Pero el ángel avanza. Comienza la lucha, mas él está acostumbrado a sufrir. Entonces el ataque cambia. La materia se viste de adulación y de mentira, la ferocidad se esconde y reaparece sonriente de gracia. El terreno se hace más pérfido. El ángel avanza en un mundo de apariencias inconsistentes y mutables, de formas falaces. Va a coger una flor y agarra un escarnio; cree contemplar la verdad y es una máscara que se desprende carcajeando. Todos los seres tienen dos caras, muestran la falsa y esconden la verdadera. Es un mundo irreal en el que todo se desvanece y se deshace; es una danza macabra de esqueletos extravagantes que creen ser sabios y bellos. Es el triunfo de los oropeles, es un perfume hediondo, un beso que muerde, una caricia que mata, un mundo de luces falsas en el que todo es tiniebla y silencio.

Pero el espíritu avanza. La fuerza no lo venció y la mentira tampoco. Ve el color real de la vida y desea mitigar el sufrimiento del cual ella está hecha. Ve oro y hambre, ejércitos y cruces, poder y sangre. ¡Cómo pesan las órdenes del dios placer! El mundo le pide amor falso, no el verdadero; está hecho de fuerzas inferiores, pero desea realizarse a sí mismo. Y la lucha continúa. Satanás se disfraza en sus infinitos semblantes y cambia el ataque. Lo veo volver y ya no me dice: ¡Payaso! Está razonable y ladino: “Reflexiona”, me dice: “deja las utopías, apresúrate, la vida es bella y hay que gozarla”. Es lento y diestro el cerco de la lisonja. Es una imaginación interior; nace inadvertida en las raíces del deseo. Se insinúa engañosa, por todas partes; parece nada y en un instante envuelve al espíritu en sus tentáculos. Y cuando éste lo percibe, ya está preso y aprisionado. Insinuación prudente, de gesto lento, de mil brazos como el pulpo, estrecha acariciando en un lento sofocamiento. Actúa con cautela y tiene encantamiento, como la serpiente. Así se forma el remolino en el cual naufraga el mundo.

La lucha continúa. ¡Pobre alma mía! Tiene sed y no puede beber: la fuente está contaminada. Tiene hambre y no puede comer: el alimento está envenenado. Está agotada y no puede reposar: el terreno es inseguro. Pero cambia nuevamente el rostro

de Satanás. Mi estómago está satisfecho. ¡Qué beatitud! Inercia de espíritu, toda su vibración neutralizada en una especie de calma. La animalidad domina, el juego de la vida reducido a los planos más bajos, la conciencia inferior dormita satisfecha en el equilibrio de las funciones principales, en la felicidad del bruto. Las tempestades están lejos. ¡Qué alegría, finalmente reposar! ¡Cuántos estómagos satisfechos van por la vida creyéndolo ser todo, felices sólo por estar llenos! ¡Pequeñas almas situadas en el estómago! El estómago desea, opina, escoge; beatitud de carne saciada. Conocí también esto, a la espera de que el león despertara la inercia con su rugido y volviera a sumergir su mirada en los cielos.

El espíritu avanza, pero también el ataque camina y penetra hasta la fortaleza de la mente. La fe se disgrega en la duda. ¿No habré yo sufrido y luchado tanto en vano? ¿El polvo de las cosas no cubrirá también todas mis fatigas? Invertí todo mi capital de pensamiento y de actividad en el Evangelio. Por esta inversión de los valores humanos he perdido las ventajas positivas, tangibles, reconocidas. ¿Y si después todo fuera una ilusión? ¿Me arrastré así toda la vida, humanamente destruido y sólo por un sueño? ¿Y si el espíritu después me traicionara? ¿Dónde está Cristo si yo no lo veo? ¿Por qué nunca una señal evidente? ¿Dónde está ese mundo que nadie percibe y que todos en los hechos niegan? ¿Por qué, por qué creer? ¡Qué tremenda desilusión recoger sólo quimeras! ¡Y ese mundo está tan preparado para desvanecerse, y yo lo aconsejé y sufrí en el real, y al final la compensación será la derrota! “Tonto, no te confíes”, dice Satanás. “¿Por qué creer? Era una quimera y ahora eres un vencido. Te lo mereces. Rebélate, libérate, destroza y destruye el edificio de las ilusiones; salva al menos las últimas horas, goza. No te dejes traicionar para siempre. Esta es la vida, ¿no lo ves? No hay más vida que ésta. Mi alegría está cerca, el cielo está lejos”.

Pero el espíritu avanza. Y entonces, después del ataque del escarnio, del dolor, de la necesidad, de la fuerza, de la mentira, del gozo, de la inercia, de la duda, se desata el ataque de la desesperación. Lo siento aproximarse bajo la forma de un demonio y siento mucho temor. Se condensan las tinieblas alrededor de mi alma. Estoy ciego y mudo en poder de la tempestad. Me penetra una sacudida diabólica por todo mi ser y mi alma se sumerge en el infierno. Es una precipitación involutiva de plano en plano, una pérdida de luz, de ligereza, siempre más hacia abajo, en un involucro siempre más denso. El asalto me agarró, me apretó en sus tentáculos, me arrastra de abismo en abismo, mutilándome, sofocándome. El enemigo ha roto las cadenas y está en mí para atormentarme. Es su hora, la hora de las tinieblas, la hora tétrica de su venganza. Se lanza contra mí. Mi alma se debate entre sus tentáculos. Vanos fueron los días arrastrados en el duro y necesario trabajo; vanas fueron las noches sin reposo; vano el tiempo que me deja destrozado. Las tinieblas me estrangulan. Debo correr y no puedo andar, quiero huir y estoy atado. Me petrifico en un dolor mudo, oscuro, sin lágrimas, sin esperanza. Ya no sé nada de Dios, estoy congelado, estoy perdido.

Entonces mi sensibilidad se convierte en un punto abierto para todos los abordajes. Miles de fuerzas barónicas aparecen tremendas y confusas; miles de rostros se

asoman a la luz de mi conciencia. Soy llevado en una estela tormentosa que atraviesa mi espíritu.

Después, cuando la fuerza del mal está saciada de todos sus asaltos, en todos sus aspectos, la oigo huir carcajeando, feliz de su espléndida burla.

## XIX

### TENTACIÓN

Cuanto más el alma sube, tanto más es agredida por las fuerzas del mal. La ley de equilibrio contiene sus reacciones. Cuanto más sufres, más subes, cuanto más subes, más eres tentado, pero más fuerte eres también para vencer.

Estas fuerzas asumen una figura concreta: Satanás. Es la imagen del hombre cuando el mal lo toma; la fuerza, por tanto, se personifica en nosotros cuando somos malvados. Él es, pues, real y está cerca. Es una vibración presente en nuestra conciencia; está entre nosotros, dentro de nosotros.

Aparece también en los grandes místicos el momento secreto y terrible en el cual el gran sueño sentido en el ardor de la fe, se descompone en un caos horrible. Es la revancha de la bajeza, la hora de las tinieblas, es el Getsemaní, es la carcajada de la loca embriaguez triunfante que se divierte con el martirio del santo.

Ese insulto es Satanás. Es una fuerza baja, bruta, tosca, oscura, inmersa en la inconsciencia. Es un embestir estúpido y feroz: explota, se desahoga, se agota, se extingue y se detiene, estúpidamente, sin haber alcanzado una meta, sin haber comprendido nada de sí.

He vivido estas luchas. Entonces el alma se siente oscilar al borde de un abismo que abre enteramente sus fauces para tragársela. El gran sueño realizado en el tormento de todos los días, parece amenazado de ruina.

\*\*\*

Comienza la lucha. El enemigo desciende dentro de mí y toma lugar en mi corazón.

¿Soy yo o es él? ¿Quién es el que niega y quién es el que afirma dentro de mí?  
¿Cómo me puedo dividir así, entre mi alegría y mi tormento, entre el triunfo y la derrota, entre mi ascensión y mi abyección?

Dentro de mí convergen las fuerzas del bien y del mal. Soy aquéllas y éstas: dos mitades de mí mismo que se desgarran horriblemente.

Comienza la contienda y de ambos lados recibo heridas profundas.

“Tu me traicionaste”, le dice en mí el hombre al espíritu. “Sé maldito, traidor de mi vida”.

“Estoy cansado, dice el espíritu. Ya no existo, ya no veo. Señor ten piedad de mí”.

Mi alma se arrastra perseguida por el infierno terrestre. La realidad de todos me insulta y me rechaza. “Idiota, me dicen. La multitud repite: Loco. Muere, te lo mereces”.

Mi cuerpo tiene hambre, está cansado. La fuente de mi canto se ha agotado en la garganta reseca. El mundo me responde: “Muere”. Sin embargo, fue por su dolor que yo escuché, me conmoví y me entregué.

Pido auxilio. Maliciosamente, Satanás murmura: “Si tú estás del lado de Dios, pídele que te salve y levante”.

Pero todo permanece indiferente afuera. Por tanto, yo estoy equivocado, la realidad de los demás es la que tiene la razón.

Levanto entonces los ojos hacia lo Alto y grito: “¡Señor!” Y el Cielo se abre y una voz que desciende de lo Alto me dice: “¡Cálmate, hijo!”

Entonces encuentro fuerzas para decir: “Vade retro, Satanás”<sup>(1)</sup>. Y el mal se aparta.

\*\*\*

Sin embargo, Satanás vuelve. Mi mente duda y el mundo continúa gritando: “¡Loco!” Tu ideal es absurdo. No es aquí abajo que se puede realizar. ¿Dónde está el hombre del que hablas? ¿Dónde está el castigo profetizado, la justicia de Dios? Utopías. En el mal el mundo camina más alegre que nunca. Vete estúpido, camina solo. El mundo sabe divertirse sin ti”.

“¿Dudas? Entonces invoca a tu Dios para que te ilumine, para que desencadene la tempestad sanadora, para que rehaga la hombre. El mundo conoce muy bien su camino y no necesita de ti”.

---

<sup>(1)</sup> “Vete, Satanás” o “Retírate, Satanás”

Y en verdad el mundo camina y no pide su salvación.

Entonces grito: “¡Señor, ayúdame que me pierdo!” ¿Qué puedo hacer yo solo y agotado contra el mal organizado y poderoso, despierto y tenaz? Y el Cielo se abre y una luz desciende de lo Alto y escribe en mi corazón: “¡Cálmate, hijo!”

Entonces reencuentro la luz y puedo decir: “Vete, Satanás”. Y él se va.

\*\*\*

No obstante, Satanás vuelve otra vez. Mi corazón es un desierto. Todos los amores humanos se secaron dentro de él. Estoy solo y extraviado. Tengo frío. Primero gritó el hambre del cuerpo y yo vencí. Después gritó la ceguera de la mente y yo vencí. Ahora grita la pasión del corazón y no sé si venceré.

Y el mundo continúa diciéndome: ¡Loco! ¿Quién quieres que responda a tu amor? ¡Camina, camina! El mundo sabe amar muy bien sin ti.

¿Tu corazón gime? Pues bien, invoca a tu Dios. Que él te responda, que te satisfaga y enseñe a los hombres su amor.

Y veo al mundo indiferente correr únicamente detrás de sus pasiones.

Entonces levanto mi corazón hacia lo Alto y exclamo: “¡Señor, te amo!” Y el Cielo se abre y una palpitación desciende desde lo Alto, tiembla dentro de mi corazón y allí canta: “¡Cálmate, hijo!”

Entonces vuelvo a encontrar el amor, lanzo a Satanás una mirada ardiente y le digo: “Vete Satanás para siempre, porque yo vencí. Unido a mí, en mi corazón, está mi Dios. Tus fuerzas no prevalecieron. Y Satanás huye precipitadamente, derrotado.

Mi cuerpo, mi mente, mi corazón, no pudieron renegar de Dios. El camino del dolor es el verdadero.

**XX**

## **INFIERNO**

Desde el lejano pasado de mi involución, por el océano infinito del tiempo, una ola se desprendió, vino a mi encuentro envolviéndome amenazadoramente, me agredió y me sumergió.



Era una fuerza real, un impulso por mí una vez injertado en mi destino, emergente de mi pasado, de la animalidad todavía no vencida.

Señor, no supe ni quise vencer las fuerzas del mal.

Mi corazón que era tuyo, lo lancé al mar.

Entonces la ola me tragó y me hundió en el abismo.

La antorcha de mi amor se apagó. Las aguas oscuras me envolvieron, las olas se amontonaron sobre mi cabeza, la desolación me ha congelado hasta el centro de mi alma.

El remolino inmenso me ha agarrado, me ha envuelto y me ha sumergido hasta las raíces de las montañas.

Las algas se han enroscado alrededor de mi cabeza tapando mi boca, obstruyendo mi respirar y el mar sobre mí se ha vuelto a cerrar para siempre.

Desde la profundidad del abismo mi voz no puede llegar ya hasta mi Señor. Estoy petrificado por el horror. Mi desesperación es sin esperanza. Mi alma se apaga.

¡Qué horrible es no poder ya decir: “Señor, Señor”!

Pero yo me lo merezco. Él debe castigarme. Tan sólo siento la justicia, no el amor.

Muero porque me falta su presencia.

Entre Dios y yo hay un abismo que ya no sé superar.

Ya no sé orar, no me atrevo a volverlo a invocar. Estoy aquí solo, en lo profundo de mi infierno.

¿Dónde está mi Señor? Lo busco, pero estoy ciego y ya no sabría verlo. Estoy sordo y ya no sabría oírlo. Estoy mudo, se despedazó la lira de mi canto. Estoy muerto, sin embargo, estoy vivo y quisiera poder morir.

Conocí a Dios y lo he perdido. Mi alma es un estruendo de desesperación.

¡Infierno, infierno, aniquíllame en tus tentáculos, destruye mi alma, para que tenga fin mi desespero!

## XXI

### CAÍDA DEL ALMA

¿Qué ocurrió conmigo? Yo era feliz, dueño de la luz y de la fuerza del espíritu; dominaba un panorama inmenso, era libre y soberano, y desde aquella luminosa altura me he precipitado hacia abajo, a un mar de tinieblas.

Despierto cansado, aturdido, asqueado de mi mismo y de mi vida.

¡Qué torpeza en los miembros! El dinamismo del espíritu se ha desvanecido; no ha quedado en mí más que la materia perezosa e inerte. Ya no sé arrastrarla. Soy piedra entre las piedras, abandonado en el camino.

En mis vísceras hay un frío de muerte; en mis huesos hay una sensación de vacío. Me arrastro sobre la tierra viscosa, envuelto en fango; en el corazón una sensación de inutilidad de todo mi ser.

¡Señor, recházame, me lo merezco! Yo estaba en la alegría de tu luz, cuando una lisonja vana pero feroz, traidora pero llena de atractivos, como un pulpo se me acercó lentamente, suavemente me estrechó como una caricia, después me apretó más fuerte, me paralizó todos los movimientos de defensa, me venció. Cuando quise reaccionar ya era tarde. Me arrastró ciego y mudo, aturdido, amarrado, hacia lo profundo.

El cansancio me venció, aflojó la tensión de la ascensión y la materia, lista para la revancha, me sedujo.

¡Dios mío! ¡Qué triste estoy sin ti!

Pues que, al final, el dulce y traidor veneno agotó su virulencia, el espíritu comenzó a volverse a erguir, y sólo entonces he visto mi miseria.

Ya no tengo valor para orar, no tengo fuerzas para ascender, no tengo esperanzas para proceder.

Aquí abajo mi bello sueño es una burla, Cristo es un absurdo, aquí reina una verdad hecha de estridor de lucha y de egoísmo. Aquí no hay paz para el alma.

Aquí todo insulta mi pasado. El ideal por el cual viví y por el cual todo lo di, es considerado un ideal de locura. He vuelto a abrir los ojos en una luz tan turbia que está casi apagada, obstruida por zonas y franjas inmensas de opacidad. Un desorden de fuerzas caóticas contuerce en mí, en una disonancia penosa, la divina armonía de la vida. Veo aquellas fuerzas entrelazarse en deformaciones horribles que me hieren con sus esquinas punzantes, con sus brincos ásperos y desordenados, con choques de

lucha y rebelión. Ellas danzan alrededor de mí en vórtices vertiginosos que me envuelven con un sentido de espasmo, con una emanación feroz de gritería desesperada, allá donde habían cantos armoniosos y paz plena de alegría. Esas fuerzas se deslizan a lo largo de una pendiente cada vez más empinada, proyectadas hacia tenebrosas profundidades abismales, donde la tiniebla asume solidez de materia que ninguna espada flameante de luz puede ya despedazar. Y el vórtice está abierto y activo; una vez presas las almas en sus espirales, su atracción las impulsa hacia aquél abismo tenebroso. Es un vórtice de fuerzas en el cual se precipita una marea palpitante de almas dando alaridos desesperados, agarradas a su desespero.

En el terror de esa visión mi espíritu se despierta y por el terror reacciona en mí la fuerza para volver a subir en tensión en la atmósfera rarefacta de la que me había desplomado.

Se despierta, y mientras lucha para reemprender la ascensión, todavía el eco de las burlas lo persigue: ¡Iluso, iluso! ¿No ves que mientras tú das, todos los demás sólo pretenden agarrar? Y cuando lo hayas dado todo, quedarás solo y burlado. ¡Si! Burlado ante la Tierra y burlado ante el Cielo que, cuando quiere, también cierra sus puertas a quien tanto ha luchado y sufrido.

Pero la ascensión ha comenzado y se refuerza con su mismo impulso, y el eco de la gritería salvaje de insultos, se pierde cada vez más lejos, ahogada en el canto de las armonías dominantes.

Mi alma retomó su ascensión, reencontró la tensión, alcanzó su atmósfera, donde brilla la más alta verdad del Evangelio y el eco ya no repite el alarido salvaje del egoísmo que insulta, sino que repite el canto que dice: “Da y recibirás, ama y serás amado, perdona y serás perdonado”.

Llegué. Estoy en una aurora iridiscente de luces. En Dios todo resplandece en una alegría infinita, reposa en una armonía suprema. Mi alma ha reencontrado su paz.

Estos no son sueños, ni fantasías de poeta. Son fuerzas vivas en acción entre las cuales me he movido, que me derrumban y me vuelven a levantar; son realidades aunque imponderables, pero no por esto menos verdaderas y actuales.

Es verdadero este drama que mi alma ha vivido, que la destruyó y la regeneró, que siempre la frustró para que en la derrota conociera el terror de la tiniebla sin esperanza.

## XXII

### MI CULPA

Pequé, Señor. Mi culpa, mi culpa<sup>(1)</sup>.

Antes, sonreían en mí, con tu sonrisa, el Cielo y la Tierra. Ahora todo me parece tétrico, melancólico y desierto; perdí toda luz y toda resonancia en mi desolación.

Muero, porque no puedo vivir sin ti, Señor.

Desde lo profundo de mi culpa, ya no me atrevo a levantar la mirada, ni a dirigirte mi oración.

Me congeló, ahora que tu luz ya no me calienta.

Soy despreciable. Sé que te traicioné y renequé de ti.

Ahora, ya no tengo nada que darte, a no ser mi culpa.

Preparado estaba el espíritu para seguirte y ascender contigo. Pero la carne no se movió y quiso volver al fango.

Ella me retuvo abajo y me venció. No tuve fuerzas para arrastrarla.

Me horrorizo de mi bajeza, porque a pesar de todo estás cerca de mí y me miras.

Me miras como siempre, con una mirada hecha de amor.

Penetra mi alma ese tu dulce mirar de perdón, me aniquila más que cualquier reprobación.

Sobre mi corazón experimento el peso inmenso del remordimiento, de quien ha traicionado a su más dulce amigo.

Te ofendo y tu me acaricias, te insulto y tu me perdonas, te abandono y vuelves a buscarme.

No te acerques, Señor. No soy digno de implorar perdón. No soy digno, Señor.

---

<sup>(1)</sup> “La culpa es mía, la culpa es mía”. Primeras palabras de una antigua oración de la Iglesia. (N. del T)

En aquel tiempo, tu viniste a mi encuentro y me dijiste: Necesito de tu alma. Y yo entonces te dije: Señor, toma mi alma.

Pero ella está manchada por las culpas. ¿No te repugna descender sobre tal inmundicia?

Te amo, me dijiste.

Y retomaste mi alma llena de torpezas y la curaste con tu amor. Sólo tú podías hacerlo, Señor, no yo.

Otra cosa no poseo ni en otro ser puedo convertirme.

Toma mi alma, toma mi vida. Ella te pertenece hasta el último respiro.

## **XXIII**

### **CÁNTICO DE LA UNIFICACIÓN**

Oigo la voz de Dios cantar por el universo; escucho a los seres que responden, con un cántico sin fin.

Veo la luz de Dios difundirse y dar vida; veo a los seres nutrirse de su reflejo y progresar en hileras sin fin.

Siento palpitar en lo infinito el ritmo del orden divino; oigo resonar, de esfera en esfera, las armonías de la creación.

Me extasío en música de las cosas divinas. La verdad descendió hasta mi alma.

El centro de mi vida se retrajo hacia lo profundo, allí donde Dios a todos nos espera.

Superé los límites del ser, caídos yacen todos los velos. Alcancé el último término de las ascensiones humanas.

Se abrió el firmamento y tú, Señor, sublime, apareciste en los cielos y entonces, me postré para adorarte.

Tú me arrebataste y yo voy cantando de cielo en cielo que te reencontré.

Perdí, entre tanto, la conciencia de mi mismo. Tu lo eres todo: yo estoy en ti y tú estás en mí.

En ti la nada que yo soy, se convierte en el Todo que tú eres. Él se identifica en mí y yo me identifico en él.

Más allá de lo mutable, yo alcancé lo inmutable; más allá de lo relativo, alcancé lo Absoluto; más allá de la diversidad, alcancé la unidad.

Perdí el sentido de la separatividad. Se realizó en mí el misterio de la unificación.

Ya no me revuelvo entre los espirales del dolor, porque tu amor lo ha vencido, tu amor me redimió.

Tu voluntad, Señor, se posesionó de mí y yo ya no sé distinguirme ni resistir.

Tu pensamiento descendió en mí y ya no sé más que pensar en ti.

Tu amor me venció y ahora yo sólo sé amarte a ti.

Morí y después resucité. Pues que tú viven en mí, yo vivo en ti.

Tu mano, oh Señor, ha sondeado y revuelto todo en lo profundo de mi corazón, para reconstruirlo todo. Te has colocado en el centro de mi mismo, para desde allí proceder como dueño.

Mi alegría consiste en abandonarme en ti, en no saber ya separar de ti mi pequeño ser.

Soy transparente a tu luz, que me invade por entero.

Vivo en el ritmo de tu orden, que enteramente vibra en mí.

Me nutro de la Belleza y de la Verdad de las que tú resplandeces. Tu amor me sacia.

Estoy en tu regazo, oh Señor, y ya no quiero reencontrarme a mí mismo.

Contemplo el diseño del universo, oigo el respirar de la creación, siento retumbar en mí tu pensamiento.

Me revelaste la urdimbre divina de amor que rige a los seres y en ellos te he reencontrado; somos todos obreros de un gran organismo, absortos en el afán de retornar a ti.

Subir, subir, canta el universo. Tu amor a todos nos estrecha, como hermanos.

Vivo en tu Ley, pues que en mí está la palpitación de tu pensamiento y de tu voluntad.

En lo profundo de mi alma reside tu paz.

## XXIV

### BIENAVENTURANZAS

¿Qué importa si gané o perdí, si estoy bien o estoy mal, si soy rico o pobre, amado o maldecido, si tú estás aquí Señor, y yo ya no estoy solo, si tú estás a mi lado y me animas?

¿Qué importa la riqueza o la miseria exteriores, si dentro de mí canta la magnificencia del universo?

¿Qué importa si ya nada poseo, si soy despreciado e ignoro mi mañana, si alcancé la fuente de las cosas eternas?

Hace frío, pero yo ardo porque me quema tu amor.

Está oscuro, pero yo puedo ver porque me ilumina tu luz.

Todo es silencio, pero yo oigo la dulce música de tu voz.

Mi carne perdió las fuerzas en el camino del deber, pero mi espíritu exulta.

Están vacíos mis sentidos, pero está saciada mi alma.

De ti está lleno el universo y yo te poseo.

¡Acercaos, criaturas hermanas, venid a alegraros conmigo; ayudadme a cantar el cántico del amor divino!

Escuchad: muchos, muchos años estuve solo, pero ahora está conmigo mi Señor

Muchos, muchos caminos recorrí, pero ahora he llegado.

Mucho, mucho he luchado y sufrido buscando; ahora encontré y soy feliz.

¿Dónde está mi desespero? Ya no lo encuentro.

¿Dónde están las espinas punzantes de mi tormento? No veo sino rosas...

¿Dónde está el rugir de las fuerzas desencadenadas del mal?

Venid y escuchad. Canta dentro de mí la música de la creación.

Venid, ayudadme a alegrarme; ¡no tengo fuerzas para ser tan feliz!

Venid, acercaos a mí criaturas de Dios, ayudadme a cantar, a orar, a amar.

Comprended el milagro. Yo estaba encerrado en un castillo de dolor y el castillo se ha desmoronado. Yo estaba ciego y ahora puedo ver. Yo estaba sordo y ahora puedo oír. Mi corazón estaba comprimido en una mordaza de hierro y la mordaza se ha despedazado. Estaba sumergido en un mar de hielo y ahora estoy envuelto en un incendio de amor.

Sobre mi frente se ha posado el beso de lo Eterno y he resucitado.

¡Basta, Señor! Reprime el éxtasis de mi corazón que se despedaza... Hazme sufrir todavía, solamente para que yo aprenda a amarte más intensamente aún...

## XXV

### CÁNTICO DE LA MUERTE Y DEL AMOR

Se desata el último cántico de la vida.

Eres bueno y grande, oh mi Señor. Te he concebido en tu infinita potencia, en el estupendo girar del universo. Pero siento que todo en mí está exhausto y lo único que sé es esto: morir y amarte.

Oigo como un grito dentro de la noche, toda la tormenta de mi cuerpo que no quiere morir. Pero me elevo hasta ti y te digo: ¡Señor, sostén mi alma, me siento cansado!

Para llegar a ti, Señor, desgarré mis vestidos sobre las espinas y los perdí a lo largo del camino; sobre los peñascos de la vía dejé mi carne en retazos y derramé toda mi sangre. Me cubrí de polvo y me deshice a través de la larga fatiga. Ya no tengo lágrimas para llorar, ni voz para invocarte, ni fuerzas para andar y sufrir.

Enfrenté las fuerzas titánicas de la vida para superarlas. Ellas se rebelaron e hicieron de mí un harapo. Temblé en la soledad de las noches de insomnio; me arrastré por las vías de mi deber, con las uñas y con los codos, cuando ya no podía con los pies. He vivido para sufrir y he sufrido para amarte. He creído en ti sin que jamás pudiese tener derecho a una señal exterior que persuadiera mis sentidos. Te amé perdidamente, sin jamás experimentar la alegría del amor correspondido.



El último esfuerzo de mi vida consiste en alzar mi corazón para confiarlo a tu regazo, Señor. Es mi última dádiva.

\*\*\*

Perdona, Señor, mi afán. Débil es mi carne y atroz su tempestad.

Sube desde mis vísceras una tristeza de muerte; despedazados se encuentran mis miembros, me cubre una amargura sin nombre. Se postra mi alma en la lucha extrema.

Irgue, Señor, a tu criatura que te clama.

Sobre el umbral de la muerte, te busco con la mirada, para que tu vista me salve.

Ya te veo, resplandeciente, en el fondo de mi dolor; ya oigo la voz de tu resurrección.

Muere mi cuerpo y en lo profundo de mi alma, tú cantas; en el fondo de la agonía de mi cuerpo, se entona el cántico de la vida mayor.

Él resuena en los cielos de las noches estrelladas, lo susurra la fronda a la fronda en el ocaso, se lo refiere con caricias la criatura a su criatura hermana, lo repite la ola a la ola por los mares infinitos. Lo celebran las luces que cruzan el firmamento, lo propaga el rayo tonante, lo irradian los soles a los soles y en todo resuena y resplandece el universo que no tiene límites. El canto asciende de las cosas a mí, en mi agonía se dilata, en mi muerte triunfa.

Es mi nueva vida. Dios de potencia y de amor, finalmente te siento. Mi cuerpo está deshecho, pero mi alma ha llegado. Finalmente, en el gran canto del universo Yodo, oigo la voz del amor que retorna: “Criatura mía, te amo”.

## **XXVI**

### **PASIÓN**

Asís, Jueves Santo, 1.937.

Peregrino de dolor y de pasión, llego a ti, Señor.

Despedazaste todos mis amores humanos, uno a uno; quisiste que solamente tu amor permaneciera.

Y cuando mi corazón cayó a tierra, sangrando, en el camino polvoriento, pisoteado por todos, tú entonces lo recogiste y me dijiste: “Yo soy tu amor. Solamente a mí me puedes amar”.



**(“El Gólgota” de E. Longoni)** Se aproxima la hora santa en que Tú, señor, en tu agonía, lanzaste al mundo el grito de la redención y del amor.

En mordaza de hierro comprimiste mi pasión; cuando ella quería explotar en el mundo tú le cerraste todas las puertas y la lanzaste dentro de mí para que en la constricción, comprimiéndose, se tornase más profundo y más potente su fuego y ardiera un incendio cada vez más grande, y desde dentro relumbrara, lanzando llamas hasta llegar a ti, Señor.

Dosificaste mi tormento, proporcionaste asfixia lenta, quisiste que llegara a ti por mi búsqueda y por mi esfuerzo.

Ahora comprendo que a tu amor divino sólo se puede llegar a través de la dilaceración de todo amor humano.

A ti se llega a través de la tempestad, pues que tú eres el torbellino y el poder. Tú eres la esencia de la fuerza.

Siento que la llama de tu incendio se aproxima a mí y lanza lenguas de fuego hacia mí. De repente una de ellas me toca y se enrosca a mi alma, la agarra y la aprieta para atraerla hacia sí, al centro del incendio.

Después, afloja la presión y me deja recaer en las cosas humanas, para enseguida retomarme nuevamente, otra vez y otra vez, siempre más fuerte.

Ese incendio está allá, me espera, y yo caeré en él.

\*\*\*

Es la semana de la pasión y se aproxima la hora santa en que tú, Señor, en tu agonía lanzaste al mundo el grito de la redención y del amor.

En estos días maceraste mi alma para que también yo viviera tu pasión de dolor y de amor.

Sobre mi sensibilidad vibrante y resonante pasó el choque brutal y el insulto feroz, y en ella se hospedaron, sumergiéndose con alegría en mi dolor torturante.

Tú estabas presente y cerca, pero para mi desgracia, yo no lo sentía.

El nuevo dolor, sin embargo, reirguió hasta ti mi sensación y en lo profundo de mi extravío te he reencontrado, así como tantas veces te pedí y en mi postración has venido a mi encuentro y de nuevo me apareciste.

¿Qué quieres de mí, Señor?

\*\*\*

Llego a Asís al atardecer del Jueves Santo.

Dos filas de siete velas bien visibles, arden solitarias, en la Basílica de San Francisco<sup>(1)</sup>.

---

<sup>(1)</sup> En esta basílica grotesca se celebra, en las tardes del Miércoles y Jueves Santos, al crepúsculo, el “Oficio de las Tinieblas”, extremadamente sugestivo por el ambiente artístico, la liturgia y el canto solemne, y sobre todo por la ausencia de asistentes, que, por su distraída incomprensión, siempre perturban (N. del A.)

Se apagan lentamente, una a una, con un salmodiar largo y triste, en el que llora la Iglesia y el mundo suplica; allá afuera, tristemente el día se extingue, filtrando su agonía a través de los históricos vitrales.

La sinfonía de liturgia, de luces, de llanto, canta concorde a una lenta somnolencia de muerte en que se extingue la agonía de la pasión.

Pero cuando con la última luz del día se apaga la última vela, el último canto del salmo explota tan trágico y desgarrante, interrumpido por el triste chocar de las verjas en el suelo, que mi alma tempestuosa se derrumba, porque entonces oigo gritar dentro de mí el dolor del mundo, que suplica y llora con Cristo que muere.

Ya es de noche. Se ensombrecen los vitrales luminosos. Todo está apagado sobre los altares desnudos. La Iglesia, que en esta hora recoge el dolor de un Dios y el dolor del hombre, depone sus oropeles y se abate desnuda a los pies de Cristo.

En este aire triste pero calmado, en esta atmósfera de dolor grande pero consciente y resignado, oigo que llega el clamor de las multitudes distantes que no quieren y no saben sufrir; siento el espasmo de las mareas humanas a las que el dolor y la pasión persiguen y atormentan.

Mi alma tiembla.

Yace derrumbada a los pies de la cruz y observa hacia lo alto el drama de un Dios agonizante por amor. Sólo su mirada me da fuerzas para vivir. Vivo tu tormento, mi Señor. Subí contigo hasta la cruz; tu dolor es mi dolor. Agonizo y muero contigo.

Desearía invocar piedad para todos, pero no tengo valor. No tienes ya más sangre que dar; mueres desnudo y maldecido y eres inocente. ¿Qué más puedo pedirte por amor al hombre?

Lo sé: me seguiría dando golpes tremendos. Pero a cada nuevo rasgarse de mi carne, yo te diré: “Por amor a ti, Señor”.

Y cuando ya sin fuerzas, viera llegar hasta mí la caricia seductora de las cosas humanas, mi alma deberá rehusar cualquier reposo o consuelo y decir: “Por amor a ti, Señor”.

Flagela diariamente mi espíritu, para que esté despierto y preparado para recibir tus órdenes.

Con mi renuncia alimentaré todos los días la llama de mi amor por ti.

¡No! No es renuncia, no es dolor; es expansión y alegría. “Es por amor a mi Señor”.

¿Qué puedo yo hacer? Ahora es inútil resistir. Me precipito en ti, Señor; las órbitas se restringen vertiginosamente; la maduración prosigue en el mundo y en mí por vías opuestas.

La hora es intensa para todos. No se le puede detener. Preparada desde hace tiempo, llega a su conclusión. Tengo miedo de mirar.

\*\*\*

El cerco se restringe. El drama de la Pasión de Cristo se hace intenso dentro de mí; el drama de las tempestades humanas acosa a quien está allá afuera.

Desciendo a la cripta y me derrumbo a los pies de la tumba de Francisco.

Se apodera de mí, completamente, el espíritu del lugar, tan fuerte que me lanza por tierra. Apoyo sobre la piedra desnuda la frente en llamas, para calmar la fiebre y mitigar el incendio.

Me has conducido hasta aquí. ¿Para qué? ¿Qué quieres de mí, Señor?

Comienzo a balbucear: “Toma mi alma”.

Estoy a la espera, vibrando, en tensión, sin palabras.

Lo recuerdo. Ya me dijiste en una hora de tinieblas: “Sígueme, sígueme”.

Revolotea sobre mí algo tan grave y tan grande que no sé que es. Siento solemne el momento. Estás cerca de mí, Cristo; yo te siento. Francisco es una fuerza viva, vibrante en aquella tumba, y me contempla y me ayuda.

Algo poderoso, inmenso, quiere salir desde las profundidades de mi corazón y no sabe cómo. Demasiado intenso es para sus fuerzas. La idea se agita, presiona desde dentro para explotar, busca la palabra que la exprese, que la engaste en su última forma.

Finalmente, la voz emerge y mi alma exclama: “¡Señor, te seguiré y subiré contigo a la cruz!”

Entonces, oigo dentro de mí un canto que dice: “Tú estás en el centro de mi corazón”.

Mi alma, deshecha en lágrimas de alegría, de amor, de pasión, se postra turbada.

Pero en aquel instante, resuena en lo alto, en el templo superior de la iglesia baja pintada por Giotto<sup>(1)</sup>, en el cántico que salmodia al llegar al vértice de su pasión, resuena, como un rayo en el que hace eco toda la explosión de mi tormento, condensando mi tempestad, resuena, en el clamor de la música y de las verjas chocando en el suelo, el último grito de Cristo que muere.

Ese grito me alcanza y me hiere. Algo se desgarran en mí; se abre como una grieta en mi alma.

El formidable llamado me convoca: es el lamento de Cristo, es el dolor del mundo, es una convergencia en mí de fuerzas superiores e inferiores; siento que mi alma se escapa arrebatada en un vórtice de fuerzas titánicas; siento la voz instar desde dentro y repito: “Señor, te seguiré hasta la cruz”.

Quedo aplastado por el peso de una promesa solemne.

\*\*\*

Vuelvo a subir a la iglesia del medio pintada por Giotto.

Se apaga la última vela. Es de noche. Se repite, oigo todavía más cerca, dentro de mí, el grito de Cristo que muere.

Él está aquí, en este momento, presente.

Se rasga, entonces, delante de mí, la visión de la Tierra y el Cielo. El Cielo llora la agonía y la pasión de amor de un Dios; la Tierra tiembla convulsionada, en el presentimiento de un vendaval sin nombre.

El drama del hombre y el drama de Dios se conjugan en esta hora suprema de pasión.

Miro atemorizado. Veo un torbellino de fuerzas que se proyectan hacia la Tierra y la veo sacudida, agitada, sumergida en un mar de sangre.

Tétrica es la hora de la pasión del mundo. Y parece sin esperanzas. El cerco se estrecha cada vez más y muy pronto estará cerrado y tarde será para escapar de la compresión.

---

<sup>(1)</sup> La Basílica de San Francisco está compuesta de tres iglesias sobrepuestas. La escena ocurre en la iglesia del medio, en la cripta que está debajo, donde se encuentra la tumba del Santo (N. del A.)

La mano de lo Eterno empuña el destino del mundo; están preparadas para desencadenarse las fuerzas para el choque fatal. Está cerca el momento de las tinieblas, del mal triunfante, de la prueba suprema. Feliz el que no esté entonces vivo sobre la Tierra.

El amor de Dios debe retraerse un instante para que la justicia se realice, y el destino querido por el hombre, se cumpla.

Hace algún tiempo os dije: preparaos, preparaos, y no escuchasteis. Pronto será demasiado tarde.

El drama está cerca, lo siento, se torna mío, lo toco, resuena desesperadamente en lo más íntimo de mi espíritu.

Repito: “Señor, toma mi alma”.

Y tres veces lo repito: “Señor, me ofrezco a mí mismo por la salvación del mundo”.

“Te seguiré hasta la cruz”.

Tres veces lo repito y siento que tú, Cristo, me escuchas, me aceptas y que estoy unido a tu pasión.

Comprendo que me guiaste hasta aquí, al templo de San Francisco, para que sobre su tumba, cerca de él, te repitiese esta nueva promesa, solemne, decisiva, después de la primera, después de cinco años de duro caminar.

Comprendo que tú esperabas esta nueva entrega, porque ahora un peregrinar más áspero comienza y un más arduo trabajo me espera.

El canto cesó después de su último paroxismo. Todas las luces se apagaron. El templo está en silencio, a oscuras.

Mi alma alcanza junto a la de Cristo en el Getsemaní, su última desolación.

Me estremece el último estrépito de las verjas chocando en el suelo.

En aquel momento sentí temblar la Tierra.

\*\*\*

¡Qué bello era contemplar allá afuera, antes del ocaso, sobre el dulce y extenso valle úmbrico y los reflejos del Tescio<sup>(1)</sup>, los pinos ondulantes al viento contrastando con los diáfanos resplandores de la distancia!

Y, más tarde la luna llena surgiendo del Subasio<sup>(2)</sup>, la mole del Templo, irreal entre pálidas luces, y la inmensa campiña adormecida.

Hora de dulces coloquios del espíritu con el alma de lo creado, en el intenso presentimiento de la primavera. Hora de tiernos recuerdos para mí, en esta dulce Tierra de Asís, donde tan profundamente he vivido y que tanto he amado. Hora en que el Cielo y la Tierra reflejan, amigos, una sonrisa común y se estrechan en fraternal abrazo.

Parece en paz, pero es apariencia del momento.

Vive dentro de mí la visión de la realidad.

Yo sentí verdaderamente la Tierra temblar.

---

<sup>(1)</sup> Torrente en las proximidades de Asís (N. del A.)

<sup>(2)</sup> El Monte Subasio, a los pies del cual está edificada Asís (N. del T.)